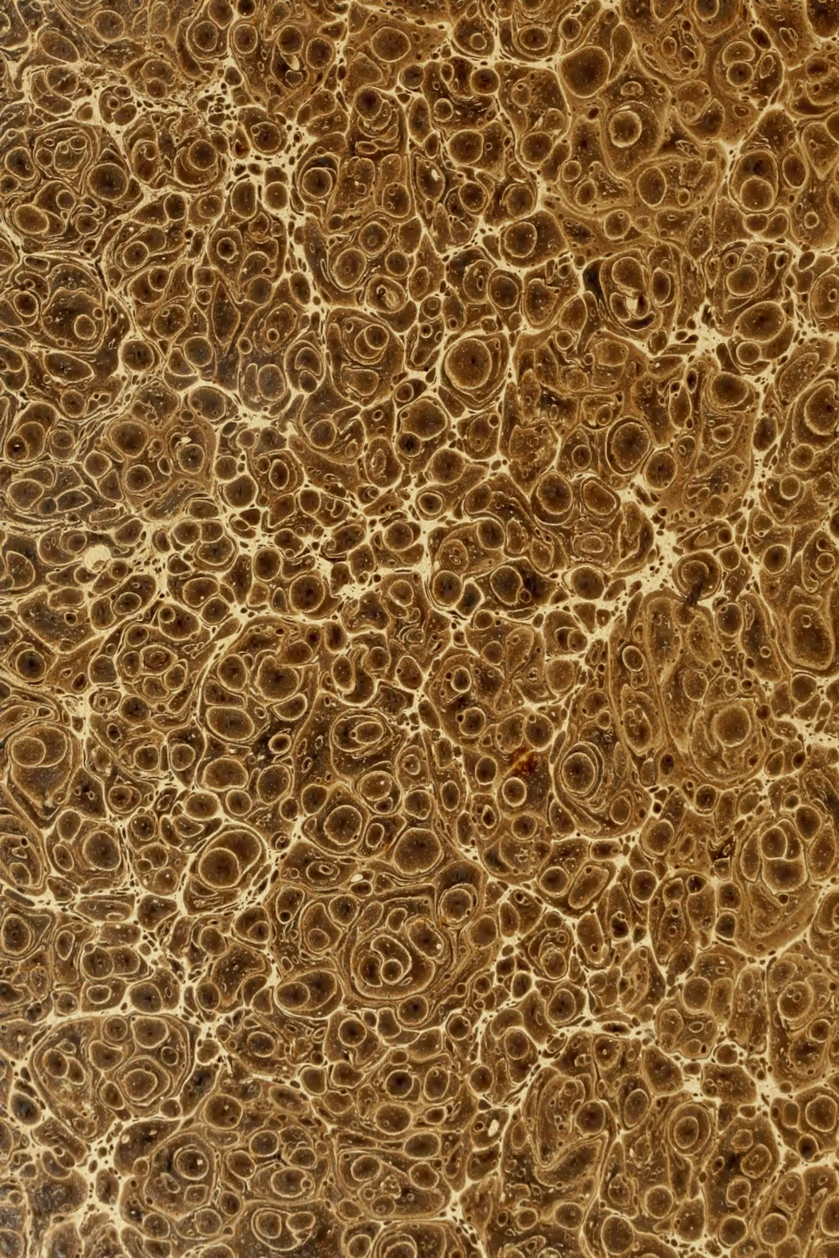
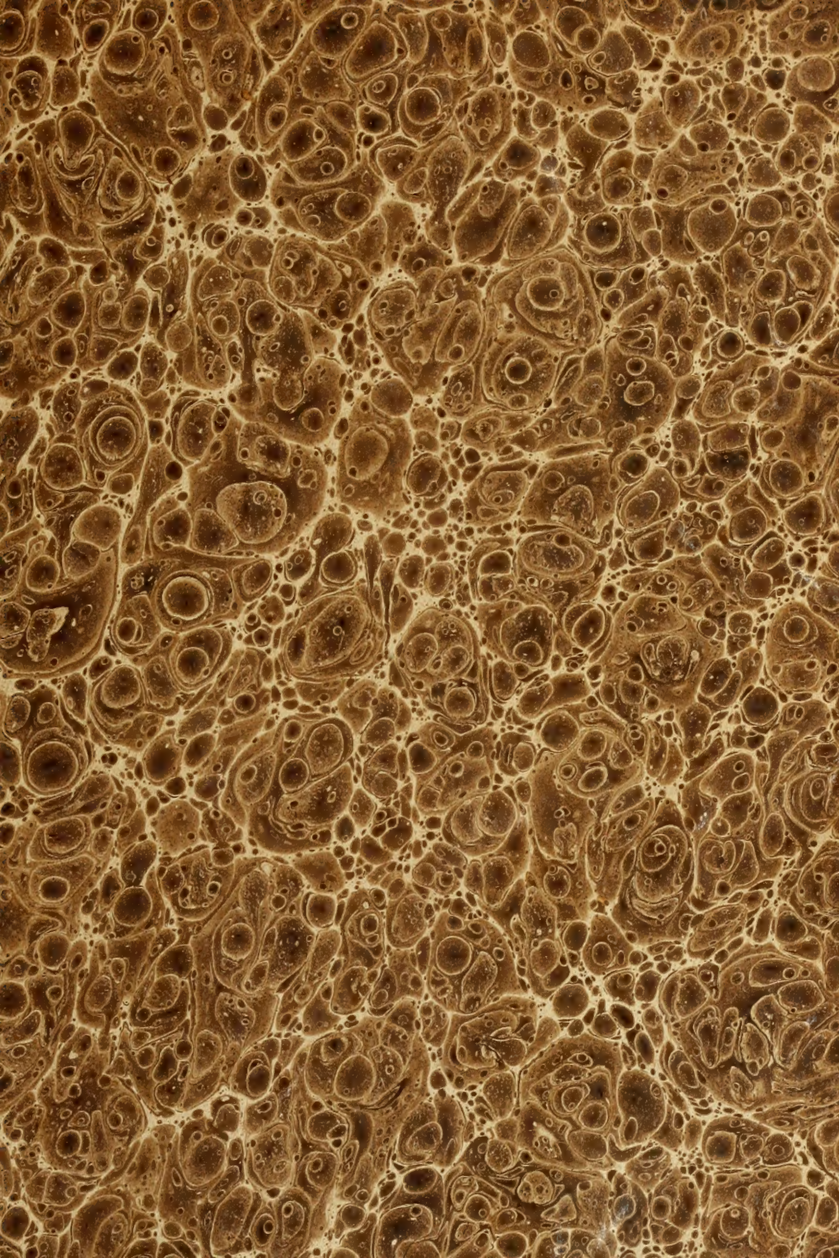

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646462 0





OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

V



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

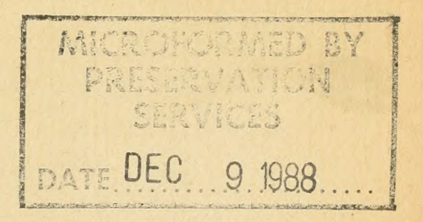
FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO V



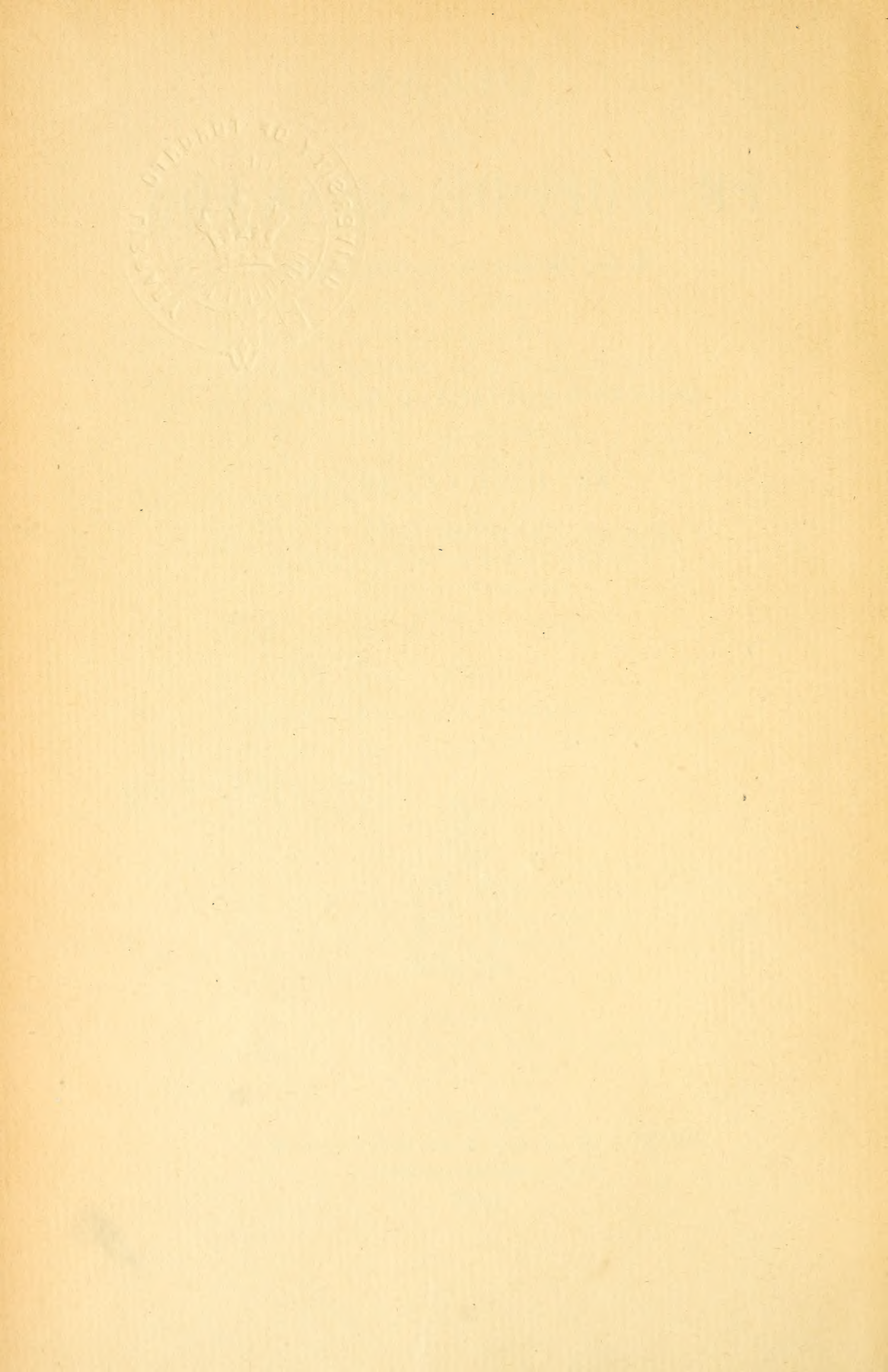


MADRID

IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.

1908



AL SABIO MÉDICO

DR. D. FRANCISCO VIÑALS

Á QUIEN DESPUÉS DE DIOS DEBO LA VIDA

FR. JUSTO CUERVO

PRÓLOGO

ESTE volumen y los tres siguientes contienen la *Introducción del Símbolo de la Fe*, publicada por vez primera en Salamanca por los Herederos de Matías Gast, 1583. Según costumbre, reproducimos fielmente aquí esta edición príncipe, cuyos ejemplares son rarísimos, teniendo en cuenta las erratas anotadas por el autor en una hoja suelta, reimpresa al final del tomo VIII de esta edición. En la edición de Salamanca, 1590, preparada sin duda por el mismo Fr. Luis de Granada, y en la portada así se hace constar, hay una adición importante, aceptada en esta edición, para conservar todo cuanto produjo aquella pluma divina. Consiste la adición en la *Recapitulación de lo contenido acerca del inefable misterio de la pasión del Salvador* y una hermosísima *Oración á la Cruz* (1), las cuales no hallo en otras ediciones.

La *Introducción del Símbolo de la Fe* es una apología admirable de la religión cristiana y un monumento grandioso de la literatura española. Y lo asombroso es cómo un anciano casi octogenario pudo escribir con tanto vigor y elocuencia y con tan exuberante imaginación. Obra tan singular siempre la he tenido por milagro, escrita en edad llena de achaques, cuando por lo ordinario los espíritus más animosos se rinden á la fatiga. Y sin embargo, el incompa-

---

(1) Tomo VIII, páginas 165 y 183 de esta edición.

rable Granada tiene fuerzas para levantar el alma á Dios, y escribir de esta manera *(páginas 33 y 36)*:

«¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores! ¡Oh eterna Sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetráis con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso y tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho más del hombre que redemistes, al cual hecistes señor de todo, inclinad agora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos, para oir los clamores deste pobre y vilísimo pecador. . . ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusistes delante de nuestros ojos para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos á vos. Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos, y conosciesen quién vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas deste mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condemnadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo dellas. Desta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandescientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado

por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?»

Demos gracias á Dios que tales tesoros nos regaló de elocuencia, con envidia eterna de todas las demás naciones.

Fr. Justo Cuervo

PRIMERA PARTE DE LA INTRODVCTION del ſymbolo de la Fe, en la qual ſe trata de la Creacion del mundo para venir por las criaturas al conoſcimiento del Criador, y de ſus diuinas perfectiones.

Compueſta por el R. P. Maeſtro F. Luys de Granada de la orden de S. Domingo.

Delectaſti me Domine in factura tua, & in operibus manuum tuarum exultabo. *Pſal. 91.*



EN SALAMANCA

Por los herederos de Mathias Gaſt.

M. D. LXXXIII.

Don Filipe, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Hierusalén, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y tierra firme del mar Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, conde de Habspurg, de Flandes, de Tirol y de Barcelona, señor de Vizcaya y de Molina, &c. Por cuanto por parte de vos Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo, nos ha sido fecha relación que vos habíades compuesto una Introducción al Símbolo de la Fe en cuatro volúmines, de los cuales hicistes presentación, y nos suplicastes os mandásemos dar licencia para los poder imprimir, ó como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la pragmática por nos nuevamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, y nos tuvímoslo por bien, y por la presente damos licencia y facultad á cualquier impresor destos nuestros reinos que vos nombráredes, para que por esta vez pueda imprimir los dichos libros que de suso se hace mención, por los originales que en el nuestro Consejo se vieron, que van rubricados y firmados al cabo de Pedro Zapata del Mármol, nuestro escribano de Cámara, de los que en el nuestro Consejo residen, y con que antes que se vendan, los traigáis al nuestro Consejo juntamente con los originales, para que se corrija con ellos, y se os tase el precio que por cada volumen hobiéredes de haber, so pena de caer y incurrir en las penas contenidas en la dicha pragmática y leyes destos reinos, de lo cual mandamos dar y dimos esta nuestra carta, sellada con nuestro sello, y librada por los del nuestro Consejo, dada en la villa de Madrid á diez y siete días del mes de Enero, de mil y quinientos y ochenta y tres años.

El Conde de Barajas. — *El Licenciado Juan Tomás.* — *El Doctor Don Iñigo de Cárdenas Zapata.* — *El Licenciado Jiménez Ortiz.*

El Licenciado Núñez de Boorques. — *El Doctor Juan Fernández Cogollos.*

Yo Pedro Zapata del Mármol, escribano de Cámara de su Majestad Católica, la fice escribir por su mandado con acuerdo de los de su Consejo.

Habiéndoseme cometido por los Señores del Consejo Real de su Majestad el examen de la obra del muy Reverendo Padre Maestro Fray Luis de Granada, de la Orden de Sancto Domingo, que se intitula Introducción del Símbolo de la Fe, dividida en cuatro partes, la primera, que trata de la creación del mundo, la segunda, de las excelencias de la fe, la tercera y cuarta, de la Redempción del género humano, y sus misterios, y habiéndolas visto con particular cuidado y diligencia, hallo ser la doctrina no solamente sana y muy católica, mas de la grave y sancta, erudita y provechosa que se haya escripto en nuestra lengua española. Porque en la primera parte con singular gusto por la variedad de lo criado se descubre el Criador y su paternal providencia. En la segunda se declaran copiosamente los fundamentos infalibles de nuestra Religión cristiana, de manera que se ayude mucho en su alma el lector. En la tercera se trata de la Redempción del género humano. Y por la cuarta, en la consonancia de las profecías y testimonios divinos se prueba con suficiencia la venida de Cristo nuestro Señor en carne, y se muestra el amor inmenso de Dios para con los hombres en la obra de nuestra Redempción. Libros son en que todo género de personas darán por muy bien empleado el tiempo que los leyeren, especialmente letrados y personas ejercitadas en la Sancta Escriptura y lición de los Doctores de nuestra madre la Iglesia Romana. Y porque esto me parece, lo firmé de mi nombre. En nuestro Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, siendo Rector dél, á once de Agosto de 1582.

El Doctor Diego
de Avellaneda.

AL ILUSTRISIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR

DON GASPAR DE QUIROGA

ARZOBISPO DE TOLEDO

PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, CHANCILLER MAYOR, INQUISIDOR GENERAL Y DEL CONSEJO DEL ESTADO DE SU MAJESTAD, &C.

Algunas personas virtuosas me han pedido por veces, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, escribiese un Catecismo en que declarase los artículos de nuestra sancta fe católica, con todo lo demás que contiene la doctrina cristiana, la cual todo fiel cristiano es obligado á saber. Mas considerando yo que otros mejores ingenios han tomado esto á cargo, no me pareció que debía gastar tiempo en escribir lo que estaba ya por otros tan bien escripto. Solamente me pareció añadir á los Catecismos ya hechos una introducción algo copiosa, para que mejor se entendiesen y afectuosamente se sintiesen los principales misterios de nuestra fe, que son, la obra de la creación del mundo y la Redempción del género humano, que son la principal parte del Catecismo y el fundamento de toda la doctrina cristiana. Porque así como el cielo se mueve sobre los dos puntos ó polos que llaman del mundo, así esta celestial doctrina se funda en estas dos tan principales obras de Dios, pues de aquí procede lo demás, y á vueltas desto se declaran también otros principales misterios que pertenecen á esta doctrina. Y porque el conocimiento destos misterios ha de ser por fe (lo cual denota la primera palabra del símbolo, que es, Creo) parecióme sería justo tratar de las excelencias de nuestra santísima fe y religión, para que por aquí vean los profesores della los grandes tesoros y riquezas que en ella están encerradas, y den gracias al Señor que los hizo participantes deste tan grande bien. Destas excelencias se trata en la segunda parte deste libro, y de la obra de la creación del mundo en esta primera, y de la Redempción del género humano, que es obra más divina, en la tercera y cuarta, que son las postreras. Y aunque esta doctrina en todo tiempo sea

necesaria (pues nos manda el apóstol S. Pedro que estemos aparejados para dar razón de la fe que profesamos) pero en este tiempo parece ser esto más necesario, donde la fe católica y la navecica de S. Pedro ha padecido tantas tempestades, cuantas todo el mundo conoce y llora. Y dado caso que estos reinos de España, por la misericordia de Dios, y amparo de la Católica y Real Majestad, y por la providencia del Sancto Oficio, de que V. S. Ilustrísima tiene singular cuidado, estén puros y limpios desta pestilencia (y así esperamos que siempre lo estarán) todavía porque el sonido de las herejías que corren, no puede dejar de llegar á nuestros oídos, no será fuera de propósito esclarecer y confirmar los ánimos de los fieles en esta sancta fe, declarándoles la excelencia, la hermosura y las conveniencias y consonancias suavísimas que hay en ella, para que por este medio estén más firmes y constantes en la confesión de la fe, y gocen de aquel fructo maravilloso de que el Apóstol quiere que seamos participantes, cuando dice que Dios dé á nuestras ánimas una paz y un gozo espiritual, creyendo los misterios de la fe, para que así crezca en nosotros (como él dice) la esperanza de la gloria y la virtud del Espíritu Sancto.

Mas dado caso que esta escriptura (declaradora de la verdad) sea condemnación de las falsedades y errores de los herejes, no haremos aquí mención dellos, porque no conviene desayunar al pueblo común destos engaños, porque más lejos estará de caer en ellos el que ni aun noticia tuviere dellos. Ni tampoco es mi intento probar los misterios de la fe por razones humanas, pues la firmeza dellos no se funda en estas razones sino en la lumbre de la fe, mediante la cual el Espíritu Sancto inclina y mueve nuestro entendimiento á tener por ciertos y infalibles los artículos de la fe, como cosas reveladas por la primera Verdad, que ni puede engañar ni ser engañada.

Servirá esta doctrina (entre otras cosas) para extirpar uno de los mayores engaños que agora corren en el mundo. El cual es tanto mayor cuanto más se cubre con color y capa de verdad. Porque común cosa es á los que quieren dar á beber ponzoña, conficionarla con algún licor sabroso, para que con menor sospecha se beba. Y deste modo el malvado Mahoma, alabando y encumbrando sobre los cielos la persona de nuestro Salvador, y confesando que le hacía grande ventaja, y engrandeciendo la

dignidad y sanctidad de la sacratísima Virgen su madre, engañó gran parte de la Cristiandad, y con esto le abrió puerta para todos los deleites sensuales, los cuales no sólo concedió en esta vida, mas también prometió por galardón en la otra. Desta manera los herejes de nuestros tiempos (como gente guiada por este mismo espíritu de falsedad) han dado á beber la ponzoña de sus errores con el cebo de una de las más altas verdades y misterios que profesa la Religión cristiana. Porque todos sabemos que entre todas las obras que la divina Bondad y Sabiduría ha obrado en este mundo, la más alta, la más divina, la más saludable, la más suave y admirable, y la que más claras nuevas nos da de la inefable bondad y misericordia de nuestro Señor Dios, y más consuela las ánimas, y las provoca á amarlo y poner en él toda su confianza, es la obra de la encarnación y pasión de su unigénito Hijo. Pues como esta materia sea tan agradable al corazón humano, extienden ellos las velas en engrandecerla y amplificarla, acusando á los católicos que no saben estimar este divino beneficio: y con el cebo deste bocado tan suave encantan los corazones de sus oyentes, haciéndoles creer que basta la satisfación y penitencia que hizo Cristo por los pecados del mundo, sin que sea menester la nuestra. De modo que asentado el fundamento de aquella tan grande verdad, vinieron á filosofar tan mal, que de donde habían de sacar motivos de mayor amor para con su Redemptor, más encendidos deseos de imitar aquella profundísima humildad y perfectísima obediencia y paciencia nunca vencida del Salvador, con todas las otras virtudes que resplandecen en su sagrada pasión, tomaron argumento para vivir á su placer y excusar todo el trabajo de las buenas obras y de la penitencia. Y este engaño no es agora nuevo, sino muy antiguo y muy usado, porque con esta falsa consolación se aseguran los hombres desalmados en sus vicios, confiando en los méritos de la pasión de Cristo y en la bondad y misericordia de Dios, haciendo de la medicina ponzoña, y sacando tinieblas de la luz, y tomando motivos para pecar, de lo que había de ser medio para más aborrecer el pecado.

Pues contra esta ponzoña así de herejes como de malos cristianos servirá como de triaca un pedazo desta escriptura, en la cual declararemos cuán altamente sientan los católicos deste soberano misterio de nuestra Redempción, y cuánto magnifiquen y engran-

dezcan este sumo beneficio. Mas no filosofaremos tan mal como ellos, haciendo argumento de la divina bondad para nuestra maldad, y tomando motivo para pecar, de lo que Dios hizo para destruir el pecado, aprovechándose de los tormentos y de los dolores de Cristo para entregarse á los deleites y regalos de la carne, habiendo él crucificado la suya, no sólo para nuestro remedio, sino también para nuestro ejemplo, como dice el apóstol S. Pedro (1). Y por servir esta doctrina á la declaración y confirmación de los principales artículos y misterios de nuestra sancta fe, de derecho se debía á la persona de V. S. Ilustrísima (aunque otra particular razón no hubiera) pues está á su cargo por dispensación divina el amparo y defensión de la fe, con el cual esperamos que nuestro Señor la conservará en la sinceridad y pureza que hasta agora ha perseverado. Porque los méritos y virtudes que sublimaron á V. S. al más alto título y dignidad destos reinos de España, ésos mismos obrarán que mediante el celo de su religiosa providencia, la coluna de la fe persevere siempre en su firmeza. Por lo cual debe siempre dar gracias al que le escogió para este tan grande ministerio. Anteponen los escriptores gentiles al grande Alexandro á Darío, rey de los Persas, porque Darío nasció con el Imperio, mas Alexandre lo alcanzó por su valor y esfuerzo, porque más gloriosa cosa es ser grande por virtudes y merescimientos que por fortuna. Y esta grandeza debe V. S. Ilustrísima á nuestro Señor, el cual en esta vida le dió los merescimientos y juntamente el premio dellos, mientras se dilata el que le tiene guardado en la otra, que será sin comparación mayor. El cual la Ilustrísima y Reverendísima persona y estado de V. S. prospere por largos tiempos con favores del cielo.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor,

Siervo de V. S. Ilustrísima,

Fray Luis de Granada.

(1) 1 Pet. 2.

Á LOS AFICIONADOS

Á LAS OBRAS Y DOCTRINA

DEL PADRE FRAY LUIS DE GRANADA

Cornelio Bonardo, impresor, S.

LLEGÓ á mis manos un Breve de nuestro muy Sancto Padre Gregorio XIII, enviado al Padre Fray Luis de Granada, de cuyas palabras se puede bien echar de ver la satisfacción que Su Santidad tiene de las obras que este Padre ha publicado hasta agora, y el sancto celo con que desea que las demás se publiquen. Y aunque sé de muy cierto que el Padre Fray Luis se sentirá de que yo me haya atrevido á imprimirlo con sus obras, por parecer cosa que ha de redundar en su alabanza, de que él toda su vida ha sido y es muy poco amigo, todavía me movió el deseo de dar contento á sus devotos y aficionados á ponerlo aquí para su consuelo, y ofrecerme á pasar la reprehensión que el Padre Fr. Luis sé que me dará por ello. He querido también trasladarle en romance, para dar gusto á los que no supieren latín. Valete.

BREVE

DEL BMO. PAPA GREGORIO XIII, N. S. P.

PARA FRAY LUIS DE GRANADA

Dilecto filio Aloisio Granateñ. Ordinis Praedicatorum

GREGORIUS PAPA XIII

DILECTE fili, salutem & Apostolicam benedictionem. Diuturnus atque assiduus labor tuus in hominibus tum a vitiis deterrendis, tum ad vitæ perfectionem vocandis, fuit semper nobis gratissimus: iis vero ipsis, qui suæ cæterorumque salutis & Dei gloriæ desiderio tenentur, fructuosissimus, iucundissimusque. Multas olim conciones habuisti, libros præstanti doctrina & pietate refertos edidisti: idem quotidie facis, nec unquam cessas præsens atque absens quam plurimos potes Christo acquirere. Gaudemus isto, tum aliorum, tum tui ipsius tam præstanti bono & fructu. Quot enim ex concionibus, scriptisque tuis profecerunt (profecisse autem permultos, quotidieque proficere certum est) totidem Christo filios genuisti, longeque illos maiori beneficio affecisti, quam si cæcis aspectum, aut mortuis a Deo vitam impetrasses. Præstat enim multo sempiternam illam lucem & vitam beatissimam (quoad mortalibus datum est) nosse, & pie sancteque viventem ad eam aspirare, quam mortali hac vita & luce frui omni cum terrenarum rerum affluentia & voluptate. Tibi vero ipsi, quam multas a Deo coronas comparasti, dum omni cum charitate in eo studio versaris, quod constat esse longe maximum! Perge igitur, ut facis, in istam curam toto pectore incumbere, quæque habes inchoata (habere enim te nonnulla accepimus) perficere, & proferre ad ægrorum salutem, debilium confirmationem, valentium & robustorum lætitiam, utriusque tum militantis, tum triumphantis Ecclesiæ gloriam. Dat. Romæ apud Sanctum Marcum sub annulo Piscatoris die xxi Julii M.D.LXXXII, Pontificatus nostri anno undecimo.

Ant. Buccipalulius.

BREVE

DEL BMO. PAPA GREGORIO XIII, N. S. P.

PARA FRAY LUIS DE GRANADA

TRADUCIDO FIELMENTE EN ROMANCE

AL AMADO HIJO NUESTRO FR. LUIS DE GRANADA
de la Orden de los Predicadores

GREGORIO PAPA XIII

AMADO hijo, salud y bendición Apostólica. Siempre nos fué muy acepto vuestro largo y continuo trabajo en apartar á los hombres de los vicios, y traerlos á la perfición de la vida, y de mucho fructo y contento para aquéllos que tienen deseo de su propria salvación y de la de los demás. Habéis predicado muchos sermones, publicado muchos libros llenos de gran doctrina y devoción: lo mismo hacéis de cada día, y no cesáis en presencia y en ausencia de ganar para Cristo las más almas que podéis. Danos contento este tan principal bien y fructo de los otros, y vuestro proprio, porque cuantos han aprovechado por vuestros sermones y escritos (y es cierto que han aprovechado muchos, y de cada día aprovechan) tantos hijos habéis engendrado para Cristo, y les habéis hecho mucho mayor beneficio que si estando ciegos ó muertos, les recobráredes de Dios la vista ó la vida. Porque mucho mejor es conoscer aquella sempiterna luz y bienaventurada vida (en cuanto es dado á los hombres) y viviendo devota y sanctamente aspirar á ella, que gozar desta luz y vida mortal con toda la abundancia y contento de las cosas de la tierra. Para vos habéis ganado de Dios muchas coronas, entendiendo con toda caridad en este oficio, que es cierto ser de muy gran importancia. Pasa pues adelante, como hacéis, llevando con todas vuestras fuerzas este cuidado, y acabando las cosas que tenéis comenzadas (que entendemos tenéis algunas) y sacaldas á luz para salud de los enfermos, esfuerzo de los flacos, contento de los que tienen salud y fuerzas, y para gloria de la militante y triunfante Iglesia. Dada en Roma, &c.

AL CRISTIANO LECTOR

Que sea el conoscimiento de Dios principio y fundamento de toda nuestra felicidad y bienaventuranza, muy notorio es á todos. Este conoscimiento es la propria y verdadera teología de los cristianos, que es la reina y señora de todas las sciencias. Porque si (como Aristóteles dice) aquélla es más alta sciencia, que trata de más excelente materia, ¿qué cosa más excelente y más alta que Dios? Ésta es aquella sciencia que alaba y engrandece el mismo Dios por Hieremías diciendo (1): No se glorie el sabio en su sabiduría, ni el rico en sus riquezas, ni el esforzado en su fortaleza, mas en esto se glorie el que quisiere gloriarse, que es tener noticia y conoscimiento de mí. Pues este conoscimiento es (como dicimos) la sciencia más alta, más divina, más provechosa, más suave y más necesaria de cuantas el entendimiento humano puede comprehender. Este conoscimiento tienen los bienaventurados en el cielo por clara visión de la esencia divina. Mas como esto no tenga lugar en esta vida, recorremos á la consideración de las obras de Dios, las cuales como obras y efectos de su bondad y sabiduría, nos dan alguna noticia de la fuente y causa de do proceden. Destas obras unas son de naturaleza, otras de gracia. Las de naturaleza son las obras de la creación, que sirven para la sustentación de nuestros cuerpos: mas las de gracia pertenescen á la sanctificación de nuestras ánimas, las cuales son muchas. Mas la principal, y la fuente de donde todas manan, es la obra de nuestra redempción. En lo cual paresce que estas dos tan principales obras de nuestro Señor nos son dos grandes libros en que podemos leer y estudiar toda la vida, para venir por ellas al conoscimiento dél y de la grandeza y hermosura de sus perfecciones: las cuales en estas obras suyas así como en un espejo purísimo resplandescen, y junto con esto nos dan materia de suavísima contemplación, que es el verdadero pasto y mantenimiento de las ánimas.

---

(1) Hierem. 9.

Estas dos obras tan señaladas son los principales fundamentos de los artículos de nuestra fe. Porque por la primera dellas se declara la primera parte del Credo, que pertenesce á la persona del Padre, que es, Creo en Dios Padre todo poderoso, criador del cielo y de la tierra. Mas por la segunda se declara la segunda parte dél, que pertenesce á la persona del Hijo, y comprehende los artículos que pertenescen á su sagrada humanidad. Y así declaradas estas dos obras tan principales, queda declarada la mayor parte de los artículos de nuestra fe. En lo cual paresce que así como los cuerpos celestiales se revuelven sobre los dos polos del mundo (que llaman Ártico y Antártico) así todos los misterios y artículos de nuestra fe se fundan en estos dos tan principales que decimos. Y por tanto, sabidos éstos, queda el cristiano bastantemente introducido en la inteligencia de los misterios de nuestra sancta fe, que es el intento y fin desta nuestra Introducción.

Y porque el primer fundamento de nuestra fe es aquél que pone S. Pablo cuando dice (1) que el que se llega á Dios, ha de creer primeramente que hay Dios, y que él es remunerador de los que le buscan, por esta causa en la primera parte deste libro se trata de Dios nuestro Señor, y de su divina providencia, y de sus grandezas y perfecciones, en cuanto se conoscen por las cosas criadas. En esta parte se ponen las razones principales por donde los filósofos conoscieron que había Dios, al cual llamaron primer movedor, primer principio, primera verdad, sumo bien y primera causa de que penden todas las otras causas, y ella no pende de nadie, porque no tiene superior.

Entre estas razones una de las más acomodadas á la capacidad del pueblo es ver la orden de todo este mundo, esto es, ver los movimientos de los cielos (de quien procede la variedad de los tiempos del año) tan acomodados á la procreación y conservación de las cosas, pues cada año (que es una revolución del sol) tenemos nuevo parto y creación de animales, y peces, y aves, y nueva provisión y mantenimiento para nosotros y para ellos. Y lo mismo nos declaran las habilidades que el Criador dió á estos animales para buscar su mantenimiento, y para defenderse de sus contrarios, y para curarse en sus enfermedades, y para criar y mantener sus hijos. En lo cual singularmente resplan-

(1) Hebr. 11.

dece la divina providencia, la cual tan perfectamente y por tantas y tan diversas maneras proveyó á todas las criaturas (por muy pequeñas que sean) de todo lo necesario para su conservación. Desta manera la oveja y todos los otros animales por natural instincto conoscen las yerbas que les son saludables, y las ponzoñosas, y pascen las unas y dejan las otras. Desta manera las grullas, cuando van camino y reposan de noche, tienen su centinela que las vela con una piedra en la mano, para despertar, si se durmiere, y cuando está desvelada, despierta á otra compañera, para que suceda en el mismo cargo. Pues ¿qué diré de las habilidades de las hormigas, y de la sutileza de las redes y telas que tejen las arañas, y de la república de las abejas con su rey tan bien ordenada, y de la habilidad de los gusanos que crían la seda, que es todo el ornamento del mundo?

§ I

Considerando pues los filósofos estas y otras semejantes habilidades que se ven en las criaturas, forman esta razón, con que prueban haber en este mundo un sapientísimo gobernador que lo rige. Porque vemos (dicen ellos) que todos los animales brutos hacen todo aquello que conviene á su conservación, tan á su propósito como si tuvieran razón, y sabemos que carescen de ella: luego habemos de confesar que hay una razón universal y una suma sabiduría, que formó todos estos animales con tales inclinaciones, que sin tener razón, hagan todo aquello que les conviene, tan acertadamente como si la tuvieran. Porque, poniendo ejemplo en una cosa, ¿de qué otra manera hicieran su nido las golondrinas,si tuvieran razón, que como lo hacen? Y ¿de qué otra manera criaran sus hijos, sino como los crían? Y ¿de cuál otra manera repartieran tan igualmente el trabajo de la creación, sino como lo reparten? Y ¿de qué otra manera mudaran los aires y las regiones en sus tiempos, sino como los mudan?

Tenemos en esta materia por luz y guía dos grandes sanctos, que con grande estudio y elocuencia escribieron sobre ella, que son S. Basilio y S. Ambrosio, tratando en particular de las obras de los seis días en que nuestro Señor crió todas las cosas. La cual materia tratan, no como filósofos (que no pretenden más que dar-

nos conoscimiento de las cosas) sino como teólogos, mostrando en ellas la infinita sabiduría del Hacedor, que tales cosas supo trazar, y la de su omnipotencia, que todo lo que trazó, pudo con sola su palabra hacer, y la de su bondad y providencia, la cual tan perfectamente proveyó á todas ellas de lo que les era necesario, dende la más alta hasta la más baja, sin dejar cosa por proveer. Y este conoscimiento sirve para la admiración y reverencia de tan grande majestad, y para el amor de tan grande bondad, y para el temor y obediencia de tan gran poder y sabiduría, y para la confianza en tan perfecta y misericordiosa providencia, porque la que á ninguna criatura, por pequeña que sea, falta, no faltará á aquélla para cuyo servicio crió todas las otras. Éste es el fructo, ésta la doctrina que sacamos de leer por el libro de las criaturas, por donde los sanctos leían, como adelante se declara.

Mas el principal intento á que se ordena la doctrina de esta primera parte, es á que vistas estas grandezas del Criador, reconozcamos la grande obligación que tenemos á amar, servir y honrar á un tan gran Señor, así por lo que es en sí, como por la providencia y cuidado que tiene de nosotros. Porque como las grandezas de Dios y sus beneficios exceden infinitamente á las grandezas y beneficios de los hombres, así excede esta obligación que á su amor y servicio tenemos, á las que tenemos á todos los hombres.

Mas como haya habido en el mundo muchas maneras con que los hombres pretendían honrar á Dios, y muchas dellas supersticiosas y llenas de errores y engaños, decimos que después de la ley de naturaleza y de escriptura (que corrieron sus tiempos) no hay otra verdadera y perfecta religión con que Dios sea debidamente honrado, sino sola la fe y religión cristiana. Y para testimonio desta verdad sirve toda la doctrina de la segunda parte, que después désta se sigue. De modo que la parte precedente señaladamente prueba que ha de haber en el mundo alguna verdadera religión, con la cual aquella soberana Majestad y grandeza sea honrada. Mas la segunda se emplea en declarar cómo la verdadera y perfecta religión es la nuestra, y que no hay otra fuera della. Y esto se prueba, no por razones filosóficas y subtileza de argumentos, sino declarando las excelencias singulares que esta religión tiene, y probando que todas las cosas que ha de tener una perfecta religión, tiene ella, y todas en sumo grado de per-

fección. De modo que no le buscamos atavíos y ornamentos postizos fuera della, sino ella sola con su misma honestidad y hermosura cativa los corazones, convida á todos á ser preciada, y amada, y tenida por la cierta y verdadera.

§ II

Mas porque la obra de la redempción es mayor sin comparación que la de la creación (y la que por excelencia se llama la obra de Dios, por ser tan digna de su bondad, en la cual se halla un mar de grandezas y maravillas) désta se trata en la tercera y cuarta parte desta escriptura, aunque en diferente manera. Porque en la tercera parte (presupuesta la fe) procediendo por lumbre de razón, se trata deste misterio, declarando que aunque nuestro Señor pudiera redemir el mundo por otros muchos medios, mas ninguno había más proporcionado ni más conveniente, así para la gloria de su misericordia y justicia como para el remedio y cura de nuestras miserias. Para lo cual se cuentan y declaran veinte singulares provechos y beneficios que el mundo recibió por virtud de la encarnación y pasión de Cristo nuestro Salvador, los cuales llamamos aquí fructos del árbol de la sancta cruz. Después de lo cual se ponen cinco diálogos entre un discípulo y un maestro, en los cuales se proponen las principales preguntas que acerca deste divino misterio la prudencia humana puede hacer, y se responde á ellas. Esto contiene la tercera parte.

Mas en la cuarta, procediendo por lumbre de fe y autoridad de las Sanctas Escripturas, se prueba claramente ser Cristo nuestro Salvador el verdadero Mesías prometido en la ley, y se responde en once diálogos (en que hablan un maestro y un catecúmeno) á todos los puntos en que tropiezan los que no le han querido recibir. Esta parte quise tratar más copiosamente, para instrucción de los que cada día pasan de la ley antigua á la gracia del Evangelio. Porque (como S. Hierónimo escribe en el Epitafio de Nepociano) nuestro Salvador dedicó para su servicio con el título triunfal de la cruz (que estaba escrito con letras griegas y latinas y hebraicas) las tres naciones cuyas eran estas lenguas. Pues para instrucción de los que cada día llama él desta nación á su sancta fe, sirve esta parte, que es como un catecismo para

ellos. Porque sabemos que en Roma y en Venecia hay colegios diputados para los tales, y á esta ciudad de Lisboa vienen muchas veces otros de Berbería, que con mucha devoción la reciben, y que han dado muy buena cuenta de su fe con vida virtuosa. Y espero en nuestro Señor que así á éstos como á otros, que estarán dóciles y tratables, aprovechará este trabajo. Porque para los duros y obstinados, otros libros de graves autores están escritos, que tratan muy de propósito esta materia. Mas los que están ya arraigados en la fe, no dudo que recibirán grandísima consolación cuando leyendo esta escritura, vean cuán sólidos y firmes son los fundamentos de nuestra verdad, y con esto darán muchas gracias al Padre de las lumbres, que esclaresció sus entendimientos con el conoscimiento della.

A estas cuatro partes principales quise añadir un breve sumario de las principales cosas que en las cuatro partes susodichas se contienen. Porque como la escritura es larga, tenía necesidad desta breve recapitulación, para tenerse mejor en la memoria lo que en las partes susodichas más difusamente se trata.

§ III

Parescerá esta escritura á alguno larga. La causa de esto fué porque yo no me contenté con solo informar el entendimiento, declarando los artículos y misterios de nuestra fe (que es en lo que principalmente se ocupan los catecismos) sino mucho más en mover la voluntad al amor y temor de Dios, y obediencia de sus sanctos mandamientos, que es el fin de todo nuestro conoscimiento, sin el cual valdría poco, y aun podría redundar en nuestro daño, pues dice el Salvador que el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la cumple, será más gravemente castigado (1).

El fructo principal de toda esta escritura es saber el cristiano los principales artículos y misterios de la fe y religión que profesa, y saberlos de tal manera que conozca la dignidad y excelencia y hermosura dellos, y con esto tenga su ánima un suavísimo pasto y mantenimiento con la consideración destas verda-

(1) Lucæ 12.

des, que son las más altas, más nobles y más divinas de cuantas por todas las sciencias humanas se pueden alcanzar. Con lo cual será su ánima tan confirmada en la fe desta verdad (si con el estudio della juntare el de la humilde oración, como adelante avisamos) que vendrá por una nueva manera como á palpar y tocar la verdad de los misterios que cree. Y pues en estos tristes tiempos, por justo juicio de Dios y por los pecados del mundo, tanta parte de la Cristiandad se ha apartado de la sinceridad de la fe católica, ninguna materia viene más á propósito para ellos que la que sirve para esclarescer los misterios de nuestra fe, y confirmar los fieles en ella, para que el ejemplo de tantos perdidos que della han apostatado, no sea escándalo para los flacos, sino motivo para compadescerse el verdadero cristiano, y dar gracias á nuestro Señor por no ser él uno dellos. Porque como en tiempo de guerras son menester más las armas, y en tiempo de grandes enfermedades las medicinas, así en tiempo donde el enemigo ha sembrado tanta cizaña de herejías entre la buena sementera de la fe católica, conviene estar más apercebidos y armados con la verdad de la doctrina de la fe.

Pues la paz y consolación que desta fe tan esclarescida y formada se sigue (como el Apóstol dice) otros la experimentarán si con humildad y devoción se ocuparen en esta doctrina: la cual aunque generalmente sea á todos provechosa, particularmente lo será á algunos, que son molestados con tentaciones de la fe, que dan grande pena al que las padesce.

Procuré acompañar esta doctrina con algunas historias y vidas de Sanctos, traídas á sus propósitos, y éstas las más suaves que yo hallé, y más auténticas. Porque como la historia sea cosa muy apacible, quise recrear y cebar al cristiano lector con estos bocados tan suaves, para que de mejor gana se ocupase en la lición desta escritura, y dejase las otras fabulosas y dañosas.

También pido al lector que no se enfade, si viere que en diversas partes deste libro trato muchas veces á sus propósitos las mismas materias que en otras partes dél se tratan. Porque cuatro materias hay nobilísimas, y tan provechosas y ricas, que por mucho que dellas se diga, siempre queda más que decir, que son, el misterio de nuestra redempción, la conversión del mundo, la constancia nunca vencida de los mártires, y la sanctidad de los gloriosos monjes y confesores Y si lo que hay que escri-

bir y engrandescer en cada cosa déstas, se pusiese todo junto, por ventura cansaría los ingenios amigos de variedad, y sacarían hastío de donde habían de sacar fructo. Por esto paresció ser cosa más acertada tratar estas mismas materias en diversos lugares á sus propósitos, añadiendo en unos lo que se calló en otros, ó explicando más en una parte lo que en otra se dijo con más brevedad.

Advierto también al lector que en algunas de las autoridades de la sancta Escriptura que aquí se alegan, á veces entremeto alguna palabra para mayor declaración de la sentencia, cuando sin ella quedaría escura y manca. Mas desta libertad no uso en las autoridades de los profetas que tratan de la venida y de las obras de Cristo. Esto baste para que el cristiano lector entienda el argumento de toda esta escriptura.

PRIMERA PARTE
DE LA INTRODUCCIÓN
DEL SÍMBOLO DE LA FE

EN LA CUAL SE TRATA DE LA CREACIÓN DEL MUNDO PARA VENIR POR LAS CREATURAS AL CONOSCIMIENTO DEL CRIADOR Y DE SUS DIVINAS PERFECCIONES

ARGUMENTO DESTA PRIMERA PARTE

Como haya muchos medios para venir en conoscimiento del universal Criador y Señor, aquí principalmente usaremos de aquél que el Apóstol nos enseña cuando dice (1) que las cosas que no vemos de Dios, se conoscen por las que vemos obradas por Él en este mundo, por las cuales se conosce su eterno poder y la alteza de su divinidad. Porque como los efectos nos declaren algo de las causas de do proceden, y todas las criaturas sean efectos y obras de Dios, ellas (cada cual en su grado) nos dan alguna noticia de su hacedor. Por lo cual seguiremos aquí esta manera de filosofar, discurriendo primero por las partes principales deste mundo, que son, cielos, estrellas y elementos, y luego descenderemos á tratar en particular de las otras criaturas, rastreando por ellas la infinita sabiduría y omnipotencia del que las crió, y la bondad y providencia con que las gobierna.

Servirá este discurso (demás del conoscimiento de Dios, que es proprio de la doctrina del catecismo) para darle gracias por sus beneficios, cuando consideráremos que toda esta tan gran casa y fábrica del mundo crió este soberano Señor, no sólo para la provisión de nuestras necesidades, sino mucho más para que

---

(1) Rom. 1.

por el conoscimiento de las criaturas levantásemos nuestros espíritus al conoscimiento y amor de nuestro Criador, mirando que toda esta tan grande casa con tanto aparato de cosas fabricó Él, no para sí (pues *ab æterno* estuvo sin ella) ni para los ángeles, que son espíritus puros y no tienen necesidad de lugar corporal en que estén, y mucho menos para los brutos (pues era esto cosa indigna de tal artífice) sino para solo el hombre. En lo cual verá cuánto este Señor lo amó, y lo estimó, y lo honró, pues tales palacios con tanta provisión de innumerables cosas diputó para él, lo cual declararemos en todo este proceso, mostrando claramente que todas las cosas van enderezadas al uso y provecho del hombre.

Servirá también esta doctrina para esforzar nuestra confianza. Porque considerando el hombre cuán perfectamente aquella infinita Bondad provee de lo necesario á todos los animales brutos, por pequeños que sean (como es la hormiga, el mosquito, la araña, y otros semejantes) verá claro cuánta razón tiene para fiar de Dios, que no faltará á la más noble de sus criaturas (para cuyo servicio crió todo este mundo inferior) en lo que fuere necesario para la provisión de su cuerpo y sanctificación de su ánima.

Lo tercero sirve esta doctrina para dar á las personas espirituales materia copiosa de consideración, mirando en las criaturas la hermosura, la sabiduría, la bondad y providencia de su criador y gobernador. En la cual consideración pusieron los grandes filósofos la suma de la felicidad humana, como luego declararemos.

DEL FRUCTO QUE SE SACA DE LA CONSIDERACIÓN DE LAS OBRAS DE NATURALEZA, Y CÓMO LOS SANCTOS JUNCTARON ESTA CONSIDERACIÓN CON LA DE LAS OBRAS DE GRACIA

CAPÍTULO I

Todos los hombres de altos y excelentes ingenios, que menospreciados los cuidados de los bienes temporales, emplearon sus entendimientos y su vida en el estudio y conoscimiento de las cosas divinas y humanas, en ninguna cosa más se desvelaron, que en inquirir cuál fuese el fin del hombre, y su último y sumo bien. Porque sin este conoscimiento no se puede regir ni enderezar por convenientes pasos y caminos la vida, pues nos consta que las reglas de los medios se ha de tomar del fin. Y dado caso que en esto hubo muchas y diversas opiniones, pero al cabo vinieron los más graves filósofos á determinar que el último y sumo bien del hombre consistía en el ejercicio y uso de la más excelente obra del hombre, que es el conoscimiento y contemplación de Dios. Y digo en el ejercicio, porque (según dice Aristóteles) como una golondrina no hace verano, sino muchas, así una consideración déstas no hace al hombre bienaventurado, sino el ejercicio y uso dellas.

Éste fué el estudio y ocupación de algunos insignes filósofos, y así se escribe de Séneca que para emplear en esto una parte de la vida, se salió de Roma, para poder con mayor quietud y reposo vacar á la contemplación de las cosas divinas. Y porque en este ejercicio concuerdan los filósofos con los cristianos, parecióme engerir aquí la manera en que este gran filósofo se ejercitaba en este oficio. Lo cual servirá para confusión de muchos cristianos, que ni tienen ojos para saber mirar las maravillas que Dios ha obrado en este mundo, ni les pasa por pensamiento lo que este filósofo gentil siempre hacía. Pues conforme á esto, escribe él á un su amigo, que ninguna cosa mejor hace un sabio, que cuando levanta su corazón á la consideración de las cosas divinas. Y en otra epístola escribe á el mismo que no habiendo de ocuparse el hombre en este oficio, no había para qué haber

nascido. Porque ¿de qué servía alegrarme yo de estar puesto en el número de los vivientes? ¿Por ventura para comer y beber, y para sustentar este cuerpo deleznable y perecedero, si á cada hora no lo hinchimos de manjares, y para vivir subjecto á enfermedades, y temer la muerte, para la cual todos nascemos? Quita aparte este inestimable bien, no estimo en tanto esta vida, que por ella haya de sudar y trabajar. ¡Oh cuán baja cosa es el hombre, si no se levanta sobre las cosas humanas! Cuando peleamos con nuestras pasiones, ¿qué mucho hacemos? Aunque seamos vencedores en esta lucha, no hecimos más que vencer monstruos. Escapaste de los vicios, no eres hombre de dos caras, no hablas al sabor del paladar de los otros, estás libre de avaricia, la cual niega á sí lo que quita á los otros, ni te fatiga la ambición, la cual busca las dignidades haciendo cosas indignas: con todo esto, no es mucho lo que has alcanzado: de muchos males te has librado, mas aún no de ti, porque la virtud que buscamos es grande y magnífica. No está la bienaventuranza del hombre en carecer de vicios, mas sirve esto para alargar el corazón, y disponerlo para el conoscimiento de las cosas celestiales, y hacerlo digno de la compañía de Dios. Entonces está acabado y perfecto nuestro bien, cuando puestos todos los vicios debajo de los pies, subimos á lo alto, y llegamos á penetrar los secretos de naturaleza. Entonces huelga el hombre, andando entre las estrellas, de reirse se de los edificios y casas hermosas de los ricos, y de toda la tierra, con todo el oro que se ha desenterrado, y del que está guardado para el avaricia de los venideros. Ni puede el ánimo menospreciar las ricas portadas, y los zaquizamíes de marfil, y las mesas de arrayán cortadas á tijeras, y los caños de agua traídos á las casas de los ricos, si no hubiere cercado todo el mundo, y mirare dende lo alto la redondez de la tierra, tan estrecha, y en gran parte cubierta de agua, para que entonces diga él á sí mismo: ¿Éste es el punto que á fuego y á sangre se divide entre las gentes? ¡Oh, cuán dignos de reir son los términos de los mortales! Punto es esto en que navegáis, y batalláis, y ordenáis reinos y provincias. En lo alto hay grandes espacios, en los cuales es admitido el ánimo, pero no el de todos, sino de aquéllos que llevan consigo poco del cuerpo, y despidieron de sí toda inmundicia: los cuales desembarazados y aliviados destas cargas, y contentos con poco, se levantan á lo alto. Y cuando este tal

ánimo toca las cosas soberanas, entonces se recrea y cresce, y libre de las prisiones de la carne, vuelve á su origen y principio. Y esto toma por argumento de su divinidad, ver que las cosas divinas le deleitan, y que se ocupa en ellas, no como en cosas ajenas, sino como en suyas proprias. Entonces seguramente considera el nascimiento de las estrellas, y el caimiento dellas, y la concordia que guardan en tan diversos movimientos y caminos, y con curiosidad examina cada cosa déstas, y busca la razón della. ¿Por qué no buscará, pues entiende que todo esto pertenece á él? Entonces menosprecia la estrechura deste mundo. Porque todo el espacio que hay dende los últimos términos de España hasta las Indias, corre un navío, si le hace buen tiempo, en pocos días: mas aquella celestial región apenas anda una estrella muy ligera en espacio de treinta años. Entonces el hombre aprende lo que mucho antes deseó, que es conoscer á Dios. ¿Qué cosa es Dios? Mente y razón del universo. ¿Qué cosa es Dios? Todo lo que vemos, porque en todas las cosas vemos su sabiduría y asistencia, y desta manera confesamos su grandeza, la cual es tanta, que no se puede pensar otra mayor. Y si él solo es todas las cosas, él es el que dentro y fuera sustenta esta grande obra que hizo. Pues ¿qué diferencia hay entre la naturaleza divina y la nuestra? La diferencia, entre otras, es, que la mejor parte de la nuestra es el ánimo, mas él todo es ánimo, todo razón y todo entendimiento. En lo cuál se ve cuán grande sea el error de aquellos locos, los cuales, con ser este mundo una obra tal, que no se puede hallar otra ni más hermosa, ni más bien ordenada, ni más constante y regulada, vinieron á decir que se había hecho acaso, no mirando que ellos confiesan tener ánima, la cual ordena y endereza sus negocios y los ajenos: y esto niegan á este universo, en el cual todas las cosas se hacen con sumo concierto. Lo susodicho en substancia es de Séneca, el cual en el libro que escribió de la Vida Bienaventurada, dice que la misma naturaleza nos crió no sólo para obrar, sino también para contemplar. Y por esto dice que ella imprimió en nuestros ánimos un natural deseo de saber las cosas secretas. Por dónde muchos navegan y andan peregrinando por regiones muy apartadas, por solo este interese de saber cosas escondidas. Diónos, dice él, la naturaleza un entendimiento curioso, y como ella conoscía el artificio y hermosura de sus obras, quiso que fuésemos contempla-

dores dellas, pareciéndole que perdería el fructo de sus trabajos si cosas tan grandes, tan claras, tan subtilmente ordenadas, y tan resplandescientes, y por tantas vías hermosas, criara para la soledad. Y porque sepas que ella quiso ser no solamente mirada, sino también contemplada, considera el lugar en que nos puso, que fué en medio del mundo, donde nos dió vista para todas partes, para que de ahí pudiésemos ver las estrellas cuando nascen y cuando se ponen: y allende desto púsonos la cabeza en lo más alto del cuerpo sobre un cuello flexible, para que pudiese volver el rostro á la parte que quisiese. Y de los doce signos del cielo, por donde anda el sol, nos descubrió los seis de día, y los otros seis de noche, para que con el gusto destas cosas que se ven, nos encendiese la cobdicia de saber las que no se ven, para que por esta vía procediésemos de las cosas claras á las escuras, y así viniésemos á hallar una cosa más antigua que el mundo, de la cual salieron esas estrellas. De manera que nuestro pensamiento ha de romper los muros del cielo, y pasar delante, y no contentarse con saber solamente lo que ve, sino también lo que no se ve. Pues como el hombre sabio entiende haber nacido para esto, no piensa que tiene sobrado el tiempo de la vida para este estudio, antes conosce que por avariento que sea dél, y ninguna parte se le pierda por negligencia, que es muy breve para alcanzar tan grandes cosas, y que la vida del hombre es muy mortal para el conoscimiento de las cosas inmortales.

Y el mismo filósofo, en una epístola escripta á un su amigo, muestra cuánta razón tiene de ocuparse en la consideración de las cosas naturales, para venir al conoscimiento de su hacedor. Y así dice él: ¿Yo no procuraré saber cuáles sean los principios de que se hicieron todas las cosas, quién el hacedor dellas, quién el artífice deste mundo, por qué vía una cosa tan grande se puso en orden y ley, quién recogió cosas tan derramadas, y apartó cosas tan confusas, y dió nueva figura á las que estaban afeadas y escondidas, de dónde proceda esta tan grande luz, si es fuego ó otra cosa más resplandeciente que él? Pues ¿yo no trabajaré por saber estas cosas, y entender de dónde vine yo á este mundo, y á dónde tengo de ir acabada la vida, y cuál sea el lugar que está diputado para las ánimas después que estén libres de las leyes desta servidumbre? ¿Quieres que no me levante á las cosas del cielo, sino que viva la cabeza baja, como una bestia muda? Ma-

yor soy, y para mayores cosas nascí, que para ser esclavo de mi cuerpo.

Por todo lo que este gran filósofo nos ha enseñado en todas estas palabras, vemos cómo por el conoscimiento de las criaturas nuestro entendimiento se levanta al conoscimiento del Criador, así como por el conoscimiento de los efectos venimos en conoscimiento de las causas de do proceden. Pues como este mundo visible sea efecto y obra de las manos de Dios, él nos da conoscimiento de su hacedor, esto es, de la grandeza de quien hizo cosas tan grandes, y de la hermosura de quien formó cosas tan hermosas, y de la omnipotencia de quien las crió de nada, y de la sabiduría con que tan perfectamente las ordenó, y de la bondad con que tan magníficamente las proveyó de todo lo necesario, y de la providencia con que todo lo rige y gobierna. Éste era el libro en que los grandes filósofos estudiaban, y en el estudio y contemplación destas cosas tan altas y divinas ponían la felicidad del hombre.

§ I

Mas los cristianos demás destas obras de naturaleza tenemos las de gracia, que son más altas, y nos dan mayor conoscimiento de lo que es más glorioso en Dios, que es, de su bondad y misericordia. Y aunque las de gracia sean más excelentes, porque tienen más alto fin, que es la sanctificación y deificación del hombre, pero como las obras de naturaleza sean hijas del mismo padre, y efectos de la misma causa, también nos dan conoscimiento del principio de do proceden. Esto nos declaran los cuatro postreros capítulos del libro de Job, en los cuales, hablando Dios con este sancto, le da conoscimiento de su omnipotencia y sabiduría y providencia, representándole las maravillas de las obras que en este mundo visible tiene hechas. Para lo cual comenzando por las partes mayores del universo, y declarando la grandeza de ellas, que son cielos, tierra y mar, discurre luego por todas las otras menores, esto es, por las lluvias, nieves, heladas, vientos, truenos y relámpagos, que se engendran en la media región del aire. Después de lo cual desciende á tratar de los animales de la tierra, y de las aves del aire, de la grandeza y

fortaleza de los grandes peces de la mar. Y por estas cosas en que la sabiduría y omnipotencia divina resplandesce, se da á conoscer á aquel sancto varón, enseñándole á filosofar en este gran libro de las criaturas, las cuales, cada una en su manera, predican la gloria del artífice que las crió.

En este libro dijo el gran Antonio que estudiaba, porque preguntándole un filósofo en qué libro leía, respondió el sancto: El libro, oh filósofo, en que yo leo, es todo este mundo. En este mismo libro estudiaba también aquel divino Cantor, el cual en muchos de sus Psalmos recrea y apascienta su espíritu con la consideración así de las obras de naturaleza como de gracia. Y así en aquel Psalmo que comienza (1): *Los cielos predican la gloria de Dios,* la mitad del Psalmo gasta en contemplar estas obras de naturaleza, y la otra en una de las principales obras de gracia, que es, en la pureza y hermosura de la ley de Dios. Y en el Psalmo 135 nos pide que alabemos á Dios porque con su entendimiento crió los cielos, y asentó la tierra sobre las aguas, y crió dos grandes lumbreras, el sol para alumbrar el día, y la luna para de noche. Y en el Psalmo 146 manda que le alabemos porque cubre el cielo de nubes, y con ellas envía el agua lluvia sobre la tierra, y produce en los montes heno y yerba para el servicio de los hombres, y porque provee de mantenimiento á todas las bestias, y á los hijuelos de los cuervos, cuando le llaman. Y en el Psalmo que se sigue, nos pide que le alabemos porque nos da pan en abundancia, y por las nieves que nos envía de lo alto, y por las nieblas, y por los fríos, y por los vientos, y por las lluvias. De manera que en todos estos Psalmos junta las obras de naturaleza con las de gracia, y por las unas y por las otras canta los divinos loores. Mas en el Psalmo 103, que comienza: *Benedic, anima mea,* el segundo, discurre por la hermosura y fábrica y orden de todas las cosas criadas en el cielo, y en la tierra, y en la mar, y por todas ellas alaba á Dios. Y al principio dél dice que está Dios vestido de alabanza y hermosura, significando por estas palabras cómo todas las criaturas declaran cuán grande sea su hermosura, y cuán digno de ser alabado por ella. Mas al fin del Psalmo, como espantado de tantas maravillas, exclama diciendo: ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están

(1) Psalm. 18.

hechas con suma sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas. Esta admiración de las obras de Dios anda siempre acompañada con una grande alegría y suavidad, la cual el mismo Profeta declaró en otro Psalmo diciendo (1): Alegrastes, Señor, mi ánima con las cosas que tenéis hechas, y con la consideración de las obras de vuestras manos me gozaré. Esta espiritual alegría se recibe cuando el hombre, mirando la hermosura de las criaturas, no pára en ellas, sino sube por ellas al conoscimiento de la hermosura, de la bondad y de la caridad de Dios, que tales y tantas cosas crió no sólo para el uso, sino también para la recreación del hombre. Porque así como una rica vestidura paresce más hermosa vestida en un lindo cuerpo, que mirándola fuera dél, así parescen más hermosas las criaturas aplicándolas al fin para que fueron criadas, que es para ver en ellas á Dios, porque así como la vestidura se hizo para ornamento del cuerpo, así la criatura para conoscer por ella al Criador. Y por esto, no sólo con mayor fructo, sino también con mayor gusto, miran las personas espirituales estas cosas criadas, como son, cielo, sol, luna, estrellas, campos, ríos, fuentes, flores y arboledas, y otras semejantes.

§ II

Y aunque Aristóteles no era persona espiritual, no dejó de entender el grande gusto y suavidad que había en esta manera de filosofar, subiendo por la escalera de las criaturas á la contemplación de la sabiduría y hermosura del hacedor. Y así dice él en el libro de sus Éticas que son muy grandes los deleites que se gozan en la obra de la Sapiencia, que es, en el ejercicio de esta contemplación. Por lo cual me maravillo mucho así de Plinio como de tantos hombres que se dan á su lición, los cuales ningún otro fructo sacan de tantas maravillas como este autor escribe, sino sólo cebar el apetito natural de la curiosidad que los hombres tienen de saber cosas extraordinarias y admirables, que sería mejor mortificarlo que cebarlo, pudiendo á un solo lance llegar por este medio al conocimiento de aquella infinita

(1) Psalm. 91

bondad y sabiduría del obrador de tantas maravillas: en lo cual hallarían, no sólo muy grande fructo, sino también muy gran deleite, que es lo que los hombres comúnmente buscan. Deste linaje de filósofos dice el Apóstol (1) que habiendo conocido á Dios por las obras de naturaleza, no lo honraron como á Dios, porque contentos con entender el artificio de las cosas que veían, no pasaron adelante á ver y honrar el autor que las hiciera.

Por tanto, el cristiano sírvase de las criaturas como de unos espejos para ver en ellas la gloria de su Hacedor, pues como ya dijimos, para esto fueron ellas criadas. Y por esto, cuando aquí, ó fuera de aquí, leyere tantas maneras de habilidades como el Criador dió á todos los animales para mantenerse, y para curarse, y para defenderse, y para criar sus hijos, no pare en solo esto, sino suba por aquí al conoscimiento del Hacedor, y de ahí descienda á sí mismo. Lo cual brevemente nos enseñó el Apóstol cuando dijo (2): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes? Bien conoscía el Apóstol las habilidades que Dios había dado así á este animal como á todos los demás, para las cosas sobredichas: mas enseñado por el Espíritu Sancto entendía que no paraba Dios allí, sino que tiraba principalmente al hombre, para cuyo servicio fueron ellos criados. Porque por este medio pretendía mostrarle la grandeza de su bondad, la cual tan copiosamente provee á sus criaturas de todo lo que es necesario para su conservación, y la alteza de su sabiduría, que tantas y tan admirables habilidades para esto inventó, y la grandeza de su omnipotencia, pues todo lo que quiso y inventó, con sola su palabra perfectísimamente acabó, y junto con esto su perfectísima providencia, la cual comprehende y incluye estas tres altísimas perfecciones divinas en sí. Mas esto ¿para qué fin? Para que considerando esto los hombres, amasen aquella infinita bondad, y se maravillasen de aquella tan grande sabiduría, y obedesciesen y reverenciasen aquella suma omnipotencia, y pusiesen la esperanza del remedio de todas sus necesidades en aquella perfectísima providencia: porque á esto nos provoca él cuando nos propone el ejemplo de las aves (3), que sin sembrar, ni coger, ni guardar, son por su eterno Padre mantenidas.

Y cuanto las cosas son más viles y despreciadas, tanto más

(1) Rom. 1. (2) I Cor. 9. (3) Matth. 6.

eficazmente esfuerzan nuestra confianza. Porque quien considerare las extrañas habilidades que el Criador dió á una hormiga para mantenerse, de las cuales adelante trataremos, ¿cómo no avivará con este ejemplo su esperanza? ¿Cómo no dirá de todo corazón: Señor, si tantas habilidades distes á este animalillo para mantenerse, que de ninguna cosa sirve en este mundo sino de robar los trabajos del labrador, ¿qué cuidado tendréis del hombre, que criastes á vuestra imagen y semejanza, y hecistes capaz de vuestra gloria, y redemistes con la sangre de vuestro Hijo, si él no hiciere por donde desmerezca vuestro favor y amparo? No sé qué corazón haya tan flaco que no se esfuerce y cobre ánimo con este ejemplo. Pues á este blanco tiran todas estas providencias y maravillas del Criador, el cual en todas sus obras tiene por fin gloria suya y provecho del hombre.

Desta manera consideraban los Sanctos estas obras de Dios, porque como tenían ojos para saber mirar sus obras, así en ellas lo hallaban, alababan y reconocían. Y á este propósito declara S. Augustín aquel verso del Psalmo 62, donde el Profeta dice: Anduve rodeando y mirando las obras de Dios, y ofrecíle en su tabernáculo sacrificio de alabanza, ó de jubilación, como lee este sancto. Sobre lo cual dice él así: Si anduvo tu ánimo rodeando este mundo, y mirando las obras de Dios, hallarás que todas ellas, con el artificio maravilloso con que son fabricadas, están diciendo: Dios me hizo. Todo lo que te deleita en el arte, predica el alabanza del artífice. ¿Ves los cielos? Mira cuán grande sea esta obra de Dios. ¿Ves la tierra, y en ella tanta diversidad de simientes, tanta variedad de plantas, tanta muchedumbre de animales? Rodea cuantas cosas hay dende el cielo hasta la tierra, y verás que todas cantan y predican á su Criador, porque todas las especies de las criaturas voces son que cantan sus alabanzas. Mas ¿quién explicará todo lo que se ve en ellas? ¿Quién alabará dignamente el cielo, y la tierra, y la mar, y todo lo que en ellos hay? Mas éstas son cosas visibles. ¿Quién dignamente alabará los ángeles, los tronos, las dominaciones, los principados y potestades? ¿Quién dignamente alabará esto que dentro de nosotros vive, que mueve los miembros del cuerpo, que tantas cosas conosce por los sentidos, que de tantas se acuerda con la memoria, que tantas cosas alcanza con el entendimiento? Pues si tan bajas quedan las palabras humanas para alabar las criaturas,

¿cuánto más lo quedarán para alabar al Criador? Pues luego, ¿qué resta aquí, sino que desfalleciendo las palabras, y rodeando con el Profeta por todas las criaturas, ofrezcamos en su templo sacrificio de jubilación? Hasta aquí son palabras de Sant Augustín.

Por las cuales y por todo lo demás que hasta aquí habemos dicho, se podrá entender el fructo que se saca de la consideración de las criaturas, así para el conoscimiento como para el amor y reverencia del Criador. Por lo cual muchos de los Sanctos se dieron mucho á este género de contemplación, entre los cuales Sant Ambrosio y Sant Basilio, ambos pontífices sanctísimos, doctísimos y elocuentísimos, enamorados de la hermosura y sabiduría de Dios, que resplandecía en las criaturas, escribió cada uno su *Examerón*, que quiere decir, la obra de los seis días en que Dios crió todas las cosas. Y comenzando por los cielos, descendieron á tratar de todas las cosas, hasta la más pequeña, mostrando en ellas el artificio y sabiduría con que fueron criadas, y la bondad y providencia con que son mantenidas y gobernadas. Después de los cuales Teodoreto, también autor griego no menos docto y elocuente, trató buena parte deste argumento en los sermones que escribió de la divina Providencia, de los cuales tomé los mejores bocados que hallé para presentar en este convite espiritual al piadoso lector. Y porque esto lea con mayor devoción, quise poner al principio la meditación siguiente.

SÍGUESE UNA DEVOTA MEDITACIÓN, EN LA CUAL SE DECLARA QUE AUNQUE DIOS SEA INCOMPREHENSIBLE, TODAVÍA SE CONOSCE ALGO DÉL POR LA CONSIDERACIÓN DE LAS OBRAS DE SUS MANOS, QUE SON SUS CRIATURAS.

CAPÍTULO II

¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores! ¡Oh eterna Sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetráis con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso y tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho más del hombre que redemistes, al cual hecistes señor de todo, inclinad agora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos, para oir los clamores deste pobre y vilísimo pecador.

Señor Dios mío, ninguna cosa más desea mi ánima que amaros, porque ninguna cosa hay á vos más debida, ni á mí más necesaria que este amor. Criástesme para que os amase, pusistes mi bienaventuranza en este amor, mandástesme que os amase, enseñástesme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente todos los bienes. Porque este amor es un breve sumario, en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñástesme también, Salvador mío, que no os podía amar, si no os conoscía. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura, amamos á nuestros padres y bienhechores, amamos á nuestros amigos y á aquéllos con quien tenemos semejanza, y finalmente toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conoscimiento se presupone para que dél nazca el amor. Pues ¿quién me dará que yo así os conozca y entienda cómo en vos solo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién más bueno que vos? ¿Quién más hermoso? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más padre, y más amigo, y más largo bienhechor? Finalmente, ¿quién

es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino vos?

Pues ¿qué haré, Dios mío, para alcanzar este conoscimiento? ¿Cómo os conosceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos, siendo vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos? Pues ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros, y no puede amaros sin conosceros, pues tan alto sois de conoscer? Todo nuestro conoscimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágines de las cosas entran á nuestras ánimas, mediante las cuales las conoscemos. Vos, Señor, sois infinito, no podéis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente: pues ¿cómo os conoceré? Oh altísima substancia, oh nobilísima esencia, oh incomprehensible majestad, ¿quién os conoscerá? Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criastes en número, peso y medida, y les hecistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdición. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud, mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo y comprehenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdición. Mas vos, Señor, sois infinito, no hay cerco que os comprehenda, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los tenéis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza criada, porque así como no reconoscéis superior, así no tenéis jurisdición determinada. A todo el mundo, que criastes en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar Océano un hombre mortal, porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Océano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud y supremo en la jurisdición. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandáis en el mundo y fuera del mundo, porque llamáis las cosas que no son, como á las que son.

Pues siendo como sois, tan grande, ¿quién os conoscerá? ¿Quién

conoscerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conoscer la bajeza de la suya? Esta misma ánima con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conoscer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imagen y semejanza. Siendo pues tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conoscer aquella soberana y incomprehensible substancia?

Mas con todo esto, Salvador mío, no puedo ni debo desistir desta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo ni quiero vivir sin este conoscimiento, que es principio de nuestro amor. Ciego soy, y muy corto de vista, para conosceros, mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos, no hay otro descanso sino en vos, no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura, aunque sea por el viril de vuestras criaturas.

Y aunque sea poquito lo que de vos conosceremos, pero mucho más vale conoscer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con escuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conosciéremos todo, conosceremos todo lo que pudiéremos, y amaremos todo lo que conosciéremos, y con esto solo quedará nuestra ánima contenta, pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.

Cuanto más, Señor, que vuestra gracia ayudará á nuestra flaqueza, y si os comenzáremos á amar un poco, darnos heis por este amor pequeño otro más grande, con mayor conoscimiento de vuestra gloria, así como nos lo tenéis prometido por vuestro Evangelista, diciendo (1): Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y yo también lo amaré, y me descubriré á él, que es darle un más perfecto conoscimiento, para que así crezca más en ese amor.

Ayúdanos también para esto la sancta fe católica, y las Escripturas sagradas, en las cuales tuvistes, Señor, por bien daros á conoscer, y revelarnos las maravillas de vuestra grandeza, porque este tan alto conoscimiento causase en nuestra voluntad amor y reverencia de vuestro sancto nombre. Ayúdanos también la universidad de las criaturas, las cuales nos dan

(1) Ioan. 14.

voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfección dellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio dellas el amor que nos tenéis. Y así por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo que sois para nosotros, ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusistes delante de nuestros ojos para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos á vos. Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos, y conosciesen quién vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas deste mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condemnadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo dellas. Desta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandescientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es, y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es, y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es, y el que con tantos

argumentos y testimonios de todas las criaturas no conosce la nobleza de su criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conoscemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conoscer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oir lo que nos dice por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura dellas, y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado más arriba, para ver allí al hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite.

Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy más aniñados que los niños, habiéndonos puesto vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo para que por las criaturas dél como por unas letras vivas leyésemos y conociésemos la excelencia del criador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo: y nosotros, como niños, no hacemos más que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas. ¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y más que niños en los sentidos! ¡Oh prevaricadores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios! ¡Ay de aquéllos (dice Sant Augustín) que se deleitan, Señor, en mirar vuestras señales, y se olvidan de mirar lo que por ellas les queréis señalar y enseñar, que es el conoscimiento de su criador!

Pues no permitáis vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os

debo, porque no caiga en la culpa de ingrato y desconoscido, porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduria (1) que el día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es que las mismas criaturas, que fueron dadas para nuestro servicio, vengan á ser nuestro castigo, pues no quesimos conoscer á Dios por ellas, ni tomar su aviso. Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guiadme en este camino con vuestra providencia, enseñad mi entendimiento con vuestra verdad, y dad vida á mi ánima con vuestro amor. Gran jornada es subir por las criaturas al criador, y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conoscer por ellas el consejo y sabiduría del hacedor. Quien no sabe notar el artificio de un pequeño debujo hecho por mano de algún grande oficial, ¿cómo sabrá notar el artificio de una tan grande pintura como es todo este mundo visible?

Á todos, Señor, nos acaece, cuando nos ponemos á considerar las maravillas desta obra, como á un rústico aldeano que entra de nuevo en alguna grande ciudad, ó en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos, y embebecido en mirar la hermosura del edificio, olvídase de la puerta por do entró, y viene á perderse en medio de la casa, y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine. Pues ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que vos criastes? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura de razón, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿Cómo nadará en un tan profundo piélago de maravillas quien se ahoga en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme vos, Señor, en esta jornada, guiad á este rústico aldeano por la mano, y mostralde con el dedo de vuestro espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe y glorifique en los siglos de los siglos. Amén.

(1) Sap. 5.

DE LOS FUNDAMENTOS QUE LOS FILÓSOFOS TUVIERON PARA ALCANZAR POR LUMBRE NATURAL QUE HAY DIOS

CAPÍTULO III

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios, conviene á saber, que hay en este universo un príncipe, un primer movedor, una primera verdad y bondad, y una primera causa de que penden todas las otras causas, y ella no pende de nadie. Éste es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol (1) que el que se quiere llegar á Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios. Y es tan manifiesta en lumbre natural esta verdad, que se alcanza por evidente demostración, como la alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy día todos los sabios, conosciendo por los efectos que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual dice Sancto Tomás (2) que los sabios no tienen fe deste primer artículo, porque tienen evidencia de él, la cual no se compadesce con la escuridad que está aneja á la fe. Mas los ignorantes, que no alcanzan esta razón (y creen esto porque Dios lo reveló, y la Iglesia lo propone para creer) tienen fe deste artículo.

Mas veamos agora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad, lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe. Porque cuando se casa la fe con la razón, y la razón con la fe, contestando la una con la otra, cáusase en el ánima un nobilísimo conoscimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente, donde la fe nos esfuerza con su firmeza, y la razón alegra con su claridad. La fe enseña á Dios encubierto con el velo de su grandeza, mas la razón clara quita un poco dese velo, para que se vea su hermosura. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razón hace que con alegría lo creamos.

---

(1) Hebr. 11. (2) S. Thom. 1. p.

Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenan las consciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos, y hácennos abrazar dulcemente esta soberana verdad. Para la cual tenemos dos maestros, uno de las sanctas Escripturas, y otro de las criaturas, los cuales ambos nos ayudan grandemente para el conoscimiento de nuestro Criador. Por esto tocaremos aquí algunos de los motivos y fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad. Y digo algunos, porque solamente tocaremos aquellos que son más claros y más acomodados á la capacidad del pueblo, dejando los otros más subtiles para las escuelas de los teólogos.

Parecerá á alguno ser excusado tratar esta materia entre cristianos, pues todos tienen fe deste artículo. Así es, mas con todo eso habemos visto y vemos cada día hombres tan desaforados, tan desalmados y tan tiranos, que aunque con el entendimiento confiesen que hay Dios, con sus obras lo niegan, porque ninguna cosa menos hacen creyéndolo, que harían si totalmente no lo creyesen. Pues para éstos que tienen la lumbre de la fe tan olvidada y escondida, aprovechará mostrarles claramente por lumbre de razón que hay Dios: quizá esto les daría alguna sofrenada para que mirasen por sí. Y demás deste provecho hay otro mayor y más común para todos, el cual es, que todas las cosas que nos dicen haber Dios, juntamente nos declaran muchas de sus perfecciones, especialmente su sabiduría, su omnipotencia, su bondad, su providencia, con la cual rige y gobierna todas las cosas.

Pues entre estos fundamentos, el primero y más palpable se toma de la orden de las cosas, porque vemos en este mundo diversos grados de perfección en todas las criaturas (1). Y en esta orden ponemos en el grado más bajo los cuatro elementos, que son cuerpos simples, los cuales no tienen más que dos cualidades. En el segundo ponemos los mixtos imperfectos, como son nieves, pluvias, granizo, vientos, heladas y otras cosas semejantes que tienen alguna más composición. En el tercero están los mixtos perfectos, como son piedras, perlas y metales, donde se halla perfecta composición de los cuatro elementos. En el cuarto ponemos las cosas que demás desta composición tienen vida, y crescen, y menguan, como son los árboles y todas las plantas.

(1) S. Thom. ubi supra.

En el quinto están los animales imperfectos, que demás de la vida tienen sentido, aunque carecen de movimiento, como son las ostras y muchos de los mariscos. En el sexto están los animales perfectos, que demás del sentido tienen movimiento, como los peces y aves, &c. En el séptimo ponemos al hombre, que demás de lo dicho, tiene razón y entendimiento, con que se aventaja y diferencia de todos los brutos. Sobre el hombre ponemos al ángel, que tiene más alto entendimiento, y es substancia espiritual apartada de toda materia. Y entre esos mismos ángeles hay orden, porque unos son de más noble y perfecta naturaleza que otros, y siguiendo la sentencia de Santo Tomás (que es muy conforme á la doctrina de Aristóteles) no hay dos ángeles de igual perfección, con ser ellos innumerables, sino siempre uno es esencialmente más perfecto que otro. Pues subiendo por esta orden, ó habemos de dar proceso en infinito sin haber postrero (lo cual es imposible en naturaleza) ó habemos de venir en parar en una cosa la más perfecta de todas, sobre la cual no hay otra más perfecta. Ésta pues, que está en la cumbre de todas y sobre todas, es la que llamamos Dios, ó primera verdad, primera causa y primer movedor y autor de todas las cosas: la cual no ha de ser criada ó hecha por algun criador ó hacedor, porque ése sería más perfecto que él, pues es más perfecto el criador que su criatura, y el hacedor que su hechura. De donde se sigue que ese Señor ha de ser eterno y sin principio, pues no pudo ser criado ni hecho por otro. Éste es el primer fundamento desta verdad, que se toma del orden de las criaturas.

II. El segundo es el que se toma del movimiento de las cosas. Para lo cual tomamos por principio que todas las cosas que se mueven corporalmente, tienen dentro ó fuera de sí alguna virtud ó fuerza que las mueva. Lo cual se ve claramente así en el hombre como en todos los animales, en los cuales el cuerpo es el que se mueve, y el ánima la que lo mueve. Y esto parece ser así, porque faltando el ánima, falta luego el movimiento que della procedía. Pues dejemos agora los movimientos de la tierra, y subamos al movimiento del más alto cielo, que está sobre el cielo estrellado, el cual mueve los otros cielos inferiores, y es causa de todos los movimientos que hay acá en la tierra: el cual se mueve con tan grande ligereza, que en un solo día natural da una vuelta á todo el mundo. Pues este cielo, según lo presupues-

to, ha de tener movedor que lo mueva. Pues deste movedor se pregunta si en su ser y en la virtud que tiene para causar este movimiento, tiene dependencia de otro, ó no: si no la tiene, sino por sí mismo tiene su ser y su poder, ese tal llamaremos Dios, porque solo Dios es el que, como superior de todas las cosas, no pende, ni en su ser ni en su poder, de nadie, sino de sí mismo. Mas si me decís que tiene otro superior, de quien depende cuanto al ser y cuanto á la virtud del mover, dese superior haré la misma pregunta que del inferior: y procediendo en este discurso, ó se ha de dar proceso en infinito (lo cual dijimos ser imposible) ó habemos finalmente de venir á un primer movedor, de que penden los otros movedores, y á una primera causa, de cuya virtud participan su virtud todas las otras causas, y ésa es á quien llamamos Dios. Ésta es la demostración por donde los filósofos probaron que había un primer movedor que no pendía de nadie, sino de sí mismo, Y los que penetran la fuerza desta demostración, no tienen fe deste primer artículo, porque tienen (como dijimos) evidencia dél. Y para éstos no se llama éste artículo de fe, sino preámbulo della, como dice el mismo sancto Doctor.

III. Otros motivos tuvieron los filósofos, de que Tulio hace mucho caso, y con mucha razón: y uno dellos es que con ser tantas y tan varias las naciones del mundo, ninguna hay tan bárbara ni tan fiera que dado que no conozca cuál sea el verdadero Dios, no entienda que lo hay, y le honre con alguna manera de veneración. La causa desto es, porque (demás de la hermosura y orden deste mundo, que está testificando que hay Dios que lo gobierna) el mismo criador, así como imprimió en los corazones de los hombres una inclinación natural para amar y reverenciar á sus padres, así también imprimió en ellos otra semejante inclinación para amar y reverenciar á Dios como á padre universal de todas las cosas y sustentador y gobernador dellas. Y de aquí procede esa manera de culto y religión, aunque falsa, que en todas las naciones del mundo vemos. La cual de tal manera está impresa en los corazones humanos, que por sola defensa della pelean unas naciones con otras, sin haber otra causa de pelear, como lo vemos entre moros y cristianos. Porque creyendo cada uno que su religión es la verdadera, y que por ella es Dios verdaderamente honrado, y no por las otras, paréceles estar obligados á tomar la voz por su Dios, y hacer

guerra á los que no lo honran como ellos entienden que debe ser honrado: tan impreso está en los corazones humanos el culto y veneración de Dios. Y lo que más es, cada día vemos pasarse hombres de diversas sectas á nuestra Religión, y dejar mujer, y hijos, y hacienda, y cargos honrosos, como agora lo vimos en uno, que habiendo muchos años antes negado la fe, se vino á tierra de cristianos, dejando todo esto que habemos dicho, por la fe verdadera. En lo cual se ve cuán poderosamente arraigó el Criador este afecto de religión en nuestros corazones, pues prevalece y vence los mayores afectos que hay en el hombre, que son las afecciones destas cosas que dijimos. Y esto mismo acaesció en tiempo de Esdras á los hijos de Israel que se hallaron casados con mujeres de linajes de gentiles, cuando volvieron del captiverio de Babilonia, los cuales las dejaron junto con los hijos que dellas habían nacido, por no quebrantar la ley de Dios, que tales casamientos prohibía.

IV. Otro indicio señalan desta verdad, el cual también procede desta natural inclinación que decimos, y es que todos los hombres cuando se ven en algún grande y extraordinario aprieto y angustia, naturalmente, sin discurso alguno, levantan el corazón á Dios á pedirle socorro. Y como este movimiento sea tan acelerado, que previene el discurso de la razón, síguese que procede de la misma naturaleza del hombre, la cual como sea formada por Dios, y Dios no haga cosa ociosa y sin propósito, síguese no sólo que hay Dios, sino también ser él infinitamente perfecto. Porque este recurso es como una voz y testimonio de la misma naturaleza, la cual con esto confiesa que aquel divino Presidente lo ve todo, y lo prevee todo, y que en todo lugar se halla presente. Aquí confiesa su providencia, su bondad, su misericordia, y el amor que tiene á los hombres, y el deseo de remediarlos, pues él mismo, cuando los crió, imprimió en ellos esta natural inclinación que los moviese á recorrer á él como á verdadero padre, en sus angustias y tribulaciones.

§ I

V. El quinto motivo que así los filósofos como todos los hombres tuvieron para reconocer la divinidad, fué la fábrica, y orden, y concierto, y hermosura, y grandeza deste mundo y de las partes principales dél, que son, cielo, estrellas, planetas, tierra, agua, aire y fuego, vientos, lluvias, nieves, ríos, fuentes, plantas, y todo lo demás que en él hay. Esta consideración, con las dos que luego trataremos, prosigue copiosamente Tulio, elegantísimo orador y filósofo, en nombre de otro filósofo estoico (1). Y pues en esta materia procedemos por vía de filosofía, parecióme engerir aquí (para los que no entienden latín) lo que este filósofo con las palabras de la elocuencia de Tulio dice, dejando algunas cosas que adelante se tratan en sus proprios lugares. Mas advierto al lector que cuando en lugar de Dios hallare dioses, entienda que habla como filósofo gentil, y como en esto se engaña, así también cuando dice que los dioses tienen cuidado de las cosas grandes, y no de las pequeñas, lo cual es contra lo que nos enseñó aquel Maestro que vino del cielo, cuando dijo que ni un pajarillo caía en el lazo sin la voluntad y providencia del Padre celestial (2). Dice pues así este filósofo.

Ninguna cosa se hallará en la administración y gobierno del mundo que se pueda justamente reprehender, y si alguno quisiere emendar algo de lo hecho, ó lo hará peor, ó del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo están de tal manera fabricadas que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para la vista más hermosas, veamos si pudieran ser hechas acaso, ó perseverar en el estado en que están, si no fueran gobernadas por la divina Providencia. Por dónde, si son más perfectas las obras de naturaleza que las del arte, si las del arte se hacen con razón, síguese que las de naturaleza no han de carecer de razón. Pues ¿quién habrá que viendo una tabla muy bien pintada, no entienda que se hizo por arte, y viendo dende lejos correr un navío por el agua, no conozca que este movimiento se haga por razón y arte, y viendo cómo un reloj señala las horas

(1) Cicer. lib. 2. de Natura Deorum. (2) Matth. 10. Luc. 12.

á sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva á decir que el mundo (el cual inventó estas mismas artes, con los oficiales dellas, y abraza todas las cosas) carezca de razón y de arte?

Mas levantemos los ojos á las cosas mayores. En el cielo resplandescen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las cosas esclaresce y rodea, es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra: y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningún daño hacen á la tierra ni á las cosas della, mas antes la aprovechan de tal manera, que si mudasen sus lugares y puestos, ardería todo el mundo. Y un poco más abajo añade el mismo Tulio estas palabras: Hermosamente dijo Aristóteles que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas y con todas las cosas con que están ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres, morando en aquellos soterraños, nunca hubiesen visto las cosas que están sobre la tierra, y hubiesen oído por fama que hay una divinidad en el mundo soberana, y después de esto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos, cuando viesen la tierra, la mar y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol, y conosciesen la grandeza y hermosura y eficacia dél, y cómo él, esclaresciendo con su luz el cielo, es causa del día, y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad de la luna, con sus crescientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nascimientos y puestos de las estrellas, tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad, sin sin duda cuando los tales hombres, salidos de las escuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conoscerían haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era, haber en este mundo una soberana divinidad, de que todo pendía. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros, dice el mismo Tulio, imaginemos unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado de los fuegos del monte Etna, las cuales escurescieron todas las regiones comarcanas, y imaginemos que por espacio de dos días ningún hombre pudiese ver á otro. Pues si al tercero día el sol

esclareciese al mundo, parecería á estos hombres que de nuevo habían resuscitado. Y si esto mismo acaesciese á algunos que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales súbitamente viesen la luz, ¡cuán hermosa les parecería la figura del cielo! Mas la costumbre de ver esto cada día, hace que los hombres no se maravillen desta hermosura, ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover más que su grandeza á inquirir las causas dellas. Porque ¿quién tendrá por hombre de razón al que viendo los movimientos del cielo y la orden de las estrellas tan firme y constante, y viendo la conexión y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razón, y crea que se hicieron acaso las cosas que ningún consejo ni entendimiento puede llegar á comprehender con cuánto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza, ó reloj, ó algunas figuras moverse artificiosamente, no entendemos que hay algún artificio y causa destos movimientos? Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos, con tan admirable ligereza, y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservación de las cosas, ¿no echaremos de ver que todo esto se hace con razón, y no sólo con razón, sino con excelente y divina razón?

Mas dejada aparte la subtileza de los argumentos, pongámonos á mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra, sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma, colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses, donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perenales de las aguas frías, los licores claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á ésto las venas escondidas del oro y plata y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demás desto, ¡cuánta diversidad vemos de bestias, dellas mansas, dellas fieras, cuántos vuelos y cantos de aves, cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres! Pues

¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores della, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos y las islas y las riberas resplandescen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habría que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¡cuán grande es la hermosura de la mar, cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella, qué frescura y deleite de sus riberas, cuántos linajes de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima dellas, otros que están pegados con sus conchas naturales á las peñas! Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una común naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino á la mar se diferencia entre día y noche, el cual unas veces adelgazándose sube á lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte á otra, causa los vientos. Y él también sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Réstanos agora el postrer lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y cabo del mundo: en el cual aquellas lumbreras resplandescientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiración á quien los contempla. Entre los cuales el sol, moviéndose alderredor de la tierra, y naciendo y poniéndose, es causa del día y de la noche, y llegándose á nosotros un tiempo del año, y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias: y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y después se alegra con su venida. Mas la luna (que como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra) caminando por las mismas vías que el sol, envía á la tierra la lumbre que recibe dél, mudándose muchas veces, y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando

ella al sol cuando se le pone delante. Y por los mismos espacios corren los planetas alderredor de la tierra, los cuales á veces se apresuran en sus movimientos, y á veces se tardan, y otras se detienen, que es cosa de grande admiración y hermosura. Sígue-se luego la muchedumbre de las estrellas fijas, las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras, por las cuales son nombradas, como es, el carro, la bucina y otras semejantes, que son guía de los que navegan por la mar. Todo lo susodicho es de Tulio, el cual con el argumento de la fábrica y hermosura y provecho de las partes principales deste mundo inferior, y con la orden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes, tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Y un poco más abajo, declarando el cuidado que la divina Providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice della que demás del común pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provisión de nuestra vida. Y así vemos, dice él, que en Egipto el río Nilo con sus crescientes riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho, se recoge, dejando los campos ablandados y dispuestos para la sementera. Á Mesopotamia hace fértil el río Eufrates, en la cual cada año renueva los campos, y cuasi los hace otros. Mas el río Indo (que es el mayor de todos los ríos) no sólo alegra y ablanda los campos, sino también los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes á los granos de que nacen las mieses. Muchas otras cosas memorables podría contar, que se crían en diversos lugares, y muchos campos fértiles, unos que dan una manera de fructo, y otros otro. Mas ¡cuánta es la benignidad y liberalidad de la naturaleza en haber criado tantas y tan diversas y tan suaves cosas para nuestro mantenimiento, y éstas no en un solo tiempo del año, sino siempre, para que con la novedad de los manjares y con la abundancia dellos se renovase nuestro gusto y deleite! Y ¡cuán saludables vientos y cuán proporcionados á sus tiempos produce, no sólo para el provecho de los hombres, sino también de los ganados y de todas las cosas que nacen de la tierra, con los cuales los grandes calores se templan, y con ellos se navega con mayor ligereza la mar!

Muchas otras cosas callamos, y muchas también decimos, porque no se pueden contar los provechos que nos traen los ríos, y las mudanzas de la mar, cuando crece ó mengua, y los montes vestidos de verdura, y los bosques, y las salinas que se hallan en lugares muy apartados de la mar, y la muchedumbre de las yerbas medicinales que produce la tierra, y innumerables artes necesarias para el mantenimiento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los días y de las noches sirve para conservar la vida de los animales, señalándonos un tiempo para trabajar, y otro para descansar. De manera que por todas partes se concluye que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino, el cual por una manera maravillosa lo endereza y ordena á la salud y conservación de todas las cosas Lo susodicho es de Tulio en nombre de un filósofo estoico, el cual con tanta atención discurría por todas las cosas del mundo, cebando y recreando su ánima en la contemplación de las obras y maravillas de la divina Providencia. Lo cual es para confusión de muchos cristianos que tan poco tiempo gastan en la consideración de cosas tan admirables.

§ II

Mas entre todas ellas es mucho para considerar de la manera que todas (como una música concertada de diversas voces) concuerdan en el servicio del hombre, para quien fueron criadas, sin haber una sola que se exima de su servicio, y que no le acarree algún provecho, y pague algún tributo temporal ó espiritual. En lo cual se ha de considerar cómo todas las cosas en este ministerio se ayudan unas á otras, como diversos criados de un señor, que teniendo diferentes oficios, se emplean todos, cada cual de su manera, en el servicio del señor. De lo cual resulta esta harmonía del mundo, compuesta de infinita variedad de cosas, reducidas á esta unidad susodicha, que es el servicio del hombre Pongamos ejemplo comenzando del mismo hombre, el cual (según Aristóteles dice) es como fin, para cuyo servicio la divina Providencia diputó todas las cosas deste mundo inferior. Pues éste primeramente tiene necesidad del servicio de diversos animales para mantenerse de sus carnes, para vestirse y calzarse

de sus pieles y lanas, para labrar la tierra, para llevar y traer cargas, y aliviar con esto el trabajo de los hombres. Estos animales tienen necesidad de yerba y pasto para sustentarse. Éste se cría y cresce con las lluvias que riegan la tierra: éstas se engendran de los vapores que el sol hace levantar así de la tierra como de la mar. Éstos han menester viento para que los lleven de la mar á la tierra. Los vientos proceden de las exhalaciones de la tierra. Para esto son necesarias las influencias del cielo, y el calor del sol que las saque della, y levante á lo alto. El cielo tiene necesidad de la inteligencia que lo mueva, y ésta de la primera causa, que es Dios, para que la conserve y sustente en el oficio que tiene. Desta manera podríamos poner ejemplo en todas las otras cosas criadas, y mostrar cómo se ayudan y sirven unas á otras, y todas finalmente se ordenan y reducen al servicio del hombre, para el cual fueron criadas.

Dónde es razón de considerar la divina sabiduría en haber ordenado las causas de las cosas de tal manera que unas tengan necesidad del ayuda y ministerio de las otras, y que ninguna por sí sola baste para todo, para que así se quitase á los hombres la ocasión de idolatrar, viendo la necesidad que las más excelentes criaturas tienen del ministerio y uso de las otras. Porque el sol es el que entre todas ellas tiene más virtud para la procreación de las cosas, mayormente pues él da luz á todas las estrellas, y con la luz eficacia para sus influencias. Este planeta con su movimiento proprio allegándose y desviándose de nosotros, es causa de los cuatro tiempos del año, que son invierno, verano, estío y otoño, que son necesarios para la produción de las cosas. Mas él mismo, para causar días y noches (que no son para esto menos necesarias) tiene necesidad del movimiento del primer cielo, que en un día natural hace que el sol dé una vuelta al mundo, y con esto se causa el día y la noche. Asimismo los otros planetas y estrellas, según los diversos aspectos que tienen entre sí y con el sol, son causa de diversos efectos acá en la tierra, como son lluvias, serenidad, vientos, frío y calor, y cosas semejantes. Esta cadena, ó si se puede decir, esta danza tan ordenada de las criaturas, y como música de diversas voces, convenció á Averrois para creer que no había más que un solo Dios. Porque no se pueden reducir á un fin con una orden cosas tan diversas, si no hubiere uno que sea como maestro de capilla, que las reduzga á

esta unidad y consonancia. Mas si fuesen dos ó muchos dioses diferentes entre sí, y no fuesen conformes ni subjectos uno á otro, no se podría causar esta unidad, porque cada uno tiraría por su camino, y unos impedirían á otros, como un navío entre vientos igualmente contrarios, el cual mientra así estuviese, no se movería.

Esta hermosísima figura del mundo describe Séneca elegantemente á una noble matrona romana por estas palabras. Imagina que al tiempo que nasces en este mundo, te declaro la condición deste lugar adonde entras, y te digo: mira que entras en una gran ciudad, que abraza y encierra en sí todas las cosas, gobernadas por leyes eternas. Verás aquí innumerables estrellas, y una sola, que es el sol, el cual hinche con su luz todas las cosas, y con su ordinario movimiento reparte igualmente el espacio de los días y de las noches, y divide en partes iguales los cuatro tiempos del año. Verás aquí cómo la luna recibe del sol su hermano la claridad, á veces mayor, á veces menor, según el aspecto y disposición en que lo mira: la cual unas veces del todo se encubre, y otras llena la cara de claridad, del todo se descubre, mudándose siempre con sus crescientes y menguantes, y diferenciándose del día que precedió. Verás otras cinco estrellas, que van por diversos caminos, y corren contra el común curso del cielo, de cuyos movimientos proceden las mudanzas y alteraciones de todas las cosas corporales, según fuere favorable ó contrario el puesto y aspecto dellas. Maravillarte has de los nublados escuros, y de las aguas que caen del cielo, y de los truenos y relámpagos, y de los rayos que caen de través. Y cuando recreados ya los ojos con la vista de las cosas altas, los inclinares á las tierras, verás otra forma de cosas que te cause nueva admiración. Verás la llanura de los campos tendidos por largos espacios, y los montes que se levantan en lo alto con sus collados cubiertos de nieve, y la caída de los ríos que nascidos de una fuente, corren de oriente á occidente, y verás las arboledas que en lo alto de los collados se están meneando, y los grandes bosques con sus animales y cantos de aves que en ellos resuenan. Verás los sitios y asientos de diversas ciudades, y las naciones cercadas y apartadas unas de otras, ó con montes altos, ó con riberas, ó lagos, ó valles, ó lagunas de agua. Verás las mieses crescidas con labor y industria, y otras plantas que sin ella dan

fructo. Verás correr blandamente los ríos entre los prados verdes, y los senos y riberas de la mar que vienen á hacerse puertos seguros, y verás tantas diferencias de islas tendidas por ese mar grande, que causan distinción entre unos mares y otros. Pues ¿qué diré del resplandor de las perlas preciosas, y del oro que se halla entre las arenas de los arroyos cuando van crecidos, y del mar Océano, que se explaya con gran licencia sobre sus riberas, y con sus tres grandes senos divide la habitación de las gentes? Dentro del cual verás unos pescados de increíble grandeza, otros muy pesados que tienen necesidad de ayuda para moverse, y otros más ligeros que una galera con sus remos, y otros que siguiendo los navíos, echan de sí una grande espadañada de agua, no sin temor y peligro de los navegantes. Verás navíos que buscan tierras no conoscidas, y verás que ninguna cosa quedó por tentar al atrevimiento humano. Hasta aquí son palabras de Séneca.

§ III

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas deste mundo, ¿quién será tan bruto que diga haberse todo esto hecho acaso, y no tener un sapientísimo y potentísimo hacedor? ¿Quién diría que un retablo muy grande y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo acaso, con un borrón de tinta que acertó á caer sobre una tabla? Pues ¿qué retablo más grande, más vistoso y más hermoso que este mundo? ¿Qué colores más vivos y agradables que los de los prados y árboles de la primavera? ¿Qué figuras más primas que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa más resplandeciente y más pintada que el cielo con sus estrellas? Pues ¿cuál será el ciego que todas estas maravillas diga que se hicieron acaso?

Si por caso yendo camino hallases en un bosque una casa de solaz de algún príncipe, muy bien edificada y proveída de todo género de mantenimientos, y de las oficinas que fuesen necesarias para servicio del príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus hachas encendidas, sus verjeles, y cisternas, y fuentes de agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados, y maravillado tú de todo este aparato, preguntases

cómo se había hecho esto, te respondiesen que había caído un pedazo de aquella montaña, y los pedazos della habían acertado á caer de tal manera que sin mano de oficial se habían fabricado aquellos tan hermosos palacios, con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirías? ¿Podría fingirse desatino mayor? Pues decidme agora: si poniéndoos vos de propósito á considerar la hermosura de la gran casa real deste mundo, y viendo la fábrica y la provisión de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda del cielo tan grande y tan compasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastada de tantas diferencias de manjares como es la tierra con todas las carnes y frutas y otros mantenimientos que hay en ella, viendo tantas frescuras y verjeles y fuentes de agua, tantos paños de verdura como se ven por todas las montañas y valles y praderías de los campos, viendo las hachas y lumbreras que arden día y noche en medio desos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata, y piedras preciosas que nacen en los mineros de la tierra, los aposentos diversos y convenientes para los moradores desta casa, unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el regimiento de toda esta casa y familia, y el orden della, y cómo los ángeles, que son criaturas más principales, mueven los cielos, y los cielos á los elementos, y de los elementos se forman los compuestos, y todo finalmente va encaminado para el servicio del príncipe desta casa, que es el hombre: quien todo esto ve, con otras infinitas cosas que no se pueden comprehender en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hiciese acaso? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene potentísimo y sapientísimo hacedor?

Pues esta hermosura y grandeza del mundo, con la variedad de las cosas que en él hay, reducidas á aquella unidad que dijimos, movió no solamente á los filósofos, mas también á todas las gentes, á creer que cosas tan grandes, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se habían hecho acaso, sino que tenían un sapientísimo y potentísimo hacedor, que con su omnipotencia las había criado, y con su sabiduría las gobernaba. Y esto es por lo que David exclama en el Psalmo 18, cuando dice: Los cielos denuncian la gloria de Dios, y las obras de sus manos predica el cielo estrellado, & cæt. Quiere decir: La hermosura del cielo, adornada

con tantas lumbreras, y la orden admirable de las estrellas, y la diversidad de sus movimientos y cursos predican la gloria de Dios, y hacen que todas las naciones le alaben, y se maravillen de su grandeza, y le reconozcan por hacedor y señor de todas las cosas. Asimismo el orden de los días y de las noches, el crescimiento y la diminución dellos tan ordenada y proporcionada para el uso de nuestra vida, y la constancia invariable que en sus nascimientos y movimientos guardan, predican y testifican que obras tan grandes y tan bien ordenadas no se han de atribuir al caso ó la fortuna, sino que hay en el mundo un soberano presidente que al principio crió todas estas cosas, y las conserva con suma providencia. Mas estas obras admirables no hablan ni testifican esto con voces humanas (las cuales no pudieron llegar al cabo del mundo) mas su habla y testimonio es la orden invariable, y la hermosura dellas, y el artificio con que están hechas tan perfectamente como si se hicieran con regla y plomada. Porque esta manera de lenguaje se oye en todas las tierras, y convida á los hombres al culto y veneración del Hacedor.

§ IV

VI. Otro fundamento hay no menos urgente que el pasado para conoscer esta verdad. Porque no sólo la fábrica deste mundo mayor, mas también la del menor, que es el hombre, nos declara que hay Dios, criador y hacedor dél. Porque en ella resplandece tanto la sabiduría del hacedor, que pudo decir Sant Augustín con verdad que entre todas las maravillas que hizo Dios por amor del hombre, la mayor es el mismo hombre, entendiendo por el hombre las dos partes de que se compone, que son cuerpo y ánima. Y dejando por agora el ánima, en la fábrica y composición del cuerpo hay tantas maravillas, que no bastaron muchos libros que Galeno y otros escribieron, para declararlas enteramente: cada una de las cuales por sí sola, y mucho más todas ellas juntas, declaran la infinita sabiduría del artífice que tal fábrica ordenó. Porque no hay en el mundo palacio real ni república tan concertada que tenga tantas maneras de oficios y oficiales, quiero decir, tantas partes diversas como tiene un cuerpo humano para su regimiento y conservación. De las cuales

unas sirven para cubrirlo, como es la piel y la carne y la gordura, otras sirven de cocer el manjar, como el estómago y las tripas delgadas, otras hacen la sangre, como el hígado, otras la llevan á todos los miembros, como las venas, otras engendran los espíritus de la vida, como el corazón, otras llevan estos espíritus por todo el cuerpo, como las arterias, otras hacen los espíritus del sentido, como los sesos, otras reparten esta virtud por todo el cuerpo, como los niervos, otras sirven al movimiento que depende de nuestra voluntad, como los morecillos. Algunas reciben las superfluidades del cuerpo, como el bazo, la hiel, los riñones, la vejiga, las tripas. Por otras pasa el aire que recrea los sesos y el corazón, como las narices, el gargavero, los pulmones y la arteria venal. Algunas sirven á los sentidos exteriores, conviene saber, á oir las orejas, á ver los ojos, á gustar la lengua y el paladar, á hablar los pulmones y el gargavero. Otras sirven de fundamento ó armadura sobre la cual todas las demás partes se arman y establecen, como los huesos y ternillas. Y lo que acrecienta esta admiración, es ver que tanta variedad de cosas tan diferentes en las figuras, virtudes, oficios, dureza y blandura, vienen á forjarse de una tan simple materia como es aquélla de que se fabrica el cuerpo humano. Pues ¿quién había de ser poderoso para producir de una materia tan simple, tanta muchedumbre de cosas tan diversas, sino solo aquel potentísimo y sapientísimo Hacedor? Pues la variedad y muchedumbre destas partes, la figura y oficios que tienen para el servicio del cuerpo humano, manifiestamente declaran no haberse hecho esto acaso, sino con suma providencia y artificio del que las formó.

Este mismo argumento prosigue elegantemente el mismo Tulio en el libro ya alegado (1), procediendo por todas las partes y por todos los miembros y sentidos del cuerpo humano, así los interiores que no se ven, como los exteriores que se ven, declarando cómo cada una destas partes sirve tan perfectamente á lo que conviene á la conservación de la vida humana (que es para la sustentación de nuestro cuerpo y para el uso y oficio de los sentidos) que ningún entendimiento humano podrá descubrir en tanta variedad y muchedumbre de partes alguna cosa que falte, ó que sóbre, ó que no venga tan á propósito de lo que es necesa-

(1) Tulio, lib. 2 *de Nat. Deorum.*

rio para este fin, que por ninguna vía se pueda trazar otra mejor. Por dónde concluye proceder esta obra de una suma providencia y sabiduría, que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra. Mas porque esta consideración es muy profunda y provechosa, y pide más largo tratado, adelante la proseguiremos más copiosamente en su proprio lugar.

§ V

VII. Y demás destos fundamentos susodichos, hay otro no menos eficaz para el conoscimiento desta verdad, y muy palpable y fácil de penetrar á cualquier entendimiento, por rudo que sea. El cual procede de ver las habilidades que todos los animales de la tierra, de la mar y del aire tienen, para todo lo que se requiere para su mantenimiento, para su defensión, para la cura de sus enfermedades y para la criación de sus hijuelos. En todo lo cual ninguna cosa menos hacen de lo que harían si tuviesen perfectísima razón. Así temen la muerte, así se recatan de los peligros, así saben buscar lo que les cumple, así saben hacer sus nidos y criar sus hijos como lo hacen los hombres de razón. Y aun pasan más adelante, que entre mil diferencias de yerbas que hay en el campo de un mismo color, conocen la que es de comer y la que no lo es, la que es saludable y la que es ponzoñosa, y por mucha hambre que tengan, no comerán della. La oveja teme al lobo sin haberlo visto, y no teme al mastín, siendo tan semejante á él. La gallina no teme al pavón, siendo tan grande, y teme hasta la sombra de un gavilán, que es mucho menor. Los pollos temen al gato y no al perro, siendo mayor, y esto antes aún que tengan experiencia del daño que de las cosas contrarias podrían recebir.

Desta misma consideración se aprovecha el mismo Tulio (1) para mostrar la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano que todo lo gobierna. Lo cual prueba declarando cómo todas las cosas que tienen vida, están perfectísimamente fabricadas y proveídas de todas las habilidades necesarias para conservarla. Del cual referiré aquí algunas cosas, dejando otras para sus

(1) Tulio, ubi supra.

lugares. Y comenzando por las plantas, dice así. Primeramente los árboles que nacen de la tierra, están de tal manera fabricados, que puedan sostener la carga de las ramas que están en lo alto, y asimismo con sus raíces afijadas en tierra para atraer el jugo della, con el cual viven y se mantienen: y los troncos dellos están vestidos y abrigados con sus cortezas, para que estén más seguros así del frío como del calor. Mas las vides tienen sus ramales, que son como manos, con que se abrazan con los árboles, y suben á lo alto sobre hombros ajenos, y así también se apartan de algunas plantas que les son contrarias y dañosas, cuando están cerca dellas, como de cosa pestífera, y por ninguna vía tocan en ellas.

Mas ¡cuán grande es la variedad de tantos animales, y cuán proveídos para todo lo que se requiere para su conservación! Entre los cuales unos están cubiertos de cueros, otros vestidos de vellos, otros erizados con espinas, unos cubiertos de plumas, y otros de escamas. Y entre ellos unos están armados con cuernos, y otros se defienden huyendo con la ligereza de sus alas. Á los cuales todos proveyó la naturaleza abundantemente del pasto y mantenimiento que á cada uno en su especie era proporcionado. Y podría yo referir aquí las habilidades que ella les dió para buscar este pasto y digerirlo, y cuán ingeniosa fué en trazar la figura y fábrica de los miembros que para esto son necesarios. Porque todas las facultades interiores de sus cuerpos de tal manera están fabricadas y asentadas en sus lugares, que ninguna haya superflua, y ninguna que no sea necesaria. Dió también ella á todas las bestias sentido y apetito, para que con lo uno se esforzasen á buscar su mantenimiento, y con lo otro supiesen hacer diferencia entre las cosas saludables y dañosas. Y entre ellas unas hay que buscan su mantenimiento andando, otras rastrando por tierra, otras volando, otras nadando: entre las cuales unas toman el manjar con los dientes y con la boca, otras lo despedazan con las uñas, otras con los picos revueltos, otras maman, otras toman el manjar con la mano, otras lo engullen así como está entero, y otras lo mascan con los dientes. Todas también tienen sus lugares naturales á donde corren. Y así cuando á la gallina echan los huevos de los patos para que los saque, después de salidos á luz y criados, ellos mismos sin maestro se van derechos al agua, reconociendo ser éste su lugar natural: tan gran-

de es la inclinación que la naturaleza dió á todas las cosas para procurar su conservación.

Muchas otras cosas pudiera traer á este propósito, y muchas dellas son muy notorias, como es ver con cuánta diligencia miran por sí los animales, cómo estando paciendo miran alderredor si hay algún peligro, y cómo se escondan y guarezcan en sus madrigueras, y con cuánta diligencia se defienden y arman contra el temor y fuerza de sus contrarios, unos con cuernos, como los toros, otros con dientes, como los jabalíes, otros mordiendo, como los leones, unos huyendo, y otros escondiéndose, y otros con un intolerable hedor que echan de sí para detener sus perseguidores. Estas y otras semejantes habilidades refiere Tulio de los animales, los cuales, caresciendo de razón, hacen las cosas tan á propósito de lo que conviene para su conservación y defensión, como si realmente la tuvieran.

Pues arguyen agora los filósofos así. Todos estos animales carecen de razón (porque en sola ésta se diferencian ellos del hombre y el hombre dellos) y con todo eso hacen todas las cosas que pertenecen á su conservación tan perfectamente como si la tuviesen: luego necesariamente habemos de confesar que hay una razón universal y una perfectísima sabiduría que de tal manera asiste á todos ellos, y de tal manera los rige y gobierna, que hagan lo mismo que harían si tuviesen razón. Porque por el mismo caso que el Criador los formó, y quiso que fuesen y viviesen, estaba claro que les había de dar todo lo necesario para conservar sus vidas, porque de otra manera, de balde y sin propósito los criara. Si viésemos un niño de edad de tres años, que hablase con tanta discreción y elocuencia como un grande orador, luego diríamos: otro habla en este niño, porque esta edad no es capaz de tanta elocuencia y discreción. Pues como veamos que todas las criaturas que carecen de razón, hagan todas sus obras conforme á razón (que es, todo lo que conviene para su conservación) necesariamente habemos de confesar que hay esta razón universal y esta suma sabiduría, la cual sin darles razón, les dió inclinaciones y instinctos naturales para que lo que en los hombres hace la razón, hiciese en ellas la inclinación. Y en esto advirtieron claramente los filósofos, los cuales dicen que las obras de naturaleza son obras de una inteligencia que no yerra: quiriendo decir, son obras de una suma sabiduría que hace sus

obras con tanta perfección, que ningún defecto se pueda hallar en ellas. Esta consideración que nace de las criaturas, movió á S. Augustín á decir que más fácilmente dudaría si tenía ánima en su cuerpo, que dudar si hay Dios en este mundo, por razón del testimonio que desta primera verdad nos dan las cosas criadas.

Estas tres postreras consideraciones que aquí habemos tocado, tienen necesidad de más larga declaración. Y aunque lo dicho bastara para lo que pide la resolución y brevedad desta Introducción, mas porque mi intención es (como ya dije) dar materia de suavísima consideración á las personas virtuosas, volveremos á tratar estas tres consideraciones más copiosamente. En lo cual imitando aquellos dos sanctos doctores que dijimos, S. Ambrosio y S. Basilio, trataremos de las obras de los seis días, en que Dios nuestro Señor crió todas las cosas, para que por ellas levantemos los corazones al conoscimiento de la bondad, y sabiduría, y omnipotencia, y providencia del que las crió para la provisión de nuestro cuerpo y para el ejercicio y levantamiento de nuestro espíritu. Para lo cual antiguamente ordenó la guarda del sábado (en el cual se escribe haber Dios descansado de la obra de la creación) para que empleasen los hombres este día en la consideración de las obras que en los primeros seis días había obrado, y le diesen gracias por ellas, pues todas eran beneficios suyos.

Pues conforme á esto, trataremos primero del mundo y de las principales partes dél, que son cielos y elementos, y después descendiremos á tratar en particular de todos los cuerpos que tienen vida, como son las plantas y los animales, y al cabo trataremos del hombre, que en el sexto y postrero día fué criado. Y porque el cristrano lector se aproveche mejor desta doctrina conosciendo el blanco á que toda ella tira, sepa que mi intento no es solamente declarar cómo hay un Dios criador y señor de todas las cosas (conforme á lo que al principio propuse) sino mucho más declarar la providencia divina que resplandece en todas sus criaturas, y las perfecciones que andan juntas con ella.

Para lo cual es de saber que entre estas perfecciones tres son las más celebradas, que son, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia, que son los tres dedos de que Esaías dice (1) que está

(1) Esai. 40.

colgada la redondez de la tierra. Destas tres perfecciones (que en él son una misma cosa) la bondad es la que quiere hacer bien á sus criaturas, y la sabiduría ordena y traza cómo se haya esto de hacer, y la omnipotencia ejecuta y pone por obra lo que la bondad quiere y la sabiduría ordena. Pues estas tres cosas incluye la divina Providencia, la cual con un piadoso y paternal cuidado y sumo artificio provee á todas las cosas de lo que les es necesario.

Es pues agora mi intento mostrar cómo en todas las partes así mayores como menores deste mundo, hasta en el mosquito y la hormiga, resplandecen estas cuatro perfecciones divinas, y otras muchas con ellas. Mas cuán grande sea el fructo desta consideración, por esta razón se podrá en alguna manera entender. David (1) llama bienaventurados á los que escudriñan las palabras de Dios. Pues no menos lo serán los que escudriñan sus obras, cuales son no sólo las de gracia, sino también las de naturaleza, pues todas manan de una misma fuente. Y si la Sabiduría increada promete la vida eterna á los que la esclarecieren (2), ¿qué otra cosa tentamos hacer aquí, sino mostrar el artificio desta suma sabiduría, que en todas las cosas criadas resplandece? Gran parte de la facultad oratoria es saber notar el artificio de que usa un grande orador en sus oraciones, y no se precia poco Sant Augustín de haber sabido hacer esto en algunos lugares de Sant Pablo (3). Pues ¿cuánto mejor estudio será inquirir y notar el artificio admirable de la divina Sabiduría en la fábrica y gobierno de todas las cosas criadas? Y si de la reina Sabá se escribe que desfallecía su espíritu considerando la sabiduría de Salomón y las obras que con ella había fabricado, ¿cuánto más desfallecerá el espíritu devoto considerando el artificio de las obras de aquella incomprehensible Sabiduría, si supiere penetrar el arte y el consejo con que son hechas? Pues esto es lo que con el favor divino pretendemos hacer en este libro. Mas ¿para qué efecto? Para que conosciendo en las obras criadas aquellas cuatro perfecciones divinas que dijimos, se mueva nuestro espíritu al amor de tan grande bondad, y al temor y obediencia de tan grande majestad, y á la esperanza en tan paternal cuidado y providencia, y á la admiración de tan gran poder y sabiduría como en todas estas

---

(1) Psalm. 118. (2) Eccli. 24. (3) Aug. lib. 4 de Doctrina Christiana.

obras resplandece. Éste es pues el fin á donde tira toda esta doctrina, y á donde ha de enderezar su intención el piadoso lector, para que así pueda alcanzar estas virtudes susodichas, en las cuales consiste todo nuestro bien. Presupuesto pues agora este principio, comenzaremos á tratar de las principales partes del mundo.

CONSIDERACIÓN

DEL MUNDO MAYOR Y DE SUS PARTES MÁS PRINCIPALES

CAPÍTULO IV

Comenzando pues por la declaración de la primera destas tres partes, que es el mundo mayor, la primera cosa y como fundamento de lo que habemos de presuponer, es que cuando aquel magnificentísimo y soberano Señor por su sola bondad determinó criar al hombre en este mundo en el tiempo que á él le plugo (para que conosciendo y amando y obedeciendo á su Criador, mereciese alcanzar la vida y bienaventuranza del otro) determinó también de proveerle de mantenimiento y de todo lo necesario para la conservación de su vida. Pues para esto crió este mundo visible con todas cuantas cosas hay en él, las cuales todas vemos que sirven al uso y necesidades de la vida humana.

Y así como en cualquier oficina ha de haber dos cosas, conviene á saber, materia de que se hagan las cosas, y oficial que las haga y introduzga la forma en la materia, como lo hace el carpintero y cualquier otro oficial, así proveyó el Criador que en esta grande oficina del mundo hubiese estas dos cosas, que son, materia de que las cosas se hiciesen, y oficiales que las hiciesen. La materia de que todas las cosas se hacen, son los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego. Los oficiales que desta materia fabrican todas las cosas, son los cielos con sus planetas y estrellas. Porque dado caso que Dios sea la primera causa que mueve todas las otras causas, pero estos cuerpos con las inteligencias que los mueven, son los principales instrumentos de que él se sirve para el gobierno de este mundo inferior, el cual de tal manera pende del movimiento de los cielos, que vienen á decir los filósofos que si este movimiento parase, todo otro movimiento cesara, de tal manera que no quemaría el fuego un poco de estopa que hallase á par de sí. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, luego todas las otras pararían, así cesando el movimiento de los cielos (del cual todos los otros movimientos penden) luego ellos también cesarían.

Y porque estos cuerpos celestes son los primeros instrumentos del primer movedor, que es Dios, y tienen tan principal oficio en este mundo, que es ser causa eficiente de todo lo corporal, los aventajó y ennobleció el Criador con grandes preeminencias sobre todos los otros cuerpos.

I. Porque primeramente hízolos incorruptibles y impasibles, con estar siempre en continuo movimiento y junto á la esfera del fuego. De modo que á cabo de tantos mil años como ha que fueron criados, perseveran en la misma entereza y hermosura que tuvieron el día que fueron criados, sin que el tiempo, gastador de todas las cosas, haya menoscabado algo dellos.

II. Dióles también lumbre, no sólo para ornamento del mundo, sin la cual todas las cosas estarían escuras y tristes y sumidas en el abismo de las tinieblas, sino también para el uso de la vida humana, y como dice el Psalmo (1), el sol crió para dar lumbre de día, y la luna para la noche. Y porque ella también se ausenta de nuestro hemisferio, crió las estrellas en su lugar, por que nunca el mundo careciese de luz.

III. Dióles también tanta constancia en sus movimientos, que dende que los crió, nunca han variado un punto de aquella regla y orden que al principio les puso. Siempre el sol sale á su hora, siempre hace con su movimiento los cuatro tiempos del año, y lo mismo hacen todos los otros planetas y estrellas. De dónde procede que los que conocen la orden destos movimientos, pronostican de ahí á muchos años los eclipses del sol y de la luna, sin faltar un punto, por ser tan regulares y ordenados estos movimientos. Por cuyo ejemplo aprenderán todos los que en la Iglesia ó en la república cristiana tienen lugar y oficio de cielos y de estrellas (que es de gobernar y regir los otros) cuán regulados y ordenados y cuán constantes han de ser en sus vidas y oficios, para que en los que están á su cargo, no haya desorden, si en los que los rigen, la hubiere. Porque si la lumbre que ha de esclarecer las tinieblas de los otros, se escureciere, ¿cuáles estarán las mismas tinieblas? Y si un ciego guiare á otro ciego, ¿qué se puede esperar sino caída de ambos?

IV. Pues la grandeza destos cuerpos es tal, que pone admira-

(1) Psalm. 135.

ción á quien la piensa, y del todo sería increíble, si no supiésemos que no hay cosa imposible al que los crió.

V. Y no es menos admirable, sino por ventura mucho más, la ligereza con que se mueven: de las cuales cosas trataremos adelante, cuando viniéremos á las grandezas y maravillas de Dios.

VI. Pues la hermosura del cielo ¿quién la explicará? ¡Cuán agradable es en medio del verano en una noche serena ver la luna llena y tan clara, que encubre con su claridad la de todas las estrellas! ¡Cuánto más huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbrera, que con la del sol, aunque sea mayor! Mas estando ella ausente, ¿qué cosa más hermosa y que más descubra la omnipotencia y hermosura del Criador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandescientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza, las cuales nadie puede contar sino solo aquél que las crió? Mas la costumbre de ver esto tantas veces nos quita la admiración de tan grande hermosura y el motivo que ella nos da para alabar aquel soberano pintor que así supo hermosear aquella tan grande bóveda del cielo.

Si un niño nasciese en una cárcel, y cresciese en ella hasta edad de veinte y cinco años sin ver más de lo que estaba dentro de aquellas paredes, y fuese hombre de entendimiento, la primera vez que salido de aquella escuridad viese el cielo estrellado en una noche serena, ciertamente no podría éste dejar de espantarse de tan grande ornamento y hermosura y de tan gran número de estrellas que vería á cualquier parte que volviese los ojos, ó hacia oriente ó occidente, ó á la banda del norte ó del mediodía, ni podría dejar de decir: ¿quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas y con tantos diamantes tan resplandescientes? ¿Quién pudo criar tan gran número de lumbreras y lámparas para dar luz al mundo? ¿Quién pudo pintar una tan hermosa pradería con tantas diferencias de flores, sino algún hermosísimo y potentísimo hacedor? Maravillado desta obra un filósofo gentil, dijo: *Intuere cœlum, et philosophare.* Quiere decir: mira al cielo, y comienza á filosofar. Que es decir: por la grande variedad y hermosura que ahí verás, conosce y contempla la sabiduría y omnipotencia del autor desa obra. Y no menos sabía filosofar en esta materia el Profeta, cuando decía: Veré,

Señor, tus cielos, que son obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste (1).

Y si es admirable la hermosura de las estrellas, no menos lo es la eficacia que tienen en influir y producir todas las cosas en este mundo inferior, y especialmente el sol, el cual así como se va desviando de nosotros (que es por la otoñada) todas las frescuras y arboledas pierden juntamente con la hoja su hermosura, hasta quedar desnudas, estériles y como muertas. Y en dando la vuelta y llegándose á nosotros, luego los campos se visten de otra librea, y los árboles se cubren de flores y hojas, y las aves, que hasta entonces estaban mudas, comienzan á cantar y chirriar, y las vides y los rosales descubren luego sus yemas y capullos, aparejándose para mostrar la hermosura que dentro de sí tienen encerrada. Finalmente es tanta la dependencia que este mundo tiene de las influencias del cielo, que por muy poco espacio que se impida algo dellas (como acaesce en los eclipses del sol y de la luna y en los entrelunios) luego sentimos alteraciones y mudanzas en los cuerpos humanos, mayormente en los más flacos y enfermos.

(1) Psalm. 8.

DEL SOL Y DE SUS EFECTOS Y HERMOSURA

CAPÍTULO V

Dicho de los cielos en común, síguese que digamos en particular de los planetas y estrellas que hay en ellos, y primero del más noble, que es el sol. En el cual hay tantas grandezas y maravillas que considerar, que preguntado un gran filósofo, por nombre Anaxágoras, para qué había nascido en este mundo, respondió que para ver el sol, paresciéndole que era bastante causa para esto contemplar lo que Dios obró en esta criatura, y lo que óbra en este mundo por ella. Y con todo esto no adoraba este filósofo al sol, ni le tenía por Dios, como otras infinitas gentes, antes dijo que era una gran piedra ó cuerpo material muy encendido y resplandesciente. Por lo cual fué condenado en cierta pena por los atenienses, y fuera sentenciado á muerte, si su grande amigo Pericles no le valiera.

Mas con ser esta estrella tan admirable, nadie se maravilla de las virtudes y propriedades que el Criador en ella puso, porque (como dice Séneca) la costumbre de ver correr las cosas de una misma manera, hace que no parezcan admirables, por grandes que sean. Mas por el contrario, cualquier novedad que haya en ellas, aunque sea pequeña, hace que luego pongan todos los ojos en el cielo. El sol no tiene quien lo mire, sino cuando se eclipsa, y nadie mira á la luna, sino cuando la sombra de la tierra la escurece. Mas cuánto mayor cosa es, que el sol con la grandeza de su luz esconde todas las estrellas, y que con ser tanto mayor que la tierra, no la abrasa, sino tiempla la fuerza de su calor con sus mudanzas, haciéndolo en unos tiempos mayor y en otros menor, y que no hinche de claridad la luna, ni tampoco la escurece y eclipsa, sino cuando está en la parte contraria. Destas cosas nadie se maravilla cuando corren por su orden, mas cuando salen della, entonces nos maravillamos, y preguntamos lo que aquello será: tan natural cosa es á los hombres maravillarse más de las cosas nuevas que de las grandes. Hasta aquí son palabras de Séneca. Mas Sant Augustín dice que los hombres sabios no menos, sino mucho más se maravillan de las cosas gran-

des que de las nuevas y desacostumbradas, porque tienen ojos para conoscer la dignidad y excelencia dellas, y estimarlas en lo que son.

I. Pues tornando al propósito, entre las virtudes y influencias deste planeta la mayor y más general es que él influye luz y claridad en todos los otros planetas y estrellas que están derramadas por todo el cielo. Y como sea verdad que así ellos como ellas obren en este mundo sus efectos mediante la luz con que llegan de lo alto á lo bajo, y esta luz reciben del sol, síguese que él, después de Dios, es la primera causa de todas las generaciones, y corrupciones, y alteraciones, y mudanzas que hay en este mundo inferior. Y así decimos que él concurre en la generación del hombre. Por lo cual se dice comúnmente que el sol y el hombre engendran al hombre. Y no sólo engendra las cosas, mas él también, mediante el calor que influye en ellas, las hace crecer, y levanta á lo alto. Por dónde vemos espigar todas las hortalizas y crecer las mieses por el mes de Mayo, cuando ya comienzan los calores á crescer.

II. Él mismo levanta á lo alto los vapores más subtiles de la mar, los cuales llegando á la media región del aire, que es frigidísima, se espesan y convierten en agua, y riegan la tierra, y con esto produce ella todos los fructos y pastos, que es el mantenimiento así de los hombres como de los brutos animales. De modo que della podemos decir que nos da pan, y vino, y carnes, y lanas, y frutas, y finalmente cuasi todo lo necesario para el uso de la vida, porque todo esto nos da el agua.

III. Él es el que con la variedad de sus movimientos nos señala los tiempos, que son días y noches, meses y años, porque nasciendo en este nuestro hemisferio, hace día, y poniéndose y desviándose de nuestros ojos, hace noche, y corriendo por cada uno de los doce signos del cielo, señala los meses (por detenerse por espacio de un mes en cada uno) y dando una perfecta vuelta al mundo por estos doce signos con su proprio movimiento, señala los años. Porque una vuelta destas suyas hace un año.

IV. Él mismo es el que allegándose ó desviándose de nosotros es causa de las cuatro diferencias de tiempos que hay en el año, que son, invierno, verano, estío y otoño: los cuales ordenó la divina Providencia por medio deste planeta así para la salud de nuestros cuerpos como para la procreación de los fru-

tos de la tierra, con que ellos se sustentan. Y cuanto á lo que toca á la salud, es de saber que así como nuestros cuerpos están compuestos de cuatro elementos, así tienen las cuatro cualidades dellos, que son, frío y calor, humedad y sequedad, á las cuales corresponden los cuatro humores que se hallan en estos cuerpos. Porque á la frialdad corresponde la flema, á la humedad la sangre, al calor la cólera, y á la sequedad la melancolía. Pues como aquel supremo gobernador vió que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporción destos cuatro humores, y la enfermedad cuando se destemplan, cresciendo ó menguando los unos sobre los otros, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno destos cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en que se reformase y rehiciese. Y así para la flema sirven los tres meses del invierno, que son fríos como ella, y para la sangre los tres del verano, que son templados como ella, y para la cólera los tres del estío, que son calientes como ella, y para la melancolía los tres del otoño, que son secos como ella lo es, y así en estos cuatro tiempos reina y predomina cada uno destos cuatro humores: y así teniendo igualmente repartidos los tiempos y las fuerzas, se conservan en paz sin tener uno invidia del otro (pues con tanta igualdad se les reparten los tiempos) y así ninguno prevalezca contra el otro, ni presuma destruirlo, viendo que tiene iguales fuerzas y igual tiempo de su parte para rehacerse, que él.

Y no menos sirve maravillosamente esta mudanza de tiempos para lo segundo que dijimos, que es, para la procreación de los fructos y pastos de la tierra, con que estos cuerpos han de ser alimentados. Porque en el tiempo de la otoñada se acaban de recoger los fructos que el estío con su calor maduró, y con las primeras aguas que entonces vienen, comienza el labrador á romper la tierra y hacer sus sementeras. Y para que los sembrados echen hondas raíces en la tierra, y crezcan con fundamento, se siguen muy á propósito los fríos del invierno, donde las plantas, huyendo del aire frío, se recogen para dentro, y así emplean toda su virtud en echar sus raíces más hondas, para que después tanto más seguramente crezcan, cuanto más arraigadas estuvieren en la tierra. Esto hecho, para que de ahí adelante crezcan, sucede el verano, el cual con la virtud de su calor las hace crescer y sube á lo alto: al cual sucede el ardor del estío, que las madura,

desecando con la fuerza de su calor y sequedad toda la frialdad y humedad que tienen: y con esto maduran.

Desta manera, acabado el curso de un año, queda hecha provisión de mantenimiento así para el hombre como para los animales que le han de servir. De modo que como los señores que tienen criados y familia, suelen diputar un cierto salario cada año para su mantenimiento, así aquel gran Señor (cuya familia es todo este mundo) con la revolución del sol, que se hace en un año, y con estas cuatro diferencias de tiempo, provee cada año de mantenimiento y de todo lo necesario para esta su gran casa y familia: y esto hecho, manda luego al sol que vuelva á andar otra vez por los mismos pasos contados, para hacer otra nueva provisión para el año siguiente.

V. Y porque todos los hombres y animales están subjectos á la muerte, y si no se reparasen las especies con sus individuos, se acabaría el mundo, cada año lo repara el Criador por el ministerio desta misma estrella: porque con la vuelta que ella da hacia nosotros, en llegando á la primavera, cuando los árboles parece que resucitan, también se puebla el mundo de otra nueva generación y de otros nuevos moradores. Porque en ese tiempo se crían nuevos animales en la tierra, nuevos peces en el agua y nuevas aves en el aire. Y desta manera aquel divino Presidente sustenta y gobierna este mundo, acrecentando cada año su familia, y proveyendo pasto y mantenimiento para ella. Pues ¿quién viendo la orden desta divina Providencia, no exclamará con el Profeta, diciendo (1): ¡Cuán engrandecidas son vuestras obras, Señor! Todas están hechas con suma sabiduría, llena está la tierra de vuestras riquezas.

§ I

VI. Ni es para dejar de notar la orden con que estos cuatro tiempos suceden unos á otros, de que el mismo sol con su ordenado movimiento es causa. Porque como los extremos dellos sean invierno y estío, si después del invierno se siguiera luego el ardor del estío, no pudieran dejar de recebir daño los cuerpos, porque

(1) Psalm. 103.

la naturaleza no sufre extremadas mudanzas. Pues por esto ordenó el Criador que de tal manera se moviese el sol, que fuese causa de entremeterse otros tiempos más templados en medio. Y así, entre el frío del invierno y el ardor del estío se entremete el verano en medio, que tiene parte de los dos extremos por ser húmido y caliente, y así pasa el hombre del un extremo al otro sin peligro. Y el mismo inconveniente se siguiera, si después del ardor del estío sucediese luego el frío del invierno. Y por eso se atraviesa de por medio el otoño, para que poco á poco se vaya el cuerpo disponiendo para los fríos del invierno.

VII. El mismo sol con su presencia y absencia reparte el tiempo en días y noches, y todo para nuestro provecho. Porque si siempre fuera día, no se conoscieran las edades de los hombres y la cuenta de los tiempos. Mas agora hacemos un día del día y de la noche, y de siete días y noches una semana, y en poco más de cuatro semanas está el sol en uno de los doce signos, y éstos andados, se hace el año solar. Y no es menos provechosa la desigualdad proporcionada de los días y de las noches para los fructos de la tierra. Porque las noches grandes y días pequeños del invierno sirven para que las plantas arraiguen mucho con el frío de la noche larga (según dijimos) y crezcan poco con el poco calor del día breve. Mas cuando ya es tiempo que crezca lo que está bien arraigado, acórtanse las noches, y crecen los días, para que con el calor mayor de los días mayores vayan poco á poco cresciendo y medrando las plantas. Y desta manera los días y las noches se conciertan como dos hermanas para servir al hombre, y viven en paz, restituyendo cada cual el espacio mayor que tomó en un tiempo, diminuyéndolo en otro, conservando igualdad en el todo, entre la desigualdad en las partes.

Y aunque el día sea de mayor provecho para los ejercicios y uso de la vida humana, mas tampoco carece la noche de sus fructos. Porque con la templanza y roscío de la noche se refrescan los sembrados y las plantas en los días calurosos y grandes. En la noche descansan los cuerpos de los hombres y de los animales, cansados de los trabajos del día. En la noche, cesando el uso de los sentidos, se recoge el calor natural para entender en el cocimiento y digestión del manjar, y repartirlo por todos los miembros, dando á cada uno su ración. La noche también desparte los ejércitos sangrientos, y cesa el enemigo de seguir el

alcance de su contrario. En la noche salen de sus cuevas las bestias bravas á buscar de comer. Por lo cual el Profeta alaba á la divina Providencia, diciendo en el Psalmo (1): Pusiste, Señor, tinieblas, y hízose la noche, en la cual salen las bestias de las montañas y los cachorros de los leones bramando y pidiendo á Dios que les dé de comer. Mas saliendo por la mañana el sol, vuélvense á recoger, y enciérranse en sus cuevas y madrigueras. La noche es el tiempo más conveniente para recogerse también el hombre, y dar pasto á su ánima, en la cual, libre de los cuidados y negocios del día, pueda vacar en silencio á Dios y cantar sus alabanzas, como dice el Profeta (2). En el día reparte Dios sus misericordias, y en la noche pide sus loores. Á los cuales convida el mismo Profeta más en particular á los que moran en la casa del Señor, diciendo que en la noche levanten sus manos á cosas sanctas, y bendigan al Señor (3). Y no se salía él afuera de lo que á otros aconsejaba (aunque era rey, y tan ocupado) cuando dice se levantaba á la media noche á alabar á Dios. Á este mismo oficio nos convida también Hieremías por estas palabras (4): Levántate de noche al principio de las vigilias, y derrama como agua tu corazón delante de Dios. Esto es, represéntale todas las necesidades que sientes en tu ánima, y pide remedio para ellas al Señor. En este mismo tiempo levantaba su espíritu á Dios el profeta Esaías, como él lo declara, cuando hablando con él, dice (5): Mi ánima, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas en la mañana velaré á ti. En la noche clara y serena despierta el corazón humilde su devoción, mirando la hermosura de la luna clara, y en absencia della, la de todas las estrellas, que callando y centelleando predican la hermosura de su Criador, y con la diversidad de su claridad nos enseñan la variedad de la gloria y hermosura de los cuerpos gloriosos, que se verá el día de la resurrección general, como el Apóstol dice.

Pues todas estas cosas, y muchas otras que callamos, óbra esta hermosísima y resplandesciente lámpara, demás de dar luz á todo cuanto Dios tiene criado en los cielos y en la tierra, y junto con esto dar calor á todo el mundo, sin que haya quien se pueda esconder dél. Pues ¿qué mano fuera poderosa para pintar y esclarecer un tan hermoso espejo, una tal lumbrera, tal lámpara, tal

(1) Psalm. 103. (2) Psalm. 91. (3) Psalm. 133. (4) Thren. 2. (5) Esai. 26

antorcha, que bastase para alumbrar á todo el mundo? Por lo cual con mucha razón lo llama S. Ambrosio ojo del mundo, pues sin él todo el mundo estaría ciego, mas por él todas las cosas nos descubren sus figuras.

VIII. Finalmente, tales son las propriedades y excelencias desta estrella, que con no ser las criaturas (como dicen) más que una pequeña sombra ó huella del Criador (porque solo el hombre y el ángel se llaman imagen de Dios) todavía entre las criaturas corporales, la que más representa la hermosura y omnipotencia del Criador en muchas cosas, es el sol.

I. Y la primera, que con ser una estrella sola, produce de sí tan grande luz, que alumbra todo cuanto Dios tiene criado dende el cielo hasta la tierra, de tal manera que aun estando en el otro hemisferio debajo de nosotros, da luz á todas las estrellas del cielo. Y su virtud es tan grande, que penetra hasta las entrañas de la tierra, donde cría el oro y las piedras preciosas, y otras muchas cosas, Lo cual nos servirá para que en alguna manera entendamos cómo Dios nuestro Señor con su presencia y esencia hinche cielo y tierra, y óbra todas las cosas, pues fué poderoso para dar virtud á una criatura corporal para que de la manera susodicha extiendese su luz y su eficacia por todo el universo.

II. Así que el sol alumbra todo este mundo, y de su Criador dice Sant Juan que alumbra todo hombre que nasce en este mundo.

III. El sol es la criatura, de cuantas hay, más visible, y la que menos se puede ver (por la grandeza de su resplandor, y flaqueza de nuestra vista) y Dios es la cosa más inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que menos se entiende, por la alteza de su ser, y bajeza de nuestro entendimiento.

IV. El sol es entre las criaturas corporales la más comunicativa de su luz y de su calor, tanto, que si le cerráis la puerta para defenderos dél, él se os entra por los resquicios della á comunicaros el beneficio de su luz. Pues ¿qué cosa más semejante á aquella infinita Bondad, que tan copiosamente comunica sus riquezas á todas las criaturas, haciéndolas (como dice S. Dionisio) cuanto sufre su naturaleza, semejantes á sí, y buscando muchas veces á los que huyen dél?

V. De la claridad grande del sol reciben claridad y virtud para obrar todas las estrellas, y de la plenitud y abundancia de la

gracia de Cristo nuestro Salvador reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos.

VI. El sol produce cuantas cosas corporales hay en este mundo, y aquel soberano gobernador, así como todo lo hinche, así todo lo óbra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, dende la mayor hasta la menor, como primera causa, en todas sus operaciones.

VII. Finalmente la presencia del sol es causa de la luz, y la ausencia es causa de las tinieblas: y la presencia de Cristo en las ánimas las alumbra y enseña, y muestra el camino del cielo, y descubre los barrancos de que se han de apartar: mas estando él ausente dellas, quedan en muy escuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni á quién ofenden, y en cuán gran peligro de su salvación viven los que así viven.

En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Criador. De lo cual maravillado aquel divino Cantor, después de haber dicho que los cielos y las estrellas predicaban la gloria de Dios (1), desciende luego á tratar en particular del sol, comparando su hermosura con la de un esposo que sale del tálamo, y la fortaleza y alegría y ligereza dél con la de un gigante, con la cual sale del principio del cielo, y corre hasta el cabo dél. El cual verso declara un intérprete por estas palabras: Después que hayas rodeado con los ojos y con el ánimo todas las cosas, hallarás que ninguna hay tan esclarecida y que tanta admiración ponga á los hombres como el sol, el cual es gobernador de todas las estrellas, y conservación y salud de todas las cosas corporales. Y allende desto, ¿qué figura más alegre y hermosa se puede ofrecer á nuestros ojos que la del sol, cuando sale por la mañana? El cual con la claridad de su resplandor hace huir las tinieblas, y da su color y figura á todas las cosas, y con ellas alegra los cielos, y la tierra, y la mar, y los ojos de todos los animales. De modo que podemos comparar su hermosura á la de un lindísimo esposo, y su fuerza y ímpeto á un gigante. Porque con tanta ligereza se revuelve de Oriente á Occidente, y de ahí á la otra parte del cielo, que con una revolución hace día y noche, unas veces mostrándonos dende lo alto sus clarísimos y

(1) Psalm. 18.

resplandescientes rayos, y otras escondiéndose de nuestros ojos, y ocupando todas las regiones del aire, sin haber lugar á donde no llegue su claridad. Porque esta estrella rodea con sus clarísimas llamas todas las obras de la tierra, dando al mundo un saludable calor de vida, con que sustenta y hacer crescer todas las cosas. Mas ya dejemos al sol, y vengamos á su compañera la luna.

De la luna y estrellas.

§ II

La luna es como vicaria del sol, á la cual está cometida por el Criador la providencia de la luz en ausencia del sol, porque estando él ausente, y acudiendo á otras regiones á comunicar el beneficio de su luz, no quedase el mundo á escuras. Y así él mismo es el que la provee de luz para este ministerio, tanto mayor, cuanto ella lo mira más de lleno en lleno. Tiene este planeta, entre otras propriedades, notable señorío sobre todas las aguas y sobre todos los cuerpos húmidos, y señaladamente tiene tan grande jurisdición sobre la mar, que como á criado familiar la trae en pos de sí, y así subiendo ella, cresce, y abajándose ella, se abaja. Porque como se dice de la piedra imán que trae el hierro en pos de sí, así á este planeta dió el Criador esta virtud, que atraiga y llame para sí la mar, y siga el movimiento della. De suerte que este planeta tiene unas como riendas en la mano, con que se apodera deste tan grande elemento, y lo rige y trae á su mandar. De aquí nascen las mareas, que andan con el movimiento de la luna, y que sirven para las navegaciones de un lugar á otro, cuando falta el viento, y para los molinos de la mar, que se hacen con ellas, y sobre todo con este movimiento se purifican las aguas, las cuales no carecieran de mal olor y mal mantenimiento para los pesces, si estuvieran como en una laguna encharcadas sin moverse. Mas no sólo en la mar, sino también en todas las cosas húmedas tiene especial señorío. Y así vemos con la cresciente della crescer la humedad de los árboles y de los mariscos, y menguar con la menguante. Pues ya las alteraciones que este planeta causa en los cuerpos humanos, mayormente en los

enfermos, en sus plenilunios y novilunios y en sus eclipses, cuando se impide un poco de su luz con la sombra de la tierra, todos lo experimentamos. Lo que aquí es más para considerar, es la virtud y poder admirable que el Criador dió á este planeta, el cual estando tantas mil leguas apartado de nosotros, por virtud de aquella luz que recibe emprestada del sol, óbra tantos efectos y mudanzas en la tierra, que así como ella se va mudando, así vaya mudando consigo todas estas cosas con tan gran señorío, que un poquito que se menoscabe su luz en un eclipse, lo haya luego de sentir la tierra. Pues ¿qué sería si de todo nos faltase este planeta?

Después de la luna se siguen las estrellas, de cuyo ornamento y hermosura ya dijimos. Mas ¿qué dijimos de hermosura tan grande? Pues el número y las virtudes y influencias dellas, ¿quién las explicará, sino solo aquel Señor de quien dice David (1) que solo él cuenta la muchedumbre de las estrellas, y llama á cada una por su nombre? En lo cual primeramente declara la obediencia que estas clarísimas lumbreras tienen á su Criador, el cual llama las cosas que no son como si fuesen, dando ser á las que no lo tienen (2). Y desta obediencia dice el Profeta (3): Las estrellas estuvieron en los lugares y estancias que el Criador les señaló, y siendo por él llamadas, le obedescieron y respondieron: Aquí estamos, Señor, y resplandescieron con alegría en servicio del Señor que las crió. Decir también el Profeta que llama á cada una por su nombre, es decir que él solo sabe las propriedades y naturaleza dellas, y conforme á esto les puso los nombres acomodados á estas propriedades. Desto pues que está reservado á la Sabiduría divina, no puede hablar la lengua humana. Mas entre otros usos y provechos de las estrellas, sirven también como los padrones de los caminos á los que navegan por la mar. Porque caresciendo en las aguas de señales por donde enderecen los pasos de su navegación, ponen los ojos en el cielo, y allí hallan señales en las estrellas, mayormente en la que está fija en el norte (que nunca se muda) para tomarla por regla cierta de su camino.

(1) Psal. 146. (2) Rom. 4. (3) Baruch 3.

DE LOS CUATRO ELEMENTOS Ó REGIÓN ELEMENTAR

CAPÍTULO VI

Mas ya es tiempo que descendamos del cielo á este mundo más bajo, donde residen los cuatro elementos, que son, tierra, agua, aire y fuego, los cuales (como ya dijimos) son la materia en que los cielos emplean la eficacia de su virtud, obrando en ellos, y engendrando y componiendo dellos todas las cosas corporales. Donde primero se nos ofresce el lugar y el sitio en que el Criador los asentó por tal orden y compás, que siendo entre sí contrarios, tengan paz y concordia, y no sólo no perturben el mundo, mas antes lo conserven y sustenten. Para esto ordenó él que cada uno de los elementos tuviese una cualidad conforme á la de su vecino, y con este linaje de alianza y parentesco puso paz y concordia entre ellos. Porque la tierra (que es el más bajo de los elementos) es seca y fría, y el agua es fría y húmida, y el aire es húmido y caliente, y el fuego es caliente y seco: y desta manera se traban y dan la mano unos elementos á otros, y hacen una como danza de espadas, continuándose amigablemente por esta forma los unos con los otros.

Y para mayor conservación desta paz, de tal manera templó el Criador las propriedades dellos, que el que es muy poderoso para obrar, fuese flaco para resistir, y por el contrario, el que es fuerte para resistir, fuese flaco para obrar. Esto vemos en el fuego, el cual siendo tan activo y tan abrasador de lo que halla, no tiene fuerza para resistir á un poco de agua, con la cual cesa todo aquel su furor. Porque á ser fuerte en lo uno y en lo otro, abrasara todo el mundo, y no hubiera quien prevalesciera contra él. Mas por el contrario, la tierra no tiene fuerza para obrar, mas tiénela para resistir, porque ni fuego, ni agua, ni aire basta para corromperla y mudarla en otra substancia, como vemos inflamarse el aire con el fuego vecino, y convertirse en fuego. Desta manera igualó el Criador las fuerzas destos cuatro cuerpos simples, recompensando por una parte lo que quitaba ó añadía por otra.

Dió también otra cosa á estos cuatro cuerpos, que es una

grande inclinación y ímpeto de correr á sus lugares naturales, porque en ellos se conservan como en su proprio lugar y centro, y fuera dél recibirían agravio de otros cuerpos contrarios. Y así vemos que el aire encerrado en las concavidades de la tierra, la hace estremecer por hallar salida para su lugar natural. Y no es menor el ímpeto del fuego. Y demás desto, estando fuera de estos sus lugares perturbarían la orden del universo, tomando unos cuerpos el lugar de otros. Y para esta misma conservación les dió otra inclinación de juntarse unas partes con otras, cuando las dividimos, excepto la tierra, que por ser el más imperfecto de los elementos, carece deste movimiento. Mas el agua y el aire, si los dividís, luego se juntan, porque mejor se conservan juntos que apartados.

Y esta inclinación natural dió el Criador á todas las cosas, por pequeñas y insensibles que sean, que es procurar su conservación. ¿Qué cosa más pequeña que una gota de agua? Pues si ésta cae sobre el polvo, luego se recoge y reconcentra dentro de sí, y se hace redonda, porque así está más lejos de secarse que si estuviese derramada y extendida. El aceite otrosí, echado con el agua, ó se levanta sobre ella, ó se muda todo en unos pequeños ojos, por no perder su ser, siendo encorporado ó empapado en el agua. La sal echada en el fuego, salta y huye dél como de su contrario, porque ella es de la naturaleza del agua, de que se formó, que es enemiga del fuego. Los árboles, cuando están muy asombrados, crescen más, y suben á lo alto á buscar el sol que los cría: y asimismo las raíces dellos, si tienen cerca el agua, se extienden hacia ella, buscando allí su mantenimiento y frescura. De modo que á todas las criaturas proveyó el Criador de inclinaciones, que las llevan á buscar lo que les es provechoso, y huir lo contrario, para que así se conserven en el ser que él les dió.

CAPÍTULO VII

DESCENDIENDO á tratar en particular de cada uno de los elementos, comenzaremos por el aire, cuyos beneficios son muchos. Porque primeramente con él respiran los hombres, y las aves, y los animales que andan sobre la tierra, recibiendo en todo tiempo, así velando como durmiendo, este refrigerio con que refrescan y tiemplan el ardor del corazón (que es un miembro calidísimo) para que no se ahogue con la abundancia de su calor. El aire también es medio por el cual la luz del sol y de las estrellas, y con ella sus influencias, pasan y llegan á nosotros, sin lo cual no lo pudieran hacer, porque así la luz como las influencias son accidentes, los cuales no pueden estar sin subjecto que los sustente. Y demás desto el mismo aire, poniéndose de por medio entre nosotros y el sol, tiempla su calor, para que sin molestia podamos gozar de sus beneficios.

Mas aquí es de notar que la divina Providencia dividió el aire en tres regiones principales para el uso de las cosas que aquí declararemos. La primera y más alta parte dél está junto al elemento del fuego, y por eso es calidísima, conforme á la calidad de su vecino. La más baja, que está junto á la tierra y al agua, es templada: mas no deja de tener (mayormente en algunos tiempos) calor, por razón de la reflexión de los rayos del sol que hieren la tierra. Mas la parte del aire que está en medio destos dos extremos, es frigidísima, porque huyendo destos dos extremos, se recoge y reconcentra dentro de sí misma, y así está más fría, como lo vemos en las aguas de los pozos, que así como en el invierno están calientes, porque huyen del frío, así en el estío están frías, porque se recogen hacia dentro huyendo del calor. Lo cual declara la maravillosa providencia del Criador, porque esto sirve para engendrarse allí las heladas y el rocío de la mañana, con que se sustentan y mantienen las plantas en los tiempos secos, y las nieves, que hacen las tierras fértiles y abundosas. Por dónde solemos decir: año de nieves, año de bienes. Porque así ellas como también las heladas, detienen como con la mano las plantas, para

que no suban á lo alto, porque empleen toda su virtud en lo bajo, arraigándose más en la tierra, para que á su tiempo crezcan con tanto mayor fructo, cuanto tuvieren en las raíces mayor fundamento.

Aquí también se engendran las aguas lluvias. Porque el sol, mediante su calor, levanta los más subtiles vapores de la mar (como ya dijimos) los cuales, como sean subtiles y de la condición del aire, fácilmente suben á lo alto, y llegando á esta media región del aire, que es (según decimos) fría, espésanse y apriétanse con el frío, y así se mudan en agua, la cual como es más pesada, desciende á lo bajo, resolviéndose en agua lluvia. La experiencia desto vemos en los alambiques en que se distilan las rosas y otras yerbas, donde la fuerza del calor del fuego saca la humidad de las yerbas que se distilan, y las resuelve en vapores, y hace subir á lo alto, donde no pudiendo subir más, se juntan y espesan y convierten en agua, la cual con su natural peso corre luego para bajo, y así se distila. De dónde procede lo que refiere S. Basilio, que cuando falta agua á los marineros, cuecen un poco del agua salada de la mar, y ponen encima una esponja que reciba los vapores de aquel agua, los cuales después se convierten en agua dulce, con que algún tanto refrigeran la sed. Desta manera el arte imita la naturaleza, como lo hace en todas las otras cosas.

Y no es menor materia de alabanza ver de la manera que el Criador ordenó que el agua lluvia cayese de lo alto. Porque si todos los ingenios de los hombres se pusieran á pensar de qué manera caería esta agua para regar la tierra, no pudieran atinar en otra más conveniente que ésta. Porque paresce que viene colada por la tela de un cedazo, repartiéndose igualmente por todas partes, y penetrando las entrañas de la tierra, para dar mantenimiento á las plantas, que con ella se sustentan, refrescando por de fuera las hojas y fructa de los árboles, lo cual no hace el agua de regadío. Ésta es aquella maravilla que entre otras se atribuye á Dios: de quien se escribe en el libro del sancto Job (1) que él es el que prende y ata las aguas en las nubes de tal manera que no caigan de lleno en lleno sobre la tierra. Y lo mismo escribe Moisén, alabando la tierra de promisión, por es-

(1) Job 26.

tas palabras (1): La tierra que vais á poseer, no es como la de Egipto, que á manera de las huertas se riega con agua de pie. Porque sobre esta nuestra tierra están puestos los ojos del Señor dende el principio del año hasta el fin, para enviarle agua y rocío del cielo. El cual beneficio canta el Profeta Real en el Psalmo 146, diciendo: El Señor es el que cubre el cielo de nubes, y por medio dellas envía agua sobre la tierra. Y esto con tanta largueza que como se escribe en Job (2), no sólo riega los sembrados y tierras de labor, sino también los desiertos y tierras sin camino, para que produzgan yerbas frescas y verdes.

§ I

Mas cuán grande sea este beneficio del agua que llueve, ¿quién lo explicará? Porque quien esto mirare con atención, verá que todo lo que es necesario para la vida humana, provee el Criador por este medio. Por aquí nos da el pan, el vino, el aceite, las frutas, las legumbres, las yerbas medicinales, el pasto para los ganados, y con ellos las carnes, la lana y las pieles dellos para nuestro vestido y calzado. Lo cual no calló el Profeta cuando dijo (3) que el Señor producía en los montes heno y yerba para servicio de los hombres. Y dice de los hombres, siendo éste manjar de animales, porque éstos (como vemos) sirven de muchas maneras á los hombres. Finalmente son tantos los bienes que por esta agua recibimos, que uno de aquellos siete Sabios de Grecia, por nombre Tales, vino á decir que el agua era la materia de que todas las cosas se componían, viendo que el agua es la que cría todos los frutos de la tierra, y que no solamente los peces de la mar, sino también los hombres con todos los otros animales se mantenían dellos.

Y por ser este beneficio tan grande y tan universal, tomó el Criador las llaves dél, y reservó para sí el repartimiento destas aguas, para dar por ellas mantenimiento á sus fieles siervos, y castigar á los rebeldes, privándolos deste beneficio. Y así se escribe en Job (4) que por esta vía juzga Dios los pueblos (castigándolos con hambre) y da de comer á muchos de los mortales.

(1) Deut. 11. (2) Job 5. (3) Psalm. 146. (4) Job 36.

Y así promete Dios á los fieles guardadores de su ley en el Levítico (1) que les enviará el agua lluvia á sus tiempos, con que la tierra y los árboles les den fruto copioso para su mantenimiento. Y por el contrario, á los quebrantadores della amenaza que les hará el cielo de metal, y la tierra que hollaren, de hierro, y que en lugar de agua les dará polvo, para consumillos de hambre. Y no sólo pecados, sino también desagradescimiento deste beneficio suele ser causa de perderlo. De lo cual se queja Dios por Hieremías por estas palabras (2): Y no dijeron los hombres, honremos á Dios, que nos envía de lo alto el agua temprana y la tardía, y nos da cada año copiosas mieses para mantenernos. Cierto es mucho para sentir que siendo éste tan grande beneficio del Criador, haya tan pocos que lo reconozcan, y le den gracias, y sirvan por él, con el cual nos da todas las cosas, y sin el cual no podríamos vivir. Y desto nos debría avisar que vemos venir el agua de lo alto, para entender que el Criador nos la envía del cielo. Pues ¿qué es esto sino imitar los hombres de razón á las bestias, que carecen della, las cuales recibiendo el pasto y mantenimiento con que se sustentan, ni reconoscen al dador, ni le dan gracias por él?

Otro beneficio de la divina Providencia son los vientos, los cuales, ó son aire, ó son muy semejantes á él. El cual beneficio no calló el Profeta cuando dijo (3) que el Señor producía y sacaba los vientos de sus tesoros, entendiendo por tesoros las riquezas de su providencia, la cual ordenó que hubiese vientos para el uso y provisión de la vida humana. Porque primeramente los vientos llevan las nubes y las aguas que están en ellas, como se escribe en Job (4), á donde el gobernador del mundo las quiere enviar. Y así vemos que en España llueve con el viento ábrego, el cual, pasando por la mar, trae consigo las nubes á esta región. Mas por el contrario, en África llueve con el cierzo, que sopla de la banda del norte, y pasando también por el mismo mar, lleva las nubes (que son como aguaderas de Dios) á aquella tierra. Pues ya, ¿qué sería de la navegación y comercio con las islas y con las otras gentes, si faltasen los vientos, y el aire estuviese siempre en calmaría? Pues con este socorro tan deseado de los navegantes corremos en breve espacio hasta los fines de la tierra, llevando las mercadurías que en una parte sobran y

(1) Lev. 26. (2) Hierem. 5. (3) Psalm. 134. (4) Job 37.

en otra faltan, y trayendo dellas lo que á nosotros falta y á ellos sobra: y desta manera se hacen todas las cosas comunes, y todas las tierras abastadas, y finalmente de todo el mundo hacemos una común plaza y una ciudad que sirve á todos. Y lo que más es, por medio de los vientos ha corrido la fe y el conoscimiento del Criador á las partes de Oriente y Occidente y á todas las otras regiones, que es la mejor mercaduría que de unas partes á otras se puede llevar. Y no menos resplandesce la divina Providencia en el curso de los vientos. Porque sabemos que en las Indias Orientales en cierto tiempo del año cursan unos vientos que sirven para navegar con ellos á ciertas partes, y en otro cursan otros que son para volver dellas, y esto tan ordinario, que nunca faltan éstas que llaman monciones, para estos caminos. Las cuales la divina Providencia ordenó para el servicio y uso de los hombres, haciendo que los vientos, como criados dellos, los lleven y traigan como en los hombros á los lugares deseados. Y con ser esto así, ¡cuán pocos hay que reconozcan este beneficio y le den gracias por él!

Sirven otrosí los vientos (como dice Séneca) para purificar el aire y sacudir dél cualquier corrupción ó mala cualidad que se le haya pegado. De lo cual tienen experiencia los que se acordaren de una gran pestilencia que hubo en la ciudad de Lisboa y en algunos otros lugares del reino de Portugal el año de 1570. La cual cesó con un recísimo y desacostumbrado viento, con el cual cresció la mar tanto, que cubrió las fuentes que estaban junto á ella, y de dulces las hizo salobres por algunos días. El cual viento llevó tras sí el aire corrupto, que era la causa de aquella peste. Y por esto dice el mismo autor que quiso la divina Providencia que de todas las partes del mundo se levantasen vientos, para que en todas ellas tuviese el aire quien le purificase y ejercitase: tan necesario es el ejercicio y trabajo para todas las cosas. Sirven también los vientos para que el labrador pueda aventar la parva, y limpiar el grano de polvo y de paja: y no menos en la fuerza del estío, cuando avahamos con el calor grande, hace el Criador que se levante un aire fresco, con que se refrigeran las entrañas y tiempla la fuerza del calor. Con lo cual los que saben referir todas las cosas á Dios, y de todas sacan materia de edificación, consideran cuál será aquel tormento de los fuegos eternos, donde están los malaventurados abrasándose en aquellas llamas, y no esperan jamás este linaje de alivio y refrigerio.

CAPÍTULO VIII

Del elemento del aire bajamos al del agua, que es su vecina, la cual al principio de la creación cubría toda la tierra, como el elemento del aire á esa misma agua. Mas porque desta manera no se podía habitar la tierra, el Criador (que todo este mundo criaba para servicio del hombre, así como al hombre para sí) mandó que se juntasen todas las aguas en un lugar (que fué el mar Océano) y que se descubriese la tierra para nuestra habitación: y así se hizo, sacando al agua de su natural lugar, que era estar sobre la tierra, y recogiéndola en otro.

En este elemento hay muchas cosas que considerar (las cuales predican las alabanzas del que lo crió) conviene saber, su grandeza, su fecundidad, sus senos, sus playas, sus puertos, sus crescientes y menguantes, y finalmente los grandes provechos que nos vienen dél. Por su grandeza y fecundidad alaba á Dios el Psalmista diciendo (1): Este mar grande y espacioso, donde hay tantas diferencias de pesces que no tienen cuento, y animales así pequeños como grandes. Esta grandeza ordenó el Criador para que todas las naciones gozasen de los provechos de la mar, que son, por una parte la navegación, que sirve (como dijimos) para la contractación de las gentes, y por otra el mantenimiento que graciosamente nos da, con la infinidad de pesces que cría. Y por esto quiso el Hacedor que en él hubiese muchos brazos y senos, para que se entremetiesen por las tierras, y entrasen por nuestras puertas, convidándonos con sus riquezas y proveyéndonos de mantenimiento. De aquí procede el mar Mediterráneo, y el mar Bermejo, y el mar Euxino, y el seno de Persia, y otros muchos, que son como brazos deste gran cuerpo, de cuyos provechos quiere el Criador que gocen todos. Y en todos ellos hay sus puertos y playas, á donde puedan seguramente estar los navíos libres de la fuerza de los vientos.

---

(1) Psalm. 103.

Ni menos resplandece la omnipotencia y providencia del Criador en tanta muchedumbre de islas como están repartidas por la mar, las cuales dice Sant Ambrosio (1) que son como unos joyeles deste tan grande y tan hermoso cuerpo, que lo adornan y declaran la omnipotencia y providencia del Criador: la providencia, en proveer estas como ventas y estancias para los navegantes, donde tomen refresco, donde se rehagan, donde descansen, donde se acojan, ó en tiempo de tormentas, ó cuando quieren escapar de los ladrones de la mar. Ni menos resplandece aquí la omnipotencia del Criador en conservar unas isletas pequeñas en medio de tan grandes golfos y abismos de aguas y de las grandes ondas que parecen querer anegar la tierra, sin que por eso puedan usurpar un pequeño pedazo dellas, que es aquella maravilla que el mismo Señor encarece cuando hablando con el santo Job, dice (2): ¿Quién cerró y puso puertas á la mar, cuando corría con grande ímpeto como si saliera del vientre? Yo soy el que la cerqué con mis términos, y le puse puertas y cerraduras, y le dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y aquí se quebrantará el furor de tus olas hinchadas. Y cierto es cosa de admiración que corriendo todos los elementos con tán grande ímpetu á sus lugares naturales (como ya dijimos) y siendo natural lugar del agua estar sobre todo el cuerpo de la tierra, y tenerla cubierta, haberla Dios con sola su palabra sacado deste lugar, y conservádola tantos mil años fuera dél, sin usurpar ella un paso del espacio que le señaló. Lo cual trae él por argumento para confundir la desobediencia y desacato de los hombres, vista la obediencia de las criaturas insensibles. Y así dice por Hieremías (3) ¿A mí no temeréis, y no temblaréis de mi presencia, que fuí poderoso para hacer que la arena fuese término de la mar, y ponerle precepto y mandamiento, el cual nunca quebrantará? Y moverse han las ondas, y no prevalecerán, y hincharse han, y no lo traspasarán.

En la navegación que hay de Portugal á la India Oriental (que son cinco mil leguas de agua) está en medio del gran mar Océano, donde no se halla suelo, una isleta despoblada que se llama Santa Elena, abastada de dulces aguas, de pescados, de caza y de frutas que la misma tierra sin labor alguna produce: donde

(1) Ambros. en el Examer. (2) Job 38. (3) Hier. 5.

los navegantes descansan, y pescan, y cazan, y se proveen de agua. De suerte que ella es como una venta que la divina Providencia diputó para solo este efecto, porque para ninguno otro sirve. Y el que allí la puso, no la había de criar de balde. Y lo que más nos maravilla es cómo se levanta aquel pezón de tierra sobre que está fundada la isla, dende el abismo profundísimo del agua hasta la cumbre della, sin que tantos mares lo hayan consumido y gastado. Y demás desto, ¿cómo no siendo esta isleta para con la mar más que una cáscara de nuez, persevera entre tantas ondas y tormentas entera, sin consumirse ni gastarse nada della? Pues ¿quién no adorará aquí la omnipotencia y providencia dcl Criador, que así puede fundar y asegurar lo que quiere? Éste es pues el freno que él puso á este grande cuerpo de la mar para que no cubra la tierra: y cuando corre impetuosamente contra el arena, teme llegar á los términos señalados, y viendo allí escripta la ley que le fué puesta, da la vuelta á manera de caballo furioso y rebelde, que con la fuerza del freno pára, y vuelve hacia atrás, aunque no quiera.

§ I

La mar también por una parte divide las tierras, atravesándose en medio dellas, y por otra las junta y reduce á amistad y concordia con el trato común que hay entre ellas. Porque queriendo el Criador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen las unas de las otras, las reconciliase entre sí. Y así la mar, puesta en medio de las tierras, nos representa una gran feria y mercado, en el cual se hallan tántos compradores y vendedores, con todas las mercaderías necesarias para la sustentación de nuestra vida. Porque como los caminos que se hacen por tierra, sean muy trabajosos, y no fuera posible traer por tierra todo lo que nos es necesario, proveyó el Criador deste nuevo camino, por donde corren navíos pequeños y grandes, uno de los cuales lleva mayor carga que muchas bestias pudieran llevar para que nada faltase al hombre ingrato y desconoscido.

Estas y otras muchas utilidades tenemos en la mar. Porque,

como dice S. Ambrosio (1), ella es hospedería de los ríos, fuente de las aguas, materia de las grandes avenidas, acarreadora de las mercaderías, compendio de los caminantes, remedio de la esterilidad, socorro en las necesidades, y liga con que los pueblos apartados se juntan, y freno del furor de los bárbaros, para que no nos hagan tanto daño.

Tiene también otra cosa la mar, la cual como criatura tan principal, nos representa por una parte la mansedumbre, y por otra la indignacion y ira del Criador. Porque ¿qué cosa más mansa que el mar cuando está quieto y libre de los vientos, que solemos llamar mar de donas, ó cuando con un aire templado blandamente se encrespa, y envía sus mansas ondas hacia la ribera, sucediendo unas á otras con un dulce ruido, y siguiendo el alcance las unas de las otras, hasta quebrarse en la playa? En esto pues nos representa la blandura y mansedumbre del Criador para con los buenos. Mas cuando es combatido de recios vientos, y levanta sus temerosas ondas hasta las nubes, y cuanto más la levanta á lo alto, tanto más profundamente descubre los abismos, con lo cual levanta y abaja los pobres navegantes, azotando poderosamente los costados de las grandes naos (cuando los hombres están puestos en mortal tristeza, las fuerzas y las vidas ya rendidas) entonces nos declara el furor de la ira divina, y la grandeza del poder que tales tempestades puede levantar y sosegar, cuando á Él le place. Lo cual cuenta el Real Profeta entre las grandezas de Dios, diciendo (2): Vos, Señor, tenéis señorío sobre la mar, y vos podéis amansar el furor de sus ondas. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra, y vos criastes la redondez della, con todo lo que dentro de sí abraza, y la mar y el viento cierzo que la levanta, vos lo fabricastes.

Quédanos otra excelencia de la mar tan grande, que el ingenio y la pluma temen acometerla. Porque ¿qué palabras bastan, no digo yo para explicar, sino para contar por sus nombres (si los hubiera) las diferencias de pescados que hay en este elemento? ¿Qué entendimiento, qué sabiduría fué aquélla, que pudo inventar, no digo ya tantas especies, sino tantas diferencias de figuras de peces de tan diferentes cuerpos, unos muy pequeños, otros de increíble grandeza, y entre estos dos extremos, otras mil diferen-

(1) Ambros. ubi supra. (2) Psalm. 88.

cias de mayores y menores? Porque él es el que crió la ballena, y crió la rana, y no trabajó más en la fábrica de aquel pece tan grande, que en la déste tan pequeño. Hay algunos oficiales que cortan de tijera en seda ó en papel mil diferencias de figuras y quimeras de la manera que quieren, porque el papel y la seda obedecen á la voluntad y ingenio del cortador. Pues ¿qué cortador fué aquél tan primo, que supo cortar y trazar tantas diferencias de figuras como vemos en los peces de la mar, dando á todas sus propriedades y naturalezas tan diversas? Porque el que corta con tijera, no hace más que formar una figura, sin darle más de lo que representa. Mas este soberano Cortador junto con la figura dió ánima, y vida, y sentidos, y movimiento, y habilidades para buscar su mantenimiento, y armas ofensivas y defensivas para su conservación, y sobre todo esto una fecundidad tan grande para conservar su especie, que si no la hubiéramos visto, fuera totalmente increíble. Porque ¿quién contará los huevos que tiene un sábalo, ó una pescada en rollo, ó cualquier otro pece? Pues de cada huevecico déstos se cría un pece tan grande como aquél de do salió, por grande que sea. Sola el agua como blanda madre, por virtud del Criador, lo recibe en su gremio, y lo cría hasta llegarlo á su perfección. Pues ¿qué cosa más admirable? Porque como la divina Providencia crió esta pescadería para sustentación de los hombres, y los que han de pescar no ven los peces en el agua de la manera que los cazadores ven la caza en la tierra ó en el aire, ordenó él que la fecundidad y multiplicación de los peces fuese tan grande, que la mar estuviese cuajada dellos para doquiera que cayese la red, hallase qué prender. Muchas y cuasi innumerables son las especies de aves y de animales que hay en la tierra, mas sin comparación son más las que hay en la mar, con parecer que este elemento no era dispuesto para recibir moradores que lo poblasen, ni para darles los pastos que vemos en la tierra, para que los sustentansen.

Pues ¿qué diré de las diferencias de mariscos que nos da la mar? ¿Qué de la variedad de las figuras con que muchos imitan los animales de la tierra? Porque peces hay que tienen figura de caballo, otros de perro, otros de lobo, y otros de becerro, y otros de cordero. Y porque nada faltase por imitar, otros tienen nuestra figura, que llaman hombres marinos. Y allende desto, ¿qué diré de las conchas, de que se hace la grana fina, que es el orna-

mento de los reyes? ¿Qué de las otras conchas, y veneras, y figuras de caracoles grandes y pequeños, fabricados de mil maneras, más blancos que la nieve, y con eso con pintas de diversos colores, sembradas por todos ellos? ¡Oh admirable sabiduría del Criador! ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas son hechas con suma sabiduría, y no solamente la tierra, mas también la mar está llena de vuestras maravillas. Pues ¿qué diré de las virtudes y fuerzas extrañas de los peces? El pececillo que llaman tardanaos, hace parar una grande nao, aunque vaya á todas velas. Pues ¡cuán poderoso es aquel Señor, que con tan pequeño instrumento óbra una cosa tan grande! Más pequeño pesce es la sardina, y ésta bastece la mar y la tierra, porque es común pasto de los pesces mayores, y también lo es de los hombres. Por lo cual se suele decir della que más anda por la tierra que por la mar, caminando de unas partes á otras para nuestro mantenimiento.

Ni es menos de considerar la suavidad y sabor que el Criador puso más aún en los peces que en las carnes, y así antiguamente sirvían para las delicias de los príncipes. Por lo cual exclama aquí S. Ambrosio, diciendo: ¡Ay de mí, antes del hombre fueron criadas las delicias, antes la abundancia, madre de nuestra lujuria, que la naturaleza, primero la tentación del hombre, que la criación del hombre! Mas no hizo esto el Criador para tentación sino para regalo y provisión de los hombres, mostrando en esto que los trataba como á hijos regalados, para que la suavidad y gusto destos manjares los incitase á amar y alabar el Criador, que esta mesa y convite tan suave les aparejó. Mas tienen muchos de los hombres tan poco discurso, que estando las criaturas convidándolos á alabar al dador de todos estos bienes, de tal manera se ceban y empapan en ellos, que no les pasa por pensamiento darle gracias, y decir siquiera: Esto hizo el Criador para mí, sin debérmelo.

DEL CUARTO ELEMENTO, QUE ES LA TIERRA

CAPÍTULO IX

Descendamos ya á nuestra común madre, que es la tierra, de que son producidos y alimentados nuestros cuerpos. Mas esto será sin apartarnos mucho de la mar, porque ella es la que por las venas y caminos secretos que el Criador ordenó, se amasa con la tierra para muchos provechos: de los cuales uno es hacerla cuerpo sólido, pegando y apretando con su humedad y frialdad las partes della, para que nos pueda sostener. Porque de otra manera, siendo ella en sumo grado seca, estuvieran tan sueltas y desapegadas las partes della, como está la cal viva en polvo, y así no nos pudiera sustener.

Entre todos los elementos éste es el más bajo y menos activo: mas con todo eso, siendo ayudado del cielo y de los otros elementos, nos sirve y aprovecha más que todos. Con lo cual debe crescer y esforzarse nuestra naturaleza, la cual, aunque sea de suyo más baja que la de los ángeles, puede con los favores y socorros de la gracia levantarse sobre ellos. Su asiento y lugar natural es el centro y medio del mundo, cercada por todas partes de aire y agua, sin por eso inclinarse á una parte ni á otra. Porque así como el Criador puso en la piedra imán aquella maravillosa virtud, que mire á solo el norte, y en él solo repose, así también puso en la tierra esta natural inclinación, que tenga por centro y por su lugar natural el punto que está en medio del mundo, y que á él siempre corra, y en él solo descanse, sin moverse á una parte ni á otra, que es una tan grande maravilla como si estuviese una bola en el aire en medio de una grande sala, cosa que algunos filósofos no pudieron creer. Ésta es aquella maravilla que canta el Psalmista, cuando dice (1): Fundastes, Señor, la tierra sobre su misma firmeza, la cual en los siglos de los siglos nunca perderá ese lugar y puesto que vos le distes, ni se inclinará á una parte ó á otra, y ordenastes que el abismo de

(1) Psalm. 103.

las aguas fuese como una ropa de que ella estuviese cercada y vestida.

El mismo Psalmista dice que éste fué el lugar que la divina Providencia diputó para la habitación de los hombres (1). El cielo de los cielos (dice él) diputó el Señor para sí, mas la tierra para morada de los hombres. Pues esta tierra, obedesciendo á la disposición y mandamiento del Criador, como benigna madre nos rescibe cuando nascemos, y nos mantiene después de nascidos, y nos sostiene mientra vivimos, y al fin nos recibe en su gremio después de muertos, y guarda fielmente nuestros cuerpos para el día de la resurrección general. Este grande elemento nos es más blando y favorable que los otros, porque de las aguas vemos que proceden las avenidas y crescientes de los ríos, que hacen notable daño en las tierras vecinas: el aire se espesa en las nubes, de donde nacen los turbiones, que dañan los sembrados y destruyen los trabajos de los pobres labradores. Mas la tierra, como sierva del hombre, ¡qué frutos produce, qué olores, qué sabores, qué zumos! ¡Qué colores no engendra! ¿Quién podrá explicar cuánta sea su fertilidad, cuántas sus riquezas, especialmente si consideramos cuántas diferencias de metales se sacaron della cinco mil años antes de la venida de Cristo, y cuántos se han sacado después acá, y se sacarán hasta la fin del mundo, llegando los hombres, como dijo aquel poeta (2), hasta las sombras del infierno, y persiguiendo el oro y la plata, por más que se esconda en las entrañas de la tierra? Pues ¿qué diré de la variedad de las piedras preciosas de gran valor y virtud, que están escondidas en lo íntimo della?

Mas entre los beneficios de la tierra es muy señalado el de las fuentes y ríos que della manan, y la humedecen y refrescan. Porque así como el Criador repartió las venas por todo el cuerpo humano para humedecerlo y mantenerlo, así quiso él también que este gran cuerpo de la tierra tuviese sus venas, que son los ríos, los cuales corriendo por todas partes, la refrescan y humedecen, y nos ayudan á mantener, criando pesces y regando nuestros sembrados.

Y porque en muchas partes faltan fuentes y ríos, ordenó la divina Providencia que toda la tierra estuviese empapada en agua,

(1) Psalm. 113. (2) Ovidio.

porque desta manera cavando los hombres, supliesen con los pozos la falta de las fuentes. Mas ¿quién no se maravillará aquí del origen y principio de do manan estos ríos y fuentes? Vemos en muchas tierras apartadas de la mar, salir debajo de una peña viva un gran brazo, y á las veces un buey de agua. ¿De dónde pues nasce esta agua? ¿Cómo corre siempre, invierno y verano, de una manera? ¿Qué abismo es aquél tan copioso que siempre tiene que dar, y en tantos mil años nunca se agota? Si decís que se hace del aire que está en las concavidades de la tierra, como sea verdad que de diez partes del aire se haga una de agua, ¿qué tanta cuantidad de aire será menester para que de ahí salga perpetuamente el río Nilo, ó el Danubio, ó Eufrates, ó nuestro Guadalquivir, aunque bien sé que otros ríos que con éstos se juntan, ayudan á su grandeza, mas todavía son ellos y otros semejantes ríos grandes en su nacimiento. Alaba el Profeta á Dios porque saca los vientos de sus tesoros, que es de los lugares que Él con su sabiduría señaló. ¿Cuánto más debe ser alabado por haber criado en la tierra tan grandes senos y acogidas de agua perenales que nunca falten? ¿Cuál es la materia de que tanta agua se produce, y cuál la causa eficiente que de aquella materia la produce? Porque hasta agora varían los ingenios de los filósofos en declarar esta generación de las aguas, y apenas dicen cosa que satisfaga. Mas lo que aquí más satisface, es dar gloria á Dios por este beneficio, y maravillarnos de la providencia de quien esto supo y pudo hacer. Y muy grosero ha de ser el que esto no entendiere. Pasando una vez un negro muy bozal con su amo el río que está entre Córdoba y Castroelrío, y viendo correr el agua dél, volvióse á su amo con su tosca lengua, y dijo: Correr, correr, y nunca hinchir, correr, correr, y nunca acabar: gran cosa Dios. Pues este negro bozal por una parte nos confunde, y por otra nos obliga á alabar el Criador por este beneficio. Pero más nos obliga aquel ángel del Apocalipsi, el cual como refiere Sant Juan (1), venía volando por medio del cielo, dando voces y diciendo á los moradores de la tierra: Temed al Señor, y glorificadlo, porque se llega la hora de su juicio, y adorad al que hizo el cielo, la tierra y la mar, y todo lo que en ellos hay, y las fuentes de las aguas. En las cuales palabras, pasando en silencio to-

(1) Apoc. 14.

das las maravillas que vemos en los otros elementos, de solas las fuentes de aguas (como de cosa más admirable) hizo mención especial.

Pues ¿qué diré de las aguas medicinales que brotan de la tierra para la cura de muchas enfermedades? Porque unas hay que relajan los miembros encogidos, de que se aprovechan los tullidos, otras por el contrario aprietan los que están flojos y relajados: unas desecan la abundancia de las flemas, otras sirven para curar la melancolía: unas valen contra la gota, otras contra la piedra, otras sanan las llagas medio podridas: tan grande es la virtud que el Criador puso en una tan simple medicina, y todo encaminado y proveído para la salud y remedio del hombre ingrato, que recibe el beneficio, y no responde con debido agradescimiento.

Y sobre todo esto, qué tan grande es la virtud que aquel divino Presidente dió á la tierra con una palabra y mandamiento que al principio le puso: la cual todos los años sin cesar nos da abundancia de trigo, de vino, de aceite, de frutas, de legumbres y de pasto para mantenimiento de los animales que nos sirven. Pasan los hombres fácilmente por estas cosas, y ni consideran esta maravillosa fertilidad que el Criador dió á la tierra, ni la virtud admirable que puso en un grano de trigo y en todas las otras semillas, porque la costumbre de ver esto cada día, quitó la admiración á cosas tan admirables. Solamente se maravillan de las cosas raras y desacostumbradas, no por mayores, sino por menos usadas. Mas para los que saben ponderar las obras de Dios (como Sant Augustín dice) éstas cuotidianas les son materia de mayor admiración y conoscimiento de Dios, que todas las otras, por muy raras y nuevas que sean.

———

CAPÍTULO X

Después de la tierra síguese que tratemos más en particular de la fertilidad y frutos della. Y esto es ya comenzar á tratar de las cosas que tienen vida, porque las que hasta aquí habemos referido, que son, cielos, estrellas, elementos, con todos los otros mixtos imperfectos, no la tienen. Y porque las cosas que tienen vida son más perfectas que las que carecen della, resplandesce más en éstas la sabiduría y providencia del Criador, y cuanto fuere más perfecta la vida, tanto más claro testimonio nos da del artífice que la hizo, como en el proceso se verá. Porque no es Dios (como suelen decir) allegador de la ceniza y derramador de la harina, mas antes cuanto son las cosas más perfectas, tanto mayor cuidado y providencia tiene dellas, y tanto más descubre en ellas la grandeza de su sabiduría. Y porque supiésemos que á él solo debíamos este tan general beneficio de los frutos de la tierra, los crió al tercero día, que fué antes que criase el sol y la luna y los otros planetas (con cuya virtud y influencias nascen y se crían las plantas) y antes que hubiese semillas de do nasciesen, como agora nascen. De manera que la virtud sola de su omnipotente palabra suplió la causa material y eficiente de todas las plantas y árboles de la tierra. Toda esta variedad de especies innumerables no le costó más que solas estas palabras (1): Produzga la tierra yerba verde, que tenga dentro de sí su semilla, y árboles frutales según sus especies, &c. Oído pues este mandamiento, luego parió la tierra, y se vistió de verdura, y recibió virtud de fructificar, y se atavió y hermoseó con diversas flores. Mas ¿quién podrá declarar la hermosura de los campos, el olor, la suavidad y el deleite de los labradores? ¿Qué podrán nuestras palabras decir desta hermosura? Mas tenemos testimonio de la Escritura, en la cual el santo Patriarca comparó el olor de los campos fértiles con la bendición y gracia de los sanctos (2). El olor, dijo él, de mi hijo es como

(1) Genes. 1. (2) Genes. 27.

el del campo lleno. ¿Quién podrá declarar la hermosura de las violetas moradas, de los blancos lirios, de las resplandescientes rosas, y la gracia de los prados, pintados con diversos colores de flores, unas de color de oro, y otras de grana, otras entreveradas y pintadas con diversos colores, en las cuales no sabréis qué es lo que más os agrade, ó el color de la flor, ó la gracia de la figura, ó la suavidad del olor? Apasciéntanse los ojos con este hermoso espectáculo, y la suavidad del olor que se derrama por el aire, deleita el sentido del oler. Tal es esta gracia que el mismo Criador la aplica á sí, diciendo: La hermosura del campo está en mí. Porque ¿qué otro artífice fuera bastante para criar tanta variedad de cosas tan hermosas? Poned los ojos en el azucena, y mirad cuánta sea la blancura desta flor, y de la manera que el pie della sube á lo alto acompañado con sus hojicas pequeñas, y después viene á hacer en lo alto una forma de copa, y dentro tiene unos granos como de oro, de tal manera cercados que de nadie puedan recibir daño. Si alguno cogiere esta flor, y le quitare las hojas, ¿qué mano de oficial podrá hacer otra que iguale con ella, pues el mismo Criador las alabó, cuando dijo que ni Salomón en toda su gloria se vistió tan ricamente como una destas flores?

¿Maravillámonos que tan presto haya engendrado la tierra? Cuánto mayor maravilla es, si consideramos cómo las semillas esparcidas en la tierra no dan fructo, si no mueren primero: de manera que cuanto más pierden lo que son, tanto mayor fructo dan. Regálase Sant Ambrosio en este lugar contemplando y pintando con palabras de la manera que cresce un grano de trigo, para enseñar con su ejemplo á contemplar y hallar á Dios en todas las cosas, y así dice: Recibe la tierra el grano de trigo, y después de cubierto, ella como madre lo recoge en su gremio, y después aquel grano se resuelve y convierte en yerba. La cual después de haber crescido, produce una espiga con unas pequeñas vainicas, dentro de las cuales se forma el grano, para que con esta defensa ni el frío le dañe, ni el ardor del sol lo queme, ni la fuerza de los vientos ni de las muchas aguas maltraten al fructo recién nascido. Y esa misma espiga se defiende de las avecillas, no sólo con las vainicas en que está el grano encerrado, sino mucho más con las aristas que á manera de picas están asestadas contra la injuria destas avecillas. Y porque la caña delgada no podría sufrir el peso de la espiga, fortaléscese

con las camisas de las hojas de que está vestida, y mucho más con los ñudos que tiene repartidos á trechos, que son como rafas de ladrillo en las paredes de tapia, para asegurarlas. De lo cual caresce el avena, porque como no tiene en lo alto carga, no tuvo necesidad desta fortificación. Porque aquel sapientísimo artífice, así como no falta en lo necesario, así no hace cosas superfluas. Lo susodicho es de S. Ambrosio.

Debajo deste nombre de yerba se entienden no solamente las mieses (de que agora acabamos de tratar) sino también muchas diferencias de legumbres criadas para ayuda de nuestro mantenimiento, de las cuales unas se guardan secas para todo el año, y otras de que luego nos servimos cuando han crescido. Y déstas, unas se crían debajo de la tierra, y otras encima della. Y entre éstas entran las que crían dentro de sí pepitas, que después sirven de semilla para volver á nacer, entre las cuales se cuentan aquéllas por quien suspiraban los hijos de Israel en el desierto. Y en esto se ve la providencia de aquel soberano gobernador, el cual así como crió fructas frescas acomodadas al tiempo del estío, para refrigerio de nuestros cuerpos, así también crió legumbres proporcionadas á la cualidad deste mismo tiempo. De modo que no contento con la provisión de tantas carnes de animales, de pesces, de aves, de árboles frutales y de mieses abundosas, acrescentó también esta providencia de legumbres, para que ningún linaje de mantenimiento faltase á los hombres, que tan mal saben agradescerlo, pues aprovechándose del beneficio, no saben levantar los ojos á mirar las manos del que lo da, no sólo á los buenos, sino también á los malos por amor de los buenos, así como proveyendo los hombres no se olvidó de los animales por amor de los hombres. Lo cual no calló el Profeta cuando dijo que el Señor producía en los montes heno y yerba para el servicio de los hombres. Y dice de los hombres, porque aunque no sea éste su mantenimiento, eslo de los criados que están diputados para su servicio, que son los brutos animales. Pues por lo dicho se entenderá que no sólo son bárbaros los hombres que andan desnudos como salvajes debajo de la línea equinocial, sino también muchos de los que arrastran sedas y terciopelos, lo cual se entenderá por este ejemplo. Si un caballero andando camino viniese á parar á casa de un labrador rico, y éste, sin tenerle alguna obligación, le hospedase con toda la humani-

dad y aparato que le fuese posible, y le pusiese una mesa llena de todos los mejores manjares y aves que él tuviese en su casa, si acabada la comida el caballero se partiese sin despedirse ni dar gracias á su huésped, ni hablarle una sola palabra de humanidad ó de agradescimiento, ¿qué diríamos deste hombre? Diríamos que era más que bárbaro, y soberbio, y inhumano, y apenas le tendríamos por hombre. Pues según esto, ¿en qué predicamento pondremos á muchos hombres ricos y poderosos que asentándose cada día á la mesa, y viéndola llena de preciosos y diversos manjares, que Dios crió, no para sí ni para los ángeles, sino para solo refrigerio y mantenimiento de los hombres, ni dan gracias á quien así los proveyó y hospedó en esta su gran casa del mundo, sin tenerles obligación alguna, y ni les pasa por pensamiento, viendo cada día la mesa llena de sus beneficios, acordarse de tan largo y magnífico bienhechor y proveedor? Pues ¿quién me negará ser más que bárbaros los que con este tan grande olvido viven? Tal era aquel rico avariénto del Evangelio, que comiendo cada día espléndidamente, ni se acordaba de Dios, ni del pobre Lázaro que tenía delante.

§ I

Y no menos fueron criadas para el hombre infinitas yerbas medicinales, de que hoy día se sirve la medicina, unas que purgan la cólera, otras la flema, otras la melancolía, otras que purifican la sangre, otras que sanan las llagas, otras que sirven para dar calor al estómago, otras para templar el del hígado, y otras que distiladas sirven para aclarar la vista, y otras para otras mil maneras de enfermedades. Pues ¡cuán admirable es la providencia del Criador en las virtudes que puso en todas estas yerbas! Pongamos ejemplo en sola la raíz del ruibarbo, el cual tiene especial virtud para purgar el humor colérico, de manera que bebido llega la virtud dél al hígado, donde está la fuente de todas las venas, que están esparcidas por todo el cuerpo. Y como en ellas esté la masa de todos los cuatro humores, la virtud desta raíz atrae y llama para sí principalmente el humor colérico, dejando los otros: el cual por su llamado viene, y por el mismo se va fuera de casa, y deja al cuerpo limpio y sano. De suerte que así como el Criador dió á la piedra imán esta virtud, que teniendo

junto á sí diversos metales, solo el hierro atraiga á sí, dejando los otros, así puso virtud en esta raíz para llamar y atraer este humor de la manera que está dicho.

Y no sólo en las yerbas, sino en las piedras preciosas puso virtudes medicinales (como en la piedra que llaman baazar, que vale para muchas cosas) y hasta en los palos y madera puso esta virtud curativa, como lo vemos en el palo que llaman de la China y de la India, al cual dió virtud para sanar enfermedades, que las más veces se adquieren con ofensas de su Majestad, sin embargo de lo cual quiso proveerle de remedio: tan grande es y tan magnífica aquella soberana Bondad. En lo cual todo verán aun los ciegos cuán grande sea el amor del Criador para con los hombres, y el cuidado que tiene de su salud, pues tantas maneras de medicinas como están ya descubiertas y como cada día se descubren, crió para él. Porque la raíz de lo que llaman mejoacán, en nuestros días se conosció en España.

Toda esta tan grande provisión y abundancia de cosas que la tierra da, declara la providencia que nuestro Señor como un padre de familia tiene de su casa, para sustentar, curar y proveer á sus criados. Mas ¿qué diremos de tantas diferencias de flores tan hermosas, que no sirven para mantenimiento, sino para sola recreación del hombre? Porque ¿para qué otro oficio sirven las clavellinas, los claveles, los lirios, las azucenas y alhelíes, las matas de albahaca, y otras innumerables diferencias de flores (de que están llenos los jardines, los montes, y los campos y los prados) dellas blancas, dellas coloradas, dellas amarillas, dellas moradas, y de otras muchas colores, junto con el primor y artificio con que están labradas, y con la orden y concierto de las hojas que las cercan, y con el olor suavísimo que muchas dellas tienen? ¿Para qué pues sirve todo esto, sino para recreación del hombre, para que tuviese en que apascentar la vista de los ojos del cuerpo, y mucho más los del ánima, contemplando aquí la hermosura del Criador y el cuidado que tuvo, no sólo de nuestro mantenimiento, como padre de familia para sus criados, sino como padre verdadero para con sus hijos, y hijos regalados? Y como tal no se contenta con proveerles de lo necesario para su conservación, sino también de cosas fabricadas para su recreación. Y así quiso que no sólo el resplandor de las estrellas que en las noches serenas vemos en el cielo, sino también los valles abun-

dosos y los prados verdes, pintados con diversas flores, nos fuesen como otro cielo estrellado, que por una parte recreasen nuestra vista con suavidad y hermosura, y por otra nos despertasen á alabar al Criador, que todo esto trazó y crió, no para sí, ni para los ángeles, ni para los brutos, sino para solo el gusto y honesta recreación del hombre.

Pongamos agora esto en prática, y mirando entre otras flores una mata hermosa de claveles, tomemos uno en la mano, y comencemos á filosofar desta manera. ¿Para qué fin crió el Hacedor esta flor tan hermosa y olorosa, pues no hace cosa sin algún fin? No cierto para mantenimiento del hombre, ni tampoco para medicina ó cosa semejante. Pues ¿qué otro fin pudo aquí pretender sino recrear nuestra vista con la hermosura desta flor, y el sentido del oler con la suavidad de su olor? Y no pare sólo aquí, sino proceda más adelante, considerando cuántas otras diferencias de flores crió para lo mismo, y sobre todo esto, cuántas de piedras preciosísimas que no menos, sino mucho más, alegran este sentido. Y allende desto, ¡cuántas otras cosas hizo para recrear los otros sentidos! ¡Cuántas músicas de aves para el sentido del oir! ¡Cuántas especies aromáticas para el del oler! ¡Cuánta infinidad de sabores para el del gustar! Pues ¡cuánto se declara en esto la benignidad y suavidad de aquel soberano Señor, el cual al tiempo que criaba las cosas, tuvo tanta cuenta con el hombre, que no sólo crió para él tanta muchedumbre de manjares y de todo lo demás que le era necesario (pues todo este mundo visible le sirve) sino también tuvo especial cuidado de criar tantas diferencias de cosas para su honesta recreación, y esto tan abastadamente, que ninguno de los sentidos corporales carezca de sus proprios objectos en que se deleite! Pues ¿qué cosa más propria de padre amoroso para con sus hijos, y aun hijos (como dije) regalados?

Y no contento con esto, también crió árboles para solo este efecto, como es el laurel, el arrayán, el aciprés, los cedros olorosos, y los álamos, y la yedra, que viste de verdura las paredes de los jardines, y les sirve de paños de armar, y otros árboles de esta cualidad, los cuales (como carezcan de fruto) para sola la recreación de nuestra vista parece haber sido criados, la cual es tal, que pudo decir el Eclesiástico (1): Los ojos huelgan con la

(1) Eccli. 40.

gracia de la hermosura, pero á ésta hace ventaja la verdura de los sembrados.

Mas querer contar la muchedumbre de las yerbas, y las virtudes y propriedades dellas, cosa es que fué reservada á Salomón, del cual dice la Escriptura (1) que trató de todas las plantas, dende el cedro del monte Líbano hasta el hisopo que nasce en la pared. Mas esto nos consta, que no menos está poblada la tierra de plantas que la mar de pesces, antes se hallan muchos mares sin pescados, y apenas se hallará palmo de tierra que no esté vestido de verdura en su tiempo, sin haber quien la siembre ó la labre, obedesciendo ella al mandamiento que al principio le fué puesto por el Criador.

§ II

Después de la yerba mandó el Criador también á la tierra que produjese todo género de árboles, cuyas diferencias y especies tampoco se pueden explicar, como las de las otras plantas. De los cuales unos son fructuosos, otros estériles, unos que dan mantenimiento para los hombres, otros para las bestias, unos que nunca despiden la hoja, otros que cada año la mudan, unos que (como dijimos) no sirven más que de frescura y sombra, y otros que sirven para otros usos, y así hay otras diferencias semejantes.

Y entre los que son fructuosos, unos dan fruta para el tiempo del verano, otros del invierno, y otros para todo tiempo. Y en los unos y en los otros es mucho para considerar la traza y orden de la divina Providencia, la cual reparte estos árboles por diversos géneros, y debajo de cada género pone diversas especies, que se comprehenden debajo dellos, así para que haya abundancia de mantenimiento para los hombres, como para quitarles el hastío con la variedad de los fructos. Pongamos ejemplos. Debajo del ciruelo ¡cuántas especies hay de ciruelas, dellas tempranas, dellas tardías, dellas de un color y de una figura, dellas de diversos colores y figuras! Debajo del género de uvas, ¡cuántas diferencias hay de uvas! Debajo del peral, ¡cuántas diferencias de peras! Debajo de la higuera, ¡cuántas diferencias y colores de higos! De-

(1) 3 Reg 4.

bajo del pero y del manzano, ¡cuántas especies de peros y de manzanas! Debajo del limón, ¡cuántas especies de limas y de limones! Desta manera aquel sapientísimo gobernador repartió las cosas por sus linajes y castas, como aquí vemos. Lo cual (como dijimos) sirve para que nunca nos falte este linaje de mantenimiento, porque desta manera suceden unas frutas á otras, que son las tardías á las tempranas, y por esta causa en el mismo árbol no viene toda la fruta junta en un mismo tiempo, como se ve en las higueras, sino poco á poco, después que madura una parte de fruta del mismo árbol, va madurando la otra, para que así dure más días el fruto dél.

Y vese más claro el regalo desta providencia en las frutas del estío. Porque con el calor y sequedad del tiempo los cuerpos naturalmente desean refrigerio de las frutas frías y húmedas, para lo cual acudió el Criador con tantas diferencias, no solamente de frutas, sino también de legumbres acomodadas á la cualidad deste tiempo. Pues ¿por qué el hombre desconoscido no tendrá cuenta con quien así la tuvo con su refrigerio y regalo? Ni hace contra esto que muchos enferman con la fruta, porque esto no es culpa de la fruta, sino del hombre destemplado, que usa mal de los beneficios divinos, así como no es culpa del vino que muchos se tomen dél, sino del abuso de los hombres.

Ni menos resplandesce la sabiduría divina en la fábrica de cualquier árbol. Porque primeramente, como el que quiere hacer una casa, primero abre los cimientos sobre que se ha de sustener el edificio, así el Criador ordenó que la primera cosa que hiciese la planta ó la semilla antes que suba á lo alto, fuese echar raíces en lo bajo, y éstas proporcionadas á la altura del árbol: de modo que cuanto el árbol sube más á lo alto, tanto más hondas raíces va siempre echando en lo bajo. Esto hecho, sale de ahí luego el tronco, que es como una coluna de todo el edificio, de donde procede la copa del árbol con sus ramas extendidas á todas partes, recreando la vista con sus flores y hojas, y ofreciéndonos después liberalmente los frutos ya sazonados y maduros. Donde también es cosa de notar (lo que advertió muy bien Séneca) que siendo tantas las diferencias destas hojas, cuantas son las de los árboles y matas y yerbas (que son innumerables) ningunas se parecen del todo con otras, sino que siempre, ó en la grandeza, ó en la figura, ó en la color, ó en otras cosas tales, vemos diferenciarse

las unas de las otras. Y lo mismo notó en la diversidad de los rostros de los hombres, que siendo innumerables, apenas hay uno que se parezca con el otro: tan grande es la virtud de aquel soberano pintor, el cual en tantas cosas nos descubre la grandeza de su arte y sabiduría.

Ni es menos de considerar la manera en que estos árboles y todas las plantas se mantienen. Porque en las raíces tienen unas barbillas, por las cuales atraen el humor de la tierra, que con el calor del sol sube á lo alto por el corazón y corteza del tronco, y por todos los poros del árbol, para cuya conservación sirven esas mismas cortezas, que son como camisas ó ropas que lo abrigan y visten. Tienen también las hojas á manera del cuerpo humano sus venas, por donde este jugo corre y se reparte, de tal manera trazadas, que en medio está la vena mayor que divide la hoja en dos partes iguales, y de ésta se enraman todas las venas, adelgazándose más y más hasta quedar como cabellos, por las cuales se comunica el alimento á toda la hoja. Lo cual noté yo en unas hojas de un peral, de las cuales se mantienen unos gusanillos que comían lo más delicado de la sobrehaz de la hoja, y así quedaba clara aquella maravillosa red y tejedura de venas muy menudas que allí se descubrían. Pues desta manera no sólo se mantiene el árbol, sino también cresce mediante la virtud del ánima vegetativa, y cresce más que cualquiera de los animales que tienen la misma ánima. Y entre otras causas deste crescimiento, una es que los brutos no sólo se ocupan en sustentar el cuerpo, sino también en las obras que se llaman animales, de los sentidos, del cual oficio carecen las plantas, y por eso, como más desocupadas, crescen más. Y de aquí procede que los hombres estudiosos, ó dados á la contemplación, tienen los cuerpos más flacos, porque ejercitan más estas operaciones animales, no de los sentidos exteriores, sino de los interiores, y la virtud repartida es más flaca que la que está junta.

§ III

Ni tampoco se olvidó la Providencia de la guarda de los frutos ya maduros, porque para esto antes proveyó que los árboles tuviesen hojas, no sólo para hermosura y sombra, sino para defender la fruta de los ardores del sol, que en breve espacio la seca-

ría. Y cuando el fruto destos árboles es más tierno, como lo es el de las higueras y vides, tanto proveyó que las hojas fuesen mayores, como lo vemos en éstos. Mas no quiso que las hojas fuesen redondas, sino arpadas y abiertas por algunas partes, para que de tal manera defendiesen del sol, que también dejasen estos postigos abiertos, para gozar templadamente de los aires y dél.

Pero más aún se descubre esta providencia en la guarda de otros frutos que están en mayor peligro, cuales son los de los árboles muy altos y ventosos, de los cuales algunos nascen en la cumbre de los montes, como son los pinos, cuya fruta no se lograría, si el Criador no le pusiera una tan fiel guarda como es la piña, donde con tan maravilloso artificio está el fruto en sus casicas abovedadas tan bien aposentado y guardado, que toda la furia de los vientos no basta para derribarlo. También los nogales son árboles grandes y altos, y no menos lo son los castaños (que es mantenimiento de gente pobre, cuando les falta el pan) los cuales á veces están plantados en lugares montuosos, y así muy subjectos al ímpeto y frialdad de los vientos. Por lo cual los vistió y abrigó el Criador con aquel erizo que vemos por defuera, y después con dos túnicas, una más dura y otra más blanda, que viste el fruto, que son como la dura mater y pia mater que cercan y guardan los sesos de nuestro celebro. Y cuasi lo mismo podemos decir de las nueces, que también nascen bien arropadas y guardadas de las injurias de los soles y aires.

Y porque algunos llevan fruta notablemente grande y pesada (como son los membrillos y los cidros) proveyó el autor que las ramas ó varas de que esta fruta pende, fuesen muy recias, como son las de los membrillos, con que los sanctos mártires eran cruelmente azotados. Y porque las cidras son aún mayores, proveyó que las ramas de que cuelgan, no sólo fuesen recias y gruesas, sino que estuviesen también derechas, para que mejor pudiesen soportar la carga, por que hasta en esto se vea cómo en ninguna cosa criada se durmió ni perdió punto aquella soberana providencia y sabiduría del Criador.

Pues la hermosura de algunos árboles, cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa tan alegre á la vista como un manzano ó camueso, cargadas las ramas á todas partes de manzanas, pintadas con tan diversos colores, y echando de sí un tan suave olor? ¿Qué es ver un parral, y ver

entre las hojas verdes estar colgados tantos y tan grandes y tan hermosos racimos de uvas de diversas castas y colores? ¿Qué son éstos sino unos como hermosos joyeles, que penden deste árbol? Pues el artificio de una hermosa granada, ¡cuánto nos declara la hermosura y artificio del Criador! El cual, por ser tan artificioso, no puedo dejar de representar en este lugar. Pues primeramente él la vistió por defuera con una ropa hecha á su medida, que la cerca toda, y la defiende de la destemplanza de los soles y aires: la cual por defuera es algo tiesa y dura, mas por de dentro más blanda, porque no exaspere el fruto que en ella se encierra, que es muy tierno: mas dentro della están repartidos y asentados los granos por tal orden, que ningún lugar, por pequeño que sea, queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos cascos, y entre casco y casco se extiende una tela más delicada que un cendal, la cual los divide entre sí. Porque como estos granos sean tan tiernos, consérvanse mejor divididos con esta tela, que si todos estuvieran juntos. Y allende desto, si uno destos cascos se pudre, esta tela defiende á su vecino, para que no le alcance parte de su daño. Porque por esta causa el Criador repartió los sesos de nuestra cabeza en dos senos ó bolsas, divididos con sus telas, para que el golpe ó daño que recibiese la una parte del celebro, no llegase á la otra. Cada uno destos granos tiene dentro de sí un osecico blanco, para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro, y al pie tiene un pezoncico tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y jugo dende lo bajo de la raíz hasta lo alto del grano: porque por este pezoncico se ceba él, y cresce, y se mantiene, así como el niño en las entrañas de la madre por el ombliguillo. Y todos estos granos están asentados en una cama blanda, hecha de la misma materia de que es lo interior de la bolsa que viste toda la granada. Y para que nada faltase á la gracia desta fruta, remátase toda ella en lo alto con una corona real, de donde paresce que los reyes tomaron la forma de la suya. En lo cual paresce haber querido el Criador mostrar que era ésta reina de las frutas. Á lo menos en el color de sus granos, tan vivo como el de unos corales, y en el sabor y sanidad desta fruta, ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre á la vista, dulce al paladar, sabrosa á los sanos y saludable á los enfermos, y de cualidad que todo el año se puede guardar. Pues ¿por qué los hombres, que

son tan agudos en filosofar en las cosas humanas, no lo serán en filosofar en el artificio desta fruta, y reconoscer por él la sabiduría y providencia del que de un poco de humor de la tierra y agua cría una cosa tan provechosa y hermosa? Mejor entendía esto la Esposa en sus Cantares (1), en los cuales convida al Esposo al zumo de sus granadas, y le pide que se vaya con ella al campo para ver si han florescido las viñas y ellas.

Y porque aquí se hace mención de las viñas, no será razón pasar en silencio la fertilidad de las vides. Porque con ser la vid un árbol tan pequeño, no es pequeño el fruto que da. Porque da uvas cuasi para todo el año, da vino que mantiene, esfuerza y alegra el corazón del hombre, da vinagre, da arrope, da pasas, que es mantenimiento sabroso y saludable para sanos y enfermos. Por eso no es mucho que aquella eterna Sabiduría compare los frutos que della proceden, á los deste arbolico tan fértil. Y el Salvador en el Evangelio (2) con él también se compara, hablando con sus discípulos y diciendo: Yo soy vid, y vosotros los sarmientos. Por dónde así como el sarmiento no puede fructificar, si no está uñido con la vid, así tampoco vosotros si no estuviéredes en mí. Y aunque este árbol sea tan pequeño, y no pueda por sí subir á lo alto, no le faltó remedio para eso, porque dél proceden unos ramalicos retortijados, con los cuales se prende en las ramas de los árboles, y sube cuanto ellos suben, especialmente cuando se juntan con árbol muy alto. En lo cual paresce estar expresa la imagen de nuestra redempción, porque desta manera subimos los hombres (con ser criaturas tan bajas, si nos comparamos con los ángeles) arrimándonos á aquel alto cedro del monte Líbano, que es Cristo nuestro redemptor, uñiéndonos con él, no con los ramales de la vid, sino con lazos de amor, con los cuales (según dice el Apóstol) resuscitamos con él, y subimos al cielo con él. Lo cual declara S. Gregorio por estas palabras: No podía aquella alteza divina ser vista de nosotros, y por esto se abajó y postró en la tierra, y tomónos sobre sus hombros, y levantándose él, levantámonos todos juntamente con él, pues por el misterio de su encarnación quedó la naturaleza humana (cuanto á este deudo y parentesco) sublimada y ennoblescida sobre los mismos ángeles.

(1) Cant 7. (2) Joan. 15.

§ IV

Y porque en la división de los árboles que arriba hecimos, entran los árboles estériles y silvestres, también es razón declarar en esto el cuidado de la Providencia divina: la cual (viendo como los hombres tenían necesidad de mantenimiento para sustentarse, así la tenían también de casas para aposentarse y defenderse de las injurias de los tiempos) crió árboles muy acomodados para este fin. Porque así como ordenó que los fructuosos fuesen por la mayor parte bajos y parrados (para que más fácilmente se cogiese el fructo dellos) así quiso que los que crió para los edificios, fuesen altos y muy derechos, como son los pinos reales, los altos robles, los álamos blancos, y otros semejantes, porque tales convenía que fuesen para los grandes maderamientos. Mas la otra infinita chusma de árboles silvestres sirve para pasto de muchos animales que se mantienen de las ramas y cortezas dellos, y sirven también para el fuego, el cual nos es grandemente necesario, no sólo para nuestro abrigo, sino también para nuestro mantenimiento y para otros muchos oficios. En lo cual se ve que ninguna cosa hay tan vil y baja en los campos, que no sea necesaria para la provisión de nuestra vida, que como es tan flaca, tiene necesidad de cuanto en este mundo se ve, para que se conserve.

Y por que nada faltase á las necesidades y uso de la vida humana, crió aquella mano liberalísima otro género de árboles para otros usos diferentes de los pasados. Porque crió árboles aromáticos, como es el de la canela y el que llaman palo de águila, que es de suavísimo y muy saludable olor, y otros también, de cuyas lágrimas procede el bálsamo en las partes de Oriente y el ámbar en Africa y Egipto, que siendo lágrima de un árbol, viene á estar tan duro como una piedra, dentro del cual se ven pedacicos de hojas de árboles, ó animalicos que cayeron en él cuando estaba tierno.

Quiso también que los árboles silvestres se pudiesen domesticar y hacerse fructuosos con el arte del engerir, como vemos que de los acebuches se hacen olivos fructuosos con este beneficio, y asimismo que fuesen capaces de remedio y medicina los que algún defecto tuviesen. Desta manera dice S. Ambrosio que si ma-

jando la raíz del almendro amargo le entremetieren un pedacico de pino, viene á hacerse dulce.

Otra cosa vemos en los árboles, que según este mismo Santo dice, es digna de admiración, y es que hay en algunos árboles macho y hembra, como en la palma, que estando cerca de la palma que llaman macho, naturalmente inclina sus ramos hacia ella, y della reciben los dátiles la sazón y suavidad que tienen: por lo cual los labradores, cuando el macho está lejos, cogen de los frutos dél, y pónenlos en la hembra, y con esta manera de remedio se sazona la fruta. Y muy más común y más notorio es esto en las higueras, las cuales en muchas partes reciben de los cabrahigos, que son los machos, la suavidad y miel del fruto que producen, sin lo cual los higos salen inútiles y desmedrados. Y por esto usan los hortelanos de semejante artificio que el pasado, haciendo unos sartales destos higos machos y poniéndolos en las ramas de la higuera, lo cual ellos llaman cabrahigar. Dónde hay dos cosas de admiración: la una, que desta fruta de los cabrahigos salen unos mosquitos muy pequeños, los cuales tocando el ojuelo que el higo tiene en lo alto, le dan toda la sazón y miel que tiene, en tanta abundancia, que á veces sale por ese ojuelo una brizna de la miel que está dentro. La otra es, que habiendo en una higuera millares de higos, ellos la cercan toda de tal manera, que ningún higo dejan de tocar y hacerle este beneficio. Pues ¿quién no se maravillará de la omnipotencia y providencia del Criador, que á un animalico tan pequeño diese tal virtud que bastase para madurar y sazonar esta fruta con sólo tocarla, y tal industria y providencia que ninguna dejase por tocar? En lo cual nos quiso el Criador enseñar que todas las cosas tienen necesidad las unas de las otras, y que ninguna hay que por sí sola lo tenga todo, y asimismo que ninguna hay tan pequeña, que no tenga su virtud y propriedad. Por lo cual todo sea para siempre alabado el Criador, que todas las cosas hizo en número, peso y medida, y en todas se nos quiso dar á conoscer.

Mas al fin desta materia no es razón echar en olvido el cuidado que la divina Providencia tuvo de la conservación de las especies de todas las cosas corruptibles, y especialmente de las plantas. Para lo cual proveyó dos cosas, la una, que fuese tanta la abundancia de semillas que cada una de las plantas produjese, que nunca pudiese faltar semilla de que la tal planta otra vez se

produjese. La otra fué haber puesto tan maravillosa virtud en cada semilla déstas, que de un grano ó pepita muy pequeña nasciese una grande mata, la cual también produjese esta tan grande abundancia de semillas para su reparación. Lo uno y lo otro veremos en un mostazo, de que el Salvador hace mención en el Evangelio, el cual lleva granicos de mostaza en tanta abundancia como vemos, y cada granico déstos, después de sembrado, produce otra planta cargada de millares dellos. Asimismo, de una pepita de melón nasce una mata de melones, y en cada melón tanta abundancia de pepitas para reparar y conservar esta especie. Pues ¿qué diré de la pepita del naranjo sembrada? ¡Cuántas otras naranjas y pepitas lleva, y esto cada un año! Pues desta manera, ¿cómo han de faltar en el mundo las especies de las plantas, teniendo tan copiosa materia para repararse, cuantos granos de semillas lleva cada una? En lo cual vemos cuán bien sabe Dios proveer lo que Él quiere proveer. Y con este ejemplo podemos muy bien filosofar y entender cuán copiosa haya sido la redempción que Él nos envió, mediante el misterio de la encarnación de su unigénito Hijo. Porque si tan copioso fué el remedio que proveyó para conservar las especies de las plantas, ¿cuán copioso sería el que proveyó para reparar y sanctificar la especie de los hombres? Lo cual no calló el Apóstol cuando dijo (1) que eran incomprehensibles las riquezas de gracia que trajo el Hijo de Dios al mundo. Ni lo calló el mismo Señor, cuando dijo (2): Yo vine al mundo para dar á los hombres vida, y muy abundante y copiosa vida.

Mas aquí daremos fin á la obra del tercero día, cuando el Criador mandó á la tierra fructificar, mas no á las alabanzas y gracias que por este beneficio le debemos siempre dar, oyendo la común voz de todas las criaturas, las cuales con el artificio de su composición y con el beneficio de su fruto nos están siempre diciendo: Dios me hizo, y para ti me hizo.

---

(1) Ephes. 2. (2) Joan. 10.

PREÁMBULO PARA COMENZAR Á TRATAR DE LOS ANIMALES, MAYORMENTE DE LOS QUE LLAMAN PERFECTOS

CAPÍTULO XI

OTRO grado de vida más perfecto tienen los animales (mayormente los que llamamos perfectos) que las plantas, de que hasta aquí habemos tratado, porque tienen sentido y movimiento, y cuanto éstos son más perfectos que las plantas, tanto nos dan mayor noticia del Criador, el cual tiene mayor providencia de las cosas más perfectas. Y así hay libros de grandes autores, y aun de reyes ilustres, los cuales maravillándose de la fábrica de los cuerpos de los animales, y mucho más de las habilidades que tienen para su conservación, se dieron á inquirir las naturalezas y propriedades de los animales. Aquel grande Alexandre, que no paresce haber nascido más que para las armas, en medio deste negocio, que basta para ocupar todo el hombre, deseó tanto saber las propriedades y naturalezas de los animales, que mandó á todos los cazadores, y pescadores, y monteros, y pastores de ganado, y criadores de aves ó animales que había en toda Grecia y Asia, que obedesciesen á Aristóteles, y le diesen noticia de todo lo que cada uno en su facultad supiese, para que él escribiese aquellos tan alabados libros de los animales. Y todo esto se hacía por un pequeño gusto que la curiosidad del ingenio humano recibe con el conoscimiento de semejantes cosas. Era éste ciertamente pequeño premio de tan gran trabajo. Mas ¿cuánto mayor lo es el que se promete al varón religioso en esta consideración, pues por ella se levanta sobre las estrellas y sobre todo lo criado, y sube al conoscimiento de aquel soberano Hacedor, en el cual conoscimiento está gran parte de nuestra bienaventuranza? Y así dice él por Hieremías (1): No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el esforzado en su valentía, ni el rico en sus riquezas, sino en esto se gloríe el que se quiere gloriar, que es tener conoscimiento de mí. Pues para este conoscimiento tan grande se ordena este tratado. En el cual si fuere

(1) Hierem. 9.

más largo de lo que conviene á filósofo (pues ésta es propria materia de filósofos) no se me ponga culpa, pues yo no la trato aquí como filósofo, sino como quien trata de la obra de la creación, que es propria de la teología, mayormente refiriéndose toda ella al conoscimiento del Criador. También lo hice por ser esta materia más suave y aplacible al lector, el cual no podrá muchas veces dejar de maravillarse de la sabiduría y providencia de Dios, que en estas cosas singularmente resplandesce. Donde verá cosas al parescer tan increíbles, que le será necesario recorrer á aquella memorable sentencia de Plinio, el cual dice á este propósito que es tan grande la majestad de las obras de naturaleza, que muchas veces sobrepuja la fe y credulidad humana. Mas quien considerare que en todos los animales suple Dios la falta que tienen de razón, con su providencia, obrando en ellos por medio de las inclinaciones y instinctos naturales que les dió, lo que ellos obraran si la tuvieran perfecta, no le será increíble lo que en esta materia se dijere. Porque el que por sola su voluntad y bondad las crió, y quiso que permaneciesen en el ser que les dió, estaba claro (pues sus obras son tan perfectas) que les había de dar todo lo que les era necesario para su conservación, obrando él en ellos lo que para esto les convenía. Y así dice Sancto Tomás (1) que todos estos animales son instrumentos de Dios, el cual como primera y principal causa los mueve á todo lo que les conviene, mediante aquellas inclinaciones y instinctos naturales que les dió, cuando los crió. Mas por cuanto arriba dijimos que no pára Dios en sola esta provisión de los animales, sino pasa más adelante á manifestar por este medio su gloria (la cual tanto más perfectamente se descubre, cuanto más y mayores maravillas en esto hace) por esto no debe nadie tener por increíbles las cosas que acerca desto se dijeren, pues así la causa eficiente (que es Dios) como la final (que es la manifestación de su gloria) hacen todas estas obras tanto más creíbles, cuanto son más admirables, y mayor testimonio nos dan de la gloria del Criador.

Sirve también para esta credulidad aquella memorable sentencia de Aristóteles, el cual dice que las obras de los animales tienen grande semejanza con las de los hombres: porque lo que éstos hacen para su conservación, hacen también aquéllos para la suya.

---

(1) S. Thom. 1. 2. q. 1, art. 2.

Lo cual (dejados aparte otros infinitos ejemplos) prueba con el arte con que edifica su nido la golondrina. Porque como el albañir cuando quiere envestir una pared con barro, mezcla pajas con el barro para trabar lo uno con lo otro, así también lo hace ella en la fábrica de su nido. Y así todo lo demás dél hace tan proporcionado á la criación de sus hijuelos, como cualquier hombre de razón lo hiciera. Y según la sentencia deste gran filósofo, cuanto las obras de los animales fueren más semejantes á las de los hombres, tanto son por esta parte más creíbles, aunque á los que esto no consideran, parezcan más increíbles. A los hombres dió el Criador entendimiento y razón para que ellos se provean de todo lo necesario para su conservación, aunque para esto sean infinitas cosas necesarias, porque la razón sola basta para descubrirlas y inventarlas. Mas con todo eso no está Dios atado á conservar la vida de los animales por este medio, porque sin él puede imprimir en ellos tales inclinaciones y instinctos naturales, que con éstos hagan todo lo que hicieran si tuvieran razón, no sólo tan perfectamente como los hombres, sino muy más perfectamente. Porque más ciertos son ellos, y más infalibles, y más regulares, y más constantes en las obras que pertenescen á su conservación, que los hombres en las suyas. Y aún pasan más adelante dellos, así en el conoscimiento de sus medicinas, como en adevinar las mudanzas de los aires y de los tiempos, que los hombres no saben sino aprendiéndolas dellos. Lo cual todo se verá en el proceso de lo que dijéremos. Pues en esto manifestó el Criador la grandeza de su poder y de su sabiduría y providencia, porque con ser innumerables las especies de los animales que hay en la mar, y en la tierra, y en el aire (que parescen más que las estrellas del cielo) en ninguna dellas, por pequeña que sea, se descuidó ni en un solo punto, porque en todas ellas puso tantas y tan diversas habilidades y facultades para su conservación, cuantas ellas son, que son cuasi infinitas. Pues ¿quién no quedará atónito considerando la grandeza de aquel poder y de aquella sabiduría y providencia, que tantas y tan grandes maravillas obró en tantas diferencias de criaturas, y lo que más es, con una sola palabra?

Y para proceder en esta materia ordenadamente, primero trataremos de las propriedades de los animales en común, y después descendiremos á tratar dellos en particular.

DE LAS PROPRIEDADES COMUNES DE LOS ANIMALES

CAPÍTULO XII

Comenzando á tratar de las comunes propriedades de los animales, la primera cosa que nos conviene advertir en esta materia es la perfección y hermosura de la divina Providencia, la cual ya que por su infinita bondad se determinó de criarlos para el servicio del hombre, por el mismo caso también se determinó de proveerles de todo aquello que fuese necesario para conservarse en ese ser que les dió, que es para mantenerse, para defenderse, para curarse en sus dolencias, y para criar sus hijos, sin que para cada cosa destas le faltase punto.

Pues para esto primeramente crió diversas diferencias de manjares proporcionados á todas las especies de los animales, de los cuales unos se mantienen de carne, otros de sangre, otros de yerba, otros de rama, otros de grano, y otros de gusanillos que andan por la tierra ó por el aire. En lo cual es mucho para considerar la provisión y recaudo desta soberana Providencia. Porque siendo innumerables las especies de los animales grandes y pequeños, y siendo tan diferentes los mantenimientos dellos, á ninguno, por pequeñito y despreciado que sea, falta su proprio mantenimiento. Que es aquella maravilla que canta el Profeta cuando dice que el Señor da de comer á toda carne (1). Y en otro lugar (2): Da (dice él) su pasto y mantenimiento á las bestias y á los hijuelos de los cuervos que lo llaman. Esto es aún más admirable en las avecicas pequeñas, que no pascen yerba. Porque vemos en España por principio del mes de Mayo (cuando no hay grano de trigo, ni de cebada, ni de linaza, ni de mijo en los campos) tanta abundancia de golondrinas, así padres como hijos recién criados, que no hay iglesia, ni casa, ni aldea tan apartada, que no esté llena dellas. Y lo mismo podemos decir de los pa-

---

(1) Psalm. 135. (2) Psalm. 146.

jarillos que llaman pardales, pues apenas se hallará agujero de casa sin ellos. Callo otras muchas especies de avecillas deste tamaño. Pregunto pues: ¿de qué se mantienen tantas bocas de padres y hijos en tiempo que aún no hay grano, como digo, en los sembrados? Cosa es ésta cierto de que puedo maravillarme, mas no dar razón. Solo aquel Señor que en este tiempo les proveyó de su manjar, sabe esto, dando en esto confianza á sus fieles siervos que no les faltará en lo necesario para la vida quien á las avecicas del campo nunca falta. Y con este ejemplo esfuerza Él en su Evangelio nuestra confianza, diciendo (1): Poned los ojos en las aves del aire, las cuales ni siembran, ni siegan, ni recogen el trigo en sus graneros, y vuestro Padre celestial les da de comer. Pues ¿no valéis vosotros más que ellas, para que tenga Él mayor cuidado de vosotros?

Pues para proveer á los animales de su manjar les dió el Criador todas las habilidades y fuerzas y sentidos que se requerían para buscarlo. Y comenzando por lo más general, para esto primeramente les dió ojos para ver el mantenimiento, y virtud para moverse á buscarlo, con los instrnmentos della, que son pies, ó alas. ó cosa semejante, como las alillas que tienen los peces. Y todos ellos tienen los cuerpos inclinados á lo bajo, para tener más cerca el mantenimiento. Y como haya muchos animales que se mantienen de la caza de los más flacos, de tal manera el Criador fabricó los cuerpos, que en ellos tengan instrumentos con que se puedan defender de la violencia de los más poderosos, porque no los consumiesen y acabasen. Y así á unos dió ligereza de pies, á otros de alas, á otros armas defensivas (como son las conchas, y las que tienen los pesces armados, como es la langosta y el lobagante) y á otros ofensivas para contrastar á su enemigo, á otros astucia para esconderse en sus madrigueras y guarecerse en ellas, á otros vivir en manadas, para ayudarse de la compañía de muchos contra la fuerza de los pocos. Y porque los animales tienen también enfermedades como los hombres, proveyóles Él de un natural instincto para curarse y buscarse los remedios dellas.

Este mismo instincto les da conoscimiento de los animales que son sus enemigos, para huir dellos, y de los que son enemigos

(1) Matth. 6.

de sus enemigos, y los defienden dellos. Y así la oveja huye del lobo, y no huye del mastín, siendo tan semejante á él. Dióles también otro instincto para conoscer las mudanzas de los tiempos que les han de ser contrarios, y repararse para ellos, y asimismo de la cualidad de los lugares que les son saludables ó contrarios, para buscar los unos y mudarse de los otros, como lo hacen las golondrinas y otras muchas aves que van á tener los inviernos en África, por ser tierra caliente, y los veranos en España, que es más templada. Tienen también muchos cuidado de proveerse de mantenimiento en un tiempo para otro, como lo hacen las abejas, que se dan priesa á hacer su miel en el tiempo del verano, para tener qué comer en el invierno.

§ I

Y allende desto, así como la divina Providencia tuvo cuidado de la conservación de las especies de las plantas (ordenando que fuesen tantas las semillas que dellas proceden, que nunca faltase materia de donde nasciesen) así también lo tuvo de la conservación de las especies de los animales, á los cuales en cierto tiempo del año inclina la naturaleza con tanta vehemencia á esta conservación de su especie, que nunca jamás en esto faltó, ni faltará. De lo cual no poco se maravillaron Platón en el Timeo, y Tulio en el libro de la Naturaleza de los Dioses, considerando cuán infalible, cuán solícita es aquella divina Providencia en la conservación de las cosas que crió, pues en todos los años diputó un cierto tiempo, en el cual los animales tuviesen estas inclinaciones tan vehementes, y acabado este tiempo, del todo cesasen, y volviesen á aquel reposo primero, y conversasen los machos con las hembras con toda honestidad y templanza. La cual templanza declara que en la naturaleza humana hubo corrupción de pecado, pues tan lejos está de guardar esta ley.

Mas ¡cuán solícitos y cuidadosos sean en la criación de los hijos que engendran, esto es, en mantenerlos, y defenderlos, y ponerlos en lugar seguro, donde no reciban daño! Y aunque déstos haya muchos ejemplos, no dejaré de referir uno. Parió una perra en un monesterio nuestro tres ó cuatro perrillos, los cuales por no ser necesarios mataron los religiosos, y arrojaron por diversas

partes de una huerta. Mas la madre, viéndose sin hijos, andaba todo el día oliscando por toda la huerta hasta que finalmente los halló, y así muertos los volvió al mismo lugar donde los criaba. Viendo esto los religiosos, arrojáronlos en un tejado alto, para el cual no parecía haber subida. Mas la grandeza deste amor natural dió ingenio á la madre para que saltando por una ventana en un tejadillo, y de aquel en otro, finalmente vino á dar en los hijos, y así volvió por los mismos pasos á traerlos á su primer lugar. En lo cual se ve claro cuán perfecta sea aquella divina Providencia en todas las cosas, pues tanta fuerza de amor puso en los padres para la crianza de los hijos, cuando son chiquitos.

Y no menos resplandesce esta providencia en las aves, á las cuales dió mayor amor de los hijos, por haberles puesto mayor carga en la criación dellos. Porque para la ligereza que les era necesaria para volar, no convenía tener ni la carga de la leche ni de los vasos della. Por lo cual era necesario que para mantener los hijuelos, quitasen parte del mantenimiento que tenían para sí buscado con trabajo, y lo partiesen con ellos. De dónde nasce que si tomáis un pajarico del nido, y lo encerráis en una jaula, allí lo reconoscen sus padres, y por entre las verjas le dan su ración, y parten con él lo que para sí habían buscado. Y porque esto era más dificultoso de hacer, proveyólas el Criador de mayor amor para vencer esta dificultad, porque éste es el que todo lo puede y todo lo vence, el cual es para sí escaso, por ser piadoso y largo para el que ama. Por lo cual dijo S. Bernardo: Amemos, hermanos, á Cristo, y luego todo lo dificultoso se nos hará fácil. Este amor se ve claro en una gallina que cría, porque con ser ésta una ave muy tímida y desconfiada, si queréis llegar á los pollos que cría, comienza á graznar y engrifarse y ponerse contra vos.

Y no menos resplandesce aquí la divina Providencia en lo que quita, que en lo que da. Porque así como provee deste amor á todos los animales al tiempo del criar los hijos, para sufrir la carga de la crianza, así después de criados, cuando ya pueden vivir por su pico, no hacen más caso dellos que de las otras aves ó animales. Asimismo proveyó de aquel deseo tan encendido que sirve para la conservación de la especie en cierto tiempo de año. Y pasada esta sazón, cesa todo aquel ardor, porque ya no es necesario. Asimismo á todos los animales proveyó de ojos con

que viesen el mantenimiento, para que lo procurasen, los cuales no dió al topo, porque como se mantiene de la tierra, siempre tiene el manjar á la boca. Y no menos ha lugar esto en las plantas que en los animales, porque las cañas del trigo y de la cebada (como está dicho) tienen sus ñudos á trechos, que son como rafas en la tapiería, para poder sostener la carga de la espiga, de los cuales ñudos caresce el avena, porque no tiene carga. Esto con otras cosas semejantes nos declara cómo no quiso el Criador que en todas sus obras hubiese cosa ociosa ó superflua, y que por aquí se entendiese cómo no menos se nos declara su providencia en lo que quita que en lo que da.

Mas volviendo á la criación de las aves, es mucho para considerar la habilidad que el Criador les dió para fabricar los nidos, tejidos á manera de cesticos proporcionados á la medida de sus hijos, y dentro del nido ponen algunas pajicas ó plumillas blandas, para que los hijos aún tiernos no se lastimen con la aspereza dél. Pues ¿qué más hicieran estos padres, si tuvieran uso de razón? Y los hijicos, por no ensuciar esta cama con los excrementos del vientre, pónense al canto del nido para purgarlo, y después los padres lo echan fuera con el pico, el cual es maestro mayor, que solo basta así para la fábrica del nido como para la limpieza dél.

Y porque algunas aves y otros animales hay muy seguidos de los cazadores, y flacos para defenderse, suplió la divina Providencia esta falta con notable fecundidad, para que así se conservase la especie, como lo vemos en las palomas y en los conejos, que casi cada mes crían, y también en las perdices, que ponen á veces veinte huevos. De dónde nasce que habiendo para ellas tantos cazadores, siempre tienen qué cazar por razón de esta fecundidad.

Tienen otrosí todos los animales armas ofensivas y defensivas, unos cuernos, otros uñas y otros dientes: y los desarmados y tímidos tienen astucia y ligereza para defenderse de la violencia de los poderosos, como la liebre y el gamo, que como son los más tímidos de todos los animales, así son los más ligeros. Todos también conoscen el uso de sus miembros, como lo vemos en el becerrillo y en el jabalí pequeño, los cuales, antes aún que les nascan estas armas, acometen á herir con aquella parte donde han de nascer. Asimismo todos conoscen la fuerza de los más

poderosos, y así tiemblan las avecillas cuando suena el cascabel del gavilán. Todos otrosí conoscen el pasto que les es saludable, y el que les será dañoso, y usando del uno no tocan en el otro, por mucha hambre que tengan. Este conoscimiento tienen los animales con el olor de las mismas yerbas que pascen. Ca este sentido de oler es más vivo en los brutos que en los hombres. Para lo cual escribe Galeno una experiencia que hizo poniendo delante de un cabritillo recién nascido una escudilla con vino, y otra con aceite, y otra con migas, y otra con leche, mas el cabritillo, oliendo cada una déstas, la dejaba, y en llegando á la de la leche luego comenzó á beberla. Desta manera pues la divina Providencia enseña á los brutos lo que sin estudio no alcanzan los hombres. Asimismo todos los animales tienen habilidad para buscar su mantenimiento, como lo vemos en el perrillo, que acabando de nascer, cerrados aún los ojos, atina luego á las tetas de la madre, y cuando no corre la leche, él la llama, apretando con las manecillas la fuente de donde nasce. ¿Qué más diré?

Como el Criador vió que donde faltaba la razón, faltaba también habilidad para buscar el vestido y el calzado, proveyólos en nasciendo, y á muchos antes que nazcan, de lo uno y de lo otro, á unos de plumas, á otros de cueros y pelos, á otros de lana, á otros de escamas, á otros de conchas: algunos de los cuales mudan cada año la ropa, mas á otros dura sin romperse ni envejecerse toda la vida. Y sobre todas estas providencias vemos que muchos animales, sin poder hablar, tienen voces con que significan unas veces ira y braveza, otras mansedumbre, otras hambre y sed, otras dolor. También las avecillas en el nido con el chillido significan la hambre que padescen, y con él solicitan á los padres para que les den de comer.

§ II

Para esta misma conservación sirve también la fábrica y proporción de los miembros que les fueron dados, como lo vemos en las grullas y en las cigüeñas, las cuales, porque tienen las piernas largas, proveyóles el Criador de cuello alto, para que fácilmente alcanzasen el manjar de la tierra: y á las lechuzas, que buscan su mantenimiento de noche, y á los gatos, que en este mismo

tiempo cazan, proveyó de una particular lumbre dentro de los mismos ojos, para que con esto las unas buscasen su mantenimiento, y los otros nos limpiasen la casa de noche, y librasen destos pequeños enemigos que nos molestan.

§ III

Tienen también todos los animales sus propriedades acomodadas á sus naturalezas, con las cuales se diferencian los unos de los otros, como lo refiere Basilio por estas palabras: El buey es fuerte y robusto, el asno perezoso, el caballo muy inclinado á la guerra, el lobo nunca se puede domesticar, la raposa es astuta, el ciervo temeroso, la hormiga laboriosa, el perro agradescido y reconoscedor del beneficio recebido. El león es naturalmente furioso y enemigo de la otra compañía de los animales de su especie, porque como rey soberano deshónrase de ver en su compañía otros que sean tan honrados como él. Ni come el día presente de lo que le sobra del día pasado, y como gran señor siempre deja sobrado algo de lo que come. Y sobre todo dióle naturaleza instrumentos para dar un bramido tan terrible, que muchos animales que lo vencen en ligereza, con solo este bramido caen muertos en tierra, y así los prende y caza. Y con toda esta tan gran fuerza que tiene, ha miedo de un ratón, y mucho más de un alacrán, como dice S. Ambrosio: para que se vea que no hay cosa tan fuerte que no tenga de qué se pueda temer, ni cosa tan flaca que alguna vez no pueda dañar. De dónde nasció la fábula del escarabajo y del águila. El tigre es vehemente y corre con grande ímpeto, y así tiene el cuerpo liviano, que sirve para esta ligereza. La osa es perezosa y astuta y tardía, y así tiene el cuerpo pesado y disforme. Sobre todas estas cosas que son comunes á todos los animales, hay otra que grandemente declara no sólo la providencia sino también la bondad, la suavidad y la magnificencia del Criador. Porque no contento con haber dado ser á todos los animales, y habilidades para conservarlo, dióles también toda aquella manera de felicidad y contentamiento de que aquella naturaleza era capaz. Lo uno y lo otro declaró aquel divino Cantor, cuando dijo (1): Los ojos de todas las criaturas esperan en vos, Señor, y

(1) Psalm. 144.

vos les dais su manjar en tiempo conveniente. Esto dice por lo que toca á la provisión del mantenimiento. Y añade más: Abris vos vuestra mano, y hinchís todo animal de bendición. Pues por estos nombres de hinchimiento y de bendición se ha de entender esta manera de felicidad y contentamiento con que este Señor hinche el pecho de todos los animales, para que gocen de todo aquello que según la capacidad de su naturaleza pueden gozar. Pongamos ejemplos. Cuando oímos deshacerse la golondrina, y el ruiseñor, y el sirguerito, y el canario cantando, entendamos que si aquella música deleita nuestros oídos, no menos deleita al pajarico que canta. Lo cual vemos que no hace cuando está doliente, ó cuando el tiempo es cargado y triste. Porque de otra manera, ¿cómo podría el ruiseñor cantar las noches enteras, si él no gustase de su música, pues (como dice la filosofía) el deleite hace las obras? Cuando vemos otrosí los becerricos correr con grande orgullo de una parte á otra, y los corderillos y cabritillos apartarse de la manada de los padres ancianos, y repartidos en dos puestos, escaramuzar los unos con los otros, y acometer unos y huir otros, ¿quién dirá que no se haga esto con grande alegría y contentamiento dellos? Y cuando vemos juguetear entre sí los gatillos y los perrillos, y luchar los unos con los otros, y caer ya debajo, ya encima, y morderse blandamente sin hacerse daño, ¿quién no ve allí el contentamiento con que esto hacen? Ni menos se huelgan los pesces en nadar, y las aves en volar, y el cernícalo cuando está haciendo represas y contenencias, y batiendo las alas en el aire.

Pues por lo dicho entenderemos lo que quiso significar aquel gran Dionisio (1), cuando dijo que Dios pretendía hacer todas las cosas semejantes á sí, cuanto lo sufre la capacidad y naturaleza dellas. Por dónde así como Él tiene ser, y bienaventurado ser, así quiso Él que todas las criaturas (cada cual en su manera) tuviesen lo uno y lo otro. Y para esto no se contentó con haberles dado tantas habilidades para conservarse en su ser, sino quiso también que le imitasen en esta manera de bienaventuranza y contentamiento de que las hizo capaces. Pues ¿cuán grande argumento es éste de aquella inmensa bondad y largueza, que así se comunica á todas sus criaturas y las regala? ¡Oh inmensa bondad!

(1) Dionys. Epist. 8.

¡Oh inefable suavidad! Si hiciérades, Señor, esto con las criaturas racionales, que pueden reconocer este beneficio y daros gracias por él, no fuera tanto de maravillar: mas hacerlo con criaturas que ni os conoscen ni alaban, ni os han de agradescer este regalo, esto nos declara la grandeza de vuestra bondad, de vuestra realeza, de vuestra nobleza y de vuestra magnificencia para con todas vuestras criaturas, pues les dais de pura gracia todo aquello de que es capaz su naturaleza, sin esperar retorno de agradescimiento por ello. En lo cual nos dais á entender lo que tendréis guardado así en esta vida como en la otra para los que os sirven y aman, pues tal os mostráis con las criaturas insensibles que no os conoscen. De todas estas maravillas está llena, Señor, la tierra, la mar y los aires, por dónde con tanta razón exclama el Profeta Real (1): Señor nuestro, ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Y por esta misma causa dice que todo este mundo, dende el principio donde el sol sale, hasta el fin donde se pone, es el nombre del Señor digno de ser alabado, porque todas las cosas que vemos en él, nos dan copiosa materia de su alabanza.

---

(1) Psalm. 8.

DE LAS HABILIDADES Y FACULTADES PARTICULARES QUE TIENEN TODOS LOS ANIMALES PARA SU CONSERVACIÓN

CAPÍTULO XIII

En el capítulo pasado declaramos en general las habilidades y facultades que todos los animales, así los de la tierra como los del agua y aire, tienen para su conservación. Agora descendiremos á mostrar esto en particular en todas estas especies de animales. Mas esto no será en todos (porque sería ésta obra infinita, y de que han tratado muchos graves autores) sino lo que bastare para que á ojos vistas conozcamos la perfección y vigilancia de la divina Providencia. Para lo cual es de notar que así como un grande escribano que quiere asentar en una ciudad escuela de escribir, hace muchas diferencias de letras, unas de tirado, otras de redondo, otras de letra escolástica, otras de hacienda, otras quebradas, otras iluminadas, para mostrar en esto la suficiencia que tiene, así aquel artífice soberano (aunque la comparación sea muy baja) declaró las maravillas de su providencia no de una manera, ni en un solo género de animales, sino en todos ellos, y en tantas y tan diferentes maneras, que ningunas escrituras hasta agora las han podido comprehender, mayormente que cada día en nuevas tierras se descubren nuevos animales y nuevas habilidades y propriedades dellos, que nunca en estas nuestras tierras han sido conoscidas.

Mas aquí se ha de advertir que este nombre de conservación (de que aquí usamos) comprehende más de lo que suena. Porque debajo deste nombre entendemos primeramente las habilidades que los animales tienen para buscar su mantenimiento, y lo segundo, las que tienen para su defensión, lo tercero, las que tienen para curar sus enfermedades y conservar su salud, lo cuarto, las que tienen para la procreación de sus hijuelos. Pues destas cuatro cosas trataremos en particular, mas de tal manera que como de paso trataremos también de algunas que están annexas á ellas. Y tras destas descendiremos á tratar en particular de los animales pequeñuelos, como es la hormiga, el abeja, el araña, el mosquito y el gusano que hila la seda, porque en éstos

que parescen tan viles, dicen S. Augustín, Aristóteles y Plinio que resplandesce aún más el artificio y cuidado de la divina Providencia, que en los grandes. Y después destos cinco tratados, añadiremos el sexto, de otras propriedades de animales dignas de grande consideración y admiración.

Y en todas estas cosas mostraremos la perfección de la divina Providencia, la cual ni en una jota ni en un punto se descuidó ni olvidó de todo lo que á todos estos géneros de criaturas era necesario para su conservación. Y veremos también cómo todo aquello que estas criaturas hicieran, si tuvieran entendimiento y razón, suple él (como dijimos) dándoles inclinaciones y instinctos naturales para que hagan lo que hicieran, si la tuvieran. Y aún pasa el negocio más adelante, porque no sólo alcanzan lo que pudieran, si tuvieran razón, mas aun muchas cosas que exceden la facultad della, por ser necesarias para su conservación. Y así conoscen las yerbas y medicinas con que se han de curar, y las mudanzas de los tiempos, que es, de la lluvia, y de la serenidad, y de las tempestades de la mar antes que vengan. Y así en esto como en otras infinitas cosas quiere él descubrirnos la perfección y artificio de su providencia, para que en todas las cosas criadas la veamos y reconozcamos y adoremos, y entendamos que en todas ellas asiste su presencia. Y por esto él hace tales cosas, que á muchos parecen increíbles. Mas para que no lo sean las que en este libro contaré, advierto al cristiano lector que ninguna escribiré en esta materia que no sea tomada de graves autores, mayormente del Hexamerón de Sant Ambrosio, de quien saqué la mayor parte de lo que aquí escribo. Y no es de maravillar que yo hurtase tanta parte dél, pues él tambien hurtó todo lo que escribió, del Hexamerón de S. Basilio, poniendo en elegantísimo estilo latino lo que Basilio escribió en griego. Del cual Basilio escribe Gregorio teólogo, su contemporáneo, que aunque en todas sus escripturas sea admirable, en ésta lo fué tanto, que paresce (á modo de decir) que estaba al lado de Dios cuando criaba las cosas, entendiendo la razón y el consejo y artificio con que las criaba, porque así lo muestra él en esta obra que hizo de la creación del mundo.

DE LAS HABILIDADES

QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA MANTENERSE

CAPÍTULO XIV

La primera consideración que tocamos de los animales, son las habilidades que el Criador les dió para mantenerse, pues ninguna cosa tiene vida, que no tenga su proprio mantenimiento con que la sustente, el cual oficio dura cuanto dura esa vida. Comencemos pues por la oveja y por el cordero su hijo (con quien tuvo por bien el Salvador de ser comparado) y con éstos ayuntemos todos los animales que pascen yerba. Pues todos éstos en una dehesa, donde nascen mil diferencias de yerbas, dellas saludables y dellas ponzoñosas, y todas de un mismo color, conoscen por natural instincto las unas y las otras, y pascen las buenas, y no tocan en las malas, aunque padezcan grande hambre, como ya dijimos. Lo cual excede la facultad del entendimiento humano, que esto no alcanza, mas no el divino que los gobierna. Y así escribe Sulpicio Severo en su Diálogo de un sancto ermitaño que se mantenía de las yerbas del campo, el cual como carescía deste conoscimiento, padescía grandes dolores del estómago por las malas yerbas que comía, tanto que á las veces dejaba de comer por no padescer tales dolores. Y como él pidiese remedio al Señor (por cuyo amor aquello padescía) envióle un ciervo con un manojo de yerbas en la boca, el cual, echándolas en el suelo, apartó las malas de las buenas, y desta manera quedó enseñado el Sancto por el animal bruto, lo que él por sí no pudiera saber. Tiene también otra discreción la oveja con toda su simplicidad, que á boca del invierno se da gran priesa á comer con una hambre insaciable, aprovechándose de la ocasión del tiempo por no hallarse después flaca y descarnada en tiempo del frío y de menos pasto. ¡Oh si los hombres con toda su discreción hiciesen lo que este simple animal sin ella hace, que es aprovecharse de la ocasión y aparejo que en esta vida tienen para hacer buenas obras, por no hallarse desnudos y pobres de merescimientos en la otra, porque desta manera no les acaescería lo que dice Salo-

món (1): Por amor del frío no quiso arar el perezoso, y por tanto andará mendigando en el tiempo del estío, y no habrá quien le dé!

El cordero también, con ser animal no menos simple que su madre, cuando entre toda la manada la pierde de vista, anda por toda ella balando, y ella con amor de madre le corresponde al mismo tono para que sepa dónde está, y él entre mil balidos de ovejas semejantes reconosce el proprio de su madre, y pasando por muchas otras madres, déjalas á todas, porque á sola su madre quiere, y de sola su leche se quiere mantener. Y la madre otrosí entre muchos millares de balidos y de corderos de un mismo tono y de un mismo color á solo su hijo reconosce. El pastor muchas veces yerra en este conoscimiento, mas el cordero y la madre nunca yerran.

Hay también otra maravillosa providencia en la fábrica así deste animal como de todos los otros que rumian, como son bueyes, y cabras, y camellos, y otros tales. La cual es, que demás del buche, donde el pasto se digiere (que corresponde á nuestro estómago) tienen otro seno, donde se recibe el pasto de primera instancia antes que vaya al estómago, donde se ha de digerir, y deste primero seno sacan el manjar que han comido, y de noche ó de día, cuando reposan, lo llevan á la boca y lo están de espacio rumiando, preparándolo desta manera para enviarlo al buche, donde se ha de cocer y digerir. Esto fué obra de la divina Providencia, porque viendo que los días del invierno son pequeños y las noches grandes, si estos animales juntamente pasciesen y rumiasen, sería poco el pasto de que gozarían. Pues por eso pascen de día y rumian de noche, y desta manera no menos les sirve la noche para su mantenimiento cuando rumian, que el día cuando pascen.

Vengamos á las aves caseras, que son más conoscidas. El gallo anda siempre buscando algún grano para comer, y cuando lo halla, llama con cierto reclamo á sus gallinas, y como buen casado, quita el manjar de sí, y pártelo con ellas. Lo cual no hace el capón, que guarda continencia, y por eso andando el gallo flaco, él está gordo y bien tratado, porque no tiene más cuenta que consigo solo, enseñándonos con esto la diferencia que el Apóstol

(1) Prov. 20.

pone entre los casados y continentes (1). Porque los buenos casados parten los trabajos y el tiempo entre Dios y el cuidado de sus mujeres, mas los buenos continentes, libres destas cargas y obligaciones, del todo se entregan á Dios, y por eso están más aprovechados y medrados en la vida espiritual.

La gallina también que cría sus pollos, siempre anda con los pies escarbando en los muladares, y hallando algo, llama á gran priesa los hijuelos, y como buena madre ayuna ella por dar de comer á ellos. Y lo que más es, una manera de reclamo tiene cuando los llama á comer, y otra cuando los llama para que se metan debajo de sus alas, y otra cuando los avisa que huyan y se escondan del milano, cuando lo ve venir. Y ellos recién nascidos, sin doctrina y sin maestro entienden perfectamente todos estos lenguajes (que nosotros no entenderíamos) y así obedescen á gran priesa á lo que por ellos se les manda. Y aun otra cosa noté, viendo echar de comer á una gallina con sus pollos, que si se llegaban los de otra madre á comer de su ración, á picadas los echaba de allí, porque no le menoscabasen la comida de sus hijos. Pues ¿qué más hiciera esta ave, si tuviera razón? Porque parece que por la obra estaba diciendo: este manjar es de mis hijos, y cuanto mayor parte vosotros dél comiéredes, tanto menor les cabrá á ellos. Pues no tengo de consentir que hijos ajenos coman el manjar de los míos.

§ I

Pasemos á otra cosa menos conoscida y más admirable, que cuentan Basilio y Ambrosio. El cangrejo es muy amigo de la carne de las ostras. Y para haber este manjar, pónese como espía secretamente en el lugar donde las hay, y al tiempo que ellas abren sus conchas para recibir los rayos del sol, el ladrón sale de la celada donde estaba, y ¿qué hace? Cosa cierto al parescer increíble. Porque en el entretanto que él corre, no cierre la ostra sus puertas y él quede burlado, arrójale antes que llegue una piedra, para que no pueda ella cerrar bien sus puertas, y entonces él con sus garras la abre y se apodera della. Pues ¿quién

(1) I Cor. 7.

pudiera esperar de un tan pequeño animalejo tal industria? Y ¿quién se la pudiera dar, sino aquel Señor que da de comer á toda carne, y da habilidad y arte para buscarlo?

Pues ¿qué diré de las habilidades que para esto tiene la zorra? Aquí viene á propósito lo que dice Esaías (1): ¡Ay de ti, que robas á otros! ¿Por ventura tú también no serás robado? El cangrejo hurta la carne de la ostra, y la raposa hurta la dese cangrejo, y no con menor artificio. Testigo desto es un monte que hay en Vizcaya, que entra un pedazo en la mar, en el cual hay muchas raposas. Y la causa desto es la comodidad que ellas tienen allí para pescar. Mas ¿de qué manera pescan? Imitan á los pescadores de caña, y no les falta ingenio ni industria para ello. Porque meten casi todo el cuerpo en la lengua del agua, y extienden la cola, que les sirve allí de caña y de sedal para pescar. Y como los cangrejos que andan por allí nadando no entienden la celada, pícanla en ella: entonces ella sacúdela á gran priesa, y da con el cangrejo en tierra, y allí salta, y lo despedaza y come. Pues ¿quién pudiera descubrir esta nueva invención y arte de pescar? Mas no es ésta sola su habilidad, porque también sabe proveerse de mantenimiento para otro día. Porque después de haber saltado en algún corral de gallinas, y muerto cuantas halla, y bebido la sangre dellas, hace un hoyo, y entiérralas allí para tener provisión para otro día. Esto es muy notorio, mas no es lo que diré (aunque no venga tan á propósito) ya que hice mención deste animal, el cual, aunque malo y dañoso, todavía descubre con sus astucias mucho de la divina Providencia, la cual paresce que nos quiso representar en él lo que él dice en el Evangelio (2), que los hijos deste siglo son más prudentes en sus tratos y negocios que los hijos de la luz. Tiene pues artificio este animal para despedir de sí las pulgas, cuando le molestan. Mas ¿de qué manera? Toma en la boca un ramillo, y metiéndose en el agua de algún río ó de la ribera de la mar, y tirándose del agua poco á poco hacia atrás, las pulgas huyendo de la parte del cuerpo que se está mojando, á la que está enjuta, proceden desta manera, metiéndose ella poco á poco en el agua hasta llegar á ponérsele todas en la cabeza, la cual ella también de tal modo zabulle en el agua, que no le queda más que los ojos y la boca fuera. Entonces saltando

(1) Esai. 33. (2) Luc. 16.

ellas en el ramillo que dijimos tener en la boca, suelta el ramo, y salta fuera del agua, libre ya de los enemigos que la fatigaban. Este artificio tan exquisito, ¿quién lo pudo enseñar á un animal bruto sino el Criador? Pues, Señor, ¿qué se os da á vos que las pulgas sean molestas á una zorra, pues ella es á nosotros tan molesta? Sí da mucho (dirá él) porque aunque se me da poco por ese animalejo, va mucho en que los hombres por este y por otros ejemplos entiendan cuán perfecta y cuán universal es mi providencia, pues no hay cosa tan pequeña á que no se extienda y á que no provea de remedio, aunque sea tan pequeña como ésa. Deste instrumento con que la zorra pesca, se sirve también el ratón en otra materia diferente. Porque mete el rabillo en el alcuza de aceite que halla, y después lame lo que con este artificio tan ingenioso pudo sacar della.

Mas tornando á la materia de los alimentos, no es menos admirable la manera en que se mantiene una cierta ave, que monda los dientes del cocodrilo, entre los cuales se entremeten muchas briznas de la carne que ha comido, que le dan pena: y tal es la divina Providencia, que proveyó á este animal de un mondadientes, que es de una cierta avecilla, la cual abriendo él la boca, hace de un camino dos mandados, que es mondar á él los dientes, y mantenerse ella con lo que dellos saca. ¿Hay más amorosa, más regalada y compendiosa providencia que ésta? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras, el cual por tan extraño artificio provee á dos necesidades con una sola obra! Pues ¿qué dire de la manera que se mantienen unas aves que ven muchas veces los que navegan para la India Oriental, la cual es, que van siempre en seguimiento de otras, y recogen en el pico los excrementos de las que siguen, y con él se mantienen? ¿Quién pudiera creer esto, si no lo viera? El nombre destas aves no pongo aquí, porque es conforme al manjar de que se mantienen.

Pues ¿qué diremos de las astucias de que el pulpo usa para buscar de comer? En el cual parece quiso el Criador representarnos las artes de los hombres que llamamos de dos caras, doblados, fingidos y disimuladores, porque este pece viene á pegarse en alguna peña que está en el agua, tomando el color della, y encubriendo el suyo: entonces las sardinas y otros pececillos, como gente simple, engáñanse con aquel color mentiroso, y lléganse á él. Acude luego el traidor, y préndelas con aquellos sus ramales

con que pesca. Y de aquí nació el proverbio de los latinos, los cuales dicen que los hombres falsos y engañadores tienen las condiciones de pulpos.

Otra astucia refiere Tulio de una ave (1), aunque está acompañada con fuerza y violencia. Porque dice él que hay una ave por nombre platalea, la cual busca su manjar persiguiendo las aves que se zabullen en la mar, y cuando ellas salen llevando algún pece en la boca, las muerde en la cabeza tan reciamente, que les hace soltar lo que llevan, con lo cual esta ave se mantiene. Y de la misma ave escribe él que hinche el buche de algunas conchas de la mar, y habiéndolas recocido en el buche, las viene á vomitar, y escoge dellas lo que es de comer. Mas otra cosa más artificiosa refiere el mismo de las ranas marinas, las cuales se cubren con arena y muévense junto al agua: y como los pececillos acometen á querer cebarse dellas, descúbrense luego, y préndenlos, y desta manera pescan y se mantienen. Lo cual todo nos declara la grandeza de aquella infinita Sabiduría que tantos modos supo y pudo inventar para mantener los animales que él crió.

Común cosa y sabida es la que hace un sirguerito, el cual estando preso sobre una tabla, y teniendo colgados della dos cubos pequeñitos, uno con agua, y otro con el grano que ha de comer, cuando tiene hambre sube con el piquillo el que tiene la comida, y cuando quiere beber, levanta de la misma manera el que tiene el agua. Mas otra cosa vi yo más artificiosa que ésta, porque el cubo del agua está vacío, mas en lo bajo está una arquilla llena de agua, y cuando él quiere beber, mete el cubillo en esta arquilla, y tantas vueltas le da con el pico, que finalmente coge agua, y entonces la sube á lo alto y bebe. Pues ¿quién no se maravillará? ¿Quién no dará gracias al Criador, viendo en un tan pequeño corpecito una tal industria, que el Criador y la necesidad, maestra de todas las cosas, enseña?

También el erizo con toda su pesadumbre sabe su artificio para bastecerse de mantenimiento. Porque hallando al pie de un manzano las manzanas caídas, se revuelve en ellas, prendiéndolas con sus espinas, y así las lleva consigo, y dellas hace depósito para mantenerse. Y si alguno le quiere empecer, encié-

(1) Lib. 2 de Natura Deorum.

rrase dentro de sus puyas, y así se guarece con ellas del enemigo.

Más admirable es la facultad y artificio que tiene un pece que se llama tremelga, el cual sabe defenderse y también mantenerse con dos propriedades extrañas que el autor de la naturaleza le dió. La una es que metiéndose debajo del cieno, hace adormecer los pececillos que se llegan á él (que es lo que se suele decir de los brujos) entonces este brujo marino sale debajo del cieno, y apoderáse y mantiénese dellos. La otra habilidad no es menos extraña, porque siendo tocado con el anzuelo del pescador, tiene tanta virtud que por el sedal y por la caña sube hasta el brazo del pescador, y lo entorpece de tal manera que él suelta la caña, y el pece se va libre: en tanta variedad de cosas quiso el Criador mostrar su providencia.

No solamente los animales flacos, mas también los fuertes se ayudan de sus industrias y artificios para buscar de comer. Del tigre (á quien ni faltan fuerzas, ni armas, ni ligereza) refiere Eliano que se va al lugar donde hay abundancia de monas (de cuya carne es él amigo) y tiéndese en el suelo debajo de un árbol á donde ellas suelen acudir, y pónese allí en figura de muerto, sin bullir consigo, ni parecer que respira. Ellas estando en lo alto del árbol, recelándose dél, envían delante una espía para que acercándose algún tanto á él, vean si está vivo ó muerto, mas con tal tiento, que no se fían dél. Después vuelve la espía segunda y tercera vez, acercándose algún tanto más, hasta que del todo se persuade que está muerto. Y dando recaudo á las otras, descienden ellas sobre seguro, y saltan sobre él, triunfando alegremente de su enemigo. Entonces el muerto, viéndose cercado de la caza que esperaba, á gran priesa resuscita, y con dientes y uñas despedaza cuantas puede, y convierte sus fiestas en llanto, pagando ellas su loco atrevimiento.

§ II

Deste mismo artificio usan algunos gatos, grandes cazadores, porque en una huerta que yo vi, se extendía uno déstos entre los árboles y las legumbres, y se estiraba y tendía de tal manera que parecía muerto, y allí perseveraba sin bullirse, esperando su

ventura. Engañándose pues con esta figura las simples avecillas, llegábanse á cerca dél sobre seguro, y entonces el ladrón de un salto las apañaba y se las comía.

Y pues hice mención del gato, también diré dél lo que cada día vemos, mas no todos notamos en esto el cuidado de la divina Providencia, que en infinitas maneras se nos descubre. Crió ella este animal para que defendiese nuestras casas y despensas de los daños y molestias de los ratones. Y todos vemos las industrias y instrumentos de uñas y ligereza que para esto tienen, y sobre todo esto (como ya dijimos) ven de noche, que es el tiempo de su caza. Y porque siendo este animal necesario para lo dicho, fuera inconveniente oler mal la casa con la purgación de su vientre, él busca para esto sus rincones más apartados, y (lo que ninguno de cuantos animales hay, hace) con las uñas cava en la tierra, y cubre lo que purgó. Y para ver si está bien cubierto, aplica el sentido del oler, y si halla que todavía huele mal, torna otra vez á escarbar y cubrirlo mejor. De modo que lo que Dios mandaba á los hijos de Israel que hiciesen, cuando habitaban en el desierto, con una paletilla que traían consigo, hace este animal sin tener esa ley ni ejemplo de otro alguno que tal haga. Esto vemos cada día, y no vemos el regalo de la divina Providencia para con el hombre, dando orden cómo tenga limpia su casa y libre de mal olor. Porque ya que le hacía este beneficio en darle este cazador que le limpiase la posada, no se le diese por otra parte con este tributo de ensuciársela.

Pues las astucias y asechanzas que el gato tiene para cazar y para hurtar, cada día las vemos. Bien sabe él á veces quitar la cobertera de la olla que está recién puesta al fuego, y meter las garras, y sacar la carne, y huir con ella. Mas yo soy testigo de otra astucia que aquí diré. Andaba por cima del lomo de una pared en pos de una lagartija, la cual, huyendo dél, se metió debajo de una teja que acaso estaba allí boca abajo. ¿Qué hizo entonces él? Hizo esta cuenta: si meto por aquí la mano, hame de huir por la otra boca de la teja. Pues yo acudiré á eso. Mas ¿de qué manera? Puso la una mano á la boca de la teja más estrecha, y por la más ancha metió la otra, y desta manera, como por entre puertas, alcanzó la caza que buscaba. Pues ¿que más hiciera, si tuviera razón?

Extrañas son también las artes que tienen para mantenerse

los lobos. Mas una sola contaré, que escribe Eliano, la cual en parte responde á una cuestión que se suele poner, que es, cómo hay tan pocos lobos pariendo la hembra muchos lobillos, habiendo por otra parte tantos carneros y corderos, no pariendo la oveja más que uno, y matándose cada día tantos para nuestro mantenimiento. Dice pues este autor que cuando no tienen que comer los lobos, se junta una cuadrilla de muchos dellos, y andan corriendo alderredor como en corro unos en pos de otros, y el primero que desvanecida la cabeza cae, viene á ser manjar de todos los otros. Y ésta es una de las causas de haber menos lobos, por comerse los unos á los otros. Dónde se debe mucho notar el estilo de la divina Providencia, la cual impide por sus vías y caminos la multiplicación de los animales que nos habían de ser perjudiciales y nocivos, como se ve en el parto del alacrán, porque la hembra pare once huevos, de los cuales se come los diez, y deja uno solo, el cual, después de nacido, parece que no tiene tanta cuenta con el beneficio de la madre como con la muerte de sus hermanos, y así toma venganza della matándola y comiéndosela.

Ni es menos ilustre testimonio de la divina Providencia lo que se cuenta de una ponzoñosísima culebra que se halla en el Brasil, que infaliblemente mata á quien muerde, si luego no se corta el miembro donde mordió. Lo cual ordenó así el Criador para que por el remedio deste peligro nos declarase este cuidado de su providencia, la cual señaladamente se conoce con los remedios que provee para nuestros males. Y el remedio déste es haber criado esta mala bestia con una manera de campanilla en la cabeza, para que el sonido della avise á los descuidados deste peligro. Pues ¿quién no reconoce aquí el cuidado de la divina Providencia así en el remedio de nuestros peligros como en la diversidad de los medios que inventa para esto? Y de la víbora dice S. Basilio que se rasga el vientre cuando pare. Y de la leona dice que con sus uñas rompe también su vientre al tiempo del parto. Desta manera el Criador por una parte conserva las especies de las cosas, y por otra da orden para que como se suele decir, de los enemigos los menos.

Mas dirá alguno: ¿para qué crió él estas especies de animales enemigos de la naturaleza humana? Éste era el argumento del Epicuro, que negaba la Providencia (como refiere Tulio) dicien-

do: Si Dios crió todas las cosas por amor del hombre, ¿para qué crió las víboras? Á esto se responde que en una perfecta república también hay horcas, y cárceles, y azotes, y verdugos para castigo de los malhechores, y no era razón que en la gran república deste mundo, en que preside Dios, faltasen verdugos y ejecutores de su justicia. Y así castigó á los hijos de Israel en el desierto, enviándoles serpientes que los mordiesen, porque ellos también mordían con lenguas de maldicientes á los ministros que Dios les había dado. Y á los egipcios castigó con langostas y moscardas y mosquitos que cruelmente los herían, y así crió grandes ballenas en la mar, y grandes y espantosos dragones en la tierra, de cuya grandeza tratan muchas historias. Lo cual hizo para mostrar la grandeza de su poder, y poner con ella pavor y miedo á los corazones humanos, y declararnos cuán grande mal sería venir á parar en las gargantas del dragón infernal, que con su cola trajo en pos de sí la tercera parte de las estrellas del cielo.

Y volviendo al propósito del mantenimiento de los animales, vemos cuánta diversidad hay así en ellos como en las facultades que el Criador les dió para buscarlo. En lo cual maravillosamente resplandece la sabiduría de su providencia, porque si todos tuvieran un mismo manjar y una manera de habilidad para buscarlo, no pareciera esto cosa tan admirable. Pero siendo tantas las diferencias de manjares, y tantas y tan diversas las facultades y instrumentos de los miembros para buscarlos, es cosa que á cada paso está gritando y predicando el cuidado y la sabiduría desta suma Providencia, y provocándonos á la admiración y reverencia della. Vemos pues que entre los animales unos buscan su manjar en la tierra, otros en el agua, y otros en el aire: y déstos unos se mantienen de sangre, otros de yerba, otros de grano y otros de otras cosas sin cuento. Pues á todos ellos formó el Criador con tales cuerpos y miembros, que les sirviesen para buscar su manjar. Porque al león y al tigre y á otros semejantes crió con dientes y uñas muy fuertes, y con ligereza para seguir la caza, y con ánimo esforzado y generoso para no temer los peligros ni las fuerzas ajenas, como lo tiene el león, de quien dice Salomón (1): El león, que es el más fuerte

(1) Prov. 30.

de las bestias, no teme el encuentro de nadie. Pues éste con sus cachorros sale de noche, como dice el Psalmo (1), bramando para robar, y pedir á Dios que le dé de comer. Y conforme á esta generosidad tiene esta propriedad, que como gran señor no come de la caza que el día antes le sobró. De quien escribe Eliano (2) que después que por la edad está flaco y pesado, y así inhábil para cazar, sale con sus cachorros, y espéralos en cierto puesto, y ellos traen al padre viejo la caza que hallaron, el cual los abraza cuando vienen, y les lame la cara en señal de agradescimiento y amor. Y después deste amoroso recibimiento asiéntanse todos á comer de la caza. Pues ¿qué más hicieran, si tuvieran razón como los hombres? Y aun en esta piedad los sobrepujan, pues muchos hijos vemos muy escasos y inhumanos para con sus padres pobres y viejos. Lo cual no cabe aun entre animales fieros.

Resplandesce también el artificio de la divina Providencia en las habilidades y instrumentos que dió á las aves de rapiña para cazar y buscar con esto su mantenimiento. En las cuales es muy artificioso el pico, y muy diferente del de las otras aves mansas. Porque la parte superior dél es aguda y corva para hincar en la carne y sacar los pedazos della, y la inferior es como una navaja, y viene á encontrarse y encajarse en la más alta, y así corta y troncha lo que el pico de la parte superior levanta. Pues ¿quién podrá imaginar que una cosa tan proporcionada y tan acomodada para este oficio se hizo acaso, y no con grande artificio? Lo cual aún parece más claro con la correspondencia de todas las otras facultades y instrumentos que para esto sirven, como son las uñas tan agudas y recias para prender la caza, y también para retenerla, cerrándose las uñas delanteras con la trasera para tenerla tan apretada que no se les pueda ir. Tienen otrosí gran calor en el estómago, para que la hambre las haga más codiciosas y ligeras para la caza. Tienen también un corazón animoso y confiado, pues un halcón zahareño en muy pocos días se hace tan doméstico y tan fiel, que lo enviáis á las nubes en pos de una garza, y le llamáis y mandáis que os venga á la mano, y así lo hace. Porque como el Criador formó estas aves no sólo para que ellas se mantuviesen, sino también para que ayudasen á mante-

(1) Psalm. 103. (2) Elian. lib. 2.

ner y recrear al hombre (como lo hacen los azores) tales armas y tal ánimo y tal confianza les había de dar. Y porque no dió ésta al milano, aunque no le falten armas y alas, abátese á los flacos pollicos, porque no tiene corazón para más, representando en esto la bajeza de los hombres villanos y pusilánimes, los cuales siendo tan cobardes para con los que algo pueden, son cruelísimos para los que nada pueden, agraviando á los pobres y manteniéndose de su sudor.

Á los bueitres también, que se mantienen de carne, dió el Criador un maravilloso instincto, con que adevinan los estragos y muertes de hombres, de cuyas carnes se mantienen, y así siguen los ejércitos, sintiendo la matanza que ha de haber en ellos. Y lo que es cosa más admirable, de cincuenta millas huelen los cuerpos muertos, como dice el Comentador, libro segundo de Ánima.

§ III

En las cigüeñas nos representó el Criador una perfectísima imagen de piedad de padres para con sus hijos, y de hijos para con sus padres. Porque los padres, demás de mantener sus hijos en el nido (como hacen las otras aves) usan desta piedad con ellos, que cuando arde el sol de manera que podría ser dañoso á los hijuelos ternecicos, extienden ellos sus alas, en las cuales reciben los rayos del sol, y hácenles con esto sombra, siendo para sí crueles, por ser para los hijos piadosos. En lo cual nos representan aquellas piadosas entrañas y amor del Padre Eterno para con sus espirituales hijos, á quien el Psalmista atribuye esta misma piedad, diciendo (1) que con sus espaldas les hará sombra, y recogerá y guardará debajo de sus alas. Y no menos representan la grandeza de la caridad del Hijo de Dios, el cual recibió en sus sacratísimas espaldas los azotes que nuestras culpas merescían, pagando (como él dijo) lo que no debía. Pues esta caridad que tienen las cigüeñas para con sus hijos cuando son chiquitos, tienen los hijos para con sus padres cuando son viejos y inhábiles para buscar de comer. Porque pagan en la misma moneda el beneficio que recibieron, manteniendo sus viejos padres

(1) Psalm. 90.

en el nido con todo cuidado. Y cuando es necesario mudarse para otra parte, los buenos y agradecidos hijos, extendiendo sus alas, toman á los viejos encima, y múdanlos para el lugar donde han de morar. En lo cual también nos representan la caridad y misericordia de aquel soberano Padre para con sus hijos, de quien el Profeta dice (1) que así como águila extendió sus alas, y los trajo sobre sus hombros.

Á las aves que se mantienen de grano ó de yerba, como á la gallina y otras tales, dióles los picos agudos, que les sirven no sólo de comer con ellos, sino también de armas cuando pelean unas con otras, y los pies con dedos y uñas para escarbar con ellos, y desenterrar el grano debajo de la tierra. Mas por el contrario, á las que buscan su manjar en el agua, como los cisnes y ánades y patos, dióles los pies extendidos como una pala de remo, con que maravillosamente reman y nadan, estribándose con las plantas en el agua, y pasando con el cuerpo adelante. De dónde el arte, imitadora de la naturaleza, aprendió á remar. Porque primero fueron estos remos naturales que los artificiales. Formó también el pico de otra manera, no agudo, sino llano como una pala, y con unos dentezuelos como de sierra, para que los pesces, que son lisos y deleznables, se entretuviesen y prendiesen en ellos.

Á las aves que tienen las piernas grandes, diéronseles también los cuellos grandes, para que fácilmente alcanzasen el manjar de la tierra. Y lo mismo se hizo con los animales que son altos de agujas (como son los camellos) á los cuales se dió el pescuezo grande para que pudiesen fácilmente buscar su pasto en la tierra. Y otra cosa noté en ellos, que teniendo los hombres y todos los brutos dos junturas principales en las piernas, una en las rodillas y otra en el cuadril del muslo, estos animales, por ser muy altos, tienen tres, repartidas de tal manera que parescen sus piernas como hechas de gonces: así las doblan y encogen para bajarse á recebir la carga, ó para tenderse en la tierra, cuando quieren dormir. Mas porque al elefante, que es mucho más alto, no convenía darle pescuezo tan grande con que pudiese llegar á pascer, diósele en lugar dél aquella trompa de carne ternillosa, de la cual se sirve como de una mano no sólo para comer sino también

(1) Deut. 32.

para beber, porque es ella hueca por de dentro, y por ella agota un pilar de agua, y á veces por donaire rocía con ella á los circunstantes.

De la fábrica de las piernas deste animal se maravilla S. Basilio, considerando cuán acomodadas son para sostener el peso de aquel tan grande cuerpo. Porque son como unas fuertes colunas, proporcionadas para sostener aquella tan grande carga, y en lo bajo de los pies no tiene coyunturas y repartimiento de huesos, para mayor firmeza. De aquí es que los vemos en las batallas llevar sobre sí castillos de madera (que parescen torres animadas ó montes hechos de carne) y arremeter con toda esta carga con tan grande ímpetu en las haces enemigas, y pelear animosamente por los suyos. Y es cosa de admiración ver que con ser este animal tan grande y tan poderoso, viene á ser subjecto y obediente al hombre, de modo que si lo enseñamos, aprende, y si lo castigamos, sufre. En lo cual se ve haberlo Dios criado para servicio del hombre, por haber sido criado el hombre á imagen de Dios. Y con todo este servicio vive trecientos años, y más. Hasta aquí Basilio.

Tiene también una natural vergüenza, por la cual usa de la hembra en lugar escondido, y si acaso alguno por allí pasa, recibe tan grande enojo, que lo hace pedazos. Y con todo esto tiene otros nobles respectos. Cuentan los que vienen de la India Oriental una cosa notable deste animal. Cuando él anda en celos, está bravísimo. Yendo pues por una calle con este furor, encontró con un niño de teta, el cual tomó con la trompa, y púsolo encima de un tejado para librarlo del peligro. El cual niño lloraba y daba gritos por verse en aquel lugar. Entonces el elefante, apiadado del niño, dió la vuelta, y tomólo con la misma trompa, y tornólo á poner en el mismo lugar donde estaba: tan grande es el sentido que puso el Criador en este animal, porque así estaba más hábil para el servicio del hombre. Otras cosas extrañas se cuentan dél, de que están llenos los libros de diversos autores, donde las podrán ver los que quisieren, porque para mi propósito lo dicho basta.

Al águila también, porque su naturaleza es volar en altanería, como reina de las aves, que habita en lo más alto, proveyó el Criador de una singular vista, para que de allí vea la caza de que se ha de mantener. Y así dice della el mismo Criador al santo

Job (1) que mora entre los peñascos y en los altos riscos, adonde nadie puede llegar, y dende ahí ve la caza que está en lo bajo. Ni le falta industria juntamente con la fuerza para la caza, porque si acierta á tomar una tortuga ó galápago, súbelo muy alto en las uñas, y déjalo caer sobre alguna piedra para que allí se le quiebren las conchas, y ella pueda despedazarlo á su salvo. Y aun se escribe que por esta ocasión murió el insigne poeta Esquiles, porque siendo él calvo, y teniendo la cabeza descubierta, un águila, creyendo que era alguna piedra, dejó caer el galápago sobre ella, y desta herida murió.

Sirve también para el mantenimiento, no sólo de las aves de rapiña sino mucho más de los hombres, la caza. Por dónde aquel sancto Patriarca quería más á su hijo Esaú que á Jacob (2), porque comía de la caza que él le traía. Y así, queriendo darle su bendición, le mandó que tomase su arco y su aljaba, y fuese á caza, y de lo que matase, le hiciese una comida al modo que el mozo sabía, para que acabando de comer le diese su bendición. Pues para esta caza sirven grandemente muchas diferencias de perros, que el Criador para esto crió, sin que los cazadores le den por eso muchas gracias. Mas así como hay muchas diferencias de cazar, así las hay también de perros. Porque hay lebreles de hermosos cuerpos y generosos corazones, que acometen á las fieras, hay galgos no menos hermosos y ligeros, que siguen las liebres, hay otros más viles, que toman conejos, hay mastines, que sirven para la guarda de los ganados, hay sabuesos, que con la viveza de su olor descubren las fieras, y las hallan después de heridas, hay perdigueros, que con el mismo olor hallan las perdices de tal manera que no les falta más que mostrallas con la mano, hay perros de agua, que nadando entran por las lagunas á sacar el ave que heristes, y os la traen en la mano. Pues todas estas especies de animales formó el Criador con estas habilidades para ayuda del mantenimiento de los hombres, demás de las aves de rapiña, que también le sirven para esto. Porque ya que crió la caza para mantenimiento del hombre, también había de proveer de instrumentos con que la pudiese cazar.

(1) Job 39. (2) Gen. 25.

§ IV

Mas ya que la necesidad del mantenimiento nos obligó á tratar de los canes, añadiré aquí otra cosa, la cual servirá, no para todos, sino para solos aquéllos que anhelan á la perfección de la vida cristiana, la cual vi representada tan al proprio en un lebrel, que no había más que saber ni que desear. Porque en él vi estas tres cosas que diré. La primera, que nunca jamás por jamás se apartaba de la compañía de su señor. La segunda, que cuando alguna vez el señor mandaba á alguno de sus criados que lo apartase dél, gruñía y aullaba, y si lo tomaban en brazos para apartarlo, perneaba con pies y manos, defendiéndose de quien esto hacía. La tercera cosa que vi fué, que caminando este señor por el mes de Agosto, andadas ya tres leguas antes de comer, iba el lebrel carleando de sed. Mandó entonces el señor á un mozo de espueias que lo llevase por fuerza á una venta que estaba cerca, y le diese de beber. Yo estaba presente, y vi que á cada dos tragos de agua que bebía, volvía los ojos al camino para ver si el señor parescía. De modo que aun bebiendo no estaba todo donde estaba, porque el corazón, y los ojos, y el deseo estaba con su amo. Mas en el punto que lo vió asomar, sin acabar de beber, y sin poder ser detenido un punto, salta y corre para acompañar á su señor. Mucho había que filosofar sobre esto. Porque el Criador no sólo formó los animales para servicio de nuestros cuerpos, sino también para maestros y ejemplos de nuestra vida, como es la castidad de la tórtola, la simplicidad de la paloma, la piedad de los hijos de la cigüeña para con sus padres viejos, y otras cosas tales. Mas volviendo á nuestro propósito, si el amador de la perfección tuviere para con su Criador estas tres cosas que este animal tan agradescido tenía para con el señor que le daba de comer por su mano, habrá llegado á la cumbre de la perfección.

Entre las cuales la primera es, que nunca se aparte dél, sino que todo el tiempo (cuanto humanamente le sea posible) ande siempre en la presencia dél, de modo que ni jamás lo pierda de

vista, ni pierda la unión actual de su espíritu con él, haciendo á su modo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo, que es, estar siempre actualmente amando, y reverenciando, y adorando, y alabando aquella soberana Majestad. Si esto hiciere, habrá llegado á la última perfección y felicidad de la vida cristiana. Esta perfección pedía S. Augustín á nuestro Señor en una de sus meditaciones por estas devotísimas palabras: En ti, Señor, piense yo siempre de día, en ti sueñe durmiendo de noche, á ti hable mi espíritu, y contigo platique siempre mi ánima. Dichosos aquéllos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra quieren, y ninguna otra saben pensar, sino á ti. Dichosos aquéllos, cuya esperanza eres tú, y cuya vida es una perpetua oración. Ésta es, pues, la primera obra de perfección que nos enseña aquel animal, que nunca se apartaba de su señor.

La segunda es, que como este animal sentía tanto el apartamiento dél, así el amador de la perfección sienta mucho todo aquello que lo aparta desta felicísima unión con Dios, como lo sentía el bienaventurado Sant Gregorio Papa, el cual (viendo que las ocupaciones del oficio pastoral lo divertían algún tanto desta actual unión con Dios) se lamenta y queja de sí mismo en el principio de sus Diálogos por estas palabras: La miserable de mi ánima, lastimada con la herida de las ocupaciones que consigo trae el oficio pastoral, acuérdase de aquella vida quieta de que gozaba en el monasterio, cómo entonces tenía debajo de los pies todos los bienes desta vida, cómo estaba más alta que todas las cosas que ruedan con la fortuna, cómo no sabía pensar más que en las cosas del cielo, cómo deseaba la muerte, que á todos es penosa, por ir á gozar de la vida eterna. Veis pues aquí expresada la segunda cosa que este can nos representa, cuando aullaba y perneaba porque lo apartaban de su señor. Mas la tercera es la más ardua, y en que está toda la fuerza deste negocio: la cual es, que así como este can renunció el gusto que recibía en el beber, por no perder un punto de la compañía de su señor, así el perfecto siervo de Dios ha de cortar por todos los gustos, y afecciones, y cuidados, y cobdicias, y negocios, y ocupaciones demasiadas que le fueren impedimento desta beatísima unión, si no fuere cuando la obediencia ó la necesidad de la caridad le obligare á ello, y aun en este tiempo ha de trabajar todo lo posible por no apartar los ojos del ánima de la presencia de su Señor. Esta tercera cosa

muestra David que hacía, cuando decía (1) que había renunciado su ánima todas las consolaciones de la tierra, y ocupádose en pensar en Dios, con cuya memoria había recibido tan grande consolación, que su espíritu desfallecía con ella. Esto es propriamente morir al mundo para vivir á Dios, esto es dejarlo todo para hallarlo todo en solo él. Y si esto hacía este can por un pedazo de pan que recibía de la mano de su señor, ¿qué será razón hagas tú, hombre desconoscido, por aquel Señor que te crió á su imagen y semejanza, y te conserva con el beneficio de su providencia, y te redimió con su misma sangre, y te tiene aparejada su gloria, si no la perdieres por tu culpa?

Y ya que en este capítulo señalamos todas las especies de canes, no puedo dejar de maravillarme de la suavidad y regalo de la Providencia divina en haber criado otra especie muy diferente de canes, que son perricos de falda, los cuales nadie puede negar haber sido criados por la mano del Criador. Porque dado caso que un individuo se engendre de otro individuo, como un can de otro can, mas tal ó tal especie de canes ó de otros animales, sola la omnipotencia de Dios puede criar. Pues ¿qué mayor indicio de aquella inmensa bondad y suavidad que haber querido criar esta manera de regalo, de que se sirven las reinas y princesas y todas las nobles mujeres? Porque este animalico es tan pequeño, que para ninguna otra cosa sirve de las que aquí habemos referido, sino para sola ésta. De modo que así como él crió mil diferencias de hermosísimas flores y perlas y piedras preciosas (muchas de las cuales para ninguna cosa más sirven que para recrear la vista, y darnos noticia de la hermosura del Criador) así crió esta especie de animalillos para una honesta recreación de las mujeres. Porque como ellas hayan sido formadas para regalar y halagar los hijitos que crían, cuando éstos les faltan, emplean este natural afecto en halagar estos cachorrillos. Los cuales tienen tanta fe con sus señoras, que no se quieren apartar dellas, y sienten mucho cuando van fuera de casa, y alégranse y hácenles grande fiesta cuando vuelven, y búscanlas por toda la casa cuando desaparescen, y no descansan hasta las hallar. Por lo cual me dijo una muy virtuosa y noble señora que una cachorrilla que tenía, la confundía, viendo que no buscaba ella con tanto cuidado á Dios como la cacho-

(1) Psalm. 76.

rrilla á ella. Veía pues el Criador que el corazón humano no podía vivir sin alguna manera de recreación y deleite, y porque esta inclinación (que es muy poderosa) no lo llevase á deleites ponzoñosos, crió infinitas cosas para honesta recreación de los hombres, porque recreados y cebados con ellas, despreciasen y aborresciesen todas las feas y deshonestas. Y con esto daremos fin á este primero capítulo del mantenimiento de los animales.

DE LAS HABILIDADES QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA CURARSE EN SUS ENFERMEDADES

CAPÍTULO XV

Como los cuerpos de los animales sean compuestos de los cuatro elementos, y tengan en ellos cuatro cualidades contrarias, que son, frío y calor, humedad y sequedad; necesario es que sean mortales y subjectos á diversas enfermedades como los nuestros. Porque en destemplándose un poco la proporción que entre sí tienen estas cuatro cualidades (en la cual consiste la salud) luego se sigue la enfermedad. Los hombres para remedio de sus dolencias tienen razón, y con ella han descubierto con muchos trabajos y experiencias la sciencia de la medicina. Mas como esta razón falte á los brutos, suplió esta falta aquella perfectísima Providencia, la cual aunque resplandezca mucho en todas las cosas que hasta aquí habemos dicho, pero mucho más claramente se ve en ésta, pues saben los animales por especial instincto de Dios más de lo que los hombres han alcanzado con estudio y trabajo de muchos años, pues muchas enfermedades hay á que los médicos no han hallado remedio, y ninguna padescen los animales para que no lo hallen, por ser guiados y enseñados por mejor maestro. Por lo cual no es de maravillar que ellos fuesen nuestros maestros en algunas medicinas que dellos aprendimos. La virtud de la celidueña para curar los ojos nos enseña la golondrina, la cual, enseñada por su Criador, busca esta yerba para curar los ojos enfermos ó ciegos de sus hijuelos, y la del hinojo, que sirve para lo mismo, aprendimos de las serpientes, que con ella curan los suyos. La medicina tan común de los clisteles nos mostró la ibis, ave semejante á la cigüeña, la cual sintiendo cargado su vientre, hinche el pico de agua salada, y ésta le sirve de clistel con que se purga. La sangría aprendimos del caballo marino, que en lengua griega se llama hipopótamo, el cual sintiéndose enfermo, vase á un cañaveral recién cortado, y con la punta más aguda que halla, sángrase (como refiere Plinio) en una vena de la pierna. Mas ¿qué remedio

para no desangrarse del todo? Creo que todo nuestro ingenio no sabrá dar remedio á esto. Mas sábelo este animal, enseñado por aquella suma Providencia que en nada falta. Porque vase á revolcar en algún cenagal, y el cieno que en la herida se le pega, le sirve de venda para detener la sangre. Pues ¿qué otro maestro enseñó al puerco, estando enfermo, irse á la costa de la mar á buscar un cangrejo para curar su enfermedad? ¿Qué otro enseñó á la tortuga, cuando comió alguna víbora, buscar el orégano para despedir de sí la ponzoña? Y lo que es más admirable, ¿quién otro enseñó á las cabras monteses de Candía comer la yerba del dictamo, para despedir de sí la saeta del ballestero? Si fuera para curar la herida, no me maravillara tanto: mas que haya yerba poderosa para despedir del cuerpo un palmo de saeta hincada en él, esto es obra del Criador, que quiso proveer de remedio á este animal tan acosado de los monteros.

Pues el perro (cuando está muy lleno de humor colérico) si no se cura, viene á rabiar: mas la divina Proxidencia, que dél y de nosotros tiene cuidado, le enseñó una yerba que nasce en los vallados, la cual le sirve de muy fino ruibarbo, pues por ella despide por vómito cuanta cólera tenía. Y si recibe alguna herida, no tiene necesidad de más emplastro que de su lengua, porque si con ella alcanza á lamerla, no ha menester más zurujano. La comadreja, herida en la pelea que tiene con los ratones, se cura con la ruda, los jabalíes con la yedra. El oso hallándose enfermo por haber comido una yerba ponzoñosa, que se llama mandrágora, se cura comiendo hormigas. ¿Quién pudiera creer que un animal de tan grande cuerpo se pudiera curar con cosa tan pequeña como son las hormigas? Mas en todas las cosas, por pequeñas que sean, puso el Criador su virtud, el cual nada hizo de balde. Ni al dragón (con ser animal tan aborrescible y dañoso) dejó sin medicina, porque sintiéndose enfermo, en lugar de ruibarbo, se cura con el zumo de las lechugas silvestres. Y no es menos dañoso ni fiero el león pardo, el cual tiene por medicina el estiércol humano. Más limpia medicina es la de las perdices y grajas y palomas torcazas, que se curan comiendo las hojas de laurel. Todo lo susodicho es de Plinio, en el libro octavo.

De los perros dice Alberto Magno que cuando sienten en sí lombrices, se curan comiendo el trigo en berza. Y el mismo dice que la cigüeña, sintiéndose herida, se pone orégano en la llaga, y

así sana. Por estos ejemplos entenderemos que el Criador ninguna enfermedad de animales dejó sin remedio, pues todas sus obras son acabadas y perfectas. Las comunes yerbas con que se curan los hombres, son agarico y ruibarbo: mas los animales para cada enfermedad tienen su propria yerba ó medicina, porque esta variedad de remedios descubre más la sabiduría del Protomédico del mundo. Ni tampoco es cosa nueva, sino muy cuotidiana, buscar los gatos otras yerbas con que se purgan y alivian, cuando se hallan cargados y dolientes.

El león por sus grandes fuerzas, y el delfín de la mar por su gran ligereza, se llaman reyes, aquél de los animales de la tierra, y éste de los pesces de la mar (1). Y ambos ordenó la divina Providencia que tuviesen una misma medicina para curarse. Porque el león, cuando adolesce, se cura comiendo la carne del simio de la tierra, y el delfín con otro linaje de simio que hay en la mar. La osa también, como refiere S. Ambrosio, cuando está herida, busca una yerba que en lengua griega se llama plomos, y con sólo tocar la herida con ella, sana. Ni tampoco había de faltar á la raposa medicina para curarse, pues tanto sabe en otras cosas, y ésta dice el mismo sancto que es la goma del pino, con la cual cura su dolencia.

§ I

A este propósito de la medicina pertenesce la mudanza de los lugares, que así las aves como los pesces buscan para conservación de su salud. En un cierto paraje de Portugal vecino á la mar, que se llama Nuestra Señora do Cabo, se junta por el mes de Setiembre una gran muchedumbre de diversas avecillas, para pasar en África á tener allí el invierno más templado. Y por esta ocasión acuden allí los cazadores, y con poca industria toman gran número dellas. Y es cosa para notar que como buenos y fieles compañeros se esperan unas á otras para hacer juntas aquella jornada. Y pasado el invierno, huyen de los calores de África y vuelven á los aires más templados de España.

Lo mismo hacen en su manera muchas diferencias de pesces en la mar, mudando lugares, especialmente cuando van á des-

(1) Elianus, lib. 2.

ovar, porque para esto son necesarios mares y cielos y aires más benignos. Y para esto se juntan y concurren de diversas partes muchas diferencias de pesces, y todos caminan juntos como un grande ejército, y van al mar Euxino, que está á la banda del norte, para pasar allí ellos con sus hijos el verano más templado. Sobre lo cual exclama S. Ambrosio, diciendo: ¿quién enseñó á los pesces estos lugares y estos tiempos, y les dió estos mandamientos y leyes? ¿Quién les enseñó esta orden de caminar, y les señaló los tiempos y términos en que habían de volver? Los hombres tienen su emperador, cuyo mandamiento esperan, y él envía sus edictos y provisiones reales para que toda la gente de guerra se junte tal día en tal lugar, y con todo esto, muchos de los llamados faltan. Pues ¿qué emperador dió á los pesces este mandamiento? ¿Qué maestro les enseñó esta disciplina? ¿Qué adalides tienen para andar este camino sin errar? Reconozco en esta obra quién sea el emperador, el cual por disposición divina notifica á los sentidos de todos estos animales este su mandamiento, y sin palabras enseña á los mudos la orden desta disciplina, porque no sólo penetra y llega su providencia á las cosas grandes, sino también á las muy pequeñas. Hasta aquí Ambrosio.

El mismo Sancto refiere otra cosa memorable, con la cual se declara más esto que acabamos de decir, que es no haber cosa tan pequeña que esté privada deste beneficio de la divina Providencia. Dice pues él que el erizo de la mar, que es un pequeño pescecillo, en tiempo de bonanza, por el instincto que le dió el Criador, conosce que ha de haber tormenta, y así se repara para ella. Mas ¿de qué manera? ¡Oh maravillosa virtud del Criador! Lástrase en este tiempo, tomando una piedra en la boca para que no puedan tan fácilmente las ondas jugar con él de una parte á otra. Lo cual viendo los marineros, entendiendo por este pesce lo que por sí no alcanzaban, se reparan ellos también, y aperciben las áncoras con todo lo demás para contrastar á la tormenta. Pues ¿qué matemático, qué astrólogo, qué caldeo puede así conoscer el curso de las estrellas y los movimientos y señales del cielo como este pescecillo? ¿Con qué agudeza de ingenio alcanzó esto, ó de qué maestro lo aprendió? ¿Quién fué el intérprete deste agüero? Muchas veces los hombres por las mudanzas de los aires adivinan la de los tiempos, y muchas veces se engañan: mas este

erizo nunca se engaña, ni son falsas las señales que lo mueven. Pues ¿por qué vía alcanzó este pesce tanta sabiduría, que adevine las cosas venideras? Pues cuanto este animalito es más vil, tanto más nos declara que este conoscimiento le fué dado por la divina Providencia. Porque si ella es la que viste con tanta hermosura las flores del campo, si ella dió aquella tan grande habilidad á las arañas para tejer su tela, ¿qué maravilla es haber dado á este pescecillo conoscimiento de lo que está por venir? Porque de ninguna cosa se olvida, ninguna hay que no provea. Todo lo ve aquél que todo lo provee. Todas las cosas hinche de su sabiduría el que todas las hizo con suma sabiduría. Lo dicho es de S. Ambrosio.

Bien sé que las aves también adevinan las tormentas, porque los cuervos marinos y las gaviotas, que huelgan naturalmente con el mar alto, adevinando la tempestad como este erizo, se acogen á la playa, donde están más seguras. Y las garzas también, que huelgan con las lagunas de agua (de cuyos pesces se mantienen) barruntan las grandes lluvias y tempestades del aire, de las cuales se libran volando sobre las nubes, donde está el cielo y aire sereno. Mas con todo esto hice más caso del ejemplo deste erizo, porque cuanto este pescecillo es más vil, y más artificioso el medio por donde se repara, tanto más nos descubre la sabiduría y providencia del Criador, el cual quiere que en todas las cosas la veamos y reverenciemos y glorifiquemos, como lo hacen aquellos espíritus soberanos que perpetuamente están alabando al Criador, diciendo que los cielos y la tierra están llenos de su gloria, porque todo cuanto en ellos hay, son obras de sus manos, testigos de su gloria, predicadores de sus alabanzas, y todas nos descubren la bondad y sabiduría y providencia suya, la cual es tan universal y tan perfecta, que á ninguna criatura, por pequeña que sea, falta, con lo cual nos convidan á amar, servir y glorificar al que por tantas vías se nos quiso dar á conoscer.

DE LAS HABILIDADES Y ARMAS QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA DEFENDERSE

CAPÍTULO XVI

Dicho de la cura de los animales, síguese que digamos de las armas y habilidades que tienen para defenderse. Porque todos ellos generalmente tienen armas ofensivas y defensivas, y otras artes ó habilidades que les sirven de armas, no de una manera, sino de muchas y diversas. Porque á unos proveyó el Criador de uñas, dientes y picos revueltos, á otros de pezuñas, como las que tienen los caballos: otros tienen armas defensivas, como son las de algunos que tienen los cueros tan duros, que apenas los pasará un dardo: otros tienen conchas, como las tortugas y galápagos, y algunas serpientes y dragones y ballenas, y otras grandes bestias de la mar. Tales son las conchas de aquella gran bestia que la Escritura llama Leviatán, cuyas armas tan particularmente describe en el libro de Job el mismo Señor que se las dió, diciendo (1): Su cuerpo es como un escudo de acero, guarnecido con escamas tan juntas unas con otras, que ni un poco de aire entra por ellas. No hace más caso del hierro que de las pajas, ni del acero que de un madero podrido. No lo hará huir ningún ballestero, y las piedras de la honda son para él una liviana arista, y los golpes del martillo son para él una paja liviana, y él hará burla de la lanza que viene por el aire blandiendo. Estas y otras armas dió el Criador á esta bestia fiera que allí nos representa, para mostrar así en las cosas grandes como en las pequeñas la grandeza de su poder y sabiduría.

Mas en cuerpo pequeño son de extrema admiración las armas defensivas que dió á la langosta de la mar y al lobagante, porque estos nombres tienen en Portugal. Están estos pesces vestidos de un arnés tranzado, hecho de una concha dura, y éste tan perfectamente acabado, que en todas las herrerías de Milán no se pudiera hacer más perfecto. Solos los ojos era necesario

(1) Job 41.

estar descubiertos para ver, mas encima de cada uno está por guarda una como punta de diamante labrado, para que nadie pueda llegar á ellos sin su daño. Y tiene más otra ventaja á nuestros arneses, que es estar la concha de encima sembrada de abrojos y puntas agudas, para que ningún pesce la pueda morder sino lastimándose la boca. Y porque era necesario tener algún secreto lugar por donde despidiesen los excrementos, para esto tienen una compuerta tan ajustada y tan apretada, que ningún agua pueda entrar por ella. Y porque estas armas eran pesadas para la ligereza del nadar, suplió el Criador esta falta con darles doce remos, seis por banda, con los cuales maravillosamente cortan las aguas y nadan. Ni porque les dió estas armas defensivas, les negó las ofensivas, porque tienen dos brazos con dos tenazas al cabo dellos, que ellos abren y cierran á su voluntad, y con ellas prenden lo que quieren. Y porque nada les faltase de lo necesario, las dos piezas destas tenazas ó garras no son lisas, sino á manera de sierra tienen sus dentecillos para que el pesce que prendieren, no pueda escaparse dellas. Y con estas garras llegan el manjar á la boca, y comen de la manera que comemos nosotros, sirviéndose de las manos para esto, lo cual ninguno de los pesces ni aun de los otros animales hace (quitados los simios aparte) porque todos los otros se sirven de sola la boca para comer ó pascer, mas éste llega con las manos el manjar á la boca: lo cual vemos cada día (no sin admiración) en los cangrejos, que como son semejantes á ellos, comen de la misma manera.

Éstos son los modos de que el Criador proveyó á muchos de los animales así para cazar como para se defender. Mas á los que no dió armas, dió ligereza para huir de los enemigos, como al ciervo, al gamo y á la liebre. Á otros dió singulares artes y industrias para escapar de los peligros, y dejar burlados sus adversarios y perseguidores, como á las raposas, que saben mil mañas para escapar, y no menos á la liebre, que unas veces hurta el cuerpo al galgo que la persigue, otras con mayor artificio, cuando ve el enemigo cerca, levanta polvo con los pies para le cegar y hacer perder el tino. Mas ¿qué hace cuando ve caer el águila sobre sí? Tampoco le falta para esto industria, porque se empina sobre los pies, y levanta las orejas cuanto puede, y como el águila caza de vuelo, acomete á la parte del cuerpo que ve más levantada: entonces ella encontinente la baja, y así escapa

venciendo por arte la fuerza del perseguidor, y mostrándonos por experiencia lo que dijo el Sabio (1): Más vale la sabiduría que las fuerzas, y el varón prudente que el esforzado. Y en otro lugar (2): La ciudad del fuerte escaló el sabio, y destruyó toda la fuerza de su confianza.

Tiene también otra industria este animal, y es, que entra de salto en la madriguera, por no dejar rastro para que se sepa su casa. Y de otra industria semejante usan también los animales fuertes y armados. Porque el oso, para que no se halle el lugar de su morada, usa deste artificio, que entra en ella volviéndose boca arriba, y andando de espaldas para no dejar señal de la huella de sus pies. Mas el león le vence aún en esta industria, porque anda hacia atrás y á una parte y á otra, ya hacia bajo, ya hacia riba, y parte desta huella cubre con polvo, para que con esta confusión de caminos deje también confuso al cazador para que no sepa atinar á do él mora y cría sus hijuelos. Pues si los fuertes se ayudan de arte y industria, ¿qué harán los flacos, que no tienen otras armas? Así la perdiz no entra de vuelo en el nido, porque no sea conoscido, sino mucho antes cae en tierra, y andando llega á él.

Finalmente, á todos estos animales desarmados proveyó el Criador de temor, el cual es madre de la seguridad. Porque éste los hace andar solícitos, huyendo de los lugares peligrosos y buscando los seguros, como hacen los ciervos y gamos, que andan por los altos riscos y despeñaderos, levantadas las cabezas para ver y oler cualquier cosa que los pueda dañar. Con lo cual también nos enseñan que no menos está la seguridad de nuestras ánimas en el temor de Dios, que la de sus cuerpos con el temor de los peligros. Por esto dice Salomón (3) que es bienaventurado el hombre que siempre vive temeroso, porque este temor lo hace solícito para hurtar el cuerpo á todas las ocasiones de los peligros. Y el Eclesiástico (4): Guarda (dice) el temor de Dios, y envejécete en él. Quiere decir: aunque seas criado viejo en la casa de Dios, y sea muy antigua y probada tu virtud, no por eso pierdas la compañía del temor.

(1) Sap. 6. (2) Prov. 21. (3) Prov. 28. (4) Eccli. 2.

§ I

Cosa es de grande admiración la que escribe Solino del elefante (1), el cual viéndose muy apretado de los cazadores, quiebra los colmillos y déjalos en tierra para que dándoles el marfil que ellos buscan, le dejen con la vida, redimiendo su vejación con una parte de su cuerpo para conservar el todo. Y el mismo autor, capítulo 23, dice otra cosa semejante á ésta de otro animal, que en latín se llama castor, del cual parece que se derivó el nombre de castrado, porque éste se castra con sus dientes cuando se ve muy acosado y perseguido de los cazadores, dejando en tierra aquella parte de su cuerpo que ellos buscan, porque lo dejen de perseguir. Estas cosas parecerán increíbles á los que no miran más que á las habilidades que se pueden esperar de un animal, mas quien considerare que la divina Providencia gobierna los animales, y les da inclinaciones y naturales instinctos para todo lo que conviene á su conservación y defensión, nada desto tendrá por increíble. Porque si dijimos que la divina Providencia suple en todos los animales la falta que tienen de razón, dándoles inclinaciones y instinctos para que con ellos hagan lo que hicieran si la tuvieran, y vemos que todos los hombres que la tienen, consienten que se les corte un brazo ó una pierna por conservar la vida, no es cosa increíble querer perder estos animales una parte de su cuerpo por la misma causa.

Tampoco será increíble lo que diré de la pelea que tienen entre sí el elefante y el unicornio sobre los pastos. Porque el unicornio, que tiene sobre la nariz un cuerno tan duro como hierro, habiendo de entrar en el desafío con el elefante, que es mucho mayor que él, confiado en sus armas, se apercibe para la pelea aguzando aquel cuerno en una piedra para herir mejor con él. Y entrando en campo, como es más pequeño que su contrario, métesele debajo de la barriga, y con una estocada que le da con este cuerno, lo mata. Mas si por ventura yerra el golpe, el elefante, que es de mayores fuerzas, lo hace pedazos. Y con todo eso el elefante por la ventaja que reconoce en las armas del enemigo, le teme grandemente. Sabida es y muy notoria en el reino de Portugal la

(1) Cap. 38.

pelea que hubo entre estos dos animales en tiempo del serenísimo rey Don Manuel. En la cual tuvo tan gran miedo el elefante á esta bestia, que determinó de valerse de sus pies huyendo. Y no viendo camino abierto para esto sino una gran ventana que tenía una reja de hierro, dió en ella con tan grande ímpeto, que la derribó, y por ella escapó. Ésta es la verdad desta historia, y engáñanse los que la escribieron de otra manera.

Muy notoria es á los cazadores la pelea de los halcones con las garzas, mas no todos saben filosofar y contemplar la sabiduría del Criador así en ésta como en otras cosas. Es tan apacible esta caza, que muchos señores gastan más de lo que sería razón en ella, sin acordarse que todo este gusto que compran con tan caro precio y cansancio, es querer gozar y ver las habilidades que la divina Providencia puso en estas aves, en las unas para acometer valerosamente, y en las otras para defenderse sabiamente. Sueltan pues los halcones contra esta ave, de los cuales unos no son más que peinadores que la repelan, y otros matadores, que son los que la matan. Donde acaece una cosa de admiración, y es, que en soltando de la mano el matador, que está muy lejos della, adivina que aquél es el que la ha de matar, y luego comienza á graznar y á hacer el sentimiento que puede por su muerte vecina. Y no por esto desmaya ni deja de hacer cuanto puede para escapar con la vida. Y para esto hace otra cosa de no menor admiración. Porque sintiendo que la carga del mantenimiento le es impedimento para volar, vomítalo y descárgase dél, de modo que ven los cazadores los pececillos que ella había comido, caer en tierra. Llegada pues la hora del postrer combate, cae como un rayo el halcón sobre ella: mas á ella no falta industria y armas para defenderse, porque revuelve el pico hacia riba entre las alas, y si el halcón no es muy diestro, cuanto más furioso viene á dar en ella, tanto corre mayor peligro de enclavarse en el pico della, y con esto acaece morir el que venía á matar, y pagar con su muerte la culpa de su osadía. Otras veces usa de otra industria, que es acogerse á alguna laguna de agua, si acaso la halla, porque el halcón es temeroso del agua, y así guarece. Mas ¿quién enseñó á esta ave tantas artes y industrias? ¿Quién le dijo que el halcón era temeroso del agua, para acogerse y asegurarse en ella de su enemigo? ¿Quién le hizo adevinar entre muchos halcones que le persiguen, el que la ha de matar, y esto en soltándolo de

la mano? ¿Quién le enseñó el alivianarse despidiendo el manjar comido para volar más ligero? ¿Quién le enseñó esperar el golpe del enemigo con la punta del arma que el Criador le dió, que es como si dijese, si habéis de llegar á mí, ha de ser por la punta del espada? Todas éstas son obras de la divina Providencia, que no quiso dejar esta ave del todo desamparada de las armas y industrias necesarias para defenderse de su enemigo, y proveer con esto de una noble y honesta recreación á los reyes y grandes señores. Mas á ellos pertenece, cuando en esto se recrean, levantar los ojos al Criador, cuyas son estas cosas que los recrean y ejercitan, y proveer también que no se entreguen tanto á esto, que se olviden de las obligaciones de su estado y oficio, como se escribe del rey Antíoco, cuyos vasallos se quejaban dél que por darse mucho á la caza, no acudía á los negocios del reino.

Quiere nuestro Señor mostrarnos la grandeza de su sabiduría en infinitas diferencias de medios que ordena para un mismo fin. ¿Quién pensara que hay especies de yerbas que ayudan á pelear? En la huerta de un monesterio nuestro parecía á veces un escorpión, y un gato grande y animoso determinó pelear con él. Para lo cual se apercibió con la ruda, revolcándose mucho en ella. Y armado y confiado en estas armas vase á buscar al enemigo, estando un religioso dende la ventana de su celda mirando este combate. Y después de muchos encuentros de parte á parte, finalmente el gato, tomando el escorpión entre las uñas en el aire, lo despedazó y mató.

A este propósito se cuenta otra cosa más admirable. Hay en la isla de Ceilán unas culebras grandes, que llaman de capelo, porque tal parece su cabeza y pescuezo, las cuales son tan ponzoñosas, que en veinte y cuatro horas matan. Mas la divina Providencia, que para todas las cosas ordenó remedio, proveyó que en esta isla nasciese un árbol que sirve de triaca contra esta ponzoña. Porque solo el olor dél y el vaho de quien lo ha comido, adormece esta bestia y la enflaquece. Por lo cual queriendo un animalejo de la hechura de una comadreja pelear con esta culebra, hártase de las hojas deste árbol, y avahándola con este olor, la adormece y así prevalece contra ella. Usa también de otra singular industria, porque hace dos puertas en su madriguera, una boquiancha y otra angosta, y en la pelea huye á esta madriguera por la boca ancha, por donde entra la culebra en su alcance: mas

entrando más adentro con la fuerza que lleva, viene á embarazarse en la estrechura del agujero, dejando medio cuerpo fuera dél. Entonces el animalejo saliendo apriesa por la otra boca estrecha, salta sobre la culebra, y córtala por el lomo. Aquí tenemos otro ejemplo de cuánto más vale la industria que la fuerza, y otro argumento de cómo la divina Providencia no dejó cosa, por pequeña que fuese, sin armas y sin remedio. Porque ¿qué cosa más vil y despreciada que un caracolillo? Éste carece de ojos, mas no carece de armas defensivas, porque en lugar dellos tiene dos cornecicos muy delicados y muy sentibles, con los cuales tienta y siente todo lo que le puede ser dañoso. Y topando con alguna cosa que le sea molesta, luego se encoge y retrae en su casica, que es el reparo y acogida que le dió el que lo crió, conforme á su pequeñez.

§ II

Á cada paso hallamos muchas maneras de armas y defensas en los animales, en los cuales el Criador trazó muchas cosas semejantes á las nuestras: mas lo que en nosotros hace el arte imperfetamente, en ellos hace la naturaleza perfetamente. Llevan los mercaderes sus mercadurías por la mar á otras tierras, y para navegar seguros de los cosarios, llevan en su compañía una armada de gente de guerra que los defienda. Pues una cosa semejante á ésta (como S. Ambrosio refiere) hacen las cigüeñas, las cuales en cierto tiempo del año, ayuntadas en una compañía, caminan hacia la banda de oriente con tan grande orden y concierto como iría un ejército de soldados muy bien ordenado. Y porque en este camino no faltan peligros de otras aves enemigas, ordenó la divina Providencia que hubiese otras aves amigas que les fuesen fieles compañeras de su camino, y las ayudasen á defender, que es una gran compañía de grajas. Y esto se entiende ser así, porque en este tiempo desaparecen estas aves de la tierra, y cuando tornan, se ven las heridas que recibieron en la defensa de sus amigas. Pues ¿quién, veamos, las hizo tan constantes y tan fieles en esta defensa, y más á costa de sus heridas y sangre? ¿Quién les puso leyes y penas si desamparasen la milicia, pues ninguna dellas volvió las espaldas ni dejó la compañía? Aprendan pues de aquí los hombres las leyes de la hospitalidad,

aprendan de las aves la fidelidad y humanidad que se debe á los huéspedes, á los cuales ellas no niegan sus peligros. Mas nosotros por el contrario cerramos las puertas á quien las aves dan sus mismas vidas. Lo dicho es de Ambrosio.

De las cigüeñas pasemos á las grullas, que tienen otra manera tan admirable para librarse de los peligros, que por ser tan sabida, ha quitado su debida admiración á una cosa tan admirable, que á no ser tan notoria, á muchos pareciera increíble. Porque ¿quién pudiera creer que cuando van camino, y llegada la noche han de dormir y descansar, tiene una cargo de velar, para que las otras duerman seguras, y si se ofreciere algún peligro, las despierte con sus graznidos para que se pongan en cobro? ¿Quién creyera que esta veladora (por que el sueño no la venza) tome una piedra en la mano, para que si por caso se durmiere, al caer de la piedra despierte? Y porque es razón que el trabajo se reparta por todas (pues el beneficio es común de todas) cuando ésta quiere reposar, despierta á otra con cierto graznido más bajo, la cual sin quejarse que le cortaron el hilo del sueño, ni decir por qué más á mí que á cualquiera déstas, sucede en el oficio de la vela, y toma también su piedra en la mano, y hace fielmente el oficio de centinela el cuarto que le cabe.

Desta manera y con estas industrias proveyó el Criador á la seguridad destas aves. Mas ¿para qué fin esto? Arguyamos agora como arguye S. Pablo sobre aquella ley en que Dios dice: No ates la boca al buey que trilla. ¿Por ventura, dice el Apóstol (1), tiene Dios cuidado de los bueyes? Claro está que esta ley no puso Dios por amor de los bueyes, sino por amor de los hombres. Pues así digo yo también. ¿Por ventura tiene Dios cuidado de las grullas? Claro está que esta manera de providencia que tiene dellas, no es por ellas, sino por los hombres, porque con estas obras que tan claramente descubren ser él autor dellas, les quiso dar á entender el cuidado de su providencia y de aquellas tres virtudes que dijimos andar en su compañía, que son, bondad, sabiduría y omnipotencia. Porque el conocimiento dellas es una de las cosas que más mueve nuestros corazones á amar, temer, esperar, reverenciar y obedecer á tan grande Majestad. En lo cual es mucho para sentir la ceguedad de nuestro corazón, porque andando na-

(1) I Cor. 9.

dando entre tantos avisos y beneficios de Dios y entre tantas maravillas de sus obras, donde tan claramente se nos descubre, no lo conocemos ni reverenciamos en ellas. De manera que viendo no vemos, y entendiendo no entendemos, porque nos contentamos con ver solamente la corteza y aparencia de las cosas, sin inquirir el autor dellas. Y por no dar un paso más adelante, dejamos de ver el Criador que está luego tras dellas. Pues ¿qué diré de tanta ceguera como ésta? Diré que somos como los hijos de Israel recién salidos de Egipto, á los cuales dijo Moisén (1) que habiendo visto tantos y tan extraños prodigios y milagros que Dios había obrado por ellos, no habían tenido ojos para ver, ni oídos para oir, ni corazón para saber estimar y agradecer lo que Dios había hecho por ellos. Lo cual pareció claramente, pues de ahí á pocos días de la salida del Egipto fabricaron aquel becerro, y lo adoraron por Dios. Tales parece que somos también nosotros, pues andando cercados por una parte de tantos beneficios de Dios, y por otra de tantos testimonios de su bondad y providencia, estamos entre tantas voces de sus criaturas sordos, y entre tantos resplandores de su gloria ciegos, y entre tantos motivos de sus alabanzas cuantas son las criaturas, mudos.

Lo que todos sabemos destas aves susodichas, con otras cosas semejantes de que aquí habemos tratado, hacen argumento de ser verdad otra cosa no menos admirable, que refiere Francisco Patricio de Sena en su libro de República. Donde dice que en el monte Tauro suelen andarse muchas águilas. Y porque una banda de ánsares (que son grandes graznadores) hacen por allí camino en cierto tiempo del año, para no ser sentidos de las águilas, provéense de remedio. Mas ¿qué remedio? Toma cada cual una piedra en la boca, y ésta los necesita á guardar silencio todo aquel camino. Parece esto cosa increíble. Mas quien se acordare que hace esto mismo el erizo de la mar, cuando adevina la tormenta (como arriba dijimos) tampoco dejará de creer lo que estas aves hacen.

Otra cosa añadiré aquí, no sé si más admirable que las pasadas, la cual refiere Plinio (2). Y la misma refiere Tulio en el primer libro de la Naturaleza de los Dioses, en el cual cuenta muchas cosas muy notables desta materia, pretendiendo declararnos

(1) Deut. 29. (2) Plin. lib. 9, cap. 42.

por ellas la suma sabiduría del Hacedor. Dicen pues estos dos insignes autores que hay una manera de concha en la mar por nombre pina, en cuya compañía anda siempre un pececillo que se llama esquila, los cuales pescan y se mantienen de una extraña manera. Porque abre la concha sus puertas, en las cuales entran los pececillos que se hallan á par della, y como ella no ve ni hace algún movimiento, créceles con esta seguridad la osadía, y así entran unos y otros á porfía. Entonces la espía (que es aquel pececillo que dijimos) muerde blandamente á la concha ciega, dándole aviso que ya está segura la pesquería. Luego ella cierra y aprieta sus puertas, y con esto mata los pececillos que habían entrado, y parte con el compañero la presa, y así se mantienen ambos. Pues ¿quién no alabará aquí la divina Providencia, que desta manera proveyó de ojos ajenos á esta concha, y de mantenimiento á este pececillo, pagándole ella el trabajo de su servicio más fielmente que los señores de agora pagan el de sus criados? Y ¿quién no reconocerá aquí la infinita sabiduría del Criador, que tantas y tan extrañas maneras de habilidades supo inventar para mantener sus criaturas, testificándonos por todas ellas la grandeza de su gloria, para que como á tal la reverenciásemos y adorásemos?

Acabo este capítulo suplicando á nuestro Señor nos dé aquella prudencia de serpientes, que él nos encomendó en su Evangelio: las cuales viéndose maltratar y herir, esconden la cabeza con toda la astucia que pueden, y ofrecen el cuerpo á los golpes, poniendo á peligro lo que es menos, por guardar lo más, y así defienden su vida. ¡Oh si los hombres hiciesen lo mismo, cuando se encuentran provechos del cuerpo con daños del ánima, que quisiesen perder lo menos por guardar lo más, consintiendo antes padecer detrimento en el cuerpo corruptible, que tienen común con las bestias, que en el ánima inmortal, que tienen semejante á los ángeles, y asimismo ofreciéndose ocasión, ó de perder á Dios, ó de perder la hacienda, quisiesen más perder cuanto el mundo puede dar, que perder Aquél que solo vale más que todo, y sin el cual toda abundancia es pobreza, y toda prosperidad extremada miseria!

Otra astucia también se cuenta desta bestia, y es, que proveyéndole el Criador cada año de un vestido nuevo, y siéndole necesario despedir el viejo, ayúdase desta industria para ello, que

se cuela por un agujero estrecho para despedirlo de sí. En lo cual también se nos da documento que el que quisiere despedir de sí el hombre viejo, subjecto á los apetitos de la carne, sepa que le conviene entrar por la puerta estrecha de la mortificación de sus pasiones, y abrazar la cruz de la vida áspera y trabajosa, porque la naturaleza depravada, mayormente si está confirmada con la costumbre de muchos días, no se puede vencer sino con grande dificultad, esto es, con ayunos, oraciones, vigilias, santas leciones, silencio, guarda de los sentidos, y uso de sacramentos, y otras cosas tales. Lo cual acabó con muchos hombres el santo Baptista, cuando saliendo del desierto espantó al mundo con la aspereza de su vida, y con el ejemplo de sus virtudes, y con el trueno de su predicación, como lo testificó el Salvador cuando dijo: Dende los días de Sant Juan Baptista el reino de los cielos padece fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.

DE LAS HABILIDADES Y FACULTADES
QUE LA DIVINA PROVIDENCIA DIÓ Á TODOS LOS ANIMALES
PARA LA CRIACIÓN DE SUS HIJOS

CAPÍTULO XVII

La cuarta cosa que nos conviene tratar (según la división que al principio propusimos) es de las habilidades que el Criador dió á todos los animales para la criación y defensión de sus hijos. En lo cual no menos sino mucho más resplandece la divina Providencia, que en todo lo que hasta aquí se ha dicho dellos. Porque las habilidades susodichas principalmente sirven para la conservación de los individuos, mas lo que toca á la criación de los hijos pertenece á la conservación de la especie que los comprehende, que es mayor bien, pues precede el bien común al particular, y la divina Providencia más resplandece en la gobernación de las cosas mayores que de las menores.

Pues la primera y principal cosa que ella para esto proveyó, fué un grande amor que los padres tienen á los hijos. Porque éste les hace ayunar y trabajar por ellos, y ofrecerse á cualquier peligro, y aun á meterse por las lanzas por defenderlos. Y este mismo amor hace que muchas aves, especialmente la gallina, que siempre huye del hombre, consiente llegar á ella cuando está sobre los huevos, por no dejarlos enfriar. Verdad es que en los peces no hallamos este amor, porque tienen otra manera de multiplicarse y conservar su especie, que es desovando: para lo cual buscan lugares convenientes, donde esto puedan hacer más cómodamente. Con todo esto, S. Ambrosio hace mención de algunos peces que paren hijos, entre los cuales refiere una cosa digna de notar, y es que un cierto pece déstos, viendo los hijuelos en algún peligro, abre la boca y enciérralos dentro de sí, y pasado el peligro los vuelve tan enteros y sanos, como la ballena que tragó á Jonás. Así que este amor de que hablamos, más tiene lugar en los animales, y aún mucho más en las aves, por la razón que arriba tocamos.

Con todo esto (como no haya regla sin excepción) del avestruz

dice el mismo Criador, hablando con el santo Job (1), que carece deste amor, por estas palabras: Las plumas del avestruz son semejantes á las de un gavilán. Pues cuando esta ave deja sus huevos en la tierra, ¿serás tú poderoso como yo para calentarlos en el polvo y sacarlos á luz? No se le da nada que los huellen los pies del caminante, ó las bestias del campo los quiebren. Endurécese para con sus hijos como si no fuesen suyos, porque privó Dios esta ave de sabiduría, y no le dió inteligencia. Cuando es menester, levanta las alas en alto, y hace burla del caballo y del caballero que va en él. Este ejemplo alegó el Criador para declarar más el cuidado de su providencia. Porque cuando falta el amor y diligencia desta ave, él la toma á su cargo, y sin el beneficio y calor de la madre saca á luz los hijos que ella desamparó.

Semejante providencia á ésta es la que tiene de los hijos de de los cuervos recién nacidos. Porque como en este tiempo no les han aún nacido las plumas negras, el padre tiénelos por adulterinos, y así no los quiere mantener, porque no los reconoce por suyos, hasta que los ve con plumas de su color. Pues en esta sazón la divina Providencia suple el oficio de padre, y los mantiene. Lo cual tuvo el Profeta Real por tan grande argumento de la gloria de Dios, que la refiere entre las otras alabanzas suyas diciendo (2) que él es el que da á las bestias su proprio mantenimiento, y á los hijuelos de los cuervos que lo llaman.

Ni es menor providencia la que nos muestra en la criación de los hijos del águila. De la cual cuentan algunos que enfadada del trabajo de la criación dellos, despide uno del nido. Mas aquel Señor que á nada falta, proveyó de otra ave, la cual toma á cargo la criación de aquel noble hijo, hasta que él pueda volar y mantenerse por sí. Verdad es que S. Ambrosio no quiere conceder este desamor del águila, pues el Señor compara en la Escritura el amor que tiene á sus espirituales hijos con el que esta ave tiene á los suyos: por tanto dice que la causa deste desecho es otra cosa digna de admiración, la cual es que hace mirar sus hijuelos al sol de hito en hito, y el que halla tan flaco de vista que no sufre la fuerza destos rayos, desecha del nido como inhábil y ajeno de la nobleza real del águila, enseñando por este ejemplo el Criador á los padres nobles el poco caso que deben hacer de

(1) Job 39. (2) Psalm. 146.

los hijos que escurecen con sus malas costumbres la nobleza de su linaje.

También es notable la manera que el gavilán tiene de enseñar sus hijuelos á cazar. Después que ellos están ya más criados, y pueden servirse algún tanto de las alas, pónenles delante un pájaro medio peladas las alas, y ellos, aquejados del hambre, van en pos dél: y esto hecho algunas veces, quedan ya habilitados para la caza, cuando están vestidos de sus plumas.

§ I

Y pues hecimos mención del gavilán, no diré dél cosa nueva sino muy sabida, mas poco ponderada y estimada de muchos. En las noches grandes y frías del invierno procura de cazar un pájaro, para tenerlo toda la noche en las uñas y calentarse con él. Ya esto es una providencia. Otra es, que amaneciendo él á la mañana con grande hambre por haber sido la noche larga, y tener así él como todas las aves de rapiña gran calor en el estómago, porque la hambre los haga cazar, teniendo el manjar en las uñas, no toca en él, sino suéltalo para que se vaya, por haber dél recebido aquel beneficio. Ésta es otra providencia. La tercera es que á la mañana, cuando va á buscar en que se cebe, no vuela por la banda que el pájaro voló, por no topar con él, sino por la contraria. Destas noblezas nació el común proverbio que dice: Hidalgo como un gavilán, y como á tal lo libran las leyes reales de pagar pecho ó portazgo así á él como á toda su familia, que son todas las aves que vienen en su compañía, aunque él llegue ya muerto. Pregunto pues agora: ¿qué más hiciera en materia semejante un hombre noble, virtuoso y agradecido? Pues todo esto hace un gavilán, aunque no él, sino quien lo crió con tales respetos y noblezas, el cual no contento con habernos enseñado por sus Escrituras la condición de la verdadera nobleza, también nos la quiso declarar por el ejemplo desta ave. La cual padeciendo hambre, y teniendo el manjar en las uñas, de tal manera corta por sí, que no quiere agravar al pajarillo de quien recibió aquel beneficio. No llegó aquí la nobleza del emperador Octaviano, tan afamado entre todos los emperadores romanos, pues por tomar venganza de su enemigo, otorgó la cabeza de Marco

Tulio, de quien había recebido toda la autoridad y dignidad que tenía. Gloríense pues agora mucho los que descienden de casta de reyes ó emperadores, porque ¿qué hermosura puede haber en las ramas del árbol, donde la raíz está tan dañada? Y ¿qué claridad en los arroyos, donde la misma fuente está tan turbia? Resta luego que la verdadera nobleza está con el temor de Dios, porque donde éste mora, no ha lugar tacañería ni vileza.

La coneja, cuando ha de parir, hace la cama blanda para que los hijos tiernos no se lastimen. Para lo cual, demás de algunas pajuelas que pone debajo, pélase los pelos de la barriga para poner encima. Pues ¿qué mayor caridad maternal que ésta? Y cuando sale á buscar de comer, de tal manera deja cubierta la boca de la madriguera, que no se pueda fácilmente echar de ver. El lobo, con ser insaciable, si la hembra muere, él cría los hijuelos, sacando del buche lo que él ha comido, y partiéndolo con ellos.

Mas volviendo al propósito de la criación de los hijos, para esto sirve la fábrica de los nidos que hacen para criarlos: la cual es tan medida y proporcionada para este efecto, que á Quintiliano pareció esto una especie y imagen de razón, mayormente considerando aquella camilla blanda que ponen encima del nido para que los hijuelos recién nacidos y tiernos no se lastimen con la dureza del nido. Mas Aristóteles se espanta con mucha razón de la fábrica del nido de una golondrina. Y lo que bastó para poner admiración á un tan grande filósofo, no basta para ponerla á nosotros, ó porque vemos esto cada día, ó porque no tenemos ojos para saber mirar y ponderar las obras de Dios. Porque ¿quién pudiera creer, si no lo viera, que un pajarillo tan pequeño hace un nido como de bóveda, arrimado á una pared, sin más colunas que lo sustenten en el aire, y que mezcle pajas con el barro para que fragüe la obra, como hacen los albañiles cuando envisten una pared para encalarla, y que demás desto busque algunas plumillas, ó otras cosas blandas, para que no se lastimen los hijuelos? Mas quiero que me digan agora los hombres que tienen razón, ¿qué medio podrá tener esta avecilla, cuando acertare á fabricar su nido en tierra donde no hay barro ni cieno alguno? De mí confieso que no lo pudiera inventar. Mas súpolo esta avecilla, porque la gobierna otro mayor entendimiento, que es el del Criador, el cual le dió industria para hacer barro donde no lo hay.

Porque para esto moja las alas en el agua, y revuélcase en el polvo, y desta manera hace barro, y con muchos caminos déstos viene poco á poco á dar fin á su obra. La cual como sabia hace su nido dentro de nuestras casas, porque (como dice S. Ambrosio) en este lugar tiene sus hijos más seguros de las aves enemigas, y páganos el alquiler de las casas con su música y con servirnos de reloj para despertar por la mañana. Mas así en esto como en todo lo demás que aquí se trata, conviene repetir aquella sentencia del Apóstol (1): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes y de las golondrinas? Claro está que todo esto es querer Él darse á conocer á los hombres, para ser adorado y reverenciado dellos. Porque quien tuviere ojos para notar así la fábrica de los cuerpos de todos los animales como las habilidades que tienen para su conservación, verá claro que todas ellas predican su sabiduría, y que cuantas son las criaturas, tantos son los testigos de su gloria.

§ II

Pues no es cosa menos admirable la que Sant Basilio y Sant Ambrosio cuentan de una avecilla que se llama alción. En la cual quiso el Criador mostrarnos más á la clara la perfeción de su providencia, y cómo en ninguna cosa falta. Para esto dió á esta avecilla una inclinación de hacer su nido en el arena junto á la mar, y esto en medio del invierno. Pues ¿qué remedio para que no lo ahoguen las ondas de la mar, cuando anda alterada? Alguno pudiera decir que se descuidó en esto la Providencia, pues dió inclinación á esta ave que pusiese los huevos donde no podía conservarlos. Pues para que esto no se pudiese decir, ¿qué remedio? Hallólo el que lo podía dar, el cual como señor de la mar le puso mandamiento que dentro de catorce días (conviene á saber, siete en que esta ave calienta los huevos, y otros siete en que los cría hasta que puedan volar) no se alterase ni levantase sus ondas, por que no se pudiese con verdad decir que faltaba un punto en la providencia de Dios. ¡Oh admirable Señor en todas vuestras obras! ¡Oh cuán digno sois de ser reconocido, y adorado, y reverenciado en todas ellas, y cuánto deseáis que os conozca-

(1) I Cor. 9.

mos, pues tales liciones nos dais de vuestras grandezas y maravillas! ¿Quién no esperará de vos el remedio de todas sus necesidades, pues para unas tan pequeñas avecillas mandáis á aquel tan furioso y tan gran cuerpo del mar Océano que por todos estos días esté quieto? Los cuales tienen notados los marineros, y llaman estos días alcionios, y tienen prendas desta avecilla que por todo este espacio que ella estuviere criando sus hijuelos, los asegura de tormenta.

Ni es para dejar de notar cómo todas las aves guardan una imagen de matrimonio, y se revezan y parten el trabajo en la criación de los hijos, porque mientra el uno está sobre los huevos, el otro va á buscar de comer, y cuando éste vuelve, hace el mismo oficio, y el otro va á buscar también su comida. Esto vemos cada día en las palomas zoritas que criamos en nuestras casas, las cuales (como dice Plinio) son tan fecundas, que paren diez veces en el año, y los hijuelos (como el mismo dice) al quinto mes pueden ya ser padres. Y acontece muchas veces estar aún los hijuelos en el nido, y junto con ellos los huevos para otra criación. Y siempre dice el mismo que ponen dos huevos, de los cuales uno sale macho y otro hembra, y el macho sale primero. En esta maravillosa fecundidad se ve cómo el Criador quiso proveer al hombre de mantenimiento. Por lo cual así á estas aves como á las perdices y conejos dió tanta multiplicación de hijos, por que así por este medio como por otros muchos proveyese de mantenimiento al hombre, y así unos cazando ganasen su vida, y otros se mantuviesen con la caza.

Las vacas, cuando sienten peligro de alguna fiera, hácense todas una muela, y encierran dentro della los becerrillos, y ellas, vueltas las ancas á los hijos, y los cuernos hacia fuera (que son las armas que el Criador les dió) están á punto de guerra para defenderlos. Lo mismo hacen las yeguas en semejante peligro, para defender sus potricos, pero éstas ponen las ancas hacia fuera, porque tienen las armas en los pies. Porque (como ya dijimos) cada animal conoce sus armas, y sabe usar dellas en cualquier peligro.

Vengamos al parto de los animales. Antes del parto se mantienen los hijos dellos en los vientres de las madres por la tripilla del ombligo, como los hombres, y no les falta instrumento para cortarla en pariendo, porque para esto se sirven de los dientes,

con los cuales la cortan para despedirlos de sí, y con la lengua los lamen y alimpian de la inmundicia que del vientre sacan. Lo cual señaladamente hace la osa, que pare los hijos muy disformes, y ella á poder de estarlos lamiendo y relamiendo, les da la figura que tienen.

Ni faltan engaños y adulterios y hurtos en las aves como entre los hombres. Porque del cuclillo se dice que va poco á poco comiendo los huevos de alguna otra ave, y en lugar dellos va poniendo los suyos. De lo cual con su astucia saca dos provechos: el uno, mantenerse de los huevos ajenos, y el otro, ahorrar el trabajo de calentar y criar los suyos. Lo cual redunda en otros dos daños del ave robada, que es matarle sus hijos, y cargarle la crianza de los ajenos. Ésta es la condición de los ladrones y tiranos, que es buscar siempre su provecho con el daño de otro.

La perdiz también padece otro agravio en la criación de sus hijos, no muy diferente del pasado, y muy semejante al de aquellas dos malas mujeres que contendían ante el rey Salomón, una de las cuales hurtó el hijo á la otra, diciendo que era suyo. Porque hay perdiz que hurta los huevos de otra perdiz, y los calienta y saca y cría por suyos. Mas aquí entreviene una tan grande maravilla, que si no la halláramos en el capítulo 17 de Hieremías, del todo pareciera increíble, aunque sean muchos los autores que la escriben, como refiere Sant Hierónimo sobre este paso. El cual dice que la perdiz hurta á otra sus huevos, y los calienta y cria. Mas como éstos, después de ya grandecillos, oyen el reclamo de la verdadera madre que puso los huevos, dejan la falsa, y siguen la verdadera. ¿Quién pudiera creer esto, si el mismo autor desta maravilla no lo dijera en su Escriptura? El cual nos quiso aquí representar el misterio y fructo de la redempción de Cristo, por cuyo merecimiento los hombres, que hasta el tiempo de su venida servían á los dioses ajenos, cuando oyeron la voz de su verdadero padre, mediante la predicación del Evangelio, dejaron los falsos dioses que adoraban, y acudieron á servir y adorar al verdadero Dios y criador suyo.

En el pelícano también nos quiso representar el mismo misterio y beneficio. Porque dél se dice que saca los hijos de los huevos muertos, y que hiriéndose el pecho con su pico, los resuscita rociándolos con la sangre que dél saca. Por lo cual lo tomó por divisa el rey de Portugal Don Juan el Segundo, que fué muy vale-

roso, declarándonos por este ejemplo la diferencia que hay entre el rey y el tirano, porque éste se mantiene de la sangre de los suyos, mas aquél da su vida y sangre por ellos. Lo que Eliano cuenta desta ave es que hace su nido en la tierra. Y por esto usan contra él desta arte los cazadores, que cercan el nido de paja y pónenle fuego. Entonces acude el padre á gran priesa á socorrer á los hijos, pretendiendo apagar la llama con el movimiento de las alas, con el cual no sólo no la apaga, mas antes la enciende más, y desta manera, quemadas las alas en la defensa de los hijos, viene á manos de los cazadores, no extrañando poner su vida por ellos. Lo cual no menos que el ejemplo de la perdiz nos representa la inmensa caridad del Hijo de Dios, el cual se ofreció á la muerte por redimir y reparar la vida de los hijos que él crió. Mas agora con la dulce memoria deste sumo beneficio daremos fin á este capítulo. Quien más quisiere saber destas materias, lea á Aristóteles en los libros que escribió de la naturaleza de los animales, y á Plinio en los libros octavo, nono, décimo y undécimo, y á Eliano en los diez y seis libros que desta materia escribió. Mas esto poco habemos aquí tratado para enseñar al cristiano á filosofar en estas materias, y levantar por ellas el espíritu al conocimiento y amor de su Criador, el cual si es tan admirable en sus criaturas, ¿cuánto más lo será en sí mismo? Y si nuestro entendimiento tanto gusta de contemplar sus hechuras, ¿cuánto más gustará de contemplar la infinita sabiduría del que las hizo, el cual sabe tanto y puede tanto, que en tanta infinidad de criaturas que carecen de razón, tales inclinaciones imprimió, que hacen sus obras tan enteramente como si tuvieran razón?

CÓMO RESPLANDECE MÁS LA SABIDURÍA Y PROVIDENCIA DEL CRIADOR EN LAS COSAS PEQUEÑAS QUE EN LAS GRANDES

CAPÍTULO XVIII

Son tantas las cosas en que aquella inmensa Majestad se quiso dar á conocer á los hombres, y resplandece en tantas cosas su providencia y sabiduría, que no sólo en los animales más grandes, sino también en los muy viles y pequeños se ve ella muy á la clara. Lo cual dice Sant Hierónimo en el Epitafio de Nepociano por estas palabras: No solamente nos maravillamos del Criador en la fábrica del cielo y de la tierra, del sol, del mar Océano, de los elefantes, camellos, caballos, onzas, osos y leones, sino también en la de otros pequeñitos animales como es la hormiga, el mosquito, la mosca y los gusanillos, y en todos estos géneros de animalillos, cuyos cuerpos conocemos más que los nombres dellos, y no menos en estas cosas que en las otras grandes veneramos la sabiduría y providencia del que los hizo. Pero á S. Augustín más admirable parece el artificio del Criador en estas cosas pequeñas que en las grandes. Y así dice él: Más me espanto de la ligereza de la mosca que vuela, que de la grandeza de la bestia que anda, y más me maravillo de las obras de las hormigas, que de las de los camellos. Y Aristóteles dice en el primer libro de las partes de los animales, que ningún animalico hay tan vil y tan despreciado, en el cual no hallemos alguna cosa divina y de grande admiración. Desto pone un singular ejemplo Plinio (1), maravillándose más de la fábrica del mosquito que de la del elefante. Porque en los cuerpos grandes (dice él) hay bastante materia para que el artífice pueda hacer lo que quisiere, mas en estos tan pequeños y tan nada, ¡cuán gran concierto, cuán gran fuerza y cuánta perfeción les puso, donde asentó tantos sentidos en el mosquito, donde puso los ojos, donde aplicó el gusto, donde engirió el sentido del oler, donde asentó aquel tan temeroso zumbido, y tan grande, según la proporción

---

(1) Plin. lib. 11, cap. 2.

de su cuerpo! ¡Con cuánta subtileza le juntó las alas, y extendió los pies, y formó el vientre vacío, donde recibe la sangre que bebe, donde encendió aquella sed tan grande de sangre, mayormente de la humana! ¡Con qué artificio afiló aquel aguijón con que hiere, y con cuánta subtileza, siendo tan delgado, lo hizo cóncavo, para que por él mismo beba la sangre que con él saca! Mas los hombres maravíllanse de los cuerpos de los elefantes, que traen sobre sí torres y castillos, y de otros grandes y fieros animales, siendo verdad que la naturaleza en ninguna parte está más entera y más toda junta que en los pequeños. Hasta aquí son palabras de Plinio, el cual con mucha razón se espanta de tantos sentidos como tiene un mosquito.

Mas especialmente causa más admiración hallarse en él ojos. Porque espántanse los anatomistas del artificio con que el Criador formó este sentido tan excelente, con que tantas cosas conocemos. Pues ¿quién no se maravilla de que ese tan artificioso y tan delicado sentido haya formado el Criador en una cabeza tan pequeña como la del mosquito y de la hormiga? Tiene también muy vivo el sentido del oler, el cual experimentamos cada día á nuestra costa. Porque estando el hombre durmiendo en una sala grande, cubierto parte del rostro con algún lienzo por miedo dél, viene él dende el cabo de la sala muy de espacio con su acostumbrada música y dulzaina, y acierta á asentárseos en la parte del rostro que está descubierta. Lo cual no es por la vista, porque la pieza está escura, sino por solo el olor, que tan agudo es.

Pues aún otra habilidad deste animalillo diré yo, que experimenté. Asentóseme uno junto á la uña del dedo pulgar de la mano, y púsose en orden como suele, para herir la carne. Mas como aquella parte del dedo es un poco más dura, no pudo penetrarla con aquel su aguijón. Yo de propósito estaba mirando en lo que esto había de parar. Pues ¿qué hizo él entonces? Tomó el aguijoncillo entre las dos manicillas delanteras, y á gran priesa comienza á aguzarlo y adelgazarlo con la una y con la otra, como hace el que aguza un cuchillo con otro. Y esto hecho, volvió á probar si hecha esta diligencia, podría lo que antes no pudo. Dicen del unicornio que habiendo de pelear con el elefante, aguza el cuerno en una piedra, y esto mismo hace este animalillo para herirnos, aguzando aquel su aguijón con las manicillas. Todo esto pues nos declara cuán admirable sea el Criador, no

sólo en las cosas grandes, sino mucho más aún en las pequeñas.

Á este propósito sirve lo que Hugo de Sant Víctor dice por estas palabras. Por muchas vías pueden ser las cosas admirables, unas veces por grandes, otras por muy pequeñas. Por grandes nos maravillamos de las cosas que exceden la cuantidad de las criaturas de su género. Y así nos maravillamos de los gigantes entre los hombres, y de las ballenas entre los peces, y del grifo entre las aves, y del elefante entre los animales, y del dragón entre las serpientes. Mas por pequeñas nos maravillamos de las que entre todos los otros animales son de muy pequeños cuerpos, como es la polilla que roe los vestidos, el mosquito, y los gusanillos, y otros animalillos desta cuantidad. Mira luego de qué te debas maravillar más, de los dientes del jabalí ó de los de la polilla, de las alas del grifo ó de las del mosquito, de la cabeza del caballo ó de la langosta, de las piernas del elefante ó de las del mosquito, del león ó de la pulga, del tigre ó del galápago. En aquellas cosas te maravillas de la grandeza, aquí de la pequeñez. Á estos pequeños dió el Criador ojos, los cuales apenas pueden ver nuestros ojos, y les dió todos los otros miembros y instrumentos que eran necesarios para su conservación, con tanta perfección, que ninguna cosa vemos en los animales grandes, que no la hallemos en los pequeños. Lo dicho es de Hugo. Supuesto este fundamento, comenzaremos por un animal de los más pequeños, que es la hormiga, en la cual, siendo tan pequeña, veremos cosas verdaderamente grandes

De la hormiga.

§ I

Después de aquella general pérdida y desnudez que nos vino por aquel común pecado, el principal remedio que nos quedó fué la esperanza en la divina misericordia, como lo significó el Profeta cuando dijo (1): En paz dormiré y descansaré seguro, porque tú, Señor, singularmente pusiste mi remedio en tu esperanza. Para esforzar esta virtud tenemos muchos y muy grandes motivos (de que no es agora tiempo de tratar) mas entre éstos no

(1) Psalm. 4.

pienso que mentiré, si dijere que no poco se esfuerza esta virtud con la consideración de las habilidades admirables que el Criador dió á un animalillo tan despreciado, tan vil y tan inútil como es una hormiguilla, la cual, cuanto es más pequeña, tanto más declara el poder de quien tales habilidades puso en cuerpo tan pequeño. Porque primeramente, siendo verdad que los otros animales comúnmente no tienen más cuenta que con lo presente, porque alcanzan poco de lo futuro y de lo pasado (como dice Tulio) pero este animalillo, á lo menos por la obra, siente tanto de lo que está por venir, que se provee en el verano (como vemos) para el tiempo del invierno. Lo cual pluguiese á Dios imitase la providencia de los hombres, haciendo en esta vida provisión de buenas obras, para tener de qué gozar en la otra, conforme á aquel consejo de Salomón (1), el cual nos amonesta que hagamos con toda priesa y instancia buenas obras, porque en la otra vida no hay el aparejo que en ésta para hacerlas. Y por no hacer los hombres esto que las hormigas hacen, vienen después á experimentar aquella profecía del mismo Salomón, que dice (2): El que allega en el tiempo del estío, es hijo sabio, mas el que se echa á dormir en este tiempo, es hijo de confusión, porque el tal se hallará confundido y arrepentido al tiempo del dar la cuenta. Así se hallaron confusas aquellas cinco vírgines locas del Evangelio (3), porque no proveyeron sus lámparas de olio con tiempo.

Mas tornando al propósito, ésta es la primera habilidad de las hormigas. La segunda es, que sin más herramienta ni albañí que su boquilla, hacen un alholí ó silo debajo de la tierra, donde habiten y donde guarden su mantenimiento. Y aun este alholí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas á una parte y otra (como se dice de aquel laberinto de Dédalo) para que si algún animalejo enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra, y la ponen como por vallado á la puerta della.

Cuando van á las parvas á hurtar el trigo, las mayores como capitanes suben á lo alto y tronchan las espigas, y échanlas donde están las menores, las cuales sin más pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan así de las aristas como de las

(1) Eccli. 9. (2) Prov. 10. (3) Math. 25.

vainicas donde está el grano, y así limpio y mondado, lo llevan á su granero, asiéndolo con la misma boca, y andando hacia tras, estribando con los hombros y con los pies para ayuda á llevar la carga. Para lo cual (como dice Plinio) tienen mayor fuerza, según la cuantidad de su cuerpo, que todos los animales. Porque apenas se hallará un hombre que pueda caminar un día llevando á cuestas otro hombre, y ellas llevan un grano de trigo, que pesa más que cuatro dellas, y perseveran en llevar esta carga, no sólo todo el día, mas también toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el día con la noche, cuando está la luna llena.

Mas ¿qué remedio para que el trigo estando debajo de la tierra, no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera en esto un hombre de razón, presupuesto que el grano había de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar: mas sábelo la hormiguilla enseñada por otro mejor maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar, y desta manera lo hace estéril y infrutuoso. Hecho eso, ¿qué remedio para que la humedad (que es madre de corrupción) no lo pudra estando debajo de la tierra mojado? También saben su remedio para esto, porque tienen cuidado de sacar al sol su depósito los días serenos, y después de enjuto, lo vuelven á su granero. Y con esta diligencia muchas veces repetida lo conservan todo el año. Otra admirable diligencia se escribe dellas, porque no sólo se mantienen del grano, sino de otras muchas cosas, y cuando éstas son grandes, hácenlas pedazos, para que así las puedan llevar.

Otra cosa se escribe dellas admirable, y es, que cuando andan acarreando sus vituallas de diversos lugares sin saber unas de otras, tienen ciertos días que ellas reconocen, en que vienen á juntarse como en una feria para reconocerse y tenerse todas por miembros de una misma república y familia, sin admitir á otras. Y así acuden con gran concurso de diversas partes á esta junta, á reconocerse y holgarse con sus hermanas y compañeras.

Son en gran manera amigas de cosas dulces, y tienen el sentido del oler tan agudo, que doquiera que esté, aunque sea una lanza en alto, lo huelen y lo buscan. Para lo cual tienen otra extraña habilidad, que por muy encalada y muy lisa que esté una pared, suben y andan por ella como por tierra llana.

Y no dejaré de contar aquí otra cosa que experimenté, la cual me puso admiración. Tenía yo en la celda una ollica verde con un poco de azúcar rosado, la cual por temor dellas (de que allí era muy molestado) tapé con un papel recio y doblado para más firmeza, y atélo muy bien al derredor, de modo que no hallasen ellas entradero alguno, el cual saben ellas muy bien buscar, por muy pequeño que sea. Acudieron de ahí á ciertos días ellas al olor de lo dulce. Porque su oler es tan penetrativo, que aunque la cosa dulce esté bien tapada, la huelen. Venidas pues ellas al olor de lo dulce, y como buscadas todas las vias, no hallasen entrada, ¿qué hicieron? Determinan de dar un asalto, y romper el muro, para entrar dentro. Y para esto, unas por un lado de la ollilla, y otras por la banda contraria, hicieron con sus boquillas dos portillos en el papel doblado, que yo tenía por muro seguro, y cuando acudí á la conserva (pareciéndome que la tenía á buen recaudo) hallé los portillos abiertos en él, y desatándolo, veo dentro un tan grande enjambre dellas, que no sirvió después la conserva más que para ellas De modo que podemos decir que ellas me alcanzaron de cuenta, y supieron más que yo, pues vencieron con su astucia mi providencia.

Tienen también las hormigas muy limpio su aposento, así como las abejas, según adelante diremos. Para lo cual diré otra cosa no menos admirable que la pasada, y es, que ellas solas entre todos los animales del mundo, entierran sus muertos. Y para esto (como escribe Eliano) fabrican en aquel su soterrano tres lugares distinctos: uno en que ellas moran, y otro que les sirve de despensa, en que guardan la provisión de su mantenimiento, y otro que les sirve de cimiterio donde sepultan los muertos. ¿Quién creyera esto, si no se hubiera visto? De modo que (como refiere Plinio) entre cuantos animales Dios crió, sólo el hombre y la hormiga entierran los muertos. Pues otra cosa añadiré á ésta muy consecuente y proporcionada con ella (que refiere Eliano) la cual podrá dejar de creer quien quisiere, mas yo la creo, así por ser consecuente á la pasada como por ser Dios el que las gobierna y el que quiso declarar más en estos corpecillos las maravillas de su providencia. Cuenta pues este autor que estando una vez un insigne filósofo por nombre Cleantes, asentado en el campo, vió unas hormiguillas andar cerca de sí, y como filósofo y amigo de entender los secretos de naturaleza, púsose á considerar

lo que hacían. Y vió que unas hormigas traían una hormiga muerta, y llegándose á la boca de un hormiguero que allí parecía, estuvieron un poco esperando con su defunto hasta que salió una y las vió, y tornóse para dentro, y yendo y veniendo algunas veces, finalmente vinieron otras: una de las cuales traía en la boca un pedazuelo de lombriz, y diéronlo á las que traían la hormiga muerta, y ellas entonces, recebido el porte de su camino, se volvieron, y las otras, reconociendo que la hormiga muerta era su hermana y de su compañía, la recibieron y llevaron consigo para darle su acostumbrada sepultura en su casa, guardando la fe debida á los hermanos en vida y en muerte. Puso este caso tanta admiración á este filósofo, que comenzó á dudar si tenían razón y entendimiento los animales que tales cosas hacían. Mas á la verdad entendimiento tienen, no suyo, sino de aquella soberana Providencia que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra, y en todas es admirable como lo es en sí misma.

No hay en este animalillo cosa que no nos esté predicando la sabiduría del que en tan pequeño cuerpo puso tantas habilidades. Mas no sé si entre estas maravillas es mayor la fábrica de sus ojos. Porque todos los anatomistas confiesan que en toda la fábrica del cuerpo humano no hay cosa más prima, ni más subtil, ni más admirable que la composición de los ojos, que es un sentido nobilísimo y muy preciado. Pues si es tan gran maravilla la fábrica de los ojos en el cuerpo de un hombre, ¿cuál es aquel poder y saber que pudo fabricar dos ojos con tanto artificio en tan chiquita cabeza como es la de una hormiga? Cosa es ésta que sobrepuja toda admiración. Con este ejemplo consolaba el grande Antonio á Dídimo ciego, después de haberle oído tratar las cosas de Dios con grande ingenio. Porque preguntado por él si sentía pena con la falta de la vista, y confesando él que sí, díjole el Santo: ¿Por qué recibes pena en carecer de ojos que tienen las hormigas, teniendo por otra parte aquellos ojos que tienen los ángeles?

Juntemos agora el fin con el principio deste capítulo, pues que tan gran motivo tiene aquí un cristiano para pedir á Dios el remedio de todas sus necesidades. Con cuánta confianza puede decir: Señor, que tantas y tan admirables habilidades distes á una hormiga para la conservación de su vida (en que tan poco va) cómo os olvidaréis del hombre, que vos criastes á vuestra ima-

gen y semejanza, y hecistes capaz de vuestra gloria, y redemistes con la sangre de vuestro Hijo, si él no desmereciere este favor por estar atollado en el cieno de sus pecados? Si tanto cuidado tenéis de las cosas menores, ¿cuánto mayor lo tendréis de las mayores? ¿Qué va en que la hormiga viva ó deje de vivir? Y ¿cuánto más va en que viva la criatura, á quien vos distes vida con vuestra sangre? Quite el hombre los pecados de por medio, porque éstos son, como dice Esaías (1), los que ponen un muro de división entre Dios y él, y sepa cierto que tanto mayor cuidado tendrá Dios dél que de la hormiga, cuanto es él más noble criatura que ella, porque no es Dios (como dicen) allegador de la ceniza y derramador de la harina, mayormente si considerare que cuanto este Señor hace por la hormiga, no es por ella, sino por dar á conocer al hombre su sabiduría y providencia, y esforzar con este ejemplo su confianza, así como con el de las avecillas, que ni siembran ni cogen, nos anima en el Evangelio á poner en él esta misma confianza.

Mas aunque en todas estas cosas sea admirable la Providencia divina, mucho más lo es en que ninguna cosa hay tan pequeña, tan vil y tan despreciada, en que no resplandezca el cuidado desta Providencia. ¿Qué cosa más vil que un piojuelo? Pues á éste le dieron sus pies delanteros y traseros, y su boca, con que chupa la sangre de nuestros cuerpos, y se mantiene della, y busca las costuras de la vestidura para estar en ellas más escondido y abrigado. Y lo que más espanta es que éste también pone sus huevos como cualquier ave, que son las liendres, las cuales con el calor de nuestros cuerpos vienen á animarse como los huevos de las otras aves con el calor natural de las madres, y á veces con calor artificial. ¿Quién no se admira de ver que aquella soberana Majestad, que teniendo cargo de gobernar esta tan gran máquina del mundo, no se olvida de proveer de todo lo necesario á cosa tan vil y despreciada?

(1) Isai. 59.

De otros animalillos más pequeños que las hormigas.

§ II

Y pues aquí pretendemos tratar de los animalillos pequeños, otros hay más pequeños que las hormigas, acerca de los cuales hay un grande misterio que contemplar. Porque en las hojas de algunas yerbas vemos andar algunos gusarapillos, dellos verdes, dellos blancos, de los cuales hay algunos tan pequeños, que con dificultad se ven: los cuales divisamos más por el movimiento con que se mueven, que por la cuantidad de sus cuerpos, y también porque hay otros algo mayores de la misma especie, y por los miembros que estos mayores tienen, reconocemos los que tienen los menores, porque primeramente tienen seis pies, cada tres por banda. Y tienen boca por do se mantienen, porque todo animal que vive, mientra vive, come y se mantiene y crece, porque de otra manera no crecería. Y por la mayor parte ha de tener también ojos para ver y buscar su mantenimiento. Los cuales no ha menester el topo, porque se mantiene de tierra, y ésta tiene siempre á la boca. Si tiene más órganos ó partes que éstas, no lo sé. Mas solas éstas bastan para dejar un hombre atónito, considerando la omnipotencia de aquel Señor, que en tan pequeño cuerpo pudo poner estos y otros sentidos ó miembros que no sabemos. Porque si todo este animalillo apenas se divisa, ¡cuán admirable cosa fué formar en tan pequeña cuantidad tanta variedad de miembros y sentidos, mayormente ojos! Ciertamente á muchos parecerá que no menos descubre esto la omnipotencia y sabiduría del Criador, que la fábrica de los cielos. Porque así como éstos, cuanto son mayores, más descubren la omnipotencia del que los formó, así éstos, cuanto son más pequeños, testifican la sabiduría de quien los fabricó. Allí nos espanta la grandeza, aquí la pequeñez, allí la hermosura, aquí la sutileza, allí el resplandor de la luz, aquí el primor de la fábrica. Y así aquel Señor, que en todas sus obras es admirable, también lo es aquí, aunque por vías contrarias.

Agora vengamos al misterio. Pregunto pues: ¿para qué fin aquel artífice soberano crió una cosa tan sutil y tan artificiosa como ésta Porque es imposible haber hecho esto de balde. Todas

estas cosas inferiores confesó Aristótiles que fueron diputadas para servicio del hombre, y así vemos que cada cual en su manera le sirve, ó para mantenerle, ó para vestirle, ó calzarle, ó curarle, ó recrearle, ó dotrinarle con su ejemplo, ó también para castigarle cuando lo mereciere. Vemos pues que estos animalillos para nada desto sirven. Porque así como la subtileza de su artificio declara que Dios lo hizo, así su pequeñez testifica que para ninguna destas cosas los hizo. Pues ¿para qué fin se puso el Criador á fabricar una cosa de tan gran primor? No se puede negar sino que la hizo para lo que ella nos representa, que es para declarar el infinito poder y saber de quien pudo hacer en un cuerpecillo tan pequeño una fábrica tan admirable.

Mas hay aquí otra cosa de mucha consideración, y es, que así los cielos como todas las otras cosas inferiores (demás de predicar la gloria del Hacedor, y darnos nuevas de su grandeza) sirven también para el uso y provecho de la vida humana. Mas estos animalillos (como dijimos) para nada deso sirven, sino para lo dicho, que es para darnos esas mismas nuevas. Por dónde podemos decir que entre estas dos órdenes de criaturas tan desiguales hay la diferencia que entre las cartas que nos trae un mensajero proprio y las que nos trae un arriero, que principalmente viene á traer pan á la plaza, ó otra alguna cosa, y de camino nos trae una carta. Porque de aquellas primeras se hace mucho más caso que déstas. Pues así decimos que las criaturas que sirven al provècho del hombre, también nos traen cartas, y nos dan nuevas de la sabiduría y providencia del Criador, mas juntamente con esto vienen á traer pan á la plaza, que es, proveer de mantenimiento y vituallas para el hombre. Mas éstas son como mensajero proprio, que para ninguna otra cosa sirven sino para darnos nuevas del inmenso poder y sabiduría de quien tales obras pudo hacer. Y en esta misma cuenta y para este mismo fin ponemos otros infinitos gusarapillos, en cuyos corpezuelos resplandece este mismo artificio y subtileza susodicha, los cuales por su pequeñez para ningún uso de nuestra vida sirven sino para solo éste. Y no menos sirven para este mismo fin las hormigas, con aquellas tan admirables habilidades que referimos, pues también éstas para ningún uso y provecho sirven al hombre. Y cuanto son sus habilidades mayores, y ellas más inútiles, tanto más testifican haber sido ellas criadas para solo este fin. Pues ¿qué diré de un arador,

que apenas se ve al rayo del sol? ¿Quién fué poderoso para poner en un cuerpo tan invisible virtud para moverse y abrir camino entre cuero y carne, y boca para roer y mantenerse della? ¡Oh gran Dios, admirable en todas sus obras, y mucho más en las pequeñas y despreciadas que en las grandes!

Agora veamos en qué viene á parar este tan largo discurso. ¿Qué se infiere de todo lo dicho? Una cosa cierto de inestimable provecho: la cual es, que si aquel soberano artífice crió toda esta infinidad de animalillos para solo este fin (que es, mostrarnos aquí la inmensidad de su omnipotencia, de su sabiduría y de su providencia, pues para ninguna otra sirve) síguese que el Criador quiso ser conocido de los hombres por tal cual aquí parece. Y si por tal quiso ser conocido, por tal quiso también ser estimado y adorado y reverenciado, que es la suma de toda la Religión. Esta consideración sirva para tapar la boca á algunos filósofos desatinados que negaron la divina Providencia, y por consiguiente la religión y culto de Dios. Porque ¿para qué tengo yo de matarme y trabajar en servicio de un Dios que no ha de tener más cuenta comigo que un dios de piedra ó palo? Y cuando contra éstos alegamos estas mismas virtudes y perfecciones de Dios, que resplandecen en las otras criaturas que sirven para las necesidades y provisión del hombre, respóndennos que ésas tienen ya su fin, que es proveer al hombre de lo necesario, y que para solo eso fueron criadas. Y ordenada esta provisión para que él y los animales viviesen, no quiso tener más cuenta con el hombre ni con sus cosas. Pues ¿qué responderán los tales á la fábrica y á las maravillas que vemos en infinitas criaturillas deste género, las cuales cuanto son más pequeñas, tanto son más admirables y tanto más predican la gloria del Hacedor? Dígannos pues para qué fin fueron criadas éstas, pues no sirven para las necesidades del hombre. Aquí enmudecerán los filósofos locos que negaron la Providencia, ó confesarán que cosas tan admirables sobre cuantas hay criadas, formó Dios de balde y sin propósito y sin fin. Lo cual es grandísima locura y blasfemia.

Pues en esto parece que no menos debemos á Dios por haber formado criaturas tan pequeñas, que por las grandes, porque las grandes sirven para proveer á nuestros cuerpos, mas las pequeñas para dotrinar nuestras ánimas. Y aunque las unas y las otras predican la gloria y providencia del Criador, pero más tes-

tifican esto las pequeñas, pues para ningún otro fin fueron criadas. Porque al argumento de las otras hallaron los filósofos qué responder, aunque mal, mas al de éstas no tienen qué poder decir, sino blasfemando y diciendo que Dios crió cosas tan admirables de balde.

De las arañas.

§ III

En esta misma cuenta y para este mismo fin que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Criador les dió para mantenerse. Su mantenimiento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela más subtil que cuantas se tejen en el reino de Cambaya, sin otra materia más que la que sacan de su mismo vientre, el cual con ser tan pequeño, basta para dar hilaza á tan grande tela como á veces hacen. Pues con esta tela cerca el araña el agujero donde está escondida como espía ó como salteador de caminos que espera el lance para saltear y robar. Y cuando la mosca inocente de tales artes se asienta en aquella tela, y embaraza los pecillos en ella, acude el ladrón á gran priesa, y enlázala por todas partes para tenerla más segura. Y esto hecho, salta sobre ella, y chúpale la sangre, de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre que la han de fundar, en las ramas de algún árbol, y sobre éstos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador ó cazador, y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados como si corriesen por alguna maroma, y así prenden la caza. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto ó centro de aquella circunferencia, adonde van á fenecer y juntarse todas las líneas que ella tiene echadas al derredor. De dónde viene á ser que en ninguna dellas puede tocar la mosca, que ella en ese punto no lo sienta y corriendo por la misma línea, no la prenda. ¡Cuántas cosas hay aquí que considerar y en que ver el artificio de la divina Providencia! ¡Qué red tan perfecta! ¡Qué hilos tan delicados! ¡Qué cerco tan proporcionado!

¡Qué puesto tan bien escogido para la caza! Mas todo esto á mí se dice, comigo habla, porque por lo demás, poco caso había de hacer el Criador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra, el cual empamentan al derredor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podría desmoronar, no ciegue su casa y las entierre vivas. Pero otra cosa hay en ellas más para notar, y es que hacen un tapadero con que cubren la boca deste nido, que será de la hechura de un medio bodoque, y hácenlo de un poquito de tierra, vistiéndolo de tantas telas ó camisas al derredor, que viene á justar con la boca dél tan perfectamente, que apenas se diferencia de la otra tierra vecina. Y lo que es de más admiración y artificio, estas camisas se prenden y continúan por una parte con las otras telas de que todo el nido está vestido. De suerte que sirve este prendedero como de un gonce, para que esté continuada la tela desta compuerta por una parte con las de dentro.

Pues ¿quién pudo enseñar á este animalejo á guarnecer y entapizar su casa, y ponerle sus puertas con tan gran primor, sino quien lo pudo criar? Dirá alguno: muy menudas son esas cosas que tratáis, habiendo tomado á cargo tratar de la criación del mundo. Á eso responde Aristóteles en su libro de los animales, diciendo que en los más pequeños dellos resplandece más una semejanza de entendimiento que en los otros. De modo que cuanto ellos son menores y más viles, tanto más declaran la omnipotencia y sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños cuerpezuelos puso tan extrañas habilidades, y tanto más declaran las riquezas de su providencia, pues no falta á tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservación. Por dónde entenderemos cuánto mayor cuidado tendrá de proveer á las cosas mayores quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores.

Y no es menos de notar de la manera que unas arañuelas tamañas como unas moscas cazan las mismas moscas, sin tener alas como ellas. Porque cuando ellas están paradas, acométenlas á traición, llegándose á ellas poco á poco por las espaldas, mas con tal aviso, que cuando la mosca se menea, ella le hurta la vista con gran ligereza, y cuantas veces se menea, tantas hace lo mismo, pero de tal manera, que hace de una vía dos mandados,

porque húrtale la vista, y siempre acercándose á ella, hasta que finalmente llega á estar tan cerca, que de un salto da con ella, y la prende y come. Cosa es ésta que muchos la están mirando, no sin gusto y admiración de la industria y arte del cazador, y hasta S. Augustín cuenta esto de sí en sus Confesiones.

DEL FRUTO DE LAS ABEJAS
Y DEL GUSANO QUE HACE LA SEDA

CAPÍTULO XIX

Es tan admirable el Criador en todas sus criaturas, que si supiéremos contemplar la fábrica del cuerpo de cada una dellas, y las habilidades que tienen para su conservación y provisión, no acabaremos de maravillarnos de la inmensa majestad y sabiduría de quien las formó. La verdad desto se ve en todos los animales de quien hasta aquí habemos tratado, y en cuantos otros hay, si hubiere ojos para saber mirarlos. Mas á todo lo dicho hacen ventaja dos animalillos que entran en la cuenta de los más pequeños, que son, el gusano que hila la seda, y la abeja que hace la miel, de los cuales trataremos aquí como de cosa más admirable que todas las pasadas. Porque comenzando por el gusano que hila la seda, ¿no es cosa de grande admiración que un gusanillo tan pequeño hile una hilaza tan subtil y tan prima, que todas las artes y ingenios humanos nunca hasta hoy la hayan podido imitar? ¿No es maravilla haber dado el Criador facultad á este animalillo para dar materia á toda la lozanía del mundo, que es, al terciopelo, al tafetán, al damasco, al carmesí altibajo, para vestir los nobles, los grandes señores, los reyes y emperadores, y diferenciarlos con la hermosura deste hábito del otro pueblo menudo? ¿No es cosa de admiración que no haya tierra de negros ni región tan bárbara y tan apartada, donde no procuren los reyes de autorizarse con la ropa que se hace por la industria de estos gusanillos? Y no sólo la gente del mundo, mas también las iglesias, y los altares, y los sacerdotes, y las fiestas y oficios divinos se celebran y autorizan con este mismo ornamento.

Pues ¿qué diré de las abejas, que con tener menores cuerpos, proveen de un licor suavísimo y muy saludable á todo el mundo, que es la miel, la cual sirve para dar sabor á todos los manjares, para provisión de las boticas, para remedio de los estómagos

flacos, y para tantas diferencias de conservas que se hacen con ella? Pues ¿cuán provechosa es también la cera que ellas fabrican junto con la miel? Con ella resplandecen los altares, con ella se autorizan las procesiones, della se sirven las cofradías, con ella se celebran los enterramientos, y con ella se honran las mesas de los grandes señores y de los reyes. Y todo esto hace un animalillo poco mayor que una mosca. ¿Quién creyera estas dos cosas, si nunca las hubiera visto, mayormente si le contaran el concierto que guardan estos animalillos en su manera de república y orden de vida? Oh gran Dios, y ¡cuán admirable sois, Señor, en todas vuestras obras, así en las de naturaleza como en las de gracia! Y no es esto de espantar, pues las unas y las otras son vuestras, y ambas hijas de un mismo padre, y por esto se parecen tanto las unas con las otras. Vemos en las obras de gracia que escogéis los más flacos instrumentos del mundo para hacer cosas admirables. Con doce pescadores convertistes el mundo, con el brazo de una mujer destruístes todo el poder de los asirios, con los mozos de espuelas de los príncipes de Israel desbaratastes el ejército del Rey de Siria, con una honda y un cayado hecistes que venciese un pastorcico á un gigante armado de todas armas, y con la quijada de una bestia hecistes que matase Sansón no menos que mil filisteos. Éstas son vuestras obras, éstas vuestras maravillas, acabar cosas tan grandes con tan flacos instrumentos. Y esta misma orden que guardáis en las obras de gracia, guardáis también en las de naturaleza, pues ordenastes que destos dos tan viles animalillos, el uno proveyese á los reyes y grandes señores de riquísimos vestidos, y el otro del más dulce de los manjares. Porque cuanto estos animalillos son más pequeños y viles, y su fruto más excelente, tanto más nos descubrís la grandeza de vuestra gloria.

DE LA REPÚBLICA Y ORDEN DE LAS ABEJAS

CAPÍTULO XX

Si nos pone en admiración el fruto de las abejas, muy más admirable es la orden y concierto que tienen en su trato y manera de vida. Porque quien tuviere conocimiento de lo que gravísimos autores escriben dellas, verá una república muy bien ordenada, donde hay rey, y nobles, y oficiales que se ocupan en sus oficios, y gente vulgar y plebeya que sirven á éstos, y donde también hay armas para pelear, y castigo y penas para quien no hace lo que debe. Verá otrosí en ellas la imagen de una familia muy bien regida, donde nadie está ocioso, y cada uno es tratado según su merecimiento. Verá también aquí la imagen de una congregación de religiosos de grande observancia. Porque primeramente las abejas tienen su perlado ó presidente, á quien obedecen y siguen. Viven en común sin proprio, porque todas las cosas entre ellas son comunes. Tienen también sus oficios repartidos, en que se ocupan. Tienen sus castigos y penitencias para los culpados. Comen todas juntas á una misma hora, hacen su señal á boca de noche al silencio, el cual guardan estrechísimamente, sin oirse el zumbido de ninguna dellas. Hacen otra señal á la mañana para despertar al común trabajo, y castigan á las que luego no comienzan á trabajar. Tienen sus celadores, que velan de noche, para guardar la casa y para que los zánganos no les coman la miel. Tienen sus porteros á la puerta para defender la entrada á los que quisieren robar. Tienen también sus frailes legos, que son unas abejas imperfectas, que no hacen cera ni miel, mas sirven de acarrear mantenimiento y agua, y de otros oficios necesarios y bajos. Todo esto trazó y ordenó aquel soberano artífice con tanta orden y providencia, que pone grande admiración á quien lo sabe contemplar. Escríbese de la reina Sabá que viendo la orden y concierto de la casa de Salomón, que desfallecía su espíritu, viendo las cosas tan bien ordenadas por la cabeza y traza deste gran rey. No es mucho de

maravillar que un hombre que excedía á todos los hombres en sabiduría, hiciese cosas dignas de tan grande admiración: mas que un animalillo tan pequeño haga las mismas cosas tan bien ordenadas en su manera de vida, eso es cosa que sobrepuja toda admiración, puesto caso que la costumbre cuotidiana de ver estas cosas les quita gran parte della. Plinio escribe (1) que Aristómaco Solense se maravillaba y deleitaba tanto en contemplar las propriedades de las abejas, que por espacio de cincuenta y ocho años ninguna otra cosa más principalmente hacía que ésta. Y de otro insigne hombre escribe que moraba en los campos par de las colmenas, por mejor alcanzar las propriedades y secretos destos animalillos. Los cuales ambos escribieron muchas cosas que alcanzaron con esta tan larga experiencia y diligencia.

Yo aquí recopilaré lo que dos graves autores, Plinio y Eliano, escriben desta materia, en la cual ninguna cosa hay que no sea admirable, y que no esté dando testimonio de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano que todo esto hizo. Y pido al cristiano lector que no tenga por increíbles las cosas que aquí se dijeren, considerando por una parte la autoridad y experiencia de los que las escribieron, y por otra, que no son tanto las abejas las que esto hacen, cuanto Dios, que quiso dársenos á conocer obrando en ellas todas estas maravillas. Mas el sentimiento desto remito á la devoción y prudencia del lector. Porque si con cada cosa déstas hubiese de juntar su exclamación, hacerse hía un tratado muy prolijo. Solamente diré que siendo el hombre criado á imagen de Dios, por haber recebido en su ánima aquella divina lumbre de la razón, con la cual no sólo alcanza las cosas divinas, sino también sabe trazar una república muy bien ordenada, con todas las partes y oficios que para ella se requieren, con ser esto así, verá que todo esto que alcanza el hombre con esta lumbre divina, traza y ejecuta este animalillo muy más perfectamente que ese mismo hombre. Esta consideración sirva para cada una de las cosas que aquí dijéremos, acordándonos (como digo) que todo esto hace Dios para que reconozcamos su grandeza y providencia, y conforme á este conocimiento le honremos y veneremos.

Comenzaré pues por lo que todos sabemos, esto es, que las abejas tienen su rey, á quien obedecen y siguen por doquiera que

(1) Plin., lib. 8.

va. Y como los reyes entre los hombres tienen sus insignias reales, que son corona y sceptro, y otras cosas tales, con que se diferencian de sus vasallos, así el Criador diferenció á este rey de los suyos, dándole mayor y más hermoso y resplandeciente cuerpo que á ellos. De modo que lo que allí inventó el arte, aquí proveyó la misma naturaleza. Nacen de cada enjambre comúnmente tres ó cuatro reyes (porque no haya falta de rey, si alguno peligrase) mas ellas entienden que no les conviene más que un solo rey, y por eso matan los otros, aunque con mucho sentimiento suyo. Mas vence la necesidad y el amor de la paz al justo dolor, porque esto entienden que les conviene para excusar guerra y divisiones. Aristóteles al fin de su Metafísica presuponiendo que la muchedumbre de los principados es mala, concluye que no hay en toda esta gran república del mundo más que un solo príncipe, que es un solo Dios. Mas las abejas, sin haber aprendido esto de Aristóteles, entienden el daño que se sigue de tener muchos príncipes, y por eso escogiendo uno, matan los otros, aunque no sin sentimiento y dolor. Ya en esto vemos una grande discreción y maravilla en tan pequeño animalillo.

Escogido el rey, tratan de edificar sus casas, y primeramente dan un betumen á todas las paredes de la casa, que es la colmena, hecho de yerbas muy amargas, porque como saben que es muy cobdiciada la obra que han de hacer, de muchos animalillos (como son avispas, arañas, ranas, golondrinas, serpientes y hormigas) quiérenle poner este ofensivo delante, para que exasperadas con esta primera amargura, desistan de su hurto. Y por esta misma causa las primeras tres órdenes de las casillas que están en los panares más vecinos á la boca de la colmena, están vacíos de miel, porque no halle luego el ladrón á la mano en qué se pueda cebar. Ésta es también otra providencia y discreción.

Hecho este reparo, hacen sus casas. Y primeramente para el rey edifican una casa grande y magnífica, conforme á la dignidad real, y cércanla de un vallado como de un muro para más autoridad y seguridad. Luego edifican casas para sí, que son aquellas celdillas que vemos en los panares, las cuales les sirven para su habitación, y para la criación de los hijos, y para guardar en ellas como en unos vasos la provisión de su miel. Las cuales celdas hacen tan perfectas y proporcionadas, cada una de seis costados, y tan semejantes unas á otras como vemos, para lo cual ni tienen

necesidad de regla, ni de plomada, ni de otros instrumentos más que su boquilla y sus pecillos tan delicados, donde no sabréis de qué os hayáis más de maravillar, ó de la perfección de la obra, ó de los instrumentos con que se hace. Ni se olvidan de hacer también casas para sus criados, que son los zánganos, aunque menores que las suyas, siendo ellos mayores.

Hecha la casa y ordenados los lugares y oficinas della, síguese el trabajo y el repartimiento de los oficios para el trabajo en la forma siguiente. Las más ancianas, y que son ya como jubiladas y exemptas del trabajo, sirven de acompañar al rey, para que esté con ellas más autorizado y honrado. Las que en edad se siguen después déstas, como más diestras y experimentadas que las más nuevas, entienden en hacer la miel. Las otras más nuevas y recias salen á la campaña á buscar los materiales de que se ha de hacer así la miel como la cera. Y cada una trae consigo cuatro cargas. Porque con los pies delanteros cargan las tablas de los muslillos, la cual tabla no es lisa, sino áspera, para que no despidan de sí la carga que le ponen: y con el pico cargan los pies delanteros, y así vuelven á la colmena con estas cuatro cargas que decimos. Otras entienden de dos en dos, ó de tres en tres, en recibir á éstas, y descargarlas cuando vienen. Otras llevan estos materiales á las que hacen la miel, poniéndolos al pie de la obra. Otras sirven de dar á la mano á estos oficiales para que la hagan. Otras entienden en polir y bruñir los panares, que es como encalar la casa después de hecha. Otras se ocupan en traer mantenimientos de ciertas cosas de que ellas comen. Otras sirven de azacanes, que traen agua para las que residen dentro de la casa, la cual traen en la boca y en ciertos pelillos ó vello que tienen por el cuerpo, con los cuales viniendo mojados, refrigeran la sed de las que están dentro trabajando. Y deste oficio de acarrear agua y de traer mantenimiento sirven principalmente los zánganos. Otras hay que sirven de centinelas y guardas, que asisten á la puerta, para defender la entrada á los ladrones. Á todo esto preside el rey, y anda por sus estancias, mirando los oficios y trabajos de sus vasallos, y exhortándolos al trabajo con su vista y real presencia, sin poner él las manos en la obra. Porque no nació él para servir, sino para ser servido como rey. Y junto á él van otras abejas que sirven de lo acompañar como á rey.

Bien se ve por lo dicho cuán admirable sea el poder y sabiduría del Criador en haber puesto tal orden y tal repartimiento de oficios para proveer este tan suave y gustoso licor á los hombres que tantos desgustos le dan con sus malas obras. Pero aun otras maravillas añadiré á éstas, de las cuales una es, que tienen dentro de las colmenas sus secretas, como las hay en los monesterios, que es un lugar apartado donde van todas á descargar el vientre. Porque como el Criador diputó este licor de la miel para el mantenimiento de los hombres (muchos de los cuales son muy asquerosos) por esto ordenó que fuese purísimo y muy limpio, como lo vemos. Y aun otra cosa tienen de insigne providencia, y es que los días que no salen al campo por ser tempestuosos, tienen diputados para sacar estos excrementos de la colmena y echarlos fuera. Porque no quieren perder por esta ocasión el día de trabajo, ni quieren estar ociosas el día que no lo es, guardando lo que más importa para el mejor tiempo, y lo que menos importa para el que no es tal.

Otra maravilla y providencia se escribe dellas, no menor que ésta, y es que saben lastrarse en los días ventosos para resistir al viento, porque toman una pedrecilla en las manos, para hacer con ella más pesada la carga de su corpezuelo, y menos subjecta al ímpetu del viento. Pues ¿quién no ve en todas estas cosas la providencia de aquel soberano Presidente, que pudo igualar la prudencia destos animalillos con la de los hombres? Otra cosa tienen también, que si por ventura las toma la noche en el campo, duermen acostadas de espaldas, por que no se les mojen las alillas con el rocío de la mañana, y queden inhábiles para volar. ¿Qué más diré? Comen todas á una hora, porque sea igual el tiempo de la refeción y del trabajo. Y así también se recogen á dormir á un mismo tiempo, que es á boca de noche, en el cual tiempo hay grande mormullo entre ellas. Y entonces la pregonera da tres ó cuatro zumbidos grandes, que es hacer señal para dormir, y son ellas tan observantes y obedientes, que luego súbitamente todas callan, guardando perfectísimamente la regla del silencio. Y cuando otro día amanece, que es ya tiempo de trabajar, esta misma abeja da tres ó cuatro zumbidos grandes para que despierten y vayan á entender cada cual en el oficio que le cabe, y la que empereza y no quiere ir á trabajar, castíganla no con menor pena que con la muerte. En el rigor desta

pena se ve que es más bien regida la república de las abejas que la nuestra, que está llena de holgazanes y gente ociosa, que son peste de la república. Cuyo oficio es roer las vidas ajenas, y andar en tratos deshonestos, y trabar pasiones y ruidos que de aquí se siguen, y otros vicios semejantes que nacen de la ociosidad, de los cuales carecen los que no tienen más que entender todo el día en sus oficios.

Tienen también de noche sus velas, que guardan la casa para que nadie éntre á hurtarle sus tesoros, mayormente los zánganos, que son ladrones de casa, los cuales sintiendo que las abejas duermen, se levantan muy callados á comer de los trabajos ajenos. Mas si las velas los toman con el hurto en las manos, castíganlos blandamente, mas no los matan, perdonándoles aquella primera culpa: mas ellos no por eso se emiendan, porque de su naturaleza son glotones y holgazanes, que son dos males no pequeños. Y por esto cuando las abejas salen al campo, ellos se quedan escondidos en casa (porque cuanto son más cobardes y más desarmados, tanto usan de más ruindades y mañas) y entonces se entregan á su placer en los panares. Y volviendo las abejas, y viendo el estrago hecho en su casa, ya no usan con ellos de clemencia, sino dan en ellos con coraje y braveza, y mátanlos.

Y así como en estos ladrones y holgazanes guardan rigor de justicia, así usan de gran caridad con sus hermanas las enfermas. Porque las sacan al rayo del sol á la boca de la colmena, y tráenles allí de comer, y acompáñanlas. Y á la noche métenlas dentro por que no les haga mal el sereno. Y mientra que están dolientes, no consienten que trabajen hasta que sean restituídas á sus primeras fuerzas: y si mueren, acompáñanlas y sácanlas fuera para darles lugar de sepultura Parecerá á alguno que cuento aquí patrañas. No cuento sino cosas referidas por gravísimos autores, ó por mejor decir, no cuento sino alabanzas de aquel Señor que como pudo dar de comer sin pan á los hijos de Israel en el desierto, así es poderoso para hacer que estas criaturillas que carecen de razón, hagan todas sus cosas tan perfectamente como los hombres que la tienen, y aun pasan adelante, como luego diremos.

Cuando se han de mudar para otro lugar, no han de dar paso sin su rey. Todas le toman en medio para que no sea fácilmente visto, y todas procuran acercarse más á él, y mostrársele más servicia-

les. Y si es ya viejo, que no puede así volar, tómanlo sobre sus hombros, y así lo llevan. Y donde él asienta, allí todo el ejército se asienta. Y si por caso desaparece y se desmanda dellas, búscanlo con grande diligencia, y sácanlo por el olor, que tienen muy vivo, y restitúyenlo á sus vasallos: porque faltando él, todo el ejército se derrama y se pierde. No se ha sabido hasta agora si tiene aguijón ó no, mas lo que se sabe es que si lo tiene, no usa dél, por ser cosa indigna de la Majestad real ejecutar por su persona oficio de verdugo, entendiendo el primor que los filósofos enseñan, diciendo que los reyes han de hacer por sí los beneficios, y por otros ejecutar los castigos, y que ninguna cosa adorna más el estado de los reyes que la clemencia, y ninguna los hace más amables y asegura más sus estados y sus vidas. Y por esta virtud las abejas son tan amigas de su rey, y tan leales, que si él muere, todas lo cercan y acompañan, que ni quieren comer ni beber, y finalmente, si no se le quitan delante, allí se dejaran morir con él: tanta es la fe y lealtad que tienen con su rey.

Ni dejó el Criador á este animalillo desarmado, antes, según la cuantidad de su cuerpo, no hay armas más fuertes que las suyas, que es aquel aguijón con que pican y hieren á los que vienen á hurtar. Porque como tienen á cargo tan gran tesoro, y codiciado de tantos, era razón que quien las crió, les diese competentes armas para defenderlo. Y por esta misma causa tienen velas á la puerta, porque ninguno éntre á hurtar sin ser sentido y resistido en la manera que les es posible.

No salen al campo en todos los tiempos del año, sino cuando hay en él flores, porque de todo género de flores se aprovechan para su oficio. Mas en tiempo de fríos y nieves están quedas en su casa, manteniéndose en el invierno de los trabajos del verano, como hacen las hormigas. No se desvían de la colmena más que sesenta pasos, y este espacio agotado, envían sus espías delante para reconocer la tierra y darles nuevas del pasto que hay. Y porque no faltase nada en que dejasen de imitar estos animales á los hombres así en lo bueno como en lo malo, también pelea un enjambre con otro sobre el pasto, aunque más sangrienta es la pelea cuando les falta el mantenimiento, porque entonces acometen á robar las vituallas unas á otras. Y para esto salen los capitanes con sus ejércitos, y pretendiendo unos robar y otros defender, trábase entre ellos una cruda batalla, en la cual mu-

chas mueren: tan poderosa es la necesidad, que hace despreciar todas las leyes de humanidad y justicia.

Todo cuanto hasta aquí habemos dicho, es una manifiesta imitación de la policía y prudencia humana. Y si nos pone admiración hacer estos animalillos lo que hacen los hombres, cuánto mayor nos la debe poner, saber ellos algo de lo que sabe Dios. Porque solo él sabe las cosas que están por venir, y esto también saben estos animalejos en las cosas que pertenecen á su conservación. Porque conocen cuándo ha de haber lluvias y tempestades antes que vengan, y en estos tiempos no van lejos á pacer, sino andan con su zumbido al derredor de la colmena. Lo cual visto por los que tienen cargo dellas, suelen dar aviso á los labradores de la mudanza del tiempo, para que conforme á ella se reparen y provean. En lo cual ya vemos cuán inferior queda el saber de los hombres al de las abejas, pues ellas alcanzan lo que no alcanzan los hombres. Pues luego, ¿quién tendrá por cosa increíble imitar las abejas lo que hacen los hombres, pues hay cosas en que pasan adelante, sabiendo lo futuro, que es proprio de Dios?

Mas lo que me hace en esta materia quedar atónito, es el fruto de la miel, á quien todas estas habilidades susodichas se ordenan. Porque vemos cuántas diligencias y instrumentos se requieren para hacer una conserva de cidras ó de limones, ó cualquiera otra. Porque para esto es menester fuego, y un cocimiento, y otro cocimiento, y vasos y instrumentos que para esto sirven, y oficiales diestros en este oficio. Pregunto pues agora: ¿qué instrumentos tiene este animalillo tan pequeño, sino unos pecillos tan delgados como hilos, y un aguijoncillo tan delgado como ellos? Pues ¿cómo con tan flacos instrumentos y sin más cocimientos ni fuego hacen esta tan dulce conserva y esta transformación de flores en un tan suave licor de miel, á veces amarillo como cera, á veces blanco como la nieve, y esto no en pequeña cuantidad (cual se podía esperar de un animalillo tan pequeño) sino en tanta cuantidad, cuanta se saca en buen tiempo de una colmena? ¿Quién enseñó á este animal hacer esta alquimia, que es convertir una substancia en otra tan diferente? Júntense cuantos conserveros hay, con toda su arte y herramienta y con todos sus cocimientos, y conviértanme las flores en miel. No sólo no ha llegado aquí el ingenio humano, mas ni aun ha podido alcanzar cómo se haga

esta tan extraña mudanza. Y quieren los hombres locos escudriñar los misterios del cielo, no llegando todo el caudal de su ingenio á entender lo que cada día ven á la puerta de su casa.

Ni tampoco carece de admiración ver cómo de aquella carga que traen en pies y manos, una parte gastan en hacer cera, y otra en miel. ¿Cómo hacen cosas tan diferentes de una misma materia, como son miel y cera? Y si hay en ella partes diferentes, ¿quién les enseñó esta diferencia tan secreta que nosotros no vemos? ¿Quién les mostró lo más sutil para la miel, y lo más grueso para la cera? ¿Qué no podrá hacer quien esto supo hacer? Verdaderamente admirable es aquel soberano Hacedor en todas sus obras, y no menos en las pequeñas que en las muy grandes.

Pues ¿qué resta aquí sino dar gracias al Criador, que de todas estas tan extrañas habilidades proveyó á estos animalicos, no tanto para ellos como para nosotros, que gozamos del fruto de sus trabajos? Mas los hombres son de tal cualidad, que gozan deste fruto, mas ni dan gracias por él, ni en él contemplan la grandeza del poder y sabiduría del Criador, que en tan pequeña cabeza puso tan grande arte y saber. Lo cual no calló el Eclesiástico cuando dijo que con ser tan pequeña la abeja entre las cosas que vuelan, el fruto de sus trabajos es principio de toda dulzura. Y por eso dije al principio que andando nadando los hombres entre tantas maravillas de Dios, ni tenemos ojos para verlas, ni oídos para oir lo que callando nos predican, ni corazones para levantar nuestro espíritu al conocimiento del Hacedor por el artificio admirable de sus hechuras.

CAPÍTULO XXI

Son tan admirables las obras de aquel soberano artífice, que parece competir las unas con las otras sobre cuál dellas será más admirable, porque todas ellas, cada cual en su manera, lo son, y en esta cuenta entra el gusano que hila la seda. Del fruto dél ya dijimos cómo toda la lozanía del mundo y todo el ornamento de las iglesias es obra deste animalillo: mas del artificio con que la hila, escribió en verso dos libros Hierónimo Vida, poeta elegantísimo. La suma de lo que él allí dice, referiré aquí. Estos gusanos se engendran de unos ovecicos muy pequeños, que la hembra dellos pone. Los cuales puestos al sol, ó metidos en los pechos, con cualquiera destos calores, en menos espacio que tres días se animan y reciben vida con todos los sentidos que para ella se requieren. Lo cual alega Sant Basilio (1) para hacernos creíble por este ejemplo el misterio de la resurrección general. Porque quien puede dar vida á una semilla tan pequeña en tan breve espacio, también la podrá dar á los polvos y huesos de nuestros cuerpos, dondequiera que estuvieren. Nacidos estos animalillos, luego comienzan á comer con grande hambre, y comiendo crecen y se hacen mayores. Y habiendo ya comido algunos días, duermen, y después de haber dormido su sueño (en el cual se digere y convierte en su substancia aquel mantenimiento) despiertan, y vuelven á comer con la misma hambre y agonía, Y el ruido que hacen cuando comen, tronchando la yerba con sus dientecillos, es tal, que se parece con el ruido que hace el agua cuando llueve encima de los tejados. Esto hacen tres veces, porque tantas comen, y tantas duermen, hasta hacerse grandes. Hechos ya tales, dejan de comer, y comienzan á trabajar y á pagar á su huésped el escote de la comida. Y para esto levantan los cuellos, buscando algunas ramas donde puedan

---

(1) Basil. en su Examerón.

prender los hilos de una parte á otra, los cuales sacan de su misma substancia. Y ocupada la rama con esta hilaza, comienzan luego á hacer en medio della su casa, que es un capullo. Porque juntando unos hilos con otros, y otros sobre otros, y éstos muy pegados entre sí, vienen á hacer una pared tan fija y firme como si fuese de pergamino. Y así como los hombres después de fabricadas las paredes de una casa la encalan, para que estén lisas y hermosas, así ellos, fabricada esta morada, la bruñen toda por dentro con el hociquillo que tienen sobre la boca muy liso y muy acomodado para este efecto, con lo cual queda el capullo tan teso, que echándolo en agua, anda nadando encima, sin ser della penetrado. Y esto es una singular providencia del Criador, porque á no ser así, todo este trabajo fuera sin fruto. Porque desta manera, estando el capullo entero y teso, echándolo en agua caliente, se puede muy bien recoger el hilo, despidiéndose y despegándose con el calor un hilo de otro. Lo cual no se pudiera hacer si el capullo se penetrara del agua, y se esponjara con ella. Con esta agua herviendo muere el oficial que fabricó aquella casa, y éste es el pago que se le da por su trabajo. Mas á los gusanos que quieren guardar para casta, no hacen este agravio. Mas ellos no sufriendo tan estrecho encerramiento, abren con sus boquillas un portillo por donde se salen, y salen ya medrados y acrecentados, porque salen con unos cuernecillos y alas, hechos ya de gusanos aves. Hay entre ellos machos y hembras, y con ser todos tan semejantes entre sí, conocen los machos á las hembras, y júntanse por las colillas con ellas, y perseveran en esta junta por espacio de cuatro días. En lo cual parece tener en cuerpos tan pequeños sus sexos distinctos, como machos y hembras. Acabados estos días el macho muere, y la hembra pare aquellos ovecicos que al principio dijimos, y esto hecho ella también muere, dejando aquella semilla con que después torne á renovar y resucitar su linaje. En lo cual se ve cómo para solo este fin crió la divina Providencia este animalico, pues acabado este oficio, sin que los mate nadie, ellos á la hora mueren, testificando con su natural y acelerada muerte que para solo este oficio fueron criados: el cual acabado, acaban juntamente con él la vida.

En esta obra se ve claro cómo todas las cosas crió aquel soberano Señor para el hombre, pues estos animales tan provechosos para nuestro servicio no nacieron ni vivieron para sí, sino

para el hombre, pues acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida. Dónde parece que con su acabamiento están diciendo al hombre: yo no nací ni viví para mí, sino para ti, y por eso, fenecido este servicio, me despido de ti. Y esto aún se ve más claro, porque aquella casa que estos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para su habitación, sino para el hombre, pues acabándola de hacer, luego la aportillan y la desamparan, sin usar más della, como edificio que no fabricaron para sí sino para nosotros. En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la divina Providencia, la cual no contenta con haber proveído para nuestro vestido la lana de las ovejas, y los cueros de los animales, con otras cosas tales, quiso también proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa para quien de ella tuviese necesidad.

Y es aquí mucho para considerar que siendo los hilos deste capullo más delgados que los cabellos, y hechos de una materia tan delicada y flaca como es el humor y babas de estos gusanos, vienen á ser tan recios que se pueden fácilmente recoger, y devanar, y tejer, y pasar por mil martirios antes que se haga la seda dellos, para que se vea cuán admirable y cuán proveído sea aquel celestial Maestro en todas sus obras. Y no menos declara él aquí la grandeza de su poder, pues dió habilidad á un gusanillo que en dos días nace, y dos meses vive, para hacer una obra tan preciosa y tan delicada, que todos los ingenios humanos no acertaran á hacerla.

Mas entre éstos no dejaré de referir aquí á Plinio, el cual tratando destos animalillos dice que de la ropa que se hacía de seda, y de hilos tan delgados, se servían antiguamente solas las mujeres, y después vinieron también los hombres á usar della, los cuales estaban tan desacostumbrados de traer vestidas las lorigas, que no podían sufrir estas comunes vestiduras, y por eso vinieron á tomar las de las mujeres.

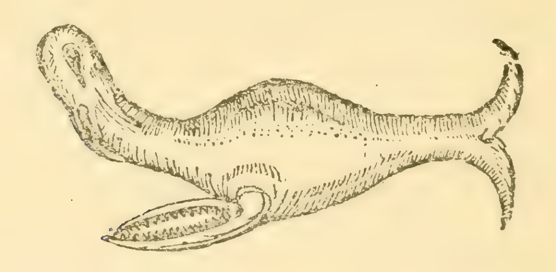
De otros animalillos pequeños y nocivos al hombre. § I

Al fin deste capítulo (donde habemos tratado destos animalillos pequeños) preguntará alguno por qué causa el que todas las cosas crió para servicio y bien del hombre, crió muchos

destos animalillos que no sólo no sirven al hombre, mas antes lo molestan y maltratan, como son las moscas, los mosquitos, las pulgas y otros semejantes, que ese pedazo de tiempo del sueño (en que descansamos de los cuidados y trabajos del día) muchas veces nos lo impiden, y nos desvelan y quitan este poco de reposo. Á eso respondo que así como todas las penalidades y trabajos y fatigas desta vida, junto con la muerte, nos vinieron por el primer pecado (en que todos los hijos de aquel primer hombre fuimos comprehendidos) así también las plagas destos animalillos nos vinieron por él, y muy justamente. Porque así como el hombre (que comparado con Dios es menos que una pulguilla ó un mosquito) se levantó contra Dios, y le desobedeció, así quiso él que el mosquito y la pulga y otros semejantes animalillos se levantasen contra él, y lo molestasen y humillasen, visto que tan viles criaturas eran poderosas para inquietar una criatura tan generosa como es el hombre, sin ser él parte para defenderse de ellas. Mas en todo es Dios bueno, en todo misericordioso. Porque esta pena de tal manera es pena, que también es medicina, porque así ésta como otras infinitas miserias y penalidades desta vida son como acíbar que nos pone nuestro celestial Padre en los pechos y leche deste mundo para que lo despreciemos y aborrezcamos, y nos lleguemos á los pechos de aquel Señor, los cuales hallaba la Esposa más suaves que el vino, esto es, que todos los deleites del mundo. Lo cual es en tanto grado verdad, que pudo decir Euquerio que no sabía cuál era mayor motivo para traer los hombres á Dios, ó la amargura de los males con que este mundo nos azota, ó la dulzura de los bienes con que nuestro Padre celestial nos convida.

Y pues habemos ya declarado en este capítulo cuán admirable sea Dios en la fábrica destos animalillos tan pequeños, razón será declarar también cuánto lo sea en la fábrica de los grandes, para que así se vea cómo en todas sus obras así grandes como pequeñas es admirable, y se entienda con cuánta razón respondió aquel ángel á quien le preguntaba por su nombre, diciendo: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Para esto pudiera traer aquí aquellas dos fieras bestias, cuya grandeza el mismo Criador describe en el capítulo 40 y 41 del santo Job debajo destos nombres Behemot y Leviatán. Y asimismo la de las ballenas, que es muy notoria. Mas dejado esto aparte, referiré aquí la gran-

deza extraña de un pece que el año de mil y quinientos y setenta y cinco, á veinte y dos días de Abril, vino á la playa de Peniche, el cual echó la mar en tierra ya muerto. Fué ésta una de las cosas grandes que se vieron, porque tenía cuarenta cobdos de largo, y el cuero por el lomo era prieto, y por la barriga blanco, y lo largo de la cola de punta á punta era de cinco cobdos, y de anchura tenía quince palmos. Era tan corpulento, que de una banda á otra apenas se veían dos hombres de grande estatura. Los ojos tenía cada uno un cobdo de largo. Y es de notar que la cabeza tenía levantada cuatro cobdos en alto, y la boca no la tenía en la cabeza, como los otros peces, sino en la barriga. Los colmillos era cada uno de ocho cobdos. Tenía también en la boca diez y seis dientes de cada banda, y cada diente tenía medio cobdo en redondo, y de un diente á otro había un palmo de anchura. La figura dél quise pone aquí, la cual se trajo al rey Don Enrique, que es en gloria.



En la fábrica deste pece se debe notar el artificio de la divina Providencia, porque la cabeza levantó en alto para que estuviesen los ojos en ella como en una atalaya, para ver los peces de que esta bestia se había de mantener. Y porque la distancia de la cabeza al agua era grande, proveyó que la boca estuviese en lo bajo, para estar más cerca y más á punto de pescar lo que los ojos dende su atalaya le descubriesen. También he oído que este pece tiene en la barriga un unto que es muy medicinal y de grande precio.

DE OTRAS PROPRIEDADES MUY NOTABLES DE DIVERSOS ANIMALES

CAPÍTULO XXII

Después destos cinco capítulos, en que se llevó alguna orden en tratar esta materia, añadiré éste, en que se contarán algunas cosas extraordinarias de los animales, para que así en éstas como en las ya dichas veamos los resplandores y la sabiduría de aquella mano poderosa que hinchió todo este mundo de maravillas y de tantos testigos y predicadores de su gloria, cuantas criaturas hay en él, porque la insensibilidad de nuestro corazón de todos estos testimonios tenía necesidad.

Y comencemos primero por una cosa tan rara y tan extraordinaria como es el ave fénix, cuya naturaleza describe S. Ambrosio por estas palabras: Esta ave dicen que habita en la región de Arabia, y que llega á quinientos años de vida. La cual sintiendo que se acerca el fin de sus días, hace una como sepultura ó arca de encienso y mirra y otras cosas olorosas, y entra en medio della, y allí muere. Y de la carne de su cuerpo muerto nace un gusano, el cual poco á poco va creciendo hasta llegar á tener alas como el ave de cuyas carnes se engendró, y así viene á renovarse y cobrar la misma forma y figura que en su origen tenía. Confírmanos esta ave en la fe de nuestra resurrección, la cual quiso la divina Providencia que esperásemos y creyésemos. Y para esto ordenó que esta ave tuviese esta tan nueva manera de restituirse, para confirmarnos en esta fe. De modo que esta novedad para nosotros es, y con nosotros habla, pues no fué criado el hombre por amor de las aves, sino las aves por amor del hombre. Sírvenos pues este ejemplo para que entendamos que no ha de consentir el Criador que sus santos eternalmente perezcan, pues no consintió que muriendo este ave, del todo pereciese. Pues ¿quién, veamos, fué el que denunció á esta ave el día de

su muerte para que ella hiciese su sepulcro, y lo hinchiese de suaves olores, y entrase en él, y allí acabase su vida, donde con la suavidad de los buenos olores se quitase el mal olor de la carne podrida? Lo dicho es de S. Ambrosio. Pues por este ejemplo entenderemos cuántas y cuán diferentes maneras tiene la divina sabiduría para conservar las especies de sus criaturas, pues aquí usa desta tan nueva y tan extraordinaria manera, y ésta acompañada con tan nuevas circunstancias como está declarado. Y no menos se debe de notar aquí que siendo cosa natural criarse muchos gusanos en las carnes podridas, désta no nace más que uno, para que una sola sea el ave fénix. Y á esta ave no acertó á tirar ningún cazador ni ballestero, ni acertarán jamás, porque aquí suplirá la divina Providencia, para que nunca falte en el mundo la especie que él crió, aunque no haya en ella más que solo un individuo.

Pasemos de aquí á los animales que conocemos, en muchos de los cuales la divina Bondad, amadora de la virtud, nos da ejemplos de muchas virtudes. Porque para movernos á amar y socorrer á nuestros prójimos en sus necesidades (que pertenece á la virtud de la caridad) alega Eusebio Emiseno el ejemplo de los ciervos, los cuales para pasar á nado algún gran río, se ponen todos en una hilera, y cada uno para alivio del trabajo lleva puesta la cabeza sobre las ancas del que va adelante, y así se ayudan unos á otros: solo el que guía la procesión lleva la cabeza en el aire, sufriendo este trabajo por aliviar el de sus compañeros. Mas después de cansado, de primero se hace postrero, y el que iba tras él sucede en el oficio con la misma caridad. Y si así se ayudasen los prójimos unos á otros, ¡cuánto más descansada sería nuestra vida!

Otro ejemplo hay de caridad semejante á éste, que notó Aristóteles de las grullas, de que Tulio hace mucho caso. El cual dice que cuando las grullas caminan por la mar á buscar lugares calientes, hacen volando la forma de un triángulo, con el cual cortan y dividen el aire que les es contrario, ayudándose de las alas como de remos para proseguir su camino. Y para mayor descanso, las que van detrás inclinan sus cabezas en las espaldas de las que van delante. Y porque la que va en la delantera guiándolas no tiene sobre quien recline su cabeza, cuando se cansa, vuélvese á las espaldas, y de primera hácese postrera, para tener

sobre qué descanse, y la que estaba á par della sucede en el mismo cargo.

Ni aun á los lobos (con ser animales tan infieles) falta otra industria semejante, porque á todo proveyó aquel divino Presidente. Pues cuando ellos pasan algún río impetuoso, por que la corriente no los lleve tras sí, ásense con la boca fuertemente á las colas unos de otros, y así juntas como en un escuadrón las fuerzas de todos, resisten á la corriente y pasan seguros. Este mismo ejemplo de caridad tenemos en otros animales, aunque fieros, que se regalan y lamen las llagas unos á otros, como hacen los bueyes, los perros, los gatos, los leones y los osos. Y asimismo se rascan unos á otros, cuando ellos no lo pueden hacer por sí. Acerca de lo cual no dejaré de contar lo que vi en dos animales indignos de ser aquí nombrados, de los cuales el uno con sus colmillos y dientes rascaba todo el cuerpo del otro de cabo á cabo. Y el que recebía este beneficio, parece que tenía gran comezón en una pierna, la cual él extendió hacia fuera. Y el bienhechor entendiendo lo que esto significaba, acudió luego á esta necesidad, y rascóle aquella pierna. Y hecho esto, el bienhechor queriendo recebir el mismo beneficio, se tendió, poniendo las manos y el hocico en tierra, y entonces el que lo había recebido, le satisfizo con el mismo oficio, pagando en la misma moneda la buena obra recebida. Pues ¿qué es esto sino un grande ejemplo con que el Criador condena la poca caridad y agradecimiento de los hombres? ¿Qué es esto sino abrir nuestras bocas para que considerando hasta dónde se extiende su providencia, digamos con los serafines que el cielo y la tierra están llenos de su gloria?

Pasemos de la caridad á la castidad, de la cual tenemos ejemplo en otros animales. Escribe Eliano que el Rey de los escitas tenía una hermosísima yegua y un caballo muy generoso, hijo della. Y no hallándose caballo tan castizo como éste para echar á la yegua, acordaron de cubrir de tal manera la madre, que el hijo no la conociese, y así pudiese haber della generación. Esto hecho, como ellos quitadas las cubiertas conociesen el incesto cometido, ambos se despeñaron y mataron. En lo cual se ve cuán arraigada quiso el Criador que estuviese en nuestros corazones la ley de la honestidad, pues aun en los brutos animales la quiso imprimir. No fué tan casta la reina Semíramis, ma-

dre del Nino, rey de Babilonia, mas él le dió con la muerte el pago que tal propósito y tal maldad merecía. Semejante ejemplo es el que el mismo autor cuenta (1) de un camello y de su madre dél, porque el pastor que los guardaba, cubrió la madre de tal manera que el hijo no la conociese. Mas después que quitada la cubierta el hijo conoció el incesto cometido, se embraveció contra el pastor de tal manera, que arremetió á él, y con los dientes y con los pies lo hizo pedazos, y él mismo, embravecido también contra sí, se mató y despeñó. Porque es cosa cierta que nunca el camello se junta desta manera con su madre. Y aun otra honestidad tiene, según el mismo autor refiere, que nunca toma á la hembra en presencia de quien lo vea, sino en escondido, como también lo hace el elefante. En lo cual muestra este animal más honestidad y vergüenza que los pueblos de los masagetas, los cuales llegaron á tal extremo de desvergüenza, que usan públicamente de sus mujeres. En lo cual se ve que los hombres bárbaros y sin conocimiento de Dios llegan de lance en lance á destruir de tal manera los dotes de naturaleza, que vienen á hacerse más bestiales que los brutos animales.

Y no es menor ejemplo de castidad el de la tórtola, la cual después de muerto el marido, permanece en perpetua viudez, sin admitir otro. Sobre lo cual dice S. Ambrosio: Aprended de aquí, mujeres, cuánta sea la gracia y honra de la viudez, la cual aun en las aves es alabada. Pues ¿quién (dice este Sancto) dió esta ley á las tórtolas? Si busco hombres, no los hallo, porque ningún hombre dió esta ley á las mujeres, pues ni S. Pablo se atrevió á darla, antes dice: Bueno es á las mujeres permanecer en castidad, mas si esto no pueden hacer, cásense, porque más vale que se casen que no que se abrasen. Desea S. Pablo en las mujeres lo que en las tórtolas persevera. Y en otro lugar aconseja á las mujeres que se casen, si no pueden imitar la castidad que en estas aves se halla. Pues según esto el Criador fué el que imprimió en estas aves esta inclinación y este afecto de continencia, el cual solo puede hacer leyes que todos sigan. La tórtola no se abrasa con la flor de su juventud, mas tentada con los deleites del matrimonio, no quebranta la fe dada al primer marido, porque sabe guardar castidad. Hasta aquí Ambrosio. Por lo dicho parece

(1) Lib. 5, c. 22.

cuán amigo sea el Criador de toda virtud, pues tantos ejemplos della nos dejó en todos los animales. Porque la nobleza nos enseñan los gavilanes, la generosidad los leones, la subjeción y obediencia los elefantes, la osadía y esfuerzo (como luego veremos) los caballos, la fe y lealtad para con sus señores los perros, la caridad, como ya dijimos, los ciervos, el concierto y orden de república las abejas, la providencia las hormjgas, el acatamiento y servicio de los padres los hijos de las cigüeñas, y finalmente la castidad esta ave de que tratamos.

Mas entre tantas diferencias y propriedades de animales, no puedo dejar de hacer mención del regalo de la divina Providencia en haber criado gatos de algalia, la cual sirve para la composición de todos los ungüentos olorosos, que sin ella serían imperfectos. Y demás desto, por ser ella calidísima, es medicinal para muchas enfermedades. Es pues de saber que este animal tiene una bolsa entre los dos lugares por donde se purga el vientre, repartida en dos senos, y en ellos descarga poco á poco esta masa tan estimada: de modo que cada cuatro días es menester descargar esta bolsa con una cucharita de marfil, porque cuando esto no se hace, él mismo se arrastra por el suelo para despedir de sí esta carga, que le da pena por ser muy caliente. Y desta manera cada mes se saca dél una onza de algalia, que en esta era de agora vale diez y doce ducados en Lisboa. Y más añadiré aquí una cosa que si no fuera tan pública, no me atreviera á escribirla: la cual es que en esta misma ciudad hay un mayorazgo, que dejó un padre á su hijo, de veinte y un gatos de algalia, los cuales, hecha la costa del mantenimiento dellos, le rentan cada año seiscientos mil maravedís. Y la institución deste mayorazgo es con cláusula que esté siempre entero este número de gatos, so pena de tres mil ducados aplicados al Hospital de la Misericordia. Pues ¿quién no ve en esto la perfección y regalo de la divina Providencia que tantas cosas crió, no sólo para nuestro provecho, sino también para nuestro regalo? Y ¿quién no ve la diversidad de los medios que para esto inventó? Porque ¿quién pensara que del sudor ó de los excrementos deste animal pudiera proceder una masa tan preciosa como ésta, y tener su bolsa en que se recogiese para que no se desperdiciase? Mas este beneficio, ¿quién no ve ser hecho más para el uso del hombre (á quien todas las cosas sirven) que para el animal que lo da, que no se sirve dél?

Mas cosa antigua es, y muy usada, aprovecharse los hombres de los dones de Dios sin levantar jamás los ojos al dador, como si todo se les debiese de juro y heredad.

Mas dejemos los gatos, y vengamos á los perros. Pues como éstos haya formado el Criador para el servicio familiar del hombre (que es criatura racional) dióles las inclinaciones tan conformes á razón, que después del elefante (que en esta parte á todos excede) no hay animal que más participe esta habilidad. Escriben Eliano y Plinio cosas notables de la fe y amistad de los perros. Mas entre otras habilidades suyas, ésta sola referiré, que Eliano cuenta. Iba un criado de un mercader á negociar en una feria, y apartándose del camino para purgar el vientre, cayósele una bolsa que llevaba con su dinero, sin advertir en eso. Y continuando él su camino, el perro que consigo llevaba, se quedó en guarda de la bolsa. Mas llegado á negociar en la feria, como se hallase sin dinero, volvióse por los mismos pasos que había caminado, y halló el dinero, y el perro en guarda dél, tan transido ya de hambre, que acabado de llegar el mozo, murió. En lo cual se ve cuán firmes y constantes son las inclinaciones que el Criador dió á los animales para los oficios que los diputó. Mas ¡qué vergüenza es ser vencidos los hombres en esta fe que los animales guardan para con sus señores!

§ I

Pusimos al principio por fundamento desta materia que el Criador, en lugar de la razón que solo el hombre tiene, proveyó á todos los animales de inclinaciones para lo que les convenía, equivalentes á la razón. Y conforme á esto dijo Aristótiles (como arriba tocamos) que las obras de los animales eran muy semejantes á las de los hombres. Á esto añadimos agora más, que no sólo en las obras, sino también en los afectos y movimientos del corazón se parecen con los hombres. Lo cual se ve no sólo en la ira y amor y odio que en ellos cada hora vemos (que son afectos más bajos y materiales) sino en otros más generosos y más espirituales, cuales son los que aquí referiré. El lebrel castizo conoce su generosidad y nobleza, y yendo por una calle, y saliendo cuantos gozques hay á ladrarle y molestarle, ni se pára, ni se defiende, ni

ladra, como animal que siente su generosidad y que no le está bien tomarse con gente tan baja, ni hacer caso della, enseñando en esto á los hombres magnánimos y valerosos que ningún caso deben hacer de las voces del vulgo bárbaro y bestial, ni desistir por ellas de sus buenos propósitos y deseños. Y á este propósito referiré lo que cuentan de aquel valeroso capitán Fabio Máximo, á quien llamaba el vulgo de los soldados cobarde, porque se entretenía no queriendo dar batalla á Aníbal. Mas el buen capitán no hacía caso destas voces, porque sabía bien lo que hacía. Y á los tales respondía que el que no tenía ánimo para despreciar las voces del vulgo, tampoco lo tendría para hacer rostro al enemigo. En consecuencia desto referiré una cosa que me contó una persona digna de fe, la cual él vió no sin mucha admiración. Estando un hermoso lebrel junto á la playa de la mar, llegóse á él un gozque, y comenzó á ladrarle, y cercarle, y acometerle por todas partes. Y en todo este tiempo el lebrel ninguna mudanza hizo. Mas fué tanta la importunidad del gozque, que la paciencia del lebrel quedó vencida, y así determinó tomar venganza dél. Mas ¿de qué manera? No quiso ensangrentar sus armas en tan baja ralea, sino tomóle por el pellejo, y metiólo debajo del agua, y túvolo así tanto tiempo hasta que se ahogó. Estas y otras tales maravillas se esperan de aquella suma Providencia y Sabiduría.

El caballo también reconoce su generosidad, y cuando es caballo castizo y bien pensado, y sale holgado de la caballeriza, apenas cabe en toda una calle, ladeándose ya á una parte, ya á otra, y acometiendo á querer correr ó saltar, metiendo la cabeza en los pechos para aparecer más bien enfrenado y hermoso. Y lo que más es, siente también la hermosura de los jaeces, cuando son tales, y muestra con ellos más brío y lozanía. A lo menos de Bucéfalo, caballo de Alexandre Magno, escribe Eliano que estando enjaezado no sufría que cabalgase en él más que solo Alexandre, y al tiempo del cabalgar se abajaba, para que más fácilmente subiese en él, mas quitados los jaeces, sufría á cualquier mozo de caballos. Crió Dios este animal más para la guerra que para el trabajo, aunque él sirve para todo. Y por eso le dió todas las propriedades que para esto se requerían. Porque es animal soberbio, brioso, atrevido, fiel, belicoso y esforzado. En las cuales propriedades resplandece tanto el artificio de la divina Sabiduría,

que el mismo Señor que le crió, se pone á describirlas muy de propósito, hablando con el santo Job, por estas palabras: ¿Por ventura serás tú poderoso para dar al caballo la fortaleza que yo le di? Con los pies cava la tierra, alégrase con su osadía y esfuerzo, y sale al encuentro contra los hombres armados. No hace caso de los peligros, ni vuelve atrás con temor del espada. Sobre él sonará el aljaba, y blandeará la lanza y el escudo. Herviendo y espumando sorbe la tierra, y no hace caso del sonido de la trompeta. Alégrase cuando oye la bocina, y dende lejos barrunta la guerra, y la exhortación de los capitanes, y la grita del ejército. Todas éstas son palabras de Dios, que tan de propósito escribe las propriedades deste animal. El cual demás de lo dicho es muy leal, es hacedor, si hay quien le enseñe. También aprende á callar, cuando van de noche á hacer alguna cabalgada, como cuentan los fronteros de Africa.

Y demás desto es el más vistoso y hermoso de todos los animales de grandes cuerpos, y de más hermosos y diferentes colores. Porque unos hay dende la punta del pie hasta la cabeza tan blancos como la nieve, otros hay pintados de diversos colores, otros bayos de color de oro, y otros diversos colores. Tienen sus galanas crines, que les sirven de penachos naturales. Y lo que más es, con ser grande animal, y tan feroz y tan orgulloso, es tan domable y tan manso á las veces como una oveja, y así se deja subjetar del hombre, y obedece, volviendo y revolviendo, corriendo, andando y parando como su dueño quiere. Pues ¡cuán justo sería que aprendiese el hombre de su caballo á obedecer á su Criador, pues el caballo así en todo y por todo obedece á él! ¡Cuán justo sería que pues este animal por la divina Providencia le sirve para los caminos, para los trabajos y para los peligros, y para honrar y autorizar al que va en él, que diese gracias al que lo crió para todos estos servicios del hombre! Para nuestro corazón en los dones, y olvídase del dador, habiendo sido criados ellos para que fuésemos á él. Detenémonos tanto en el camino, que nunca llegamos al término dél. Y lo que peor es, tomamos ocasión de la hermosura de un caballo para ir muy vanos y locos encima dél.

El león también es animal generoso, y conoce y préciase tanto de su esfuerzo, que como refiere Eliano, cuando le persiguen, no vuelve las espaldas en la huída, sino va paso á paso de espacio

mirando cara á cara á sus persiguidores, amenazándolos con sus fieros bramidos.

Mas cuando traspone por algún otero, donde no lo ven los que lo persiguen, huye muy apriesa, pareciéndole que en este caso no pierde reputación por no ser visto. Tiene también otra grandeza, que es no comer de la caza que le sobró el día pasado, y otra mayor, que es usar de clemencia con los prostrados (que es propria virtud de corazones generosos, que no son como las mujeres vengativos) y asimismo (como dice Solino) es más piadoso con las mujeres que con los hombres, y mucho más con los niños, en los cuales no toca, si no es cuando padece grande hambre. Porque la necesidad todas las leyes vence.

Del pavón.

§ II

Entre estos generosos animales, el que más claro parece que conoce su hermosura, es el pavón, pues vemos que él mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa, que por muchas veces que la veamos, siempre holgamos de verla y de sentir la ufanía con que él extiende aquellas plumas, preciándose de su gentileza y haciendo esta demostración della. La cual hace las más veces cuando tiene la hembra presente, para aficionarla más con esto. Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un grande estruendo con las alas, para mostrar juntamente valentía con la hermosura. En lo cual todo vemos una imitación de las cosas que se pasan en la vida humana.

Es la hermosura desta ave digna de grande admiración, mas la costumbre de cada día quita á las cosas grandes su debida admiración. Porque los hombres de poco saber no se maravillan de las cosas grandes, sino de las nuevas y raras, como ya dijimos. Y aun esto se prueba con el ejemplo desta misma ave, la cual traída de las Indias á Grecia (donde nunca había sido vista) causó tanta admiración que (como refiere Eliano) el hombre que la trajo andaba ganando dineros por mostrarla. Y de un hombre principal dice el mismo autor que dió mil dragmas (que es una

gran suma de dinero) por un par dellos, macho y hembra, para hacer casta. Y Alejandro Magno mandó que nadie fuese osado matar esta ave: tan sagrada cosa le pareció aquella tan nueva y tan extraordinaria hermosura. Pues como sea verdad que en las cosas más excelentes resplandezca más la sabiduría de aquel artífice soberano, no será fuera de propósito detenerme un poco en describir la condición y hermosura desta ave.

Y tratando primero del fin que tuvo el que la crió, parece que así como en la fábrica de aquellos animalillos pequeñitos que dijimos, nos quiso mostrar la subtileza y grandeza de su poder y sabiduría (la cual en tan pequeña materia pudo formar tantas cosas) así en la hermosura desta ave nos quiso dar una pequeña muestra ó sombra de su infinita hermosura. La razón que á esto me mueve, es ver que este plumaje tan grande (que es de vara y media de largo) no sirve ni para cubrir el cuerpo desta ave (pues excede tanto la medida dél) ni tampoco ayuda para volar, porque antes impide con su demasiada carga. Y pues habemos de señalar en esta obra algún fin, no veo otro sino el que está dicho. Porque como la cosa más principal que pide Díos del hombre, sea amor, y la hermosura sea tan poderosa para enamorar los corazones, de aquí nace haber criado él en este mundo muchas cosas muy hermosas, para que por ellas (como dice el Sabio) pudiésemos en alguna manera rastrear la hermosura del Hacedor, como adelante declararemos. Y porque en ningún linaje de cosas faltase alguna sombra ó rastro de su hermosura, crió también para esto muchas aves muy bien pintadas de diversos colores. Entre las cuales tiene el primer lugar ésta, la cual para solo este fin dijimos haber sido criada.

Y para decir algo della, será necesario para los que no saben filosofía, presuponer dos sentencias que para esto sirven. La primera es que todas las cosas corporales están compuestas de materia y forma, que son las partes esenciales dellas, y la materia es el subjecto que recibe la forma, mas la forma es el principio y la causa de todos los accidentes y propriedades y obras que tiene cada cosa. Mas en las criaturas que tienen ánima, el ánima es la forma, y el cuerpo es la materia. Y así vemos que en el hombre el ánima es el principio y causa de todas las propriedades y obras que hay en él, y por eso en el punto que ella falta, todo falta. Lo segundo, conviene presuponer que esta ánima es la que digere el

manjar que los animales comen, y lo convierte en la substancia dellos. Mas de los excrementos deste manjar (que son como las sobras y relieves dél) se aprovecha para producir en las aves las plumas, y en los otros animales los pelos ó la lana de que están vestidos, y en el hombre los cabellos, las uñas y los pelos de la barba, y según estos excrementos son pocos ó muchos, así son más ó menos los pelos que de aquí se engendran. Y así se escribe de aquel glorioso San Juan de Egipto que tenía muy poquitos pelos en la barba, porque como era grandísima su abstinencia, no sobraba cuasi nada de lo que comía para producirlos.

Pues viniendo á nuestro propósito, el ánima del pavón es la forma de él, y ella es por cuya virtud (mediante los instrumentos que para eso tiene) convierte el manjar en la carne y substancia del pavón, y lo que sobra deste manjar (que son los excrementos y superfluidades que dijimos) emplea en todo aquel plumaje tan hermoso que vemos, mayormente en las plumas del cuello y de la cola. Mas la maravilla desto es, que de tal manera reparte el ánima estos excrementos, que con ser ellos de una misma substancia, hace que tomen tan diversos colores y figuras en diversas partes de las plumas, y éstas no confusas (como las que vemos en el jaspe) sino ordenadas y proporcionadas para pintar aquellas figuras matizadas con tanta diversidad de tan finos y hermosos colores, que ponen admiración á quienquiera que las ve. Donde también es de notar la semejanza que todas las plumas de la cola tienen entre sí, en lo cual parece que no se reparten estos colores acaso como aciertan á caer, sino que tienen causa fija y permanente que los distribuye y reparte con esta conformidad, para que dellos resulten aquellas figuras.

Y dejando aquellos ramales ó cabellos qne van acompañando el asta de las plumas de la cola hasta el cabo dellas (que son todos harpados y de hermosos colores) vengamos á aquel ojo que está al cabo dellas, formado con tanta variedad de colores, y éstos tan finos y tan vistosos, que ningún linaje de las tintas que han inventado los hombres podrá igualar con el lustre y fineza déstos. Porque en medio deste ojo está una figura oval de un verde clarísimo, y dentro dél está otra cuasi de la misma figura y de un color morado finísimo, y éstas están cercadas de otros círculos hermosísimos, que tienen gran semejanza con los colores y figuras del arco que se hace en las nubes del cielo: á los cuales

sucede en torno la cabellera hermosa también de diversos colores, en que se remata la pluma. Y en este ojo ó círculo que decimos, hay otra cosa no menos admirable, y es, que los cabellos ó ramales de que esta figura se compone, están tan pegados unos con otros, y tan parejos y iguales en su composición, que no parece que aquella figura es compuesta de diversos hilos, sino que que es como un pedazo de seda continuada que allí está.

Pues ¿qué diré de la hermosura del cuello que sube del pecho hasta la cabeza, y de aquel color verde que sobrepuja la fineza de toda la verdura del mundo? Y lo que pone más admiración es que todas aquellas plumillas que visten este cuello, son tan parejas y tan iguales entre sí, que ni una sola se desordena en ser mayor ó menor que otra. De dónde resulta parecer más aquella verdura una pieza de seda verde (como dijimos) que cosa compuesta de todas estas plumillas. No faltaba aquí sino una corona real para la cabeza desta ave: mas en lugar della tiene aquellas tres plumillas que hacen una como diadema, y son el remate de la hermosura desta ave. Y como tengan estas tres plumicas tanta gracia, y no sirvan más que para su hermosura, vese claro que de propósito se puso el Criador á pintar esta ave tan hermosa. Lo que aquí se ha dicho entenderá mejor quien pusiere los ojos en una pluma déstas, porque más sirve para esto la vista que las palabras. Y no se debe echar en olvido que la hermosura y colores de todo este plumaje no es como la de las flores, que en breve se marchita, sino es perpetua y estable, y por eso sirve para otras cosas que se hacen de ellas.

Esto baste de la hermosura desta ave. Mas de las propriedades della sola ésta diré, que es el pavón muy amigo de la compañía de la hembra, por lo cual si halla los huevos sobre que ella se quiere echar, los quiebra, porque por esta ocasión no carezca de su compañía. Mas la divina Providencia, que en ninguna cosa falta, también proveyó aquí de remedio. Donde notaremos que en muchas cosas consintió que hobiese algunas necesidades, para que en el remedio dellas se viese más claro el recaudo de su providencia, como se ve en este caso. Porque la hembra busca algún lugar muy escondido, donde pone los huevos, para que el padre no los halle. Y aun para le engañar, usa de un artificio maravilloso, y es que cuando quiere salir á comer, da un vuelo cuan lejos puede del nido, y esto hace callando. Mas cuando vuelve al

nido, vuelve graznando, para que el marido crea que allí está el nido de donde ella partió, y así lo burla y desatina para que no halle el nido. Pues ¿quién no verá aquí las invenciones que aquel soberano Señor busca para que reconozcamos y adoremos su sabiduría y providencia, y acudamos á él en todas nuestras necesidades, confiando que no faltará al hombre quien no falta á las cosas que crió para servicio del hombre?

Mas volviendo á la hermosura desta ave, dijimos arriba haberla el Criador fabricado tan hermosa para que por ella levantásemos nuestro espíritu á la contemplación de la hermosura del que para este fin la crió. Dijimos también que la principal cosa que pide Dios al hombre, es amor, y que para este amor mueve mucho más la hermosura, no sólo la corporal, sino mucho más la espiritual, cual es la de los ángeles y de las ánimas que están en gracia. Porque así como la voluntad se mueve con la representación del bien, así el amor con la hermosura. Por lo cual el Criador, que tanto desea ser amado de sus criaturas, quiso que en todas ellas, comenzando dende el cielo hasta las entrañas de la tierra, hubiese algún rastro ó sombra de su infinita hermosura. La cual primeramente resplandece en el cielo estrellado en una noche serena, donde vemos toda aquella gran capa y bóveda del cielo resplandecer con tan gran número de lumbreras más claras que todos los diamantes y piedras preciosas, y éstas en tan grande número, que solo el que las crió, las puede contar. Resplandece también en las dos principales estrellas sol y luna, de cuya virtud y hermosura ya tratamos. Resplandece también en la verdura de los campos, en la frescura de las fuentes, en la diversidad de flores que hermosean los prados verdes, en las cuales no sabréis de qué más os maravilléis, si de la diversidad de los colores, si de las labores tan primas con que están obradas. Pues ¿qué diré de la hermosura de las perlas y piedras preciosísimas, de tantos colores y virtudes y de tan gran valor? ¿Qué de los metales, y especialmente de la plata y oro, el cual en todas las naciones, por bárbaras que sean, es tan preciado por su grande resplandor y hermosura? ¿Qué de la hermosura de los cuerpos humanos, y señaladamente de algunos, cuales eran los que refiere la santa Escritura, como fué Josef, Absalón, Tamar, Judith y Ester? Porque no quiero hacer aquí mención de la reina Elena, por quien se perdió Troya. En lo cual parece que en todas

las especies de criaturas quiso el Criador que se viese una centella de su hermosura, pues hasta en el oro y piedras preciosas que se crían en las entrañas de la tierra, quiso que se hallasen rastros della. Mas sobre todo esto, ¿qué diré de la hermosura de las ánimas que están en gracia? ¿Qué de la de aquellos espíritus soberanos, en los cuales tanto resplandece la hermosura del Criador, pues la vista y resplandor de uno solo hizo caer en tierra de solo espanto al profeta Daniel, los cuales son más en número que las estrellas del cielo?

Pues todas estas hermosuras que vemos, y otras inumerables que no vemos, están por muy más excelente manera en el Criador dellas. Porque así como el maestro tiene en su entendimiento la sciencia que enseña á sus discípulos, más perfectamente que ellos, así el que dió su hermosura á todas las criaturas visibles y invisibles, necesariamente ha de tener en sí por más excelente manera lo que dió á ellas, pues nadie da lo que no tiene. Y según esto, ¿cuál será la bienaventuranza de aquéllos que ven todas estas hermosuras en la facie de Dios, con otras infinitas que son proprias suyas, que á ninguna criatura fueron comunicadas? Y si el apóstol Sant Pedro quedó tan alienado y tan fuera de sí cuando vió una sola centella desta hermosura en la transfiguración del Señor, que arrebatado y como embriagado con la grandeza de aquella alegría no sabía lo que decía, ¿que sentirán aquellas ánimas gloriosas cuando entren en el gozo de su Señor, y beban de aquel arroyo tan crecido de sus deleites? Y si la hermosura de alguna criatura (que no es más que un cuerecico blanco ó colorado que parece por de fuera) basta muchas veces para trastornar el seso de un hombre, y para hacerle caer en cama, y á veces perder la vida, ¿qué os parece que obrará en aquellas ánimas gloriosas la vista de aquella infinita Hermosura de que todos estos gozan? Dichosos por cierto los que aquí llegaren, pues gozarán de tales bienes, que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni entendimiento humano puede comprehender.

PRÓLOGO SOBRE LA FÁBRICA Y PARTES PRINCIPALES DEL MUNDO MENOR, QUE ES EL HOMBRE

CAPÍTULO XXIII

HABIENDO ya tratado deste mundo mayor y de sus partes principales, síguese que tratemos agora de la fábrica del mundo menor y de sus partes, que es el hombre, que no menos sirve para el conocimiento de nuestro Señor Dios que el pasado. Para lo cual primeramente habemos de presuponer que el principio y fundamento de todos nuestros bienes es este conocimiento. Y como sean muchas cosas las que dél podemos conocer, la que más importa para nuestra salvación y consolación es el conocimiento de su providencia. La cual (como está ya dicho) incluye aquellas tres señaladas perfecciones suyas, que son, bondad, sabiduría y omnipotencia. Pues todo lo que hasta aquí se ha dicho de la fábrica deste mundo mayor, nos da claro testimonio desta providencia y destas perfecciones divinas que andan en su compañía, y no menos sirve para esto lo que está dicho de la fábrica del mundo menor, que es el hombre. Por lo cual Teodoreto, en doce sermones que escribió de la divina Providencia, se aprovecha del artificio admirable de las partes de nuestros cuerpos para probar esta providencia. Y la razón por que el hombre se llama mundo menor, es porque todo lo que hay en el mundo mayor, se halla en él, aunque en forma más breve. Porque en él se halla ser como en los elementos, y vida como en las plantas, y sentido como en los animales, y entendimiento y libre albedrío como en los ángeles. Por lo cual lo llama S. Gregorio toda criatura, por hallarse en él la naturaleza y propriedades de todas las criaturas. Y por eso lo crió Dios en el sexto día, después de ellas criadas, queriendo hacer en él un sumario de todo lo que había fabricado, como hacen los que dan ó toman cuentas por escrito, que al remate dellas resumen en un renglón la suma de todas ellas, de modo que aquel solo reglón comprehende todo lo que en muchas hojas está explicado. Y lo mismo en su manera parece haber hecho el Criador en la formación del

hombre, en el cual recapituló y sumó todo lo que había criado. De aquí es que con mayor facilidad conocemos por aquí las perfecciones divinas, que si extendiésemos los ojos por todo el mundo, que es cosa que pide muy largo plazo. Y por esta causa los cosmógrafos hacen una mapa, en que pintan todas las principales partes y naciones del mundo, para que con una breve vista se vea debujado lo que en su propria naturaleza no se pudiera ver en muchos años. Pues así podemos decir que el hombre es como una breve mapa que aquel soberano artífice trazó, donde no por figuras, sino por la misma verdad nos representó cuanto había en el mundo. Y cuanto esta mapa es más pequeña y familiar y más conocida de nosotros (pues anda en nuestra compañía) tanto nos da más claro conocimiento del Criador.

Ponemos adelante entre las maravillas y obras de Dios la virtud que puso en las semillas de las plantas. Porque en una pequeña pepita de una naranja puso virtud para que della naciese un naranjo, y en un piñoncillo, para que dél naciese un grande pino. Mas esto es muy poco en comparación de la virtud que puso en la materia de que se forma el cuerpo humano. Porque de una destas semillas no se fabrica más que las raíces y el tronco y ramas del árbol, con sus hojas y fruto. Mas de la materia de que el cuerpo humano se forja (con ser una simple substancia) viene á formarse tanta variedad de miembros, de huesos, de venas, de arterias, de niervos y de otros innumerables órganos, y éstos tan acomodados al uso de la vida, que si algún ingenio llegase á conocer todas las particularidades y menudencias y providencias que en esto hay, mil veces quedaría atónito y espantado de la sabiduría y providencia del Criador, que de tan simple materia tantas y tan diferentes cosas pudo y supo formar. Porque ninguna hay que no esté clamando y diciendo: ¿quién pudo hacer esto sino Dios? ¿Quién pudo dentro de las entrañas de una mujer, sin poner ella nada de su industria, fabricar una casa para el ánima con tantas cámaras y recámaras, con tantas salas y retretes, y con tantas oficinas y oficiales, sino Dios? Lo cual manifiestamente declara ser ésta obra trazada por una infinita sabiduría, que en nada falta ni yerra. Lo cual prueban los médicos y filósofos por esta demostración. Dicen ellos que en todo el cuerpo del hombre hay más de trecientos huesos entre grandes y pequeños. Y así en cada lado hay más de ciento y

cincuenta huesos, y cada uno dellos tiene diez propriedades (que los anatomistas llaman scopos) conviene saber, tal figura, tal sitio, tal conexión, tal aspereza, tal blandura, y otras semejantes. De suerte que multiplicando estas diez propriedades, y atribuyéndolas á cada uno de los ciento y cincuenta huesos, resultan mil y quinientas propriedades en los huesos de un lado, y otras tantas en el otro.

Pues en estos huesos hay tres obras y maravillas de Dios que contemplar. La primera es la encajadura y enlazamiento de los huesos unos con otros, con sus cuerdas y ligamentos, tan perfectamente hecha como ya dijimos. La segunda es la semejanza que tienen los huesos del un lado con los del otro, no solamente en el tamaño, sino también en estas diez propriedades que aquí dijimos. De modo que cuando crecen con la edad los huesos (pongo por ejemplo) de la una mano, con ese mismo compás y medida crecen los de la otra, y con esas mismas propriedades que tienen, sin haber diferencia de una parte á otra. Y lo mismo se entiende de las costillas, y de las cañas de los brazos, y de las piernas del un lado y del otro. La tercera maravilla, que á mí espanta más que las susodichas, es ver la hechura y las propriedades que tiene cada hueso déstos para el lugar donde está, y para el oficio que ejercita. Declaremos esto con un ejemplo de las cosas artificiales, para que por él vengamos en conocimiento de las obras naturales por las del arte, que procura imitarlas, por ser éstas más conocidas. Vemos pues que en casa de un carpintero hay una sierra para aserrar, y una azuela para desbastar, y un cepillo para allanar, y una juntera para igualar, y un compás para medir y compasar, y otros tales instrumentos. Y vemos cuán proporcionados son, y cuán bien fabricados estos instrumentos para sus oficios. Pues esto mismo hallamos con mayor perfección fabricado en estos trecientos huesos de nuestro cuerpo, cada uno de los cuales tiene todas aquellas diez propriedades que dijimos, tan proporcionadas y tan acomodadas á los lugares donde están, y á los oficios que han de ejercitar, que todos los entendimientos de hombres y ángeles no los podrían formar con mayor perfección de la que tienen. Y si el mismo Criador (á manera de hablar) estuviera mil años pensando en la fábrica de cada uno destos huesos para el fin susodicho, no los hiciera de otra manera de la que están.

Y no se acaba aquí la maravilla, porque todo lo que aquí habemos dicho de la proporción y semejanza de los huesos de un lado con los del otro, ésa misma hay en las ternillas, y en los ligamentos y ataduras de los huesos, y en los morecillos, y en los nervios y venas y arterias del un lado para con las del otro. Y todos éstos son instrumentos necesarios para la conservación de nuestra vida, los cuales vienen tan acomodados á los oficios para que están diputados, que ni un anillo para el dedo, ni una vaina para su espada viene tan medida ni tan compasada como cada una destas partes para el oficio que sirve. Pues ¿qué cosa nos declara más la sabiduría de aquel artífice soberano, que tan gran número de instrumentos fabricó con tan grande perfección y artificio para sus oficios, que ni en un solo cabello izquierdeó ni desdijo de lo que convenía para este fin?

En lo cual se ve cuán bestial fué aquel Epicuro, que dijo haberse fabricado acaso nuestros cuerpos. Porque las cosas que se hacen acaso, pocas veces aciertan á salir bien, y cuando mucho, podrá ser esto en tres ó cuatro cosas. Mas acertar en tantas mil partes, y todas tan perfectamente fabricadas, que sobrepujan toda la facultad de los entendimientos humanos, no es posible hacerse acaso, sino por un soberano entendimiento. Porque pregunto agora: ¿qué tan gran locura sería decir que arrojando una gran masa de hierro en una fragua de herrero, acaso saliese un reloj concertado con todas sus ruedas, ó algún arnés tranzado muy bien hecho? Pues muy mayor locura es sin comparación decir que el cuerpo humano se hizo acaso de aquella materia que él se fabrica en las entrañas de la madre, así por ser mucho mayor el número de los huesos y de las otras partes de que se componen, como por ser todas ellas más perfectamente fabricadas que las de un reloj ó arnés. Porque si este artificio se hallara en ciento ó docientas partes de nuestro cuerpo, no fuera tanto: mas hallarse en tanto número de partes, y todas ellas tan perfectamente fabricadas para sus oficios, esto es cosa que sobrepuja toda admiración y que singularmente nos declara la sabiduría y omnipotencia de quien tan grande eficacia pudo dar á la virtud formativa de nuestros cuerpos.

§ I

Pues por esta causa dicen muy bien los estudiosos desta sciencia de la anatomía, que ella nos es una certísima guía y maestra para llevarnos al conocimiento de nuestro Hacedor y de aquellas tan principales perfecciones suyas que aquí andamos rastreando por medio de sus criaturas. Por lo cual con mucha razón llaman algunos á ésta sciencia, y á la misma fábrica de nuestro cuerpo, libro de Dios, porque en cada partecica dél, por muy pequeña que sea, se lee y ve el sumo artificio y sabiduría de Dios. Y aunque la fábrica y las cosas del mundo mayor nos ayuden á este mismo conocimiento (como está ya declarado) mas éstas vemos á trechos en algunas cosas raras y extraordinarias, que nos dan dél más claro testimonio: mas en este menor mundo, que es el hombre, y particularmente en la casa dél (que es el cuerpo) no hay cosa tan menuda, no hay vena, ni arteria, ni huesecico tan pequeño, que no esté á voces predicando el primor y artificio de quien lo fabricó.

Pues ¿qué diré de las partes mayores? ¡Qué cosas dicen los anatomistas de la fábrica de nuestros ojos! ¡Qué del armazón, y huesos, y huesecicos, y sesos, y red admirable de nuestro celebro! ¡Qué del artificio y fábrica de nuestras manos, de las cuales ha procedido otro nuevo mundo artificial, donde se halla cuasi tanta variedad y muchedumbre de cosas como en el mundo natural que Dios crió! Por lo cual tengo en parte por dichosos aquéllos que se han dado á esta parte de filosofía que trata de la composición de nuestros cuerpos, porque si quisieren levantar un poco los ojos á Dios, y mirar en su hechura la sabiduría y omnipotencia del Hacedor, no podrán dejar de quedar mil veces pasmados de ver tantas subtilezas y providencias y maravillas. Dice David (1) que los que descienden á la mar en sus navíos, ven la grandeza de las obras de Dios, y las maravillas que hace en el profundo. Pues no menos digo yo que los que entran dentro de sí mismos, y saben contemplar lo que el Hacedor obró en ellos, verán otras tantas maravillas, con que él proveyó al hom-

(1) Psalm. 106.

bre de todos los instrumentos necesarios para la conservación de su vida, y esto con tanta perfección, que ni haya en él cosa superflua, ni falte la necesaria.

Ni es cosa menos admirable ver el sitio y los lugares del cuerpo, en que todas estas partes dél están con tanta perfección situadas. Porque no se puede imaginar otro ni más hermoso, ni más conveniente, ni más proporcionado para el fin y oficio que se hizo. Dijeron los antiguos de la elocuencia de Platón que si algún sabio quitase una palabra suya, y con mucho estudio pusiese otra por ella, quitaría de su elegancia: y quien esto hiciese en las oraciones de un grande orador por nombre Lisias, quitaría de la sentencia, queriendo por aquí alabar la elegancia del uno y la propriedad de las palabras del otro. Pues así podemos decir á este propósito (aunque la comparación sea humilde, comparando las cosas del entendimiento humano con las del divino) que si todos los sabios del mundo quisiesen trazar la más pequeña parte, ó miembro, ó sentido del cuerpo humano, y formarla de otra manera, ó asentarla en otro lugar, quitarían no sólo el oficio y uso della, mas también toda su gracia y hermosura. Por lo cual disputando Galeno con aquel bestial filósofo Epicuro (el cual negando la Providencia divina, decía que la fábrica de nuestro cuerpo había sido hecha acaso y sin consejo, como ya dijimos) sale con él á este partido, que le dará cien años de espacio para que mude la figura ó sitio de alguna destas partes de nuestro cuerpo, y la fabrique y asiente de otro modo que ella está, y verá claro cómo no es posible disponerse ni trazarse mejor que como ella está fabricada y asentada. De lo cual maravillado Salomón, y viendo cuán bajo quedaba el entendimiento humano para entender el primor y subtileza deste artificio divino, dijo: Así como no sabes cuál sea el camino del aire, y de qué manera se fabrican los miembros en el vientre de la mujer preñada, así no conoces las obras de Dios, que es el hacedor de todas las cosas.

Conoció el sancto rey David el artificio desta obra, no por estudio de filosofía humana, que no aprendió, sino por especial revelación de Dios. Y así en el Psalmo 138, que todo trata de la sabiduría de Dios (en el cual dice que todas las cosas pasadas y venideras le son presentes, y que las tinieblas son más claras que la luz delante dél) viene á tratar muy en particular desta fábrica de nuestros cuerpos, donde (según la translación de otros intérpretes,

que sirve para entender la nuestra) en sentencia dice así: Alabaros he, Señor, porque terriblemente habéis magnificado y declarado la grandeza de vuestra sabiduría en la fábrica de mi cuerpo. Maravillosas son vuestras obras, y mi ánima lo conoce mucho. Ninguno de mis huesos hubo escondido á vuestros ojos, cuando mi cuerpo se formaba en lo secreto del vientre de mi madre, y cuando ellos con maravilloso artificio se tejían y enlazaban en él. Y aun estando yo ahí imperfecto y por acabar de organizar, me vieron vuestros ojos, y todos mis miembros estaban escritos en el libro de vuestra sabiduría, los cuales poco á poco procediendo los días, se iban fabricando, y ninguno hubo entre ellos que no fuese de vos conocido, aun antes que fuese formado. ¡Cuán preciosos son, Señor, para mí vuestros pensamientos y consejos, y cuán grande es el número dellos, los cuales si quisiere yo contar, hallaré que sobrepujan las arenas de la mar! Pues en estas palabras declara el Profeta la admirable sabiduría de Dios, que resplandece en la fábrica y artificio singular de nuestros cuerpos. Entre las cuales es mucho de notar aquella palabra (terriblemente os habéis engrandecido) porque esta palabra, terrible, más propria parecía para engrandecer las obras de la divina justicia que las de su sabiduría, de que aquí el Profeta va hablando. Mas la razón es, porque después que él consideró la profundidad de la sabiduría divina que en esta obra de tanta variedad se descubría, y la grandeza del poder que de una tan simple materia pudo fabricar tantas diferencias de miembros y órganos (como dijimos) quedó el Profeta tan espantado y atemorizado de la majestad y grandeza de Dios que en esta obra veía, que vino á usar de aquella palabra, terriblemente. Donde parece haberle acaecido lo que suele á un hombre que está subido en algún grande risco, ó en alguna torre altísima, que si mira para bajo, y ve aquella profundidad tan grande, parece que se le desvanece la cabeza, y teme, aunque esté en lugar seguro. Pues desta manera temía este Sancto, conociendo por la grandeza desta obra la del artífice que la hizo.

Mas ¿qué mucho es que un profeta lleno de Dios se maravillase tanto desta obra, y se moviese á alabarlo y honrarlo por ella, pues parte desto hallamos en un filósofo gentil? Porque Galeno, príncipe de los médicos, que escribió diez y ocho libros desta admirable fábrica del cuerpo humano, viendo cuánto en ella

resplandecía la sabiduría de Dios, dice que esta su escritura era un himno y alabanza que él componía para gloria y honra de Dios. Ca no está (dice él) su honra en que le ofrezcamos encienso y otras semejantes especies olorosas, ni en que le ofrezcamos sacrificios de cien bueyes, sino en que por el artificio admirable desta fábrica conozcamos la grandeza de la sabiduría que tales cosas supo trazar, y el poder que todo esto pudo ejecutar, y la bondad que tan plenariamente proveyó á las criaturas de todo lo que era necesario para su conservación, sin tener envidia de nada. Todo esto es de Galeno, el cual convencido y enseñado por el artificio admirable desta obra, alcanzó esta tan alta teología. Porque esto fué decir lo que dijo Dios por el profeta Oseas (1): Conocimiento de Dios quiero más que sacrificio. Porque este conocimiento es principio y fundamento de todas las virtudes, como ya está dicho.

Pues siendo esta materia tan provechosa para levantar nuestros entendimientos al conocimiento de nuestro Criador, no será fuera del intento que en esta primera parte seguimos, tratar un poco desta obra, para que por ella veamos siquiera algo de lo que este filósofo gentil veía, aunque esto no será prosiguiendo á la larga esta materia, porque esto sería cosa infinita y ajena de nuestra profesión. Bastarnos ha apuntar las cosas más comunes y más fáciles de entender, y en que más resplandece la sabiduría deste divino artificio.

(1) Oseæ 6.

DE LA FÁBRICA

Y ARMAZÓN DEL CUERPO HUMANO SOBRE LOS HUESOS

CAPITULO XXIV

La orden de proceder requería que tratásemos primero de la fábrica y armazón del cuerpo humano (que consiste en el asiento y orden de los huesos de que él está compuesto) mas hay en esta materia tantas subtilezas y secretos y tantas maravillas, que ni yo las sabría declarar, ni el lector las podría entender. Porque aun los mismos que de propósito estudian esta facultad, no se contentan con lo que la doctrina les enseña, sino aprovéchanse también de figuras y imágines que la representan. Y ni aun esto les basta, sino pasan adelante á hacer anatomía en los cuerpos humanos recién muertos, para que no solo el entendimiento, sino también los ojos sean testigos y jueces de la doctrina. Donde se debe notar que los antiguos médicos tenían por cosa de grande horror hacer esta experiencia en los cuerpos humanos, y por esto la hacían en los animales que se hallaban más semejantes á ellos. Y para que se abaje la soberbia y vanidad de los gentiles hombres y mujeres, y vean de qué se vanaglorían, sepan que los cuerpos que los antiguos hallaron más semejantes á los nuestros (aunque sea vergüenza decirlo) fueron los de las monas y puercos. Y así Galeno, que más divina y largamente trató esta materia, se rigió en todo lo que escribió, por la fábrica de los cuerpos de las monas. Y por esto es agora corregido por los nuevos anatomistas, los cuales hallaron por experiencia que en algunas cosas se diferencian nuestros cuerpos de los destos animales.

Así que por ser esta materia tan varia y de tanta subtileza, no me debo entremeter en ella, puesto caso que no hay en ella hueso alguno grande ni pequeño que no esté predicando la sabiduría y providencia del Criador que esto trazó. Solamente diré que el armazón del cuerpo humano se compone de muchas piezas, y es todo como hecho de gonces, para que así pueda el hombre jugar

de todos sus miembros, y menearlos sin dificultad. Y no piense nadie que son pocas estas piezas, porque (como arriba tocamos) son muchos estos huesos, los cuales todos están enlazados unos en otros con unas encajaduras tan ajustadas y proporcionadas y tan perfectamente compasadas, que ninguno de cuantos entalladores hay en el mundo, las pudiera hacer con tanto compás y perfección.

Y porque no se desencajasen los huesos, proveyó el Criador de cuerdas tan firmes y de tales ligamentos al derredor destas junturas, que no sea posible desencajarse un hueso de otro, sino con alguna grande violencia. Pues todas estas encajaduras con sus cuerdas y ligamentos, junto con la figura de los mismos huesos tan proporcionados y medidos para la consistencia y servicio del cuerpo humano, son voces que están predicando la sabiduría de aquel artífice soberano que sin compás y sin regla, y sin algún otro instrumento, trazó todo esto en las entrañas de una mujer, sin poner ella mano en esta obra.

Y si algún ejemplo hay con que podamos entender algo del artificio desta obra, es el que ya pusimos de la fábrica de un arnés tranzado, el cual acomodándose á los miembros del cuerpo humano, los cubre de pies á cabeza, y así también es compuesto de diversas piezas con sus junturas, para que pueda el hombre armado abajarse, y levantarse, y menear y doblar los brazos, y apretar la lanza y la espada en la mano. En lo cual todo imita el arte á la naturaleza, en cuanto le es posible, porque en todo no puede. Lo cual (dejadas aparte otras ventajas) se conoce viendo cuán pesada y dificultosamente manda sus miembros un hombre armado, y con cuánta facilidad se mueven los miembros de cuerpo humano (como se ve en los que corren, y voltean, y bailan) siendo mucho mayor el número de los huesos y junturas de nuestro cuerpo que las piezas de cualquier arnés.

Puede también compararse esta fábrica con la de una casa alta, armada sobre dos columnas. Porque las piernas sirven aquí de columnas que sustentan todo este edificio, cuyas bases son los pies, sobre que ellas se sustentan. Y lo demás es el edificio de la casa, el cual va trabado y enlazado con los huesos del espinazo que suben por las espaldas hasta lo postrero de la cabeza, todo hecho de diversas piezas, como una cadena de diversos eslabones, con sus maravillosas encajaduras: del cual proceden las cos-

tillas, así como en lo alto del edificio hay una viga principal que toma de pared á pared, de la cual proceden las costaneras, ó las que llaman asnas, que sostienen la tablazón con que se cubre y remata el edificio. Pues sobre esta armazón de huesos extendió el Criador la carne y la piel para hermosura del cuerpo humano, así como después de levantadas las paredes de una casa, la encalamos y guarnecemos, para que parezca más hermosa. Porque el que trazó toda esta fábrica era tan sabio, que juntó en una las dos cosas de mayor perfección y más dificultosas de juntar de cuantas hay, que son, provecho y hermosura, y esto con tal primor y artificio, que lo más provechoso es más hermoso, y lo más hermoso más provechoso, como se ve en la fábrica y sitio de todos los sentidos y partes que vemos en los rostros humanos, los cuales, ni para sus oficios ni para la hermosura pudieran tener ni otra figura ni otro sitio del que tienen. Sirve también esta armazón de huesos, no sólo para la firmeza y estatura del cuerpo, sino también para amparar lo flaco con lo fuerte (como adelante veremos) que es también otra providencia deste supremo artífice, enseñándonos en esto que los grandes y poderosos en la república han de ser no desolladores, sino defensores de los que poco pueden. Esto baste de lo que toca al armazón y fábrica del edificio de nuestros cuerpos: agora comenzaremos á tratar de la obra de la nutrición con que ellos se sustentan.

DE ALGUNOS AVISOS GENERALES QUE CONVIENE PRESUPONER PARA TRATAR DE LA PRIMERA FACULTAD DE NUESTRA ÁNIMA, QUE PERTENECE Á LA NUTRICIÓN Y SUSTENTACIÓN DEL CUERPO

CAPÍTULO XXV

Antes que comencemos á tratar de la facultad del ánima vegetativa, conviene presuponer algunos avisos y documentos generales que sirven para la inteligencia desta facultad. Es pues agora de saber que en nuestra ánima hay tres potencias ó facultades, de las cuales la primera es vegetativa, cuyo oficio es nutrir y mantener el cuerpo, y otra que llaman sensitiva, que es la que nos da sentido y movimiento, y la tercera es la intelectiva, que nos diferencia de los brutos, y nos hace semejantes á los ángeles. Estas tres facultades dió el Criador á una simple substancia, que es nuestra ánima: lo cual es una tan grande maravilla, como si hiciera una criatura que fuera juntamente ángel y caballo, pues nuestra ánima ejercita en nosotros los oficios destas dos tan diferentes criaturas, pues ella entiende como ángel, y come y engendra como caballo. Por lo cual algunos filósofos no admitieron esto, antes dijeron que estas tres facultades de nuestra ánima eran tres ánimas, las cuales ellos ponían en diversos lugares de nuestro cuerpo, es á saber, la vegetativa en el hígado, y la sensitiva en el corazón, y la intelectiva en la cabeza, y ésta postrera decía Platón que era el hombre, no consintiendo que una cosa tan baja como nuestro cuerpo fuese parte esencial del hombre, sino una casa donde el ánima moraba, ó un candelero donde se ponía la candela encendida de nuestro entendimiento.

Pues conforme á esta división susodicha, trataremos primero de la facultad del ánima vegetativa que tenemos común con las plantas, que también viven y se mantienen como nosotros, y después trataremos de las otras dos facultades del ánima, que son la sensitiva y inteletiva. Éste sea el primer presupuesto.

El segundo sea el que todos sabemos, que es, ser necesario mantenimiento ordinario para conservar la vida. La razón desto es porque el calor de nuestros cuerpos (mediante el cual vivimos) ése también no menos es causa de nuestra muerte que de nuestra vida. Porque con su eficacia consume la substancia y las carnes del hombre, como lo vemos en los dolientes que por hastio ó por dieta no comen, los cuales á cabo de días vemos flacos y descarnados. El ejemplo desto vemos en la lámpara que queremos que siempre arda, donde el ardor de la llama poco á poco va consumiendo el aceite que la sustenta. Por lo cual es necesario cebarla siempre, para que siempre se repare lo que siempre se gasta. Pues lo mismo hace el calor natural en nuestros cuerpos que la llama en la lámpara, el cual siempre gasta y consume nuestro húmido radical, y por esto conviene restaurar lo que así se gasta, con el manjar que se come. Donde se ha de notar que deste manjar toma el cuerpo para sustentarse la grosura y aceitoso que hay en él. De suerte que si coméis una camuesa, sírvese la naturaleza de lo aceitoso della para restaurar lo que se perdió. Y porque nunca es tan perfeto lo que se restaura como lo que antes había, de aquí viene poco á poco el húmido radical á perder de su vigor y virtud, y cuando éste del todo se menoscaba, viene á acabarse juntamente con él la vida, si alguna dolencia ó violencia no se anticipó á darle más temprano fin.

El tercero presupuesto es, que pues todo el cuerpo con todas sus partes se ha de mantener, y á todas conviene que corra el mantenimiento, es necesario que en todo él haya caminos por do corra el mantenimiento, y los espíritus, y el calor á todas partes, y así lo trazó el Criador lleno de venas y arterias y niervos, dellos mayores y dellos menores para este efeto. De modo que él es como una ciudad que está toda llena de calles y de callejuelas para el paso y servicio de los que la habitan. Aunque no sé si es más acomodado ejemplo el de una red muy menuda. Porque así está todo nuestro cuerpo entretejido y lleno, no de una, sino de cuatro maneras de redes, como adelante declararemos. Lo cual se parece más claro en las hojas de los árboles, mayormente cuando son grandes, en las cuales vemos tantos hilicos, unos mayores y otros más delgados que cabellos, que son la tejedura con que se sostiene y mantiene la hoja. Y no contento con esto ordenó el Criador que todo el cuerpo fuese (como los médicos lo llaman)

transpirable, que es estar todo lleno de poros, para que haya comunicación de unos miembros á otros.

El cuarto sea que aquel sapientísimo artífice puso tres facultades necesarias en todos los miembros para su mantenimiento, que llaman atractiva, conversiva y expulsiva. Porque cada miembro atrae de las venas, que son acarreadoras del mantenimiento, lo que es necesario para su nutrición, y después lo convierte en su substancia, y si tiene alguna superfluidad que no le convenga, despídela de sí. Mas entre estas tres facultades es más admirable la primera, que es la atractiva. Porque como en aquella masa de la sangre vayan los cuatro humores de que están compuestos nuestros cuerpos, que son, sangre, flema, cólera y melancolía, cada miembro (como si tuviese juicio y sentido) toma lo que conviene á su naturaleza, y no toca en lo demás. Y conforme á esto, el hueso que es duro y sólido, el cual también se mantiene y crece como los otros miembros (según que lo vemos en los huesos de los niños que van creciendo con la edad) toma de aquella masa el humor frío y seco, porque éste le es más natural y más proporcionado á su substancia. Y así lo hacen todos los demás, cada cual en su manera. Pónese para esto el ejemplo de la piedra imán, la cual teniendo á par de sí diversos metales, solamente atrae á sí el hierro, dejados los otros. Pues el que dió tal virtud á esta piedra, también la dió á los miembros para que cada uno tomase para sí de aquella masa lo que fuese más conforme á su substancia. Lo mismo vemos en la elección de los manjares que hacen los animales. Porque si pusiéredes juntos un pedazo de carne, y un poco de trigo, y otro de yerba, la oveja acudirá á la yerba, y el can á la carne, y la gallina al trigo. Pues quien dió á los animales este natural conocimiento del manjar que les conviene, dió también á los miembros este mismo instinto y naturaleza, para que tomase cada uno de aquella masa lo que más le convenía.

El quinto sea, que en este nuestro cuerpo hay aquella hermandad que el Apóstol tantas veces nos encomienda. Porque todos los miembros y sentidos sirven unos á otros, y todos al bien común, que es á la conservación del todo: mas esto con tal orden, que los menos nobles sirven á los más nobles, y así la primera digestión del manjar, que se hace en los dientes, sirve á la segunda, que se hace en el estómago, y éste á los intestinos, y éstos

al hígado, y el hígado al corazón y á todo el cuerpo, y el corazón al celebro, que es el más noble miembro (donde reside el senado y los cónsules, que son los sentidos exteriores y interiores) y así él también provee de sentido á todos los miembros, para que por este ejemplo se vea cómo la preeminencia y dignidad de los mayores se ha de emplear en el gobierno y provecho de los menores.

Hay también aquí otra providencia del Criador, el cual no consiente que en esta su casa haya cosa desperdiciada y sin provecho, así como no quiso que hubiese en el mundo lugar vacío, ni consistió que los pedazos de pan que habían sobrado del milagro de los cinco panes, se perdiesen. Pues por esto de tal manera trazó el gobierno de nuestros cuerpos, que lo que en una parte sobraba como superfluo, en otra fuese necesario, como lo vemos en la melancolía que desecha el hígado, la cual sirve de mantenimiento para el bazo, que es miembro menos noble, como vemos en las casas de los ricos, donde los criados se mantienen de lo que sobra de las mesas de sus señores. Y lo mismo vemos en las otras superfluidades que despide de sí el hígado y el estómago.

Sobre todo lo dicho se ha de advertir otra cosa que no menos declara el consejo de la divina Providencia, y es que (como Aristóteles dice) no hace la naturaleza (esto es, el autor della) sus obras semejantes á un cuchillo que había en la isla de Delfos, el cual servía de muchos oficios y instrumentos, sino para cada oficio ordenó su proprio instrumento, los ojos para solo ver, los oídos para oir, las narices para oler, &c. En lo cual se ve la realeza desta casa de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó para morada de nuestra ánima, como para cosa criada á su imagen y semejanza. Porque vemos que en una casa de un escudero ó de algún pobre hidalgo muchas veces no hay más de uno ó dos criados que sirven de todos los oficios de casa, mas en la casa de un rey vemos que hay gran número de oficios y de oficiales, diputados cada uno para su oficio. Porque como el rey es rico y poderoso, tiene facultad y caudal para sustentar todo este número de oficiales. Pues aplicando esto á nuestro propósito, ninguna casa real ha habido en el mundo (aunque fuese la de Salomón, que tan grande espanto puso á la reina Sabá) que tantos oficiales tuviese cuantos tiene la casa real de nuestro cuerpo, que el Criador fa-

bricó (según está dicho) para morada de nuestra ánima, en la cual siendo tantos y tan varios los oficios, no se hallará un oficial que tenga dos oficios juntos, sino cada uno el suyo. Y si alguno parece tener más que uno, es por razón de la diversidad de partes que hay en él. Esto se ve no sólo en los cinco sentidos exteriores, sino mucho más en los miembros interiores. Y así él fabricó el estómago para cocer el manjar, las tripas para recebirlo y purgarlo, el hígado para hacer la masa de la sangre, el corazón para criar los espíritus de la vida, los sesos del celebro para criar los espíritus animales, las venas para repartir la sangre, las arterias para llevar los espíritus vitales, y los niervos para repartir los animales, y así otros muchos que pudiéramos aquí contar. Lo cual todo sirve no sólo para declarar la orden de la divina Providencia, sino también para instrucción y fundamento de la medicina. Porque entendida la calidad y condición de las partes del cuerpo, y la dependencia que tienen unas de otras, saben los médicos dónde han de aplicar las medicinas, y en qué lugares han de mandar hacer las sangrías, y dónde han de dar el cauterio de fuego, con lo demás. Porque ya hemos visto curarse un gravísimo dolor de ciática que estaba en el cuadril del muslo, dando un cauterio en el oído, por la dependencia que hay desta parte superior á la otra inferior.

Propuestos agora pues estos documentos generales, descendiremos á tratar del uso y oficio de las principales partes de nues tro cuerpo, para que veamos cuán perfectamente sirven á la facultad del ánima vegetativa, que es, á la sustentación de nuestra vida. Y en la acomodación y proporción destas partes para este fin veremos claro el artificio y sabiduría de la divina Providencia que esto trazó y ordenó.

DE LOS MIEMBROS NECESARIOS PARA LA DIGESTIÓN Y PURIFICACIÓN DEL MANJAR

CAPITULO XXVI

PUES como sea necesario el mantenimiento para la conservación de nuestra vida, proveyó la divina Sabiduría de muchos y diversos oficiales para este género de alquimia (si así se puede llamar) porque para una mudanza tan grande como es hacer de pan ó de cualquier otro manjar carne humana, eran necesarios muchos oficiales y muchos cocimientos y alteraciones del manjar, para que dejada su propria forma se mudase en nuestra substancia.

Pues la primera digestión y el primer oficial que la ha de hacer, es la boca, la cual digestión es tan necesaria, que (como dicen los médicos) el yerro de la primera digestión no se corrige en la segunda. Ca todos los miembros tienen sus oficios limitados, y son entre sí tan comedidos, que ninguno quiere usurpar el oficio del otro. Los instrumentos con que la boca hace esta primera digestión, son los dientes. En cuya fábrica comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, porque los que están en medio, son agudos para cortar el manjar, y los postreros de un lado y de otro son llanos como las piedras de un molino, para moler y desmenuzar lo que los otros hubieren cortado. Y aun otra particularidad hay en ellos, que no se debe echar en olvido, y es que así como los molineros pican las piedras para que corten mejor el grano, en lugar desta picadura formó el Criador nuestras muelas no lisas ni del todo llanas, sino con alguna desigualdad, que sirve de picadura, y ésta tan firme, que moliendo siempre el manjar, permanece y dura cuasi toda la vida, sin tener necesidad de renovarse cada día como la otra. Y porque hay algunos manjares duros y dificultosos de cortar, para esto formó los colmillos, que son más recios, para vencer esta dureza y dificultad. Y porque para esto se requería mayor firmeza, proveyó que tuviese cada uno tres raíces con que se encarnase en las en-

cías, como quiera que los dientes delanteros, que son para menos trabajo, no tengan más que dos, para que por aquí se vea cómo á ninguna cosa, por muy menuda que sea, faltó la divina Providencia. Sirve también para esta digestión la lengua como pala de horno, traspalando el manjar de abajo arriba, para que por todas partes quede molido y desmenuzado.

De la boca se sigue por la garganta un coladero ó garguero (porque así le llamaremos de aquí adelante) el cual atrae á sí el manjar ya molido, y lo lleva al estómago, que es el cocinero general de todos los miembros. Mas antes que pasemos adelante, será necesario advertir que de la parte de nuestra boca más vecina á la garganta proceden dos canales: la una es este garguero que decimos, por do va el comer y beber al estómago, el cual está siempre cerrado para que no éntre aire ni frío por él, que impida el cocimiento de la digestión, pero ábrese y dilátase con el mismo manjar, que el estómago atrae á sí. Mas la otra canal va á parar al pulmón, que es por donde respiramos y hablamos, y ésta está siempre abierta, para que siempre respiremos por ella. Y por esto el Criador la hizo anulosa, porque es compuesta de unos círculos como anillos, aunque no toda, sino los dos tercios della, para que así esté siempre tesa y abierta para el oficio susodicho. Mas con todo eso á la boca desta entrada está una lengüeta tan delicada y asentada con tal primor, que el mismo aire con que respiramos la abre y la cierra, como lo hace el agua de la marea en la compuerta de los molinos de la mar, cuando sube y cuando baja. Y sirve esta lengüeta para que no éntre por la caña del pulmón algún polvo ó aire destemplado que pueda hacer algún daño.

Mas preguntará alguno: ¿por qué razón los dos tercios desta canal son anulosos, y el otro tercio no, antes es de una materia blanda y flexible? Aquí comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, que de nada se olvidó. Porque si toda esta canal fuera anulosa y estuviera tesa sin doblarse, pudiera un hombre ahogarse con un bocado grande. Mas siendo el un tercio blando, por la parte que se junta con el coladero que decimos, dilátase y da amor de sí, para que el bocado pueda pasar sin este peligro.

Mas otra providencia hay aquí más admirable. Porque preguntará alguno: si la canal que va á parar al pulmón, ha de es-

tar abierta, podrá entrarse por ella el manjar ó el beber, y ahogarse ha el hombre. Porque por experiencia se ve que si una sola gota de agua entra por ella, nos vemos en aprieto, y todo se nos va en toser para echar fuera lo que por allí entró. Pues ¿qué remedio para esto? Hallólo aquella infinita Sabiduría.

Para lo cual habemos de presuponer que esta canal está por la parte superior continuada con el coladero. De dónde viene á ser que cuando el estómago atrae á sí el bocado ya mastigado para abajo, abájase juntamente con él este coladero, y cuanto más éste se abaja, tanto sube hacia riba la canal del pulmón, así como acaece cuando están dos cubos de agua atados sobre un pozo, donde vemos que cuanto más tiráis para abajo el uno, tanto más sube para riba el otro. Y subiendo éste para lo alto, hace que ninguna cosa ni de lo que se come ni bebe, éntre por él. Lo cual puede experimentar el prudente lector, cuando á este paso llegare, poniendo la mano en la nuez que tenemos en la garganta, y tragando la saliva. Porque luego verá cómo este hueso se levanta y sube á lo alto junto con la canal que está pegada con él. Ésta es una de las singulares obras deste artífice soberano, que halló camino para lo que nuestro ingenio no pudiera alcanzar, trazando estas dos canales de tal manera, que este coladero de una vía hiciese dos mandados, llevando el bocado para abajo, y haciendo que la cabeza de la canal del pulmón subiese hacia arriba, para que desta manera ni lo que se come ni se bebe entrase por ella y ahogase al hombre. Para lo cual también sirve aquella lengüeta que dijimos estar á la boca desta caña, para que nada desto éntre por ella.

Mas volvamos agora al estómago, el cual comienza luego á alterar el manjar que recibe, y á darle otra forma, y aquí se hace la segunda digestión. Y porque ésta no se puede hacer sin calor y sin fuego, sirve para esto primeramente el corazón, que es su vecino, y es miembro calidísimo, y así influye calor en esta olla del estómago. Y sirve también otro vecino, que es el hígado, el cual asimismo es miembro caliente. Y lo que es más admirable, sirve también la cólera, que es como fuego para esto. Porque de la vejiguilla donde ella está, va una vena por do esta cólera camina, á dar calor al estómago. El cual está compuesto de dos túnicas.

Y esta cólera entra por aquella vena entre la una túnica y la

otra, y así como un leño encendido se pone debajo del suelo desta olla para darle calor. Pues ¿quién no adora aquí al autor desta singular providencia? También todos los miembros, como si tuvieran sentido para conocer que el estómago guisa de comer para todos ellos, así ayudan á este cocimiento con su proprio calor. Y de aquí es que acabando de comer se nos enfrían los pies y las manos, porque el calor destos miembros va á ayudar al cocimiento del manjar con que ellos se han de mantener. Y esto se hace mediante una facultad que los médicos llaman virtud regitiva ó regidora de todo el cuerpo, la cual es como mayordomo mayor desta casa real donde nuestra ánima mora. Y ésta es la que hace estas aplicaciones y otras obras semejantes que se requieren para la conservación de nuestra vida.

Deste segundo ventrículo del estómago va luego el manjar á los intestinos, que son las tripas. Y déstas sale gran muchedumbre de venas muy delgadas, las cuales se van ensanchando y ramificando de tal manera, que vienen á parar en un tronco, que es la vena que llaman porta, la cual viene á fenecer en la parte baja del hígado. De modo que ella tiene la misma figura que un árbol, sino que la diferencia está en que en el árbol sube el humor de las raíces y tronco á las ramas, mas aquí por el contrario, sube el licor del manjar de las ramas al tronco, las cuales cuanto están más vecinas á los intestinos, tanto son más delgadas. La causa es, porque no éntre ni vaya por ellas al hígado (donde se hace la tercera digestión) cosa gruesa, sino muy líquida. Y para esto sirve el beber, para hacer más líquido y ralo el manjar, para que así pueda colarse por estas venas tan delicadas.

§ I

Pues volviendo al propósito, por estas venas tan delgadas que nacen de los intestinos, especialmente de los más vecinos al estómago, atrae á sí el hígado el manjar ya digesto y cocido, dejando en los intestinos lo menos puro y más grueso para mantenerlos. Porque como ya dijimos, no se desperdicia nada en esta casa de Dios, y así lo que es superfluo para un miembro, es necesario para otro. Y para que esto se pueda mejor hacer, ordenó aquel artífice soberano que estos intestinos tuviesen tantas vuel-

tas y revueltas (porque tienen más de sesenta palmos en largo) para que en tan largo trecho haya tiempo para atraer el hígado á sí todo lo que fuere de provecho, demás de ser esto necesario para la vida política del hombre. Porque á no haber más de un intestino corto, ni se pudiera el hígado aprovechar bien del manjar (y así el hombre siempre padecería hambre) y á cada paso tendría necesidad de purgar el vientre. Mas á estos inconvenientes proveyó el Criador de la manera que está dicho.

Después que los intestinos han servido deste oficio, las heces que no son ya de provecho, despiden por su desaguadero, el cual está en la más secreta y escondida parte de nuestro cuerpo. Lo cual nota y encarece Tulio, diciendo que así como los que edifican una casa, esconden estos lugares de nuestra purgación de la vista de los ojos por que no se ofendan de cosa tan fea y de mal olor, así aquel soberano artífice desta casa de nuestros cuerpos (donde las ánimas moran) alejó de la vista de nuestros ojos lo que nos pudiera causar descontento y mal olor, si en otra parte estuviera. Mas aquí halló Teodoreto materia para exclamar y glorificar á Dios, por haber tenido tanta cuenta con lo que convenía al hombre, que (siendo él fuente de toda pureza) no se desdeñó de inclinar sus ojos á nuestras vilezas, y poner sus divinas manos en lo que tenemos por cosa indigna de nuestros ojos, para que por aquí se vea que en todo es él admirable.

Tampoco se ha de disimular aquí el regalo de la divina Providencia para con nuestras tripas. Porque como ellas sean de substancia flaca y deleznable (aunque muy vil y conforme al oficio que tienen) no por eso las despreció, antes las proveyó de una tela muy blanda, llena de grosura, que es como una colcha que las abraza y abriga para que estén más guardadas.

Agora volvamos al hígado, donde se hace la tercera digestión y alteración del manjar, el cual atrae á sí lo más líquido dél por aquellas venas delgadas (que dijimos) y lo recibe en los senos y poros de que está lleno. Y como él sea de color de sangre, así de blanco lo muda en su mismo color. Y no contento con las primeras purgaciones (en las cuales se apartaba lo impuro de lo más puro) añade él otra más perfecta, recociendo más con su calor natural el manjar que recibe, y despidiendo de sí lo menos puro, como vemos que lo hace la olla de carne puesta al fuego cuando hierve. Y como en el manjar que dentro de sí recibe, estén todos

los cuatro humores, que son, flema, sangre, cólera y melancolía, lo que sobra de la melancolía envía al bazo, el cual por sus condutos y caminos lo atrae á sí, y se mantiene dél: pero lo demasiado de la cólera envía á la vejiguilla de la hiel, que está pegada con el mismo hígado, la cual atrae á sí este humor, con que ella se mantiene. Para lo cual tiene también sus venas y vías, y si éstas por alguna mala disposición vienen á entupirse, derrámase este humor colérico por todo el cuerpo, y así viene el hombre á hacerse itericiado. Mas porque como se dice que en la casa del sabio no hay cosa ociosa, estos dos excrementos susodichos, que son cólera y melancolía, sirven también después de desechados para otros efectos. Porque la cólera tiene ciertas vías, por las cuales desciende á los intestinos, y mordiscándolos con la viveza de su calor y actividad, hace bajar los excrementos para purgar el vientre. Porque los intestinos ninguna virtud ni vigor tienen para esta expulsión, mas la melancolía que está en el bazo, sirve para causar hambre y gana de comer, sin la cual el animal perecería, si no tuviese este despertador que le solicitase. Y esto hace levantándose y haciendo una corrugación en las paredes del estómago, con las cuales se causa la hambre. En lo cual vemos dos maravillas: la una es descendir la cólera (que naturalmente sube á lo alto, porque es de naturaleza de fuego) y la otra subir la melancolía, siendo su naturaleza descendir á lo bajo, porque es de la condición de la tierra. De lo cual maravillado Avicena, gran filósofo, aunque moro, no se pudo contener que no alabase la divina Providencia, que hace estas dos maravillas para la sustentación de nuestra vida, que son bajar el fuego y subir la tierra. Y si esto hace un moro, ¿qué será razón que haga un cristiano así por éstas como por otras semejantes maravillas?

Quédanos agora otro excremento, allende de los dos ya dichos, que es la aguanosidad de lo que se bebe: la cual dijimos que principalmente servía para que el manjar y la sangre pudiesen más fácilmente penetrar y caminar por todas las venas del cuerpo, de las cuales muchas son muy delgadas. Es pues de saber que después de hecho este oficio, despiden de sí los miembros este humor como carga ya inútil, y parte della se resuelve en sudor, cuando hay ejercicio, y parte vuelve por los mismos pasos al tronco de la vena grande que procede del hígado, por donde salió: debajo del cual están los riñones, y éstos tienen dentro de

sí sus concavidades y senos, á donde viene á parar la orina, la cual atraen á sí por una vena que llaman chupadora, diputada para este oficio. Y porque ellos no pueden retener tanta abundancia de humor en sí, proveyó el Criador de un receptáculo, que es la vejiga, en que este humor se recogiese. Mas la manera en que la orina entra en este estanque, es cosa tan admirable, que por ella Galeno, filósofo gentil, nos convida á mirar en esto el artificio de la Providencia divina. Porque destos dos riñones nacen dos venas (que se llaman uréteras) las cuales, una por un lado y otra por otro, van á parar á este estanque. Y por ser ellas muy subtiles y delicadas, son causa de gran dolor á los que padecen enfermedad de piedra, porque por ellas deciende la piedra á la vejiga, y así los dolores de los tales son semejantes á los dolores de parto. Mas veamos agora la puerta por donde entra así la piedra como el humor. Pues para esto es de saber que esta vejiga tiene dos túnicas ó camisas, la una junta con la otra, y aquellas venas que llamamos uréteras, van á fenecer cada una por su parte en la primera destas túnicas por un sotil agujero que para esto tienen, y en la otra túnica interior está otro, mas no enfrente deste primero, sino más abajo: y por estas venas que dijimos (las cuales hacen en el camino ciertas vueltas) va la orina entre ambas túnicas, hasta llegar al otro agujero de la túnica interior, por donde entra en la vejiga, y después de entrada no puede volver atrás por estar muy conjunta la una túnica con la otra. Esto vemos en una pelota de viento, en la cual el mismo viento cierra la boca por do entró, con un poquito de cuero que está á par de ella. Pues desta manera entrando la orina por el primer agujerillo de la primera túnica, y caminando por entre ambas al segundo de la segunda, que está (como dijimos) desviado del primero, en entrando en la vejiga por él, no puede tornar á salir, porque este segundo agujerillo se cubre con la primera túnica, la cual está tan pegada con la segunda, que tapa aquel agujerillo de tal manera, que ni la orina puede volver atrás, ni aun aire puede entrar por él. Esto vemos cada día por experiencia, porque toman los muchachos la vejiga de un animal, y soplando por el caño della, hínchenla de viento, y atada esta boca, se queda llena de aire sin que pueda salir repunta dél. Pues en este caso piden los que esto saben á los que no lo saben, ¿por qué vía entró la orina, y también la piedra cuando la hay, en la vejiga, pues ella

está por todas partes tan cerrada, que ni un vaho de aire entra ni sale por ella? La causa es la que está dicha, que nos declara la traza y artificio admirable de aquella infinita Sabiduría que así lo supo ordenar. En lo cual vemos también que así como proveyó de tan largos intestinos para retener los excrementos del manjar ya digesto, para que no anduviese el hombre á cada paso purgando el vientre, así proveyó deste estanque, por que no anduviese siempre orinando. Y á la boca deste estanque puso el Criador su cerradura, que es un nervecico, el cual tiene apretada y cerrada aquella puerta como si con dos dedos apretásedes el cuello de una bota, para que no se derramase lo que está dentro della. Y es cosa ésta, en que no menos resplandece la divina Providencia que en la pasada, la cual de tal manera subjectó este niervecico tan pequeño al imperio de nuestra voluntad, que cuando ella quiere que se abra para evacuar el humor, se abre, y cuando quiere retenerlo, se cierra y aprieta. Por lo cual todo sea bendito el obrador de tantas maravillas y providencias.

Del oficio del hígado.

§ II

AGORA volvamos al hígado, ya purificado destos excrementos susodichos, y al repartimiento de la sangre que en él se engendró. Para esto se ha de presuponer que el hígado es como el despensero de la casa de un gran señor, que reparte sus raciones y da de comer á todos los de su casa. De suerte que como el estómago es el cocinero, así el hígado es el repartidor y despensero. Pues él hace desta masa de la sangre dos partes principales: la una es para mantenimiento de todos los miembros y huesos, la cual sangre se distribuye por las venas de todo el cuerpo, que tienen su principio y raíces en el hígado. Del cual nace un tronco, que es una vena grande, que se llama la vena cava, y ésta á manera de las ramas de un árbol se va ramificando en diversas venas, unas mayores y otras menores, como lo vemos en las ramas de cualquier árbol, y aun en cada una de sus hojas. Éstas pues extendidas por todo el cuerpo, llevan la sangre mezclada con los otros humores y la reparten por todos los miembros sin

dejar parte alta ni baja sin su ración. La cual los mismos miembros llaman y atraen á sí con aquella virtud atractiva que dijimos, y atrae cada miembro á sí de toda aquella masa lo que es conforme á su naturaleza. Y así los huesos, que son duros, atraen á sí de los cuatro humores el que es frío y seco, porque estos dos humores son proporcionados á la naturaleza dura que ellos tienen. Donde entreviene otra maravilla, que con ser la sangre cuerpo pesado y que naturalmente corre para bajo, no menos sube del hígado á la cabeza para mantener á ella, junto con todos los huesos y casco duro que hay en ella. Y desta masa también resultan superfluidades y excrementos: mas ni aun éstos quiso el Criador que fuesen inútiles, porque dellos se crían los cabellos y los pelos de la barba en los hombres.

Esto es pues en lo que se gasta la mayor parte de la sangre. Mas otra parte della va derecha al corazón, el cual como tenga dos ventrículos ó senos distinctos, recibe esta sangre en el primero dellos, y allí con el gran calor dél, otra vez se refina y purifica, despidiendo por la canal del pulmón toda la fumosidad y hollín que tiene. Y deste primer seno va al segundo, donde aún más se afina, y de sangre venal se hace arterial, que es una sangre purísima y calidísima, la cual sirve para engendrar los espíritus que llaman vitales, porque son los que dan calor y vida á nuestros miembros. Desta manera aquella infinita sabiduría y providencia dispone todas las cosas suavemente, dando orden cómo las cosas imperfectas y groseras se vayan de tal manera perfeccionando y adelgazando, y (si decir se puede) espiritualizándose, con lo cual tengan mayor virtud para oficios más altos y más importantes, como luego diremos. Y para esto diputa sus vasos y senos con especiales propriedades y virtudes, para que esto se pueda convenientemente hacer, como lo vemos en estos dos senos del corazón y en todo lo que luego diremos que dél procede. Lo cual bien considerado, nos obligará á exclamar muchas veces con el Profeta Real, diciendo: ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están hechas con suma sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas y maravillas.

Porque tras desto se siguen luego las arterias, que proceden del mismo corazón (las cuales llevan dentro de sí la sangre que llaman arterial, y los espíritus vitales por todo el cuerpo) así como del hígado nacen las venas, que llevan la sangre nutrimen-

tal con que nos mantenemos: y así se distribuyen estas arterias y ramifican por todo el cuerpo como las mismas venas. Mas esto con tal orden, que las arterias van siempre caminando debajo de las venas: lo cual dispuso así el maestro mayor desta fábrica, lo uno, porque las arterias (que son de mayor dignidad) tengan esta cubierta para que estén más guardadas, y lo otro, porque puestas debajo de las venas, den calor á la sangre, sin el cual se helaría y cuajaría. Porque la sangre arterial que procede del corazón, es calidísima, por ser tal la fuente de donde nace. Y porque es esta sangre muy viva y muy activa, fortificó el Criador estas arterias con dos túnicas tan recias como si fuesen de pergamino, para que esta sangre no pudiese reventar y salir de su lugar. Esta sangre arterial sale por el tronco de una grande arteria que procede del corazón, el cual tronco se reparte en los brazos, que después se van ramificando y extendiendo por todo el cuerpo así como las venas, hasta hacerse muy delgadas, y el uno destos brazos desciende á todos los miembros que están debajo del corazón hasta los pies, y el otro sube á los que están sobre él hasta la cabeza, no sólo para dar calor y vida á estas partes más altas, sino para que della se engendren los espíritus que llaman animales, de que luego trataremos.

Del corazón.

§ III

Y por cuanto esta sangre se engendra en el corazón, será necesario tratar luego dél. Está pues él como rey en medio de nuestro pecho, cercado de otros miembros principales, que sirven al regimento del cuerpo. Es él un miembro calidísimo, porque tal convenía que fuese el que había de influir calor de vida en todos los miembros. Es tan grande su calor, que si acabando de matar un animal grande, como es un buey, metiésedes la mano en él, no la podríades sufrir. Tiene dentro de sí dos senos ó vientrecillos, uno al lado derecho y otro al izquierdo, repartidos con una paredilla que está en medio de ambos, hecha de la misma substancia del corazón, que es una carne dura, porque tal la hizo el Criador, para tener dentro de sí una sangre tan caliente y tan

viva que en él se engendra, para que no se rezumase por las paredes dél. Del primero destos senos va la sangre al segundo á refinarse más, como dijimos. En lo cual se ve otra providencia de aquel artífice soberano, que son los agujeros por donde así la una sangre como la otra hace éstas sus entradas y salidas: en los cuales puso el Criador sus compuertas levadizas, que son unas telas delgadas, semejantes á las compuertas de los molinos de la mar (de que arriba hecimos mención) las cuales la misma mar, cuando sube ó deciende, abre y cierra. Porque así aquí la misma sangre, cuando entra, las abre y cierra, para que después de entrada no pueda salir.

De los pulmones ó livianos.

§ IV

Por ser el corazón calidísimo (como está dicho) le proveyó aquel sapientísimo maestro como á rey de un continuo refrescador que le está siempre haciendo aire para que no se ahogue con su demasiado calor. El cual oficio ejercita siempre, así cuando dormimos como cuando velamos, porque en ambos tiempos respiramos. Y por eso la substancia del pulmón formó el Criador esponjosa y liviana (de donde le vino el nombre de livianos) para que fácilmente se pueda mover, extender y encoger. De suerte que este miembro, á manera de fuelles, se está siempre abriendo y cerrando, y abriendose, recibe el aire fresco con que refrigera el corazón, y cerrándose, despide el caliente que dél procede. Y en gratificación deste continuo servicio le mantiene el corazón y da de comer de su mesa real. Porque sustentándose todos los otros miembros con la sangre de las venas (que es como pan casero común á todos) éste solo come de la mesa de su señor, porque se mantiene de la sangre arterial que se forja en el mismo corazón, que es purísima y finísima.

Sirve también el pulmón para la voz, porque saliendo el aire que él despide de sí con algún ímpetu, y tocando en el gallillo ó campanilla que tenemos á la entrada dél, se forma la voz. Por dónde si esta campanilla está hinchada con algún humor grueso, apenas podemos oir la voz de los que esto padecen, y mucho

menos la de aquéllos que la tienen comida y gastada. Mas aquí es de notar que la boca de la caña deste pulmón ni es grande ni redonda, antes es hendida así como la abertura de un alcancía. Lo cual sirve para formar la voz, porque deste modo están fabricadas las bocas de las flautas y dulzainas, porque desta manera entrando por ellas el aire colado, se causa la voz. Donde vemos la conformidad del arte con la naturaleza que Dios crió, aunque primero fué la naturaleza que el arte.

Mas aquí es cosa digna de mucha consideración ver la omnipotencia y sabiduría del Criador, que pudo formar una como flauta de carne, la cual sirve para cantar. Porque hacer una flauta ó trompeta de materia sólida, como es de madera ó de algún metal, no es mucho, porque la dureza de la materia sirve para la resonancia de la voz. Mas hacer esto de carne (cual es la caña del pulmón) y que en ella se formen algunas voces de mujeres y de hombres tan suaves, que más parecen de ángeles que de hombres, y éstas con tanta variedad de punctos, sin tener los agujeros de las flautas, que sirvenpara esta variedad, esto es cosa que declara el poder y la sabiduría de aquel artífice soberano, que de tal manera fraguó la carne desta caña que se pudiese en ella formar una voz más dulce y más suave que la de todas las flautas y instrumentos que la industria humana ha inventado. Y aun no carece de admiración la variedad que en esto hay para servicio de la música acordada. Porque unas canales hay delgadas, en las cuales se forman los tiples, y otras en que se forman voces tan llenas y tan resonantes, que parecen atronar toda una iglesia, sin las cuales no podría haber música perfecta. Lo cual todo trazó y ordenó así aquel divino Presidente, para que con esta suavidad y melodía se celebrasen los divinos oficios y sus alabanzas, con que se despertarse la devoción de los fieles.

Mas aquí es de notar que cuando á la voz que por aquí sale, se añade el instrumento de la lengua, venimos á articular y distinguir esa voz, y así se forma la habla, sirviéndonos deste instrumento, y hiriendo con él unas veces en los dientes y otras en lo interior de nuestra boca. En lo cual vemos cómo el arte imita á la naturaleza en los instrumentos que ha inventado, como parece en las flautas y en los órganos. Porque en los órganos (poniendo en ellos ejemplo) hay unos fuelles que envían aire á los caños, y después tocando el tañedor en diversas teclas, hace diversos so-

nidos. Pues así el pulmón abriéndose y cerrándose sirve de fuelles, el cual cerrándose envía por su propria canal este aire que de sí echa, y después la lengua hiriendo en las partes de la boca susodichas como en unas teclas, viene á articular la voz, y así se forman diversas palabras, con que el hombre (como animal político) trata y declara sus pensamientos y conceptos con otros hombres. El mismo ejemplo podemos poner en una flauta, por cuyo caño como por la caña de nuestro pulmón corre el aire que dél procede, y el tocar diversos agujeros della es como tocar con la lengua diversas partes de lo interior de nuestra boca, y así como la flauta hace diversos sonidos tocando en diversos agujeros, así la lengua tocando en diversas partes de nuestra boca, forma diversas palabras. Desta manera nos dió el Criador facultad para hablar y comunicar nuestros pensamientos y conceptos á otros hombres. Lo cual así como es proprio del hombre entre todos los animales, así es un singular beneficio del Criador, de que carecen los mudos. En lo cual también resplandece su providencia, pues del aire caliente que el corazón despide de sí por serle dañoso, se sirve para una cosa tan provechosa como es la voz y habla del hombre. Porque ninguna cosa quiere él que haya de sus obras tan inútil y despreciada, que ya que no sirva para una cosa, deje de servir y aprovechar para otra, como está dicho.

Tiene también otra facultad y virtud el pulmón, que es disponer el aire que por él entra, para que dél se engendren aquellos espíritus vitales que dijimos, los cuales se forman de los vapores de la sangre arterial, junto con una parte de aire. El cual distribuyéndose por todos los senos y substancia del pulmón, recibe dél virtud para esto. Los cuales espíritus, demás de darnos vida, sirven de otro oficio no menos importante, que es, ser materia de que se engendren otros espíritus más nobles, que son los que se llaman animales, mediante los cuales sentimos y nos movemos, como diremos luego.

Consideración sobre lo dicho.

§ V

Agora será razón filosofar un poco sobre lo que habemos hasta aquí tratado. Donde veremos cómo la divina Sabiduría ordena y dispone todas las cosas (como decimos) suavemente, que es, procediendo por las causas á sus efectos, y proporcionando las causas con la dignidad de los efectos que quiere producir, de tal manera que cuanto es más noble la forma que quiere introducir, tanto más perfectamente dispone la materia en que se ha de recebir, porque no haya desproporción entre las causas y sus efectos y entre la materia y la forma que della ha de proceder. Y comenzando por la primera causa de nuestra nutrición y mantenimiento, vemos que el manjar se mastiga y dispone en la boca para ir desmenuzado y molido al estómago, donde toma otra forma, que los médicos llaman quilo, con la cual purificado de las heces que se despiden por los intestinos, se dispone para ir al hígado, en el cual recibe otra forma más perfecta, que es de sangre. Y purificada ya ésta, y despedida la cólera y melancolía con la superfluidad de lo que bebemos, se dispone para ir al seno derecho del corazón. Y en éste se refina y purifica más para ir al seno ó ventrículo izquierdo, donde se forman los espíritus vitales, y ésos así dispuestos vienen á ser materia de que se engendran los otros espíritus más nobles, que son los que dijimos llamarse animales.

Por lo dicho verá el prudente lector lo que acabamos de decir, que es la orden que la divina Sabiduría tiene en la procreación de las cosas, ordenando que la materia se disponga conforme á la dignidad de la forma que ha de recebir, de tal modo que cuanto fuere más noble la forma, tanto sea más perfecta la disposición que se apareja para ella. Pues aplicando esta misma orden á las cosas espirituales, entenderemos que conforme al estado ó á la gracia que queremos alcanzar, así nos conviene disponer y aparejar. Y según esto, el penitente que desea alcanzar el fructo y efecto de la confesión, ha de ir dispuesto y aparejado con el dolor y arrepentimiento de los pecados y con el examen de su

consciencia. Asimismo para recebir el fructo del Sacramento del altar, conviene que vaya con otra más perfecta disposición, porque este sacramento es más alto y más divino, para el cual debe ir con actual devoción, y no sólo libre de pecados, sino también de todos los pensamientos que pueden distraer y menoscabar su devoción. Y no sólo para los sacramentos, mas para todas las gracias y dones espirituales han de preceder convenientes aparejos y disposiciones para ellos. Y según esto, el que desea gozar de la suavidad y consolaciones del Espíritu Sancto, ha de despedir de sí los gustos y consolaciones del mundo, como lo hacía David, cuando decía: Desechó mi ánima las consolaciones de la tierra, puse mi memoria en Dios, y en él me deleité.

Asimismo el que quisiere aspirar á la perfección del amor de Dios, ha de despedir de sí todos los amores desordenados del mundo. Y si deseare llegarse de tal manera á Dios, que venga á hacerse un espíritu con él (que es hacerse un hombre espiritual y divino) ha de mortificar cuanto le sea posible todo lo carnal y terreno, cuando fuere impedimento de lo divino. Y si deseare hacerse semejante á aquel Señor que es único y sumo bien, por la parte que él es bien, ha de apartarse de las cosas malas, y por la que es sumo, no se debe ocupar en cosas bajas, aunque no sean malas, y por la que es único, no se debe entremeter en muchas cosas, aunque sean buenas, si fueren demasiadas y tales que con su demasiada ocupación ahoguen el espíritu de la devoción. Y si para conseguir esto desea darse á la vida contemplativa, y tener cuando piensa en Dios la imaginación quieta y libre de otros pensamientos, ha de ser como dicen los santos, sordo, ciego y mudo para las cosas del mundo, y así tendrá más desembarazada y pura la casa de su ánima, y más libre del ruido de los pensamientos. Pero si hace lo contrario, no podrá dejar de ser molestado dellos. Y finalmente, el que desea hallar á Dios de veras, sepa que lo ha de buscar de veras, y el que quiere alcanzar dél grandes dones, ha de conformar el trabajo y la diligencia y la vigilancia conforme á la dignidad dellos, así como el que quiere ser gran letrado, ha de ser muy diligente en el estudio.

Esto nos enseña Salomón cuando dice que si deseamos alcanzar la verdadera sabiduría, la busquemos con el ardor con que los hombres trabajan por el dinero, y con la cobdicia de los que cavan buscando tesoros debajo de la tierra. Y conforme á lo

mismo dice Moisén que hallaremos á Dios, si lo buscáremos con todo nuestro corazón y con toda la afición de nuestros ánimos.

Éste es pues el estilo común y ordinario con que nuestro Señor comunica sus dones y gracias á las criaturas, disponiéndolas primero y aparejándolas para ellas. Verdad es que como él no sea agente natural, no está subjecto á estas leyes que él ordinariamente guarda. Ca muchas veces sin que preceda alguna disposición por espacio de tiempo, hace él grandes y súbitas mercedes á quien le place, para manifestación de su liberalidad y magnificencia, como lo vemos en la vocación de S. Pablo, de S. Mateo y de S. Juan y Santiago, los cuales estando remendando sus redes, fueron llamados á la dignidad del apostolado. Y con esto daremos fin al tratado del ánima vegetativa, que sirve para sustentar la vida.

INTRODUCCIÓN PARA TRATAR DEL ÁNIMA SENSITIVA Y DE LOS ESPÍRITUS ANIMALES

CAPÍTULO XXVII

Al principio deste tratado de la fábrica de nuestro cuerpo dijimos cómo los filósofos ponían tres diferencias de ánimas, una que llaman vegetativa, que tienen las plantas, otra sensitiva, que tienen los brutos, y otra intelectiva, que tienen los hombres, mas de tal manera que esta nuestra ánima, con ser una simple y espiritual substancia, tiene estas tres facultades. Porque ella es la que por medio de los instrumentos que están dichos, sustenta nuestros cuerpos, y la que es causa de todos nuestros sentidos y movimientos, y también lo es de los discursos de nuestro entendimiento. Pues habiendo tratado hasta aquí de la facultad más baja, que es de la facultad vegetativa que tienen las plantas, subiremos agora á tratar de la que tiene para darnos vida sensitiva, como la tienen los brutos. En lo cual tanto más resplandece la divina Sabiduría, cuanto esta facultad es más noble que la pasada.

Pues para esto es de saber que todo lo que hasta aquí se ha dicho, no sirve para más que para mantener y dar vida á nuestros cuerpos. Mas porque con esto no pudiendo el hombre moverse de un lugar, ni ver la diversidad de las cosas que en este mundo hay criadas (sin la noticia de las cuales le fuera imposible naturalmente poder venir en conocimiento del Criador) quedaba imperfecta la fábrica, no quiso nuestro Hacedor ser menos liberal con los hombres en esto que en todo lo demás, antes crió en ellos un tercer principio demás del hígado y corazón, en el cual como en una fragua se forjan los espíritus, mediante los cuales vemos, oímos, gustamos, tocamos y nos movemos, llamados por esta razón de los latinos, animales, los cuales se engendran de los espíritus de la vida, que dijimos hacerse en el corazón. Este tercer principio llamamos á los sesos, cuya silla está en la más alta parte del cuerpo, no porque para ellos este asiento

fuese más seguro ó mejor, sino porque estuviesen junto á los ojos, los cuales no podían por ninguna vía estar en otra parte, habiendo de ser (como son) atalayas de la fortaleza de nuestro cuerpo. Pero suplió muy bien nuestro Hacedor la falta que en el sitio había, cubriéndolos de cabellos y cuero y de un muy duro y recio casco, el cual como una celada ó yelmo guarda que fácilmente no sean heridos, y después de dos telas, una más gruesa, llamada dura madre, y otra más delgada llamada pía madre, las cuales envuelven los sesos y las salidas dellos, y todos los nervios. Y porque dije, y salidas, es de saber que los sesos tienen una salida como cola (que comúnmente llamamos el tuétano del espinazo) que nace de la parte más baja de detrás de los sesos, y saliendo por el agujero mayor que se hace en el hueso del colodrillo, deciende por el espinazo hasta el fin del hueso grande, haciéndose siempre algo más delgada.

Mas por cuanto habemos de tratar aquí destos espíritus animales que se engendran en los sesos de la cabeza, y acabamos de tratar de los vitales que se forjan en el corazón, será razón dar la causa por qué todos los médicos y filósofos ponen estos espíritus. Para esto pues debemos traer á la memoria lo que poco ha dijimos, que es disponer y ordenar el Criador todas las cosas suavemente, proporcionando las causas con la dignidad de sus efectos, y disponiendo la materia conforme á la condición de la forma (como vimos en lo pasado) y asimismo proporcionando el instrumento con el agente principal que ha de usar dél, como agora declararemos. Conforme á esto, una manera de espada damos á un mozo de poca edad, y otra mayor á un hombre perfecto y robusto, y otra á un gigante, como la que traía aquel filisteo que hizo campo con David. Desta misma manera para hacer obras muy primas son necesarios instrumentos muy primos y delicados, y para las groseras bastan groseros. Y aplicando esto mismo á las causas naturales, de aquí es que las inteligencias que mediante el movimiento de los cielos gobiernan este mundo inferior (que son substancias nobilísimas y incorruptibles) se sirven de instrumentos nobilísimos y incorruptibles, que son estos mismos cuerpos celestiales, con todas sus estrellas y planetas, con cuyas influencias lo gobiernan todo. Pues viniendo á nuestro propósito, claro está que el ánima que tenemos en nuestros cuerpos, es primer principio y causa de la vida que vivimos, y de

los sentidos y movimiento que tenemos. Lo cual se ve claro, pues faltando el ánima, todos estos oficios y movimientos faltan, no faltando los miembros y sentidos de que ella se servía, pues al parecer se queda la misma figura y materia de los ojos, de los oídos y de todos los otros órganos y sentidos sin hacer sus oficios.

Pues como nuestra ánima sea espíritu (como son los ángeles) era necesario que los instrumentos próximos y inmediatos della se pareciesen y proporcionasen con ella, y ó fuesen puramente espirituales, ó á lo menos se llegasen mucho á la condición y nobleza dellos, cuales son los espíritus de que el ánima se sirve para darnos vida, y mucho más los animales, que son como unos rayos de luz mediante los cuales nos da sentido y movimiento. Porque de otra manera, desproporción grande fuera que una substancia puramente espiritual (cual es una ánima) tuviese por instrumento próximo y inmediato un pedazo de nuestra carne, ó algún hueso grande. Ésta es pues la causa por que ponemos este linaje de espíritus, que son más vecinos y proporcionados á la dignidad y naturaleza de nuestra ánima, que (como dijimos) es substancia espiritual.

De la dignidad y eficacia de los espíritus y de todas las cosas espirituales.

§ I

Mas es aquí de notar que como todo nuestro conocimiento proceda de los sentidos exteriores (que es, de las cosas corporales que vemos, oímos y tocamos, &c.) y las cosas espirituales ni las vemos, ni gustamos, ni palpamos, de aquí es que muchos hombres (mayormente los que son de groseros entendimientos) ó no creen que las hay, ó no conocen la virtud y eficacia que tienen para obrar. Y tal era aquella secta de los saduceos, de que se hace mención en los Actos de los Apóstoles, los cuales eran tan groseros de entendimiento, que no creían haber ángeles ni espíritus, y muchos hay agora que aunque tengan fe desto, no entienden cómo pueda tener ser lo que ningún cuerpo tiene. Y de aquí vienen á no entender la dignidad y excelencia y facultad de

sus ánimas, imaginando que son como un poco de aire, ó cosa semejante. Pues á los tales quiero yo agora llevar por la mano, y poco á poco irles declarando la dignidad y eficacia destos espíritus, y por aquí se levantarán á entender la de sus ánimas.

Pues para esto es de saber que todas cuantas cosas corporales hay en este mundo inferior, son compuestas de cuatro elementos, aunque esto no se parezca, por causa de la diversidad de las mixturas y composición dellos. Entre los cuales elementos el más bajo y más grosero y material es la tierra, considerando lo que ella tiene de su propria cosecha. Después de este elemento tiene el segundo lugar en dignidad el agua, que es la que hace fructificar la tierra. La cual tierra, cuanto es de su naturaleza, es como cal, que es estéril y seca como ella. Pero más perfecto que el agua es el aire con que vivimos y respiramos, y el que acarrea esas mismas aguas de la mar á la tierra, y nos hace otros muchos beneficios, según que arriba declaramos. Mas de la subtileza y eficacia del fuego, que todos experimentamos, no hay que decir.

Es pues agora de saber que como todas las cosas corporales estén compuestas destos cuatro elementos, cuanto ellas menos participan de la materia de la tierra y de la pesadumbre della, tanto son más nobles y de más virtud y eficacia para obrar. Pongamos primero ejemplo en esos mismos elementos. La tierra ninguna virtud tiene para hacer algo, sino para padecer y recibir como de limosna lo que los otros elementos ó causas naturales le dan, de tal modo que ni aun para sostener nuestros cuerpos serviría, si no recibiese la dureza que tiene de los otros elementos, como arriba declaramos. Síguense luego los otros tres elementos, entre los cuales los superiores son más espirituales y más activos, como lo es el agua y el aire, y mucho más el fuego, que es el menos material y más activo que todos.

Esto vemos también en las aguas, las cuales solemos pesar, y desechamos las más pesadas como más terrestres, y escogemos las que menos pesan para beber. Vémoslo también en los vinos, entre los cuales los turbios y espesos son más viles, y los más delicados y más donceles son más preciosos. Esto mismo vemos en las carnes, y especialmente en el pan, porque el que se hace de la flor de la harina, es más delicado, y así sirve á la mesa de los señores: mas el bazo, que se hace de toda harina, es para los criados. Lo mismo vemos en los metales, por dónde los herreros

purgan el hierro en la fragua, y despiden y echan fuera lo más terrestre, que llaman mocos del herrero, y se sirven de lo que está ya más apurado de estas heces de la tierra. Y esto también se ve en las piedras preciosas, entre las cuales las más puras y transparentes, que tienen menos de tierra, tenemos en grande estima, y esmaltámoslas en los anillos y en otras cosas, pero las otras más groseras y terrestres sirven para la fábrica de los edificios. Y sobre todas estas cosas es gravísimo argumento el de la luz que nos viene del cielo, que es la cosa más delicada y espiritual que hay entre las cosas corporales (pues vemos que entra por una vidriera, por donde no entra el aire ni el fuego) y con todo eso es de tan admirable virtud y eficacia, que por medio della obran los cielos todas cuantas cosas hay en la mar y en la tierra y debajo de la tierra, donde por su virtud se engendra el oro y la plata, y todos los otros metales.

Y añado á esto que no sólo para aprovechar, sino también para dañar son tanto más poderosas las cosas, cuanto son más espirituales, quiero decir, menos materiales y visibles. Para lo cual basta traer por ejemplo los catarros que corrieron cuasi por toda Europa el año de mil y quinientos y ochenta. En el cual año, estando el cielo y el aire (á lo que parecía por de fuera) con la misma serenidad y pureza que siempre, una mala cualidad que en él había, que ni se veía ni se tocaba, fué causa de tantas muertes y de tan grande estrago de muchas gentes. Y el mismo ejemplo se puede poner en el aire corrupto de la peste, que sin ser cosa que se palpe y se vea, es común calamidad y destrucción del género humano. Pues ya si tratamos de las substancias puramente espirituales, cuales son los ángeles y los demonios, claramente se ve cuán poderosos sean los unos para aprovechar, y los otros para dañar, pues uno dellos (ó fuese bueno, ó fuese malo) bastó para matar una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres en el ejército de los asirios, que tenía cercada á Hierusalem.

Pues todo lo dicho servirá para que procediendo por estos grados de ventajas que hay en las cosas, entendamos que cuanto ellas son más pesadas y materiales y más participan de la tierra, tanto son más viles y de menor eficacia, y cuanto más se acercan en su manera á la condición de las cosas espirituales, tanto son más nobles y más eficaces para obrar. Y por aquí entenderemos en alguna manera la dignidad de nuestras ánimas, las cuales son

puramente substancias espirituales, como los ángeles, y por eso no nos espantaremos de ver cuánta variedad y muchedumbre de oficios ejercitan en nuestros cuerpos, como adelante tocaremos. Porque lo que óbra Dios en este mundo mayor, óbra nuestra ánima en el menor, que es el hombre, cuyos instrumentos inmediatos son estos espíritus, así los vitales como los animales, por ser más espirituales y más semejantes á ella.

DE LOS ESPÍRITUS ANIMALES QUE SE ENGENDRAN EN LA CABEZA

CAPÍTULO XXVIII

PUES comenzando á tratar destos espíritus animales, es de saber que así como los vitales se engendran en el corazón, así los animales se engendran en los sesos de la cabeza, que como es la más noble parte de nuestro cuerpo, así sirve para formar estos espíritus tan nobles, que levantan nuestra vida sobre la de las plantas, que también viven como nosotros. Y así como en el corazón hay dos senos ó ventrecillos en que se fraguan los espíritus vitales, así en los sesos hay otros dos, en que se forjan los espíritus animales. Mas de qué manera se hagan éstos, es cosa que excede la facultad de los entendimientos humanos. De aquí procede ser muy flacos los hombres muy dados á la especulación de las sciencias ó á la contemplación de las cosas divinas. Porque como los espíritus vitales (como criados y inferiores) sirven de materia de que se forman los animales, que son superiores, y éstos se resuelvan y gasten con el calor y trabajo del ejercicio interior, queda muy depauperado el cuerpo de los espíritus vitales, que le dan calor y vida, y con esto se debilita y enflaquece, y así se crían en él flemas y superfluidades indigestas, que causan esta flaqueza con otras indisposiciones.

Mas aquí es de notar que destos espíritus, unos son para dar movimiento á los miembros, y otros para dar sentido. Para lo cual proveyó el Criador los caminos por donde corriesen y se distribuyesen por todo el cuerpo, que son dos diferencias de nervios, unos para que lleven los espíritus que causan el movimiento, y otros los que dan el sentido. La cual diferencia se ve claro en algunos paralíticos, que por tener entupidos los niervos que son causa del movimiento, no pueden mover la parte del cuerpo que está paraliticada, y con todo eso sienten, si los tocáis y punzáis, por no estar cerrados los niervos que causan el sentimiento. Esto es cosa de que mucho se espanta Tulio en el segundo libro

de la Naturaleza de los Dioses, maravillándose de la sabiduría y artificio del Hacedor, el cual sembró todo el cuerpo de tantas diferencias de vías y canales, ramificadas por todas las partes dél, como son las venas que llevan la sangre, y las arterias que llevan los espíritus de la vida, y un género de niervos que causan el movimiento, y otros que son causa del sentido. Pues ¿qué red se puede fabricar en el mundo, que tantas mallas tenga unas sobre otras, repartidas y sembradas por todo nuestro cuerpo?

Y porque el lugar donde estos espíritus animales se fabrican, son aquella masa de los sesos, esta masa corre por todo el espinazo cercada de muy duros huesos, que la defienden, como á los de la cabeza el casco, y asimismo va también ella envuelta con aquellas dos túnicas ó camisas que dijimos tener los sesos, que son la dura madre y la pía madre que está junto á ella. Porque cosa tan delidada y tan preciosa como ella ordenó el Criador que estuviese no solamente defendida y amparada con los huesos, sino también regalada y abrigada con estas dos camisas susodichas. Y digo tan preciosa, porque de la masa blanca que va por esta canal (que llamamos la medula del espinazo) nacen veinte y cuatro pares de niervos, de los cuales los doce sirven para dar estos espíritus animales á la parte de nuestro cuerpo que sube de la cintura arriba, y los otros para la que resta de la cintura abajo hasta los pies, de tal manera repartidos que los doce sirven á un lado del cuerpo, y los otros doce para el otro. Y porque nada faltase á esta obra, proveyó aquel artífice soberano que en todos estos huesos del espinazo hubiese unos muy subtiles agujericos por donde estos niervos salen á hacer estos oficios susodichos. Y aun de otra cosa proveyó más subtil, que es de una delicadísima tela que divide las dos partes desta medula espinal: y de la una banda desta tela proceden los niervos de un lado, y de la otra los del otro, sin prejudicar los niervos de la una parte á la masa de do proceden los de la otra. Pues ¿quién no glorificará aquí á aquel artífice sapientísimo que de una simple substancia de que se forman nuestros cuerpos, fabricó tanta diversidad de partes, dellas duras y dellas blandas, y todas ellas tan perfectamente acomodadas á los oficios para que fueron hechas?

Mas si alguno quisiere entender cuáles sean estos espíritus que tanto pueden, digo que son como unos rayos subtilísimos de luz, que corren por los poros destos niervos, y por medio de ellos

se distribuyen por todo el cuerpo. Para lo cual se trae por argumento que si nos dan con un palo en la cabeza, con el cual los niervos della se comprimen y aprietan, solemos decir que se nos saltó la lumbre de los ojos, la cual lumbre no es otra cosa que estos mismos espíritus, que como sean subtilísimos, saltan afuera por esta parte más delicada y transparente de nuestros ojos. En lo cual vemos la proporción y orden admirable de las trazas del Criador. Porque así como los cielos son causa de cuantos movimientos y alteraciones hay en este mundo inferior, mediante la luz del sol y de los planetas, así los sesos, que son la más alta parte de nuestro cuerpo y como el cielo deste mundo menor, son causa, mediante los rayos desta luz, de todos los movimientos y sentidos de nuestro cuerpo. Y desta manera aquel artífice soberano que (como dijimos) ordena todas las cosas suavemente, quiso proporcionar el gobierno deste mundo menor con el del mayor, cuanto á esta parte.

DE LOS SENTIDOS INTERIORES QUE ESTÁN EN LA CABEZA

CAPÍTULO XXIX

Y pues habemos dicho que los espíritus animales no sólo son causa del movimiento sino también del sentido, será necesario tratar aquí de los sentidos, de los cuales unos son particulares y otros comunes, unos exteriores, que se ven por de fuera, y otros interiores, que no se ven. Y porque la virtud de los exteriores pende de los interiores, trataremos primero déstos. Los exteriores y particulares son los cinco que todos conocemos, los cuales van á rematarse en un sentido común que tenemos en la primera parte de los sesos. Porque de aquí nacen los niervos, por los cuales pasan los espíritus que dan virtud de sentir á estos cinco sentidos, y por estos mismos niervos envían ellos las especies y imágines de las cosas que sintieron, á este sentido común, y le dan nuevas de lo que percibieron, y en esta moneda pagan el beneficio recebido, sirviendo como criados y mensajeros á su señor, dándole cuenta de lo que por de fuera pasa. Y éste es (como los filósofos dicen) el principio de todo nuestro conocimiento, que comienza destos sentidos.

Después deste sentido común está un poco más adelante otro seno, que llamamos la imaginación, que recibe todas estas mismas imágines, y las retiene y guarda fielmente. Porque el sentido común está en una parte de los sesos muy tierna, y por eso está más dispuesta para que en ella se impriman estas imágines, mas no lo es para retenerlas y conservarlas, por su mucha blandura. Y por esto proveyó el Criador de otro ventrecillo en otra parte de los sesos más duros, que se sigue después désta, la cual recibe todas estas imágines y las guarda, y por eso se llama imaginativa. Con la cual potencia, por ser orgánica y corporal, nos hace muchas veces nuestro adversario guerra cruel, pintándonos las cosas á veces hermosísimas, y á veces feísimas, como cumple á su malicia, y lo uno y lo otro vemos en Amnón, hijo de David, para con su hermana Tamar.

Después desta potencia está un poco más adelante en los mismos sesos otro ventrecillo, que en los brutos se llama estimativa,

y en los hombres (por ser en ellos más excelente esta facultad) se llama cogitativa. La cual es potencia más espiritual que las pasadas, y por eso puede concebir cosas que no tienen figura ni cuerpo. Y así la oveja, viendo al lobo, concibe enemistad, y por el contrario, amistad viendo al mastín. Y lo mismo hacen las aves flacas y desarmadas, cuando ven las aves de rapiña. Porque amistad ó enemistad son cosa que no tienen figura ni cuerpo, y desta facultad proveyó el Criador á todas las aves y animales para su conservación y defensión.

Últimamente, en la postrera parte de los sesos que están en el colodrillo, puso la memoria, la cual es más propria del hombre que de los brutos, aunque della participan algunos, como lo vemos en el perro, que esconde el pan, y después se acuerda dónde lo puso, y vuelve por él: y lo mismo hace la zorra, que después que se ha cebado en la sangre de las gallinas que mató, hace un hoyo en la tierra, y escóndelas allí, y vuelve á comer dellas. También del león se escribe que tiene memoria de los beneficios y los gratifica, y también de las injurias recebidas, y las venga. Mas en el hombre es más perfecta y más universal esta memoria, como luego declararemos, si primero pusiéremos un ejemplo palpable, para que se entienda el origen del conocimiento destos cuatro sentidos interiores. Digo pues que así como el Criador puso en la lengua esta facultad de sentir los sabores de los manjares, y distinguir entre lo dulce y lo amargo y entre lo sabroso y desabrido (lo cual ningunas otras partes de todo nuestro cuerpo sienten) así el mismo artífice con la omnipotencia de su virtud pudo imprimir y imprimió estas facultades susodichas en solas estas cuatro partes de nuestros sesos, y no en otras.

Mas volvamos á la memoria, la cual es un singular beneficio de Dios, y aun gran milagro de naturaleza. Y digo beneficio, porque ella es depositaria de las sciencias, pues solo aquello sabemos de que nos acordamos. Ella es ayudadora fiel de la prudencia, la cual por la memoria de las cosas pasadas entiende el paradero y suceso de las presentes y venideras. Ella es conservadora de las experiencias, las cuales sirven no menos para la sciencia que para la prudencia. Ella es madre de la elocuencia, y la que nos enseña á hablar, guardando dentro de sí los vocablos de las cosas con que explicamos nuestros conceptos y nos damos á entender. Por dónde los maestros de hablar, que son

los retóricos, ponen por la quinta parte de su oficio la memoria. Ella misma nos habilita para todas las artes y para todas las sciencias, guardando y reteniendo en sí las reglas y preceptos dellas: sin la cual el leer libros ó cursar escuelas sería coger agua, como dicen, en un arnero, sin las cuales artes y disciplinas la vida humana sería vida de bárbaros ó de bestias fieras. Y sobre todo esto sirve ella para hacer á los hombres agradecidos á Dios, trayéndoles á la memoria los beneficios recebidos, para darle gracias por ellos. Pues por todo se ve lo que debemos al Criador por este singular beneficio.

Mas no es menor el milagro desta potencia que el beneficio. Porque acordarse los hombres de una historia, donde las cosas van encadenadas y tienen dependencia unas de otras, no es mucho: mas ver que un muchacho toma de coro cient vocablos griegos ó latinos, cuya significación no entiende, y no tienen dependencia unos de otros, y que repitiéndolos en la memoria siete ó ocho veces, de tal manera se le asienten y permanezcan en ella, que si á mano viene, estén allí guardados hasta la vejez, y que todas las veces que los quisiere repetir, salgan de aquel seno donde estaban, y vuelva la memoria fielmente el depósito que le fué encomendado, ¿no es esto cosa de grande admiración? Pues ¿qué diré de los que saben las cuatro lenguas latina, griega, hebraica y caldea, donde es necesario que el que las ha de entender y hablar tenga en la memoria tanta infinidad de vocablos como hay en todas estas lenguas, y que todos le sirvan las veces que quisiere hablar en ellas? Mas ¿qué diremos de algunas memorias admirables, cual fué la del bienaventurado pontífice Sant Antonino, de quien se escribe que siendo de edad de quince años tomó de memoria todo el Decreto en espacio de un año? ¿Qué de la memoria de Mitrídates, rey de Ponto, de quien se escribe que sabía veinte y dos lenguas? Pues ¿quién fué poderoso para imprimir en aquella tan pequeña celdilla de los sesos tal habilidad, tal capacidad y tan grande espacio, donde tantas diferencias de vocablos pudiesen distinctamente caber sin confundirse los unos á los otros? ¿Quién fué poderoso para esto, sino aquel Señor que así en esto como en otras infinitas cosas nos quiso mostrar la grandeza de su omnipotencia y magnificencia? Y con todo esto somos tales los hombres, que ni sabemos estimar este milagro, ni dar gracias al Criador por este beneficio.

DE LOS CINCO SENTIDOS EXTERIORES, Y PRIMERO DE LOS OJOS

CAPÍTULO XXX

Mucha razón tuvo David para exclamar y confesar tantas veces que era Dios admirable en todas sus obras, por pequeñas que parezcan. Digo esto, porque salimos agora de una maravilla, y entramos en otra no menor, que es la fábrica de nuestros ojos. La cual confiesan los profesores desta sciencia ser la cosa más artificiosa, más subtil y más admirable de cuantas el Criador formó en nuestros cuerpos: en la cual, así como en la pasada, no es menor el beneficio que la maravilla de la obra. Porque ¿qué cosa más triste que un hombre sin vista, pues el santo Tobías, que con tanta paciencia sufría la falta della, saludándole el ángel, y diciéndole que Dios le diese alegría, respondió: ¿Qué alegría puedo yo tener, viviendo en tinieblas y no viendo la lumbre del cielo? Pues habiendo ya tratado de las partes de nuestro cuerpo, que están escondidas dentro del velo de nuestra carne, agora será razón tratar de los sentidos y miembros exteriores de nuestro cuerpo, que están en la frontera de nuestra casa á vista de todos, y comenzaremos por el más excelente de los sentidos exteriores, que son los ojos, y así el artificio y fábrica dellos sobrepuja á la de todos los otros miembros y sentidos.

Y la primera cosa que nos debe poner admiración, son las especies y imágines de las cosas, que se requieren para verlas. Para lo cual es de saber que todas las cosas visibles, que son las que tienen color ó luz, producen de sí en el aire sus imágines y figuras, que los filósofos llaman especies, las cuales representan muy al proprio las mismas cosas cuyas imágines son. La razón desto es, porque según reglas de filosofía, las causas que producen algún efecto, han de tocarse una á otra, ó por su propria substancia, ó por alguna virtud ó influencia suya. Y pues aquí tratamos deste efecto, que es ver las cosas, y ellas están apartadas de nuestra vista, es necesario que se toquen y junten por algún tercero. Y para esto proveyó el Criador una cosa digna de admi-

ración, la cual es, que todas las cosas visibles produzgan en el aire estas imágines y especies que llegan á nuestros ojos, y representen las mismas cosas que han de ser vistas. Lo cual se ve en un espejo, el cual recibiendo en sí estas especies y imágines, y no pudiendo ellas pasar adelante por no ser este espejo transparente, paran allí, y represéntannos perfectísimamente todo cuanto tienen delante. Y así en ellos vemos montes, y valles, y campos, y árboles, y ejércitos enteros; con todo lo demás que tienen presente, y si mil espejos hubiere repartidos por todo el aire, en todos ellos se representara lo mismo. Y no sólo en el aire, mas también en el cielo ha lugar lo dicho, porque no podríamos ver las estrellas estando tan apartadas de nuestra vista, si ellas no imprimiesen sus especies y imágines en nuestros ojos, para que mediante ellas fuesen vistas. Pues ¿qué cosa más admirable que viendo nosotros cómo un pintor gasta muchos días en acabar una imagen, que cada una destas cosas visibles sea poderosa para producir sin pincel y sin tinta y sin espacio de tiempo tanta infinidad de imágines en todos los cuerpos transparentes, como son el aire y el cielo? ¿Quién no ve aquí la omnipotencia de quien tal virtud pudo dar á todas las cosas visibles para que se pudiesen ver?

Mas tratando del órgano de la vista, es de saber que de aquella parte delantera de nuestros sesos (donde dijimos que estaba el sentido común) nacen dos niervos, uno por un lado, y otro por otro, por los cuales descienden hasta los ojos aquellos espíritus que llamamos animales, y éstos les dan virtud para ver, siendo primero ellos informados con aquellas especies y imágines de las cosas que dijimos. Mas de la fábrica destos ojos se escriben cosas tan delicadas y admirables, que yo no las alcanzo, y menos las podré escribir. Mas la que me parece más admirable de todas es, que con ser tantas y tan admirables las cosas que para esta fábrica de los ojos se requieren, fué poderoso aquel artífice soberano para ponerlos en la cabeza de las hormigas. Pues ¿cuánto mayor maravilla es ésta, que haber puesto los ojos en la cabeza del hombre ó de algún elefante?

Mas con callar otras cosas más subtiles, no dejaré de decir que en la composición del ojo entran tres diferencias de humores, los cuales se dividen entre sí con tres telas delicadísimas. Y al primero dellos llaman cristalino, por ser sólido y transparente como lo es el cristal. Y después déste se sigue otro humor rojo,

que es abrigo y término del cristalino, y tras déste se sigue otro azul. Y este color sirve para que por virtud dél se recojan y fortifiquen en la pupila del ojo aquellas especies y imágines que dijimos, la cual se ofendería con la mucha claridad, como se ofende cuando miramos el sol.

Pues por estos viriles de los humores susodichos (si así se pueden llamar) entran las especies y imágines de las cosas, y suben por los sobredichos niervos al sentido común que dijimos, de donde ellos nacen. De modo que por ellos bajan los espíritus animales que nos hacen ver, y por ellos mismos suben las imágines de las cosas á este ventrecillo del sentido común susodicho, y de ahí caminan á los otros interiores. Y según esto podemos decir que todo este mundo visible, cuan grande es, entra en nuestra ánima por esta puerta de los ojos. Y ésta es la causa (como Aristóteles dice) de ser tan preciado este sentido, porque como el hombre, por ser criatura racional, naturalmente desea saber, y este sentido de la vista le descubre infinitas diferencias de cosas, de aquí le viene preciar mucho este sentido. Mas otra cosa tiene más excelente, que es ver por él las maravillas de las obras de Dios, por donde se levanta nuestro espíritu al conoscimiento dél. Así lo muestra David cuando dice: Veré, Señor, tus cielos, que son obras de tus manos, y la luna y las estrellas que tú fundaste. Este sancto varón empleaba mejor el beneficio de la vista que los que usan dél para ofensa del que se lo dió, haciendo materia de pecado lo que había de ser de sus alabanzas, y haciendo guerra al dador con el mismo don que él les dió, y más tal don como éste es. Porque si éste perdiese un hombre, ¿qué haría? ¿Á dónde no iría á buscar el remedio? Y ¿qué gracias daría á quien se lo diese? Y con ser esto así, y saber los hombres que Dios es el que les dió la vista, y el que se la conserva, no les pasa por pensamiento darle gracias por ello.

Pasemos del sentido del ver al del oir, que también es noble sentido, y no menos ayuda á la sabiduría. De lo cual tenemos ejemplo en Dídimo, que nació ciego, y no por eso dejó de ser gran teólogo. Pues deste sentido son causa dos niervos que proceden del sentido común, uno por una banda y otro por otra, los cuales llevan consigo los espíritus animales que nos dan virtud para oir. Mas dentro de los oídos está una vejiguita que llaman miringa, llena de aire, que es como un atabalico, y llegando allí el sonido

de la voz, ó de cualquiera otra cosa, hiere este órgano, y con esto se causa el oir. Mas si esta vejiguilla por alguna ocasión se rompe, y se sale el aire della, luego se pierde el oir: y por esta causa el Criador formó las orejas, así como los párpados en los ojos, para guarda deste sentido.

La misma origen tiene el sentido del oler, al cual descienden otros dos niervos que proceden de la misma fuente del sentido común y llegan á las narices, las cuales tienen dentro de sí dos pezones chiquitos de carne muy blanda y esponjosa envueltos en unas telas delicadas, á donde vienen á parar los niervos sobredichos, y llegando aquí el aire que trae consigo las especies de las cosas olorosas, se causa el olerlas.

Y para guarda deste sentido proveyó el Criador las narices, las cuales también sirven para hermosura del rostro. Porque ¿qué parecería un hombre sin narices? Donde es mucho de notar la infinita sabiduría del Criador, el cual juntó en la fábrica de todos nuestros sentidos y miembros dos cosas dificultosísimas de ayuntar en uno, que son, utilidad y hermosura, trazando las cosas de tal manera que lo más provechoso para la vida fuese también más hermoso para la vista.

Sirven también las narices con los dos agujeros que tienen, para que no solamente por la boca sino también por ellas se purgue la flema que se cría en el celebro. Porque como los vapores de nuestro cuerpo suban á lo alto de la cabeza (como los de la tierra suben á la parte alta del aire) proveyó el Criador estos dos desaguaderos, por donde se purgase este ruin humor. Y aun otra cosa entreviene aquí más admirable, porque en la parte más baja de la cabeza hay un embudo que fabricó la naturaleza, el cual tiene la copa ancha y redonda, y viene á rematarse en un caño estrecho, y este embudo recoge las flemas que se distilan de toda la cabeza, y por este caño estrecho vienen á parar á estos dos desaguaderos susodichos. De modo que así como en los patios de las casas grandes hay un sumidero, á donde corren las aguas cuando llueve, así proveyó el Criador en esta nuestra casa deste sumidero, por donde se despiden las flemas, para que no nos hagan daño. En lo cual vemos cómo en ninguna cosa se descuidó el Criador de lo que convenía para nuestra salud y vida.

De aquí descendamos un poco más abajo al sentido del gusto, con que gustamos los sabores, lo dulce y lo amargo, lo sabroso

y lo desabrido. Y la causa deste sentimiento son dos nervios que están en medio de la lengua, y se ramifican y extienden por toda ella, la cual proveyó el Criador que fuese húmeda, y llena de poros, y vacía de todo género de sabores. Y la causa de estar llena de poros es, para que puedan entrar por ella las especies de los sabores, y llegar á estos nervios susodichos, que son la causa deste gusto. Convenía también que fuese húmeda, para humedecer los manjares, porque no se pudiera sentir el sabor dellos sin la humedad de la saliva. Y no menos convenía que careciese ella de todo sabor (así como el órgano del oir de todo sonido) para que pudiese percebir todas las diferencias de sabores. Porque si ella tuviera alguno dentro de sí, solo éste sintiera, y no los otros, como acaece al que tiene calenturas coléricas, al cual amargan todas las cosas por razón del humor colérico con que la lengua está inficionada, que de suyo es amargo. Mas aquí es de notar una diferencia que hay entre este sentido y los otros, la cual es que las especies de las cosas que se han de ver, oir y oler, han de pasar por algún cuerpo transparente, como es el aire: mas ni en este sentido ni en el que se sigue, no ha lugar esto. Porque lo que se ha de gustar ó tocar, ha de estar junto con nuestra carne. De suerte que la cosa sabrosa ha de juntarse con nuestra lengua para que se sienta su sabor. En lo cual se ve cuán breve sea este deleite, pues como dice un doctor, el deleite de la gula en espacio de tiempo apenas es de cuatro momentos, y en espacio de lugar aun no es de cuatro dedos: y con ser esto así, vemos cuántas rentas y patrimonios se gastan en servir á este deleite. Por lo cual exclamó Séneca diciendo: ¡Oh buen Dios, cuántos linajes de oficiales y de oficios trae ocupados un solo vientre!

El postrer sentido es el tacto, con que sentimos las cuatro primeras cualidades de los elementos, que son, frío y calor, humedad y sequedad, y sentimos también lo duro y lo blando, lo áspero y lo llano. Este sentido no tiene lugar señalado en nuestro cuerpo donde esté situado, porque está extendido por todo él, por ser así necesario para que el animal sienta lo dañoso y lo provechoso, y así huya lo uno, y procure lo otro. Y la causa deste sentimiento es otro linaje de nervios que se derraman por todo el cuerpo, y son causa del sentido, así como hay otros que lo son del movimiento, según está ya declarado. Á esto que hasta aquí se ha dicho, añadiré lo que Tulio dice sobre esta materia.

LO QUE DICE TULIO DE LOS SENTIDOS EXTERIORES DE NUESTRO CUERPO

CAPITULO XXXI

PARA conclusión desta materia quiero referir aquí lo que dice Tulio (1) de la conveniencia y hermosura de los sentidos y partes exteriores de nuestro cuerpo, con lo cual prueba él haber sido todo esto fabricado por una suma Sabiduría y Providencia para el uso y provecho de nuestra vida. Dice pues él que esta divina Providencia levantó los hombres de la tierra, y los hizo altos y derechos, para que mirando al cielo viniesen en conocimiento de Dios. Porque son los hombres hechos de la tierra, no como inquilinos y moradores della, sino como contempladores de las cosas celestiales y soberanas, cuya contemplación y vista á ningún otro animal pertenece sino á solo el hombre. La cual Providencia formó y asentó maravillosamente los sentidos (que son los intérpretes y mensajeros de las cosas) en la cabeza como en una torre alta para el uso necesario de la vida. Porque los ojos (que son como atalayas deste cuerpo) están en el lugar más alto, para que mejor ejerciten su oficio, viendo de allí muchas diferencias de cosas.

También los oídos (que han de percebir el sonido) convenientemente se pusieron en esta parte alta, porque el sonido siempre sube á lo alto. Y por esta misma causa también el sentido del oler está en lo alto, porque también los vapores, que llevan consigo las especies de las cosas olorosas, naturalmente suben á lo alto. Y no menos artificiosamente se puso este sentido junto á la boca, por ser mucha parte el olor de lo que se come y se bebe, para juzgar si es bueno ó malo. Pues ya el sentido del gusto, que ha de sentir las diferencias de las cosas con que nos mantenemos, convenientemente se puso en aquella parte de nuestra boca, por donde necesariamente pasa lo que se come y se bebe.

---

(1) Lib. 2 *de Natura Deorum.*

Mas el sentido del tocar igualmente se extiende por todo el cuerpo, para que así pudiésemos sentir todos los golpes y todos los grandes fríos y calores que nos podían dañar.

Donde es mucho de notar que así como los hombres sabios ponen más cobro en las cosas preciosas que en las viles, así este artífice divino puso mayor guarda y cobro en los ojos que en los otros sentidos, por ser ellos (como todos vemos) muy preciados. Porque primeramente los vistió y cercó con unas telas muy delicadas, las cuales hizo transparentes, para que por ellas pudiésemos ver, y por otra parte recias para que pudiesen permanecer. Hizo también los ojos fáciles para moverse de una parte á otra, para que así se desviasen de lo que les pudiese dañar, y fácilmente los volviesen á lo que quisiesen ver. Y la agudeza de la vista, que está en la pupila del ojo (mediante la cual vemos) y es muy pequeña, para que así esté más segura de lo que le pueda dañar. Asimismo los párpados, con que se cubren los ojos, hizo muy blandos, por que no exasperasen esta pupila, y muy fáciles para abrirse y cerrarse con toda ligereza, para que no cayese en los ojos cosa que les fuese contraria. Los cuales párpados están armados y guarnecidos con las cejas, que son como una palizada, para que aunque estuviesen abiertos los ojos, despidiesen cualquiera cosa que cayese sobre ellos. Desta manera están recogidos y escondidos los ojos, cercados por las partes más altas con las sobrecejas, que están encima dellos, las cuales impiden que el sudor que corre de la cabeza y de la frente, no caiga sobre ellos. Y por la parte más baja están amparados con las mejillas, que son como un vallado que los defiende. Mas las narices están de tal manera asentadas, que vienen á ser como un muro puesto ante los ojos.

Mas los oídos están siempre abiertos, porque dellos tenemos necesidad, aun en el tiempo que dormimos, porque con el sonido que este sentido recibe, despertemos. Y el camino para él tiene muchas vueltas, porque si fuera derecho y simple, pudiera entrar por él cosa que le dañara. También se proveyó de remedio para que si algún animalillo quisiese entrar en él, se embarazase en la cera de los oídos como en liga. Y las orejas que están á la puerta, fueron hechas para cubrir y guardar este sentido, y para que las voces no se derramasen primero que llegasen á él. Y las entradas para él hizo duras y como de cuerno, y con vueltas y revueltas,

porque con este artificio se hace mayor el sonido. Asimismo las narices, que siempre han de estar abiertas para hacer sus oficios, tienen las entradas más estrechas, por que no pueda entrar por ellas cosa que les pueda dañar, y tienen un poquito de humor, que sirve para despedir de sí el polvo y otras cosas tales. Pues el sentido del gustar está muy bien cercado, porque está dentro de la boca, para hacer convenientemente su oficio, y para estar más guardado.

También es de notar que estos sentidos en los hombres son más perfectos que en los brutos animales. Porque primeramente los ojos por el movimiento de los cuerpos y por el gesto de las personas entienden muchas cosas, y así también conocen la hermosura y la orden y la decencia de los colores y figuras, y otras cosas mayores. Porque también conocen algo de los vicios y virtudes de las personas, porque sienten cuándo el hombre está airado ó aplacado, alegre ó triste, y conocen también al fuerte y al flojo, al atrevido y al cobarde.

Los oídos también tienen otro admirable y artificioso juicio, con el cual entienden así en las voces como en los instrumentos de música la variedad de los sonidos, los intervalos y distinciones dellos, y las diferencias de las voces, unas blandas y otras ásperas, unas graves y otras agudas, unas flexibles y quebradas y otras duras: las cuales diferencias conocen solamente los oídos de los hombres. También el sentido de las narices y del gusto y del tacto tiene sus juicios para sentir las cosas que les pertenecen. Para cuya recreación y deleite se han inventado más artes de las que yo quisiera, porque ya veis hasta dónde ha llegado la composición de los ungüentos olorosos, y el artificio de tantos guisados, y el regalo de los vestidos preciosos. Todo lo susodicho es de Tulio, y todo ello nos representa la suma sabiduría y consejo del que tan perfectamente fabricó y guarneció todos estos sentidos para los oficios y uso de nuestra vida, sin descuidarse de cosa alguna, por pequeña que fuese, pues llegó su providencia á una cosa tan pequeña como es la cera de los oídos, para el oficio que aquí está dicho. Pues ¿qué cuidado tendrá de las cosas mayores quien tan particular lo tuvo de las menores?

DE LA CONVENIENCIA DE LAS OTRAS PARTES EXTERIORES DE NUESTRO CUERPO

CAPITULO XXXII

No menos resplandece la hermosura de la divina Providencia en la fábrica y conveniencia de las otras partes del cuerpo, que en la destos cinco sentidos susodichos. Porque primeramente á todo el cuerpo de pies á cabeza proveyó el Criador de sus vestiduras, y éstas dobladas, la primera de las cuales es un pellejuelo muy delicado, que muchas veces lo desollamos sin sentirlo, como acaece á los que tienen sarna ó viruelas. Tras déste está otro pellejo más fuerte, que en algunas partes está más grueso, como en la cabeza para defensión della, y en las plantas de los pies para los que andan descalzos, en otras está más delgado, como es en la cara. Y no contento con habernos dado esta vestidura del pellejo, proveyó también de mucha gordura, que es como una colcha que abriga toda la carne de nuestro cuerpo: lo cual se ve no sólo en algunos animales en que abunda esta gordura, sino también en cualquier cuerpo humano, si no está muy flaco.

Y descendiendo en particular á tratar de todos los miembros, y comenzando por la cabeza, ofrécense primero los cabellos, que sirven para abrigo y defensión della, y en las mujeres para honestidad y hermosura, pues como dice el Apóstol (1), los cabellos le fueron dados por velo para cubrirse. Mas ¡cuán á propósito fueron dados los pelos de la barba á los hombres, y quitados á las mujeres! Porque en ellas fueran grande fealdad, siendo por el contrario en los hombres parte de hermosura y autoridad. Y no menos sirven para la distinción entre el varón y la hembra, para guarda de la castidad, porque á cuántos malos recaudos y engaños se abriera puerta, si los hombres carecieran de esta señal.

---

(1) I Cor. 11.

Síguese después de la barba el cuello, que es como una hermosa coluna, aunque compuesta de diversas piezas como de gonces para doblarse á una parte y á otra, la cual no sólo sirve de hermosura sino también de otros dos señalados oficios, porque por ella van dos canales, una por donde va el mantenimiento con que vivimos, y otra por donde va el aire con que respiramos. Más abajo están los pechos, compuestos de huesos duros para guarda del corazón. Porque así como el Criador proveyó del casco duro (que es como un yelmo) para guarda de los sesos de la cabeza, así proveyó destos huesos del pecho, que son como unas corazas para guarda del corazón. En lo cual se ve cómo la divina Providencia tiene mayor cuidado de las cosas mayores que de las menores, proveyendo destas dos maneras de armas defensivas para guarda destos dos miembros tan principales. Mas en los pechos de las mujeres (demás deste defensivo) puso dos fuentes de leche para criar los hijos que naciesen. Y puso dos, porque cuando acaeciese parir dos, hubiese ración para entrambos, aunque en esta ciudad de Lisboa pocos días ha parió una mujer casada tres, dos niños y una niña, y todos vivieron. Y es cosa de admiración que la sangre que iba á sustentar al niño cuando estaba en las entrañas de su madre, acude luego como si tuviera juicio y discreción, á estos dos pechos, hecha ya de sangre leche, que es manjar suavísimo y delicadísimo, cocido ya en los pechos de la madre, y proporcionado al estómago delicado del niño recién nacido, el cual se mantiene ya por la boca, habiéndose antes mantenido por el ombliguillo. Y la misma Providencia que puso aquí dos fuentes de leche, puso muchas en los animales que paren muchos hijos, como son perros, gatos y conejos, y otros semejantes, cuyos hijos acabando de nacer, teniendo aún cerrados los ojuelos, sin otro maestro más que el Criador, atinan luego al lugar donde están las fuentes de la leche, para mantenerse. Mas en el vientre que está bajo de los pechos, no puso esta armazón de huesos, porque como las tripas que ocupan este lugar sean de una carne blanda, recibieran perjuicio con la vecindad de los huesos duros, si aquí se pusieran.

Pues ¿qué diré de las manos, que son los ministros de la razón y de la sabiduría? Las cuales aquel artífice soberano hizo un poquito cóncavas, para abrazar y retener lo que quisiesen, y acrecentóles también los dedos, en los cuales no sabréis determinar

cuál sea mayor, la utilidad dellos, ó la hermosura. Ca el número dellos es perfecto, y la orden y dignidad muy decente, y asimismo la flexibilidad de los artículos, y la forma de las uñas redonda y firme, para hermosura y guarnición de los dedos y para que la ternura de la carne no recibiese detrimento usando dellos. Pero no es menos admirable y provechoso el uso del dedo pulgar, el cual apartado de los otros, sale á recebirlos, dándoles facultad para abrazar y recebir las cosas como rector y gobernador dellos.

Y descendiendo más abajo de las manos, no quiere Teodoreto que se pase en silencio la providencia del Criador en habernos proveído de dos cojines naturales para estar asentados sin trabajo. Porque si éstos faltasen, recibiría el hombre molestia, estando asentado sobre los huesos descarnados y duros. Y no menos sirven para la caballería, mayormente de los que van asentados, las barriguillas de las piernas, demás de la gracia y hermosura que tienen, porque en todas las partes de nuestro cuerpo juntó el Criador utilidad y hermosura, como arriba dijimos. Y esto mismo se ve en la fábrica de los pies, que se rematan en sus dedos guarnecidos con sus uñas, sobre los cuales estriban los hombres, y con el ayuda dellos cuando es menester suben por una lanza, y á veces andan sobre una maroma.

DE LA PARTE AFECTIVA DEL ÁNIMA SENSITIVA, QUE ES, DE LAS PASIONES Y AFECTOS QUE ESTÁN EN NUESTRO CORAZÓN

CAPÍTULO XXXIII

Dicho ya de los sentidos así interiores como exteriores, que son proprios del ánima sensitiva y sirven para conocer las cosas que son provechosas ó dañosas al animal, síguese que tratemos de la parte afectiva, que pertenece á esa misma ánima sensitiva, donde están los afectos y pasiones naturales, los cuales sirven para apetecer y procurar las cosas provechosas y huir las dañosas, que no menos son necesarias para la conservación de nuestra vida y de cualquier animal. Y entre estos afectos y pasiones hay dos principales, los cuales son raíces y fundamento de todos los otros, que son, amor y odio, conviene saber, amor del bien particular que nos puede aprovechar, y odio y aborrecimiento de lo que nos puede empecer, para que así el animal procurase lo bueno y conveniente para su conservación, y huyese lo malo de que se podía seguir su destrucción. Porque faltando estos dos afectos, quedaría el animal, ó como ave sin alas, ó galera sin remos, para no poder buscar lo que le era provechoso, y huir lo contrario. Por lo cual dijeron muy bien los filósofos estoicos (como refiere Séneca) que estos dos afectos eran como un ayo que la divina Providencia había dado al hombre: porque así como el ayo que tiene á cargo un niño, le procura todo bien y le desvía de todo mal, así lo hacen estos dos afectos, cuando son bien regidos.

Mas aquí es de notar que destos dos afectos, como de dos raíces principales, nacen otros. Porque del bien que amamos, cuando está ausente, nace deseo, y cuando está presente, alegría. Otrosí del mal que aborrecemos, cuando está ausente, nace huída, que es deseo de evitarle, y cuando está presente, tristeza. Y estas seis pasiones, que son, amor y odio, deseo y huída, alegría

y tristeza, llaman los filósofos la parte concupiscible de nuestra ánima, porque tiene por oficio cobdiciar estos bienes sensibles.

Mas si este bien á que estamos aficionados, es dificultoso de alcanzar, el deseo dél nos hace tener esperanza que lo alcanzaremos, porque fácilmente esperan los hombres lo que desean. Mas si son tales las dificultades, que vencen nuestra esperanza, luego nace de aquí otro afecto contrario, que es desconfianza. Otras veces si el deseo es muy grande, causa en nuestros corazones otra pasión, que es animosidad y osadía para romper por cualesquier dificultades que nos impidan este bien que deseamos, cual fué la que tuvieron aquellos caballeros esforzados de David, que atravesaron por medio del real de los enemigos, para traerle el agua que deseaba. Mas si son tantas las dificultades que no se atrevan á ellas, de aquí nace otra pasión contraria á la pasada, que es temor. El cual también sirve á la guarda del animal, para que no se atreva á lo que no puede, y para que busque su remedio ó escondiéndose, ó huyendo. Pero si demás desto se atraviesa alguno que totalmente nos impide lo que muchos deseamos, ó nos quita de las manos lo que ya poseemos, aquí se encrespa y embravece la ira, la cual se dice que es vengadora de los agravios y estorbos que recibe nuestra concupiscencia. De suerte que ella es como espada que se pone á defender esta pasión que tiene por hermana. Estos cinco afectos y pasiones naturales son también necesarios para la conservación de nuestra vida. Porque si no tuviera nuestra ánima más que un apetito de las cosas que convienen para su conservación, y no tuviera coraje y brío para vencer las dificultades con que muchas veces están acompañadas, no las alcanzaría, y así careciera de lo que le era necesario para vivir. Por tanto aquel divino Presidente (que en ninguna cosa falta) proveyó de estas cinco pasiones, que son, esperanza y y desconfianza, osadía y temor, y ira: las cuales sirven (cada cual en su manera) ó para vencer esta dificultad cuando pueden, ó para temer el peligro y el trabajo, y desconfiar de la victoria, cuando no pueden.

Mas no será razón pasar por aquí sin aprovecharnos deste ejemplo para un muy necesario documento de la vida espiritual, que ya en otro lugar tratamos. Ca por aquí entenderán los que tienen buenos deseos, que no basta eso para alcanzar las virtudes que desean, si no están acompañados con una gran fortaleza

para vencer las dificultades que en la ejecución de esos buenos deseos se ofrecen. Porque sabida cosa es que todas las virtudes están cercadas y acompañadas con dificultad, porque donde no hay dificultad, no hay virtud. Y por esto cuando con el deseo de las virtudes no hay este brío y esfuerzo susodicho para acometerlas, quedarse ha el hombre estéril y sin fruto con todos sus buenos deseos. Por lo cual se dice que el infierno está lleno de estos buenos deseos, mas el paraíso de buenas obras. Verdad es que cuando los deseos son grandes, ellos traen consigo este ánimo y fortaleza.

§ I

Mas volviendo al propósito, aquí se ha de notar que no sólo sirven estos afectos para la conservación así de la vida como de la especie humana, sino también nos ayudan para el ejercicio de algunas virtudes. Porque de la ira se dice que es despertadora de la justicia vindicativa, que es la que tiene por oficio castigar los delictos. Porque con la ira y indignación que se concibe contra ellos, se mueven los jueces á castigarlos, puesto caso que sea verdad lo que Aristóteles sabiamente dice, que la ira es buena para soldado, mas no para capitán. Asimismo del deseo que tenemos de lo que juzgamos por bueno, nacen dos afectos, que siendo bien regidos, sirven para procurar las virtudes y aborrecer los vicios, que son, amor de la honra y vergüenza del vicio. Porque viendo aquel divino Presidente cuán amigos sean los hombres políticos y nobles de honra, y deseando por otra parte que lo fuesen también de la virtud ¿qué hizo para esto? Puso en la virtud la honra, para que siquiera por esta causa se aficionasen á ella, pues en sola ella está la verdadera honra. Y esto fué como azucarar la virtud, y ponerle este cebo para enamorar los hombres della, puesto caso que no sea verdadera virtud la que por sola esta causa se procura. Y desta raíz nacieron las virtudes y hechos heroicos de los romanos, los cuales acometían cosas tan grandes por esta honra. Por ésta no recibió Escipión y otros capitanes romanos las doncellas hermosísimas que les presentaban, mas antes honrándolas mucho, las volvían á sus padres ó maridos.

Y así como el amor de la honra aficiona el corazón á la virtud, así la vergüenza, que es otro afecto hermano déste, lo retrae de los vicios por la mengua y deshonra que traen consigo. La cual aquel sapientísimo gobernador y amador de toda pureza señaladamente imprimió en los corazones de las mujeres, y mucho más en las doncellas, la cual es como un natural muro de la castidad. Porque así convenía que aquel artífice sapientísimo pusiese más cobro en lo que más importaba y más era deseado de muchos. Y por esto demás del sello virginal proveyó desta natural vergüenza, que es como freno deste vicio. Lo cual se ve aun en las mujeres poco honestas. Y así pinta Ovidio á una dellas, la cual escribiendo una carta á un mancebo que mucho amaba, dice en ella que tres veces había acometido á hablarle, y otras tantas había enmudecido, y pegádosele la lengua al paladar. Mas á la reina Dido pinta aquel noble poeta Virgilio con tan gran vergüenza y honestidad, que deseando ella casar con Eneas después de la muerte del primer marido, dice estas palabras: Plega á Dios que antes se abra la tierra hasta los abismos, y me trague, y el Padre todopoderoso me arroje un rayo que me hunda junto á las sombras escuras y noche profunda del infierno, antes que yo cometa cosa contra mi honestidad y vergüenza. Y para confirmación desto añadiré aquí una cosa notable que refiere Plutarco. Escribe él que en una ciudad de Grecia reinó un humor de melancolía tan extraño, que cada día muchas doncellas se mataban, y no se hallaba cura ni remedio para este mal. Mas un hombre sabio, aprovechándose deste natural afecto que el Criador imprimió en los corazones de las mujeres, dió orden cómo se pusiese un edicto público, donde se mandase que todas las doncellas que así se matasen, las llevasen á enterrar públicamente desnudas á vista de todo el pueblo. Con lo cual obró tanto la vergüenza natural y el miedo desta pena tan vergonzosa en aquellas doncellas, que lo que ningunas medicinas ni remedios pudieron acabar, acabó este natural afecto de vergüenza, y así de ahí adelante cesó esta plaga.

También se debe aquí advertir que aunque algunos destos afectos y pasiones naturales que aquí habemos contado, tengan nombres de vicios ó de virtudes, no son lo uno ni lo otro, sino pasiones naturales que son indiferentes para bien y para mal, según bien ó mal dellas usáremos. Porque cuando estas pasiones que

están en la parte inferior de nuestra ánima, siguen el dictamen de la parte superior della (donde está el entendimiento y la voluntad) abrazando lo que la razón les pone delante, entonces usamos bien dellas, que es sirviéndonos dellas para aquello que nos fueron dadas. Y este movimiento dice Aristóteles que es semejante al movimiento de los cielos inferiores, los cuales se mueven conforme al movimiento del cielo superior (que llaman el primer móvile) el cual se mueve de Oriente á Occidente, dando una vuelta al mundo en un día natural. Porque así como es cosa conveniente que los cielos inferiores sigan al movimiento del superior, así lo es que estas pasiones de la parte inferior de nuestra ánima sigan el regimiento y imperio de la parte superior della.

Mas cuando siguen otro norte, que es cuando (dejada la razón) se mueven por la imaginación y aprehensión de las cosas sensuales, que es una guía muy ciega, entonces van descaminadas, por seguir este adalid tan ciego. Y este movimiento compara el mismo filósofo con el movimiento contrario de los planetas, los cuales se mueven de Occidente á Oriente, dando á entender que no es cosa decente que los inferiores no se conformen con sus mayores.

§ II

Mas para entender este linaje de monarquía espiritual, se ha de presuponer que en este reino de nuestra ánima la voluntad es como el rey que manda á todos los miembros y facultades que hay en el hombre, y el entendimiento (cuando no está depravado) es su fiel consejero, que le representa la dignidad y excelencia de las cosas espirituales para que las ame, y la fealdad de los vicios para que los aborrezca. Tiene también sus criados, que son todos los miembros del cuerpo, los cuales se mueven conforme al imperio de la voluntad, sin resistencia alguna, y obedecen á lo que les es mandado. Hay también en este reino (como en todos los demás) sus lisonjeros, que aconsejan al rey lo que no le conviene, que son estas pasiones susodichas, las cuales aficionándose á los bienes sensuales y deleitables, aconsejan al rey que él también se aficione á ellos, aunque reclama el entendimiento diciendo que los tales bienes y deleites son dañosos y

ponzoñosos, cuando son contrarios á la razón. Mas cuando las pasiones y apetitos son vehementes, ciegan la razón, y trastornan la voluntad, y llévanla en pos de sí. El ejemplo desto vemos en un hidrópico, el cual, sabiendo cuánto mal le hace el beber, todavía puede tanto este apetito, que lleva tras sí la voluntad, la cual hace que el entendimiento apruebe esto y dé sentencia que así se debe por entonces hacer, y así lo ejecutan los miembros.

Y aunque salgamos aquí un poco de la materia principal, no dejaré de decir que la parte de nuestra ánima donde se descubre más la malicia del pecado original, es ésta donde residen nuestros apetitos y pasiones, las cuales en nuestra primera creación estaban enfrenadas y obedientes á la razón con el don de la justicia original. Mas perdido este don por el pecado, luego se desenfrenaron y rebelaron contra ella, y le dan bien en qué entender. Y de aquí procede que así el mundo como el demonio nos hacen por esta parte muy cruda guerra. Porque como nuestra carne con estos sus apetitos naturalmente esté inclinada y aficionada á las cosas de carne, que son conforme á su naturaleza, acude aquí el enemigo, y atiza estas pasiones y deseos, y así los desordena y hace que excedan los límites y medida de la razón. Ca por esto se escribe dél en Job que con su soplo hace arder las brasas, las cuales brasas son nuestras pasiones y apetitos, para que con este soplo pasen las marcas y la medida de la templanza. De modo que así como en el principio del mundo acometió al hombre por la mujer, que es á la parte fuerte por la flaca (lo mismo hacen los que tienen puesto cerco sobre una ciudad) así este enemigo comúnmente nos hace guerra por esta más flaca parte, por ser ella naturalmente inclinada á las cosas de la tierra. Y así tiene él ésta por su parcial y fautora, pues ella apetece lo mismo que él quiere, que son estos bienes sensuales y terrenos. Mas él con sus sugestiones de tal manera enciende estos deseos, que lo que si moderadamente se procurase y desease, serviría para conservación de la vida (para lo cual estas pasiones fueron dadas) deseándolo desordenadamente, viene á ser estrago y corrupción della. Porque de aquí nace el amor y deseo desordenado de la honra, de donde mana la ambición, y del dinero, de do procede el avaricia, y de los deleites sensuales, de donde nace la gula con otros deshonestos deseos. Asimismo de aquí se ocasiona el odio y la ira desmedida contra quien este linaje de biense

nos impide, y asimismo la invidia de los que vemos aventajados en las cosas que nosotros deseamos. Y finalmente, todo el otro enjambre de vicios, destas raíces atizadas por el demonio procede.

Y por esto, así como los defensores de una ciudad sitiada de enemigos ponen toda su fuerza en la parte más flaca, por donde los enemigos la quieren entrar, así el verdadero siervo de Dios debe entender que la vida cristiana es una perpetua batalla y (como se escribe en Job) una perpetua milicia ó tentación sobre la tierra, la cual dura cuasi toda la vida, y que su profesión es de hombre de guerra, y que en esta parte más flaca de sus apetitos y pasiones ha de poner mayor cobro para que no se desmanden, porque aquí hay mayor peligro.

En cabo se ha de advertir que así como los sentidos exteriores y interiores, que sirven para conocer las cosas, están en la cabeza, unos dentro y otros fuera della (como ya vimos) así estos afectos susodichos que se ordenan para apetecer ó huir dellas, tienen su asiento y lugar natural en el corazón. De modo que estos dos principales oficios del ánima sensitiva, que sirven el uno para el conocimiento y el otro para el apetito de las cosas, repartió aquel artífice soberano con tal orden, que los puso en los dos más principales miembros del cuerpo humano, que son la cabeza y el corazón, porque en éste ponemos estos once afectos y pasiones naturales susodichas. Lo cual experimentamos cada día, porque manifiestamente sentimos encenderse la sangre del corazón con la ira, y apretarse con la tristeza, y dilatarse con el alegría: los cuales dos afectos pueden crecer tanto, que destemplen de tal manera el corazón, que nos quiten la vida, como muchas veces acaece. Esto baste sumariamente dicho, para lo que toca á las facultades del ánima sensitiva, que tiene el hombre común con todos los animales.

DEL ÁNIMA INTELECTIVA Y DE SUS OFICIOS

CAPITULO XXXIV

HASTA aquí habemos tratado de las dos más bajas facultades de nuestra ánima, que son del ánima que llaman vegetativa, que tiene por oficio mantener y sustentar nuestros cuerpos, y de la que llaman sensitiva, de donde proceden los cinco sentidos exteriores de nuestro cuerpo y los cuatro interiores de nuestra ánima. Agora será razón tratar de la más alta parte del ánima, que es la que llaman intelectiva, la cual es substancia espiritual como los ángeles, y por esto no está afijada en algún órgano corporal, como están todos los otros sentidos así exteriores como interiores.

Y para tratar desta ánima y de la variedad y muchedumbre de sus oficios y facultades, será necesario traer á la memoria lo que arriba dijimos, tratando de la virtud y subtileza de los espíritus animales, donde procediendo por un discurso así de los elementos como de todas las otras cosas que se componen dellos, venimos á concluir que cuanto las cosas más se alejan de la pesadumbre y materia de la tierra, y más se adelgazan y allegan á la condición de las cosas espirituales, tanto más perfectas son y tanto mayor virtud y eficacia tienen para obrar. Pues según esto, como nuestra ánima pase adelante destas cosas, y sea substancia espiritual, síguese que ha de ser más períecta que ellas, y tener mayor poder y eficacia para obrar.

Y comenzando á tratar de la dignidad y oficios de esta ánima intelectiva, decimos primeramente qne ella es la que nos diferencia de los animales brutos, y nos hace semejantes á Dios y á sus santos ángeles. Lo cual testificó el mismo Hacedor, cuando al principio de la creación dijo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, la cual semejanza decimos que tiene por razón desta ánima intelectiva.

Donde primeramente se ha de notar con cuánta autoridad comenzó el Criador á tratar de la creación del hombre. Porque en

la de las otras cosas no hacía más que decir: Hágase esto, y luego era hecho. Y así dijo: Hágase luz, y luego fué hecha la luz, y: Háganse lumbreras en el cielo, y luego salió á luz el sol y la luna juntamente con todas las estrellas. Mas habiendo de criar al hombre, usó de este nuevo lenguaje, diciendo: Hagamos, &c. Las cuales son palabras no de sola una persona divina, sino de muchas, que es de toda la Santísima Trinidad, que entendió en la fábrica de esta noble criatura. Pero otra mayor se nos descubre en decir: A nuestra imagen y semejanza. Porque ser imagen de Dios, á solo el hombre y al ángel pertenece. Ca las demás criaturas (aunque sean sol, y luna, y estrellas con todas las demás) no se llaman imágines, sino huellas ó pisadas de Dios, por lo poco que representan de su grandeza. Mas por representar el hombre y el ángel mucho más de aquella altísima naturaleza, se llaman imágines de Dios. Y aun esto se conforma por otra particularidad que entrevino en la formación del hombre. Porque habiendo Dios formado su cuerpo del lodo de la tierra, cuando crió el ánima, dice la Escritura que sopló Dios en él espíritu de vida. Y porque el soplo procede de la parte interior del que sopla, quiso darnos á entender en esto ser el ánima una cosa divina, como cosa que salió del pecho de Dios, no porque sea ella partícula de aquella divina substancia, como algunos herejes dijeron, sino porque participa en muchas cosas la condición y propriedades de Dios, como luego veremos.

Mas aquí es mucho de notar que una de las cosas criadas en que con mayor admiración de todos los sabios resplandece la grandeza del poder de Dios, es la virtud que puso en nuestra ánima. Porque aunque en los ángeles resplandezca mucho este poder, pero ellos son substancias simples y puramente espirituales. Mas nuestra ánima por una parte es substancia espiritual (como los ángeles) y por otra es forma deste cuerpo material que le sustenta y da vida, como lo hace el ánima de cualquier animal bruto. Y por ser tan grande la distancia que hay de las cosas puramente espirituales á las que son puramente materiales, y tan grande la desproporción que hay para adjetivarse las unas con las otras, se tiene por una de las grandes maravillas de Dios haber dado tal virtud y facultad á nuestra ánima, que por una parte entienda las cosas altas como ángel, y por otra engendre como un caballo, por ser ella la que da facultad para esta gene-

ración. De suerte que esto es como si hiciera Dios una criatura que fuera juntamente caballó y ángel, pues esta ánima tiene en sí la facultad y poder destas dos criaturas tan diferentes. Por dónde con mucha razón pudo Sant Augustín decir que entre cuantas maravillas hizo Dios por el hombre, la mayor fué el mismo hombre, como arriba dijimos.

POR CUÁNTAS RAZONES SE DICE SER EL HOMBRE HECHO Á IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

CAPÍTULO XXXV

AGORA será bien examinar por cuántas razones se dice ser el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios. Porque entendido esto, conocerá él la alteza de su dignidad, para que se corra y avergüence de afear y escurecer esta divina imagen abatiéndose á las vilezas de la carne. Y por aquí también verá lo que debe al Criador que tal joya le dió. Pues primeramente se dice ser el hombre imagen de Dios, porque tiene libre albedrío y entendimiento como Dios y como sus ángeles. Porque ninguna de todas las otras criaturas tiene esta libertad, ca todas son agentes naturales que no pueden dejar de hacer aquello para que tienen facultad. Y así el fuego no puede dejar de quemar, ni el sol de alumbrar, &c. Mas el hombre es libre y señor de sus obras, y así puede hacer y dejar de hacer lo que quisiere. En lo cual parece que solo el hombre es señor, y que todas las otras criaturas son como captivas y siervas, pues solo él es libre y señor de sus obras, y ellas no.

Mas no sólo la libertad de la voluntad, sino también la facultad del entendimiento nos diferencia de las bestias y nos hace semejantes á Dios, pues él también es substancia intelectual, aunque por otra más alta manera. Esta semejanza de los entendimientos se ve en la semejanza de las obras que proceden de ellos. Por dónde se dice que el arte imita la naturaleza en cuanto puede, lo cual en más claros términos es decir que el hombre imita á Dios en la manera del obrar. Por dónde así como el autor de la naturaleza en todas sus obras dispone y proporciona siempre los medios con los fines que pretende (como los dientes para cortar y moler el manjar, y las manos para obrar, y los pies para andar, y las cañas de los huesos para sostener la carga del cuerpo) así el arte guarda esta misma proporción en todas sus obras, como lo vemos en la ropa que corta para vestir, y en las calzas y zapa-

tos que hace para calzar, y en las casas que edifica para morar, y en los navíos que fabrica para navegar, &c. donde vemos cuán proporcionada viene cada cosa déstas para el fin que se pretende.

Item, así como el autor de la naturaleza procura en todas sus obras juntar en uno utilidad y hermosura (como lo vemos en el rostro del hombre, esto es, en el sitio y asiento de la boca, de las narices, de los oídos, de los ojos y de las cejas y sobrecejas que los acompañan, lo cual todo no menos sirve para la hermosura del rostro que para la buena ejecución del oficio de cada una destas partes, porque cualquier cosa de éstas que se mudase, impidiría lo uno y lo otro) así el arte en cuanto puede imita lo mismo, procurando hacer todas las cosas artificiales, no solamente provechosas, sino también hermosas, como se ve en todas las alhajas de los hombres ricos y grandes señores, los cuales procuran que todas las cosas diputadas para su servicio sean de tal manera fabricadas, que no solamente sirvan á la necesidad, sino también á la hermosura.

Item, así como son cuasi infinitas las obras de naturaleza, así también lo son en su manera las del arte. Lo cual podrá notar quien rodeare con los ojos alguna grande ciudad, como es Venecia ó Lisboa. Porque andando por todas las calles destas ciudades, verálas pobladas de mil diferencias de oficios y oficiales mecánicos, y si fuere á la marina, verá el trato de la mar y tantas diferencias de navíos grandes y pequeños, con toda su jarcia fabricada muy á propósito para el oficio de la navegación. Y si de ahí entrare en el almacén de las municiones, ahí verá tantas maneras de armas, unas defensivas y otras ofensivas, unas para pelear de lejos y otras de cerca, que no podrá dejar de maravillarse cómo un animal racional, que la naturaleza crió desnudo y desarmado para la paz y compañía y vida política de los hombres, tuvo corazón y ingenio para inventar tantas diferencias de pertrechos y tiros de artillería para la destrucción del género humano. Y si de ahí pasare á las librerías y escuelas generales, hallará mil maneras de libros y de artes y sciencias naturales y sobrenaturales, inventadas por el entendimiento humano. Y si en cabo entrare en día solemne en una iglesia catedral hermosamente fabricada y ornamentada, ahí hallará en qué apacentar los ojos con la hermosura del edificio y ornamento de los altares, y en qué recrear los oídos con la suavidad de las voces y instrumentos mu-

sicales que ahí dulcemente resuenan. Y si sobre todo esto se hallare en una feria general, como es la de Medina del Campo, ó otra semejante, ahí verá tanta variedad y muchedumbre de cosas artificiales, que le parecerá competir el arte con la naturaleza, no sólo en la fábrica y hermosura de las cosas (como está dicho) sino también en la variedad y muchedumbre dellas. Y así como Dios crió este mundo lleno de obras naturales, así el arte ha hecho cuasi otro nuevo mundo de cosas artificiales.

Para lo cual todo se sirve de las manos, las cuales fabricó el Criador con maravillosas habilidades y artificio, para que fuesen un convenientísimo y general instrumento de las más principales partes de nuestra ánima, que son la voluntad y la razón. Porque por ellas óbra la razón todas estas cosas susodichas y ótras muchas más. Ca ellas (como dice Tulio) nos sirven para labrar los campos, para edificar las casas, para tejer y coser las vestiduras, y para la fábrica de las cosas que se hacen de hierro ó de metal. Con las manos también edificamos las ciudades, los muros y los templos. Y por ellas también nos proveemos de diversos y abundantes frutos para nuestro mantenimiento. Ca por ellas sembramos los campos, los cuales nos dan diversos frutos, unos que se comen luego, y otros que se recogen y guardan para adelante. Por ellas también nos mantenemos de los animales, así de los que andan por la tierra, como de los que nadan en el agua, como de los que vuelan por el aire, no sólo cazándolas, sino también criándolas en nuestras casas. Con ellas también domamos las bestias, las cuales llevando y trayendo cargas, nos sirven, dando también á nosotros fuerza y ligereza para caminar. Nosotros también con las manos les ponemos yugos, y asimismo usamos del sentido agudísimo de los elefantes, y de la sagacidad de los canes para nuestro provecho. Nosotros también con ellas sacamos el hierro de las entrañas de la tierra (cosa grandemente necesaria para la labor de los campos) y asimismo descubrimos las venas escondidas del acero, de la plata y del oro, de las cuales cosas nos servimos así para el uso de la vida como para la hermosura y ornamento della. Aprovechámonos también de todo género de árboles, así fructuosos como silvestres, parte para calentarnos y guisar los manjares, y parte para edificar, con lo cual nos defendemos de los demasiados fríos y calores. Y la misma materia sirve para fabricar navíos, por cuyo medio nos viene de todas partes

abundante provisión para las necesidades de la vida. Y así por el arte del navegar venimos á enseñorearnos de las dos cosas más violentas que hay en la naturaleza, que son, la mar y los vientos, y por este medio gozamos de muchas cosas que se traen por la mar. Es otrosí nuestro el señorío y uso de todos los fructos y comodidades de la tierra, porque nosotros gozamos de los campos y de los montes, nuestros son los ríos y los lagos, nosotros sembramos las mieses y los árboles, nosotros con riegos artificiales hacemos fértiles las tierras, nosotros represamos y enderezamos los ríos, y los encaminamos por las partes que nos puedan aprovechar, y finalmente usando de la industria de las manos en las cosas de naturaleza, habemos venido á fabricar otra nueva naturaleza. Lo susodicho es de Tulio.

Pues todo esto nos declara la dignidad y semejanza que nuestra ánima tiene con su Criador, pues tanta semejanza tiene en la manera del obrar con él. Porque tres cosas pone Sant Dionisio así en el Criador como en sus criaturas (que son, ser, poder y obrar) en las cuales hay tal orden y proporción, que cual es el ser, tal es el poder, y cual el poder, tales las obras. Y así por las obras conocemos el poder, y por el poder el ser. Y pues como está dicho, vemos tanta conformidad entre las obras del hombre y las de Dios, por aquí podemos rastrear la semejanza y parentesco que hay entre él y Dios, y entenderemos con cuánta razón se dice haber sido criado el hombre á imagen y semejanza de Dios, que es una dignidad incomparable.

§ I

Es también singular propriedad de Dios estar en todo lugar presente, en el mundo y fuera del mundo. Y nuestra ánima intelectiva corre también por todos los lugares del mundo, cuando quiere. Agora (dice S. Ambrosio) estamos en Italia, y pensamos en las cosas de Oriente y Occidente, y conversamos con los de Persia y con los de África, y ahí tratamos con los amigos, caminamos con los que caminan, allegámonos á los peregrinos, juntámonos con los ausentes, hablamos con los que están apartados de nosotros, y hasta los defuntos resuscitamos, y los abrazamos y conversamos como si estuvieran vivos. Pues por

aquí se entiende no haber sido hecha á imagen de Dios aquella parte corporal que hay en nosotros, sino aquélla que con la agudeza de su vista ve los ausentes, y pasa de la otra banda de la mar, y corre con la vista por todas las cosas, escudriña las escondidas, y en un momento rodea sus sentidos por todos los fines del mundo, y sube hasta Dios, y se ayunta con Cristo, y desciende al infierno, y sube al cielo, y libremente se pasea por él, como lo hacía aquél que dice: Nuestra conversación es en los cielos.

Pero otra cosa hay más admirable, en que nuestra ánima imita la virtud y poder de Dios, en lo cual sobrepuja aun á los ángeles. Porque aunque en ellos resplandezca más perfectamente la imagen de Dios, por ser substancias puramente espirituales, apartadas de toda materia, pero nuestra ánima, demás de ser substancia espiritual, representa esta imagen por otra vía, que es con la variedad de los oficios que ejercita en los cuerpos donde mora. Porque lo que óbra Dios en este mundo mayor, eso óbra nuestra ánima en el mundo menor, que es en el hombre. Vemos pues en el mundo mayor cuánta infinidad de criaturas y de obras naturales hay, y en todas ellas óbra Dios, conservándolas en el ser que tienen, y dándoles virtud y facultad para todas las obras que hacen, porque la primera causa concurre con todas las otras inferiores, sin cuya virtud y influencia no podrían ellas obrar. Pues desta manera tiene nuestra ánima tan plenaria jurisdición y señorío dentro deste territorio de su cuerpo, que ninguna obra se hace en él, de que ella no sea principio y causa. Lo cual parece por la falta que ella hace cuando por la muerte falta, pues entonces cesan todas estas obras. De modo que con ser ella una simple y espiritual substancia, es principio de todos los oficios de la vida. Porque ella es la que ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en la lengua, toca con todos los otros miembros, cuece el manjar en el estómago, conviértelo en sangre en el hígado, y repártela por las venas en todo el cuerpo, cría los espíritus de vida en el corazón, y los animales en el celebro, y distribuye los unos por las arterias, y los otros por los nervios en todos los miembros del cuerpo. Ella pinta las cosas que vió en la imaginación, y acuérdase de infinitos vocablos y cosas con la memoria, y discurre y disputa con el entendimiento, y ama ó aborrece con la voluntad. Y finalmente, no hay cosa tan menuda en nuestro cuerpo de que ella no sea principio y causa principal.

De suerte que lo que son los pesos en el reloj, eso es el ánima en nuestro cuerpo, y así como quitados estos pesos, todas estas ruedas del reloj paran, así faltando el ánima á nuestro cuerpo, faltan todos los oficiales y oficios de nuestra vida.

Ésta es una cosa de que el profeta David grandemente se maravilla cuando dice (1): Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual conozco por lo que veo en mí, y tan alta es, que yo no la puedo alcanzar. Sobre las cuales palabras, que en este sentido alega Teodoreto, hace él una larga exclamación diciendo así: Cuando yo, Señor, recogido dentro de mí mismo, y libre de los cuidados y negocios exteriores, entro en mí, y me pongo á contemplar mi propria naturaleza y aquella facultad del ánima racional que me distes, y miro las sciencias de que ella ha sido capaz, y las artes por ella inventadas, de que está lleno el mundo, con cuyo beneficio se hace la vida más alegre y suave, y miro aquella infinita abundancia de vocablos que en ella caben, dentro de la cual están distinctamente guardados y conservados, y así se le ofrecen fácilmente cuando los ha menester, y miro también cómo esta ánima gobierna todo el cuerpo, y cómo ella misma cometió á los ojos el oficio de juzgar entre los colores, y á la lengua de conocer la diferencia de los sabores, y héchola intérprete de sus conceptos mediante el uso de las palabras, y á las narices dió facultad de examinar los olores, y á los oídos de percibir las palabras que vienen de fuera, y ella misma extendió el sentido del tocar por todo el cuerpo, con el cual tocamiento á veces siente dolor, á veces alegría y deleite: considerando pues con mi ánimo todas estas cosas y otras semejantes, y viendo cómo muchas dellas, al parecer contrarias, concurren en la fábrica de un animal, junto con aquella admirable unión de las dos naturalezas, una mortal y otra inmortal, quedo espantado con este tan grande milagro, y no pudiendo alcanzar la razón de cosa tan grande, confieso que quedo vencido, y predicando la victoria y sabiduría del Criador, vengo á prorrumpir en voces de alabanza, y exclamo con este Profeta diciendo: Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual resplandece en mí: tan alta es, que yo no la puedo comprehender. Lo susodicho es de Teodoreto. Ésta es pues otra admirable excelencia de nuestra ánima, en la cual imita á

(1) Psalm. 138.

su Criador, obrando (como dijimos) todas las cosas en su cuerpo, como el Criador las óbra en este mundo. Por lo cual, demás de lo dicho, se llama ella imagen de Dios.

§ II

Mas ¿qué quiere decir que no solamente se dice haber sido hecha á imagen de Dios, sino también á su semejanza? A esto responde S. Bernardo y S. Ambrosio diciendo que imagen se llama por razón de lo natural que recibió, y semejanza por lo gratuito. Quieren decir que imagen se llama por causa de las dotes y facultades naturales que recibió para vivir esta vida común y natural, mas semejanza, por la gracia y virtudes sobrenaturales que en su primera criación recibió para vivir vida sobrenatural, merecedora de vida eterna. Por do parece que la imagen, que es lo natural, nunca se pierde, aunque el ánima esté en el infierno: mas la semejanza piérdese perdida la gracia, la cual se pierde por cualquier pecado mortal. Mas es mucho para sentir no sólo el perder el hombre esta semejanza, sino mucho más la semejanza que sucede en lugar désta. Y cuál sea ella, declarólo el Profeta cuando dijo (1): El hombre constituído por Dios en dignidad y honra no entendió el estado que tenía, por lo cual vino á ser comparado con las bestias brutas, y hecho semejante á ellas. Pues ¿qué cosa más para sentir que esta tan gran caída, en que el hombre que representaba en la pureza de su vida la semejanza de Dios, venga á mudar la semejanza divina en semejanza de bestias? ¿A dónde puede más descaer y descendir la miseria humana? Pues por aquí verá el hombre cuánta sea la malicia del pecado, que es causa deste tan grande mal.

Esto baste para concluir la materia del ánima intelectiva, y con ella de todo lo que pertenece á los dos mundos así mayor como menor, que es el hombre. Agora será razón aprovecharnos de todo lo dicho, levantándonos por las criaturas al conocimiento del Criador.

(1) Psalmo 48.

DE LA PROVIDENCIA ESPECIAL
QUE NUESTRO SEÑOR TIENE DE LAS COSAS HUMANAS

CAPITULO XXXVI

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para declarar los motivos que los filósofos tuvieron para reconocer y confesar una primera causa, un primer principio y un primer movedor y gobernador de todo este universo, que llamamos Dios. Sirve también para que conozcamos la providencia que este soberano Señor tiene de todas las cosas, considerando las habilidades de que proveyó á todos los animales para su conservación, que es para mantenerse y defenderse de sus contrarios, y curarse en sus enfermedades, y criar sus hijos. En nada desto pusieron dubda los filósofos de más grave y asentado juicio. Mas así como se hallan á las veces cuerpos monstruosos, que nacen, ó con sobra, ó con falta de los miembros acostumbrados, así también (y aun mucho más) hay ánimos y ingenios monstruosos que dicen cosas no sólo contra toda razón, sino contra todo el común consentimiento del género humano, cuales fueron los que confesando la providencia que Dios tenía de los animales brutos (por las razones susodichas) osaron decir que no la tenía de los hombres, por la confusión y desorden que veían en las cosas humanas, no considerando que como los brutos no son capaces ni de virtud ni de vicio, no hay por qué el Criador altere la providencia que tiene dellos. Mas como el hombre es capaz de lo uno y de lo otro, trátale Dios conforme á sus obras, haciendo bien al bueno y castigando al malo. Lo cual llegó á entender aquel insigne filósofo moral Séneca, diciendo en una palabra gran parte de lo que enseña nuestra Religión. Porque hablando de Dios, dice que él nos trata de la manera que nosotros lo tratamos, dando á entender que á los que reverencian y honran á Dios como á verdadero señor y padre, trata él como á fieles siervos y hijos. ¿Qué más dijera este filósofo, si fuera cristiano? ¡Cuán grande y cuán universal doctrina se comprehende en estas tan

breves palabras! Mas aquí es de notar que cuando decimos que hace Dios bien á los buenos y castiga á los malos, no entendemos aquí por bien los bienes temporales (los cuales ni aun los filósofos llamaron bienes) ni por mal la pobreza ó falta dellos, pues ésta no merece nombre de verdadero mal, pues todos los sanctos voluntariamente la amaron y procuraron. Así que la providencia que el Criador tiene de los animales, siempre es de una manera, mas la de los hombres es diversa, según la diversidad de sus obras. Mas contra estos filósofos desvariados se armaron los verdaderos y graves filósofos, mayormente los que se llamaron estoicos (que eran muy devotos de la virtud) probando con gravísimas razones la providencia que generalmente tiene aquel soberano Señor de las cosas humanas. De las cuales pondremos aquí algunas.

Porque primeramente, ¿qué oídos no se escandalizan, oyendo decir que Dios tiene cuidado de las bestias y no de los hombres, habiendo sido criadas las bestias y todas estas cosas inferiores para el servicio del hombre, como está ya declarado? ¿Quién dirá que un padre tiene cuidado de los esclavos y mozos de su hijo, y no lo tiene del hijo? Si á la prudencia y buen gobierno pertenece tener mayor cuidado de las cosas mayores que de las menores, siendo el hombre sin comparación más noble que todos los brutos animales (como criatura hecha á imagen y semejanza de Dios) ¿en qué razón cabe decir que él tenga providencia de cosas tan bajas, y desprecie las altas, como son los hombres, á los cuales llama hijos por la semejanza que tienen con él? Y si tiene cuidado de los brutos, que ni reconocen el beneficio, ni le dan gracias por él, ¿cuánto más lo tendrá del hombre, que lo reconoce y adora y alaba por él?

Vemos también que el amor es la causa de la providencia que tienen las criaturas de sus proprias cosas, y que cuanto más las aman, tanto es mayor el cuidado que tienen dellas, como lo vemos en la providencia y cuidado que los brutos tienen de los hijos que aman. Pues si Dios tiene mayor amor al hombre que á los brutos (lo cual se ve por las ventajas que tiene sobre los brutos, y por la más excelente naturaleza que le dió) ¿cómo es posible que teniendo cuidado de lo que menos ama, no lo tenga de lo que más ama? Vemos por experiencia que si el hombre planta ó engiere un arbolico, se alegra después cuando lo ve cre-

cido y medrado y cargado de fruto, y le pesa si lo ve maltratar, y huelga de cultivarlo y regarlo. Pues si este amor y cuidado tiene el hombre de un arbolillo que él plantó, ¿cuánto mayor lo tendrá el Criador del hombre que él formó?

Mas no sólo el amor, sino la bondad también es causa de la providencia. Y así vemos que los hombres de singular y excelente bondad tienen gran respecto al bien común, y así lo desean y procuran, aunque sea á costa suya. Pues si esto es proprio de la excelente bondad, ¿cuánto más lo será de aquella suma y infinita Bondad, para tener cuidado del hombre, mayormente sabiendo él que estando el hombre bien ordenado, todo este mundo que le sirve, está bien ordenado, mas por el contrario, estando él desordenado, también lo está el mundo, pues sirve á quien no sirve al común Señor de todo?

Y si todas las perfecciones de las criaturas (que se llaman absolutamente perfecciones) están en Dios por muy eminente manera, y tener cuidado del bien común sea una dellas, ¿quién osará negar que no la hay en Dios, siendo él un abismo de todas las perfecciones y el autor dellas?

Vemos también que todas las causas tienen especial cuidado de sus efectos, como lo tienen los padres de sus hijos, los reyes de sus vasallos, los padres de familia de su familia. Pues ¿cuánto mayor lo tendrá aquel Rey de los reyes, aquel Padre soberano y aquella Causa de las causas del más noble efecto que en este inferior mundo produjo, que es el hombre?

Añado más á lo dicho, que si Dios no tiene providencia de las cosas humanas, ó es porque no puede, ó no quiere, ó no sabe lo que en este mundo pasa. Decir que no sabe, es quitarle la sabiduría, y decir que sabe, mas no quiere, es quitarle la bondad, y la justicia, y la caridad, y la misericordia, y finalmente todas sus perfecciones y virtudes, lo cual es horrible blasfemia. Mas decir que no puede, es contra la grandeza de su poder, que es infinito. Porque quien pudo criar este mundo tan grande, tan hermoso, tan bien ordenado, tan constante en la variedad de los tiempos y en el movimiento de los cielos, y poblado de tantas cosas para el uso de la vida humana, ¿cómo no podrá gobernar lo que pudo hacer? Y si él por su propria voluntad quiso criar este mundo, no por necesidad que dél tuviese, ni porque nadie lo forzase, sino por su sola bondad, por la cual quiso dar ser á las cosas que no

lo tenían, ¿por qué no ha de querer conservar y gobernar lo que quiso criar?

En cabo de lo dicho acreciento una consideración muy principal y muy experimentada. Vemos generalmente que todos los hombres, de cualquier nación que sean, cuando se ven en algún aprieto y angustia, súbitamente, sin algún discurso de razón, sino por solo instincto de naturaleza, levantan los ojos y las manos al cielo, donde aquel Señor principalmente reside, pidiéndole socorro. Pues como esta inclinación esté impresa por el Criador en la misma naturaleza del hombre, y ésta no pueda ser ociosa y vana por aquella común sentencia de filósofos, los cuales dicen que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua, síguese que él tiene providencia de las cosas de los hombres, pues crió esta inclinación natural en los corazones dellos. Ni es menor testimonio el común consentimiento de todas las gentes, por bárbaras y bestiales que sean, en las cuales siempre se halla alguna manera de culto de la Divinidad, aunque falso y errado, y esto con presupuesto que no honran esta Divinidad de balde, sino porque esperan favor della. Porque si nada esperasen, no la honrarían, ni tendrían cuenta con sus templos y sacrificios. Y esto es confesar la divina Providencia, que es tener Dios cuenta con quien lo venera y honra. Y como esto sea cosa universal en todas las gentes, síguese que este afecto y conocimiento nace con el mismo hombre, y está impreso en su corazón por el autor de la misma naturaleza. El cual, así como engirió en los corazones de los hijos una natural inclinación de acatar y reverenciar á sus padres, así también imprimió otra de honrar á Dios, que por muy más excelente manera es padre universal de todos los hombres. Y es tan notorio esto en lumbre de naturaleza, que dijo Aristóteles que no habíamos de poner en disputa si la nieve era blanca, ni tampoco si los padres y los dioses habían de ser honrados, sino dar ojos al que niega ser la nieve blanca, y azotes y castigo al que negare la honra debida á los padres y á los dioses.

Estas y otras semejantes razones movieron á los más graves y sabios filósofos, como fué Platón y Sócrates, su maestro, y señaladamente los estoicos, uno de los cuales (que fué Séneca) escribió un libro entero de la divina Providencia. De la cual también hace mención en otros lugares de sus epístolas. Y así en una que escribe á su amigo Lucilio, dice estas singulares y notables

palabras. Cerca de ti está Dios, contigo está, dentro de ti está, un espíritu sagrado mora dentro de nosotros, que guarda y nota nuestras buenas obras. El cual nos trata de la manera que nosotros le tratamos. Y ten por cierto que ningún hombre puede ser bueno sin él. Porque ¿cómo podrá alguno despreciar las cosas de la fortuna sin su ayuda? Él es el que nos da consejos magníficos. Cierto es que mora Dios en las ánimas de los buenos, aunque no sepamos cuál Dios sea éste que en ellas mora. Un ánimo excelente y moderado, y que pasa por cima de todas las cosas como por viles y bajas, y se ríe de todo lo que nosotros tememos ó deseamos, solo Dios lo puede hacer. No puede una cosa tan grande hacerse sin favor dél. Y así la mayor parte deste ánimo está en el lugar de donde bajó. De modo que así como los rayos del sol llegan á la tierra, mas ellos están en el mismo sol de donde decienden, así el ánimo grande y sagrado, enviado al mundo para que por él conozcamos las cosas divinas, conversa aquí con nosotros, mas él está junto con su principio de donde nace. Y en otra epístola dice así (1): Maravíllaste que los hombres vayan á los dioses: mayor maravilla es que Dios viene á los hombres, y (lo que es aún más vecino) Dios viene á morar en ellos. Porque ninguna buena ánima hay sin el favor y presencia de Dios. Todas éstas son palabras de Séneca, el cual sin haber leído el Evangelio, confiesa la necesidad de la gracia, sin entender lo que es gracia, y el cuidado de la divina providencia. Por dónde hay razón para espantarnos de la ceguedad y locura de los herejes pelagianos, que recibiendo las Escrituras sagradas, dogmatizaban que podía un hombre con solas las fuerzas del libre albedrío, sin el socorro de la gracia, guardar perfectamente todos los mandamientos divinos, y merecer el reino del cielo.

Á este tan ilustre testimonio de Séneca añadiré el de Tulio (2), que confiesa lo mismo, diciendo que los dioses inmortales no solamente proveen á todo el linaje de los hombres, sino también á cada uno en particular: porque si tienen providencia de todo el mundo, también la tienen de las principales partes dél, que son Asia, Africa y Europa, y si la tienen déstas, también la tienen de las ciudades dellas, como son Roma, Atenas, Esparta, Rodas,

(1) Epist. 74.
(2) Tulio, lib. 2, *De Natura Deorum.*

con las demás, y así se sigue que han de tener especial cuidado de cada uno de los moradores déstas. Y en esta cuenta ponemos á Curio, Fabricio, Metelo, Marcelo, Catón, Escipión, Lelio y otros muchos singulares varones que hubo en Roma y en Grecia, ninguno de los cuales fué tal sin ayuda de Dios. La cual razón convenció á los poetas, y particularmente á Homero, que señalasen ciertos dioses por compañeros, ayudadores y defensores de los peligros á los hombres heroicos, como fué Ulises, Diómedes, Agamenón y Aquiles. Por dónde se concluye que nunca en el mundo hubo algún varón señalado, que no fuese ayudado con un soplo y favor de Dios. Lo susodicho es de Tulio, que también como Séneca confiesa la necesidad del favor divino y el cuidado de la divina Providencia.

De cómo todas las cosas deste mundo fueron fabricadas para el hombre.

§ I

Esta misma providencia prueba el mismo Tulio declarando muy en particular cómo todas estas cosas que vemos fueron fabricadas por la divina Providencia para el hombre, y así dice él: Si alguno preguntare por cúya causa hayan sido fabricadas cosas tan grandes, ¿por ventura por amor de los árboles y de las yerbas, las cuales aunque carecen de sentido, son obras de naturaleza? Muy contra toda razón sería esto. Mas ¿por ventura fueron formadas por causa de las bestias? Tampoco se puede decir que los dioses hayan fabricado esto por causa de las bestias mudas, que ninguna inteligencia tienen. Pues ¿por cúya causa diremos haber sido hecho este mundo? Á esto respondemos que por causa de los animales que usan de razón, que son los hombres, porque solos ellos usan de razón y viven por ley. De modo que así como decimos que Atenas y Lacedemonia y todo lo que hay en estas ciudades, sirven á los moradores de ellas, así todas las cosas que hay en esta gran ciudad del mundo, son para servicio de los hombres. Pues ya el curso del sol, y de la luna, y de las estrellas, aunque sirven para la orden y gobernación del mundo, mas son también un hermosísimo espectáculo

para los hombres. Porque ninguna cosa hay, cuya vista sea para nuestros ojos más insaciable, más hermosa, más artificiosa para nuestro entendimiento. Ca por la orden y curso destos planetas conocemos la cualidad de los tiempos y la variedad y mudanzas dellos. Y si éstas conocen solos los hombres, para solos ellos habemos de juzgar que fueron hechas. Pues la tierra llena de mieses y de diversas especies de legumbres que ella produce con grande abundancia, ¿sirve para el uso de los hombres, ó de las bestias? Pues ¿qué diré de las viñas y de los olivares, cuyos fructos tan copiosos y tan sabrosos no pertenecen á las bestias? Porque no tienen ellas sciencia ni de sembrar los campos, ni de cultivarlos, ni de segar y recoger el fructo dellos á sus tiempos, ni de guardarlo para adelante, porque el uso y cuidado de todas estas cosas de solos los hombres es, y no de ellas. Por dónde así como las cuerdas de una vihuela y los otros instrumentos musicales fueron hechos para solos aquéllos que saben usar dellos, así todas estas cosas susodichas para solos aquéllos sirven, que saben usar dellas. Ni es razón decir que por causa de ellas hayan sido hechas, porque algunas veces arrebatan y hurtan algo destos frutos, así como no decimos que recogen los hombres y guardan el trigo en sus graneros por causa de los ratones y de las hormigas que lo hurtan, sino para provisión de sus mujeres y hijos y familia. Así que las bestias á hurto gozan de algo desto, mas los hombres libre y descubiertamente. Porque ¿quién tendrá dubda que tanta variedad y abundancia de frutas tan sabrosas para el gusto, y tan suaves para el olor, y tan hermosas para la vista, haya dado la naturaleza para los hombres? Y ¿cómo se podrá decir que fueron estas cosas hechas para las bestias, pues nos consta que esas bestias fueron hechas por causa de los hombres? Porque ¿para qué otra cosa sirven las ovejas, sino para que de su lana se hagan paños con que nos vistamos? Las cuales ni pudieran mantenerse, ni sustentarse, ni dar algún fruto, si los hombres no tuviesen cuidado de ellas. Pues ya la guarda tan fiel de los canes, y el amor con que aman y lisonjean á sus señores, y el furor y odio contra los extraños, y tan increíble sagacidad y olor para buscar la caza, y tanta ligereza y alegría para perseguilla, ¿qué otra cosa nos representa, sino haber sido ellos engendrados para el provecho y servicio de los hombres? Pues ¿qué diré de los bueyes, cuyos lomos declaran no haber sido fabricados para llevar

y traer cargas, mas las cervices tan acomodadas á recebir el yugo, y las fuerzas y anchura de los pechos para tirar el arado, vemos cuánto sirven al uso de los hombres? Por lo cual antiguamente en aquella edad dorada (como los poetas la llaman) se tenía por gran delicto matar los bueyes, y comer de sus carnes. Prolija cosa sería si quisiese yo declarar agora el provecho que nos viene de los mulos y de las otras bestias caballares, las cuales vemos servir á los hombres. Mas el puerco, ¿para qué otra cosa sirve, sino para mantenernos con su carne? Y para que ésta no se corrompiese, diéronle el ánima en lugar de sal. Y por ser este animal tan provechoso para nuestro mantenimiento, vemos que ninguno otro pare y cría tantos hijos como él. Pues ¿qué diré de la muchedumbre y suavidad de los peces? ¿Qué de las aves, de las cuales recebimos tan gran deleite, que parece que esta providencia tan regalada fué ordenada por el Epicuro? Las cuales no podríamos haber á las manos, sino con el artificio y industria de los hombres. Pues ya las bestias fieras alcanzamos monteando, parte para mantenernos dellas, y parte para ejercitarnos en la disciplina militar, las cuales también domamos y domesticamos, como lo hacemos con los elefantes, y muchas cosas dellos sirven para curar llagas y enfermedades, como también lo hacen las yerbas, cuya virtud y eficacia conocemos por largos tiempos y experiencias. Y si rodeáremos con los ánimos como con los ojos toda la tierra y los mares todos, veremos tan grandes espacios de campos fértiles y frutuosos, veremos los montes vestidos de yerbas verdes, y el pasto de los ganados, y la increíble ligereza con que los navíos corren por la mar. Y no sólo las cosas que están sobre la tierra, sino también las escondidas en las entrañas della nos sirven, las cuales, así como son para el servicio de los hombres, así solos ellos las sacan á luz y las descubren. Lo susodicho es de Tulio, el cual por los ejemplos susodichos manifiestamente prueba todas las cosas deste mundo inferior juntamente con el cielo haber sido fabricadas y ordenadas para el uso y provisión de nuestra vida. Lo cual todo es manifiesto argumento de la providencia que Dios tiene de los hombres, pues tantas cosas crió tan apropriadas para el uso y provisión y regalo de los hombres, de que las bestias no son capaces.

Y demás deste discurso y argumento con que se prueba esta divina Providencia, también la confiesa en el libro de las Leyes

por estas palabras: Ante todas las cosas tengan por averiguado los hombres que son los dioses señores y gobernadores de todas las cosas, y lo que pasa en la vida humana sucede por su voluntad y imperio, y que ellos entienden en hacer bien al linaje de los hombres, y miran lo que cada uno dellos hace, y en qué peca, y con qué devoción y ánimo trata las cosas que pertenecen á la religión, y finalmente ellos tienen cuenta y razón con la vida de los buenos y de los malos. Pues ¿qué más dijera este filósofo, si tuviera lumbre de fe?

Pues por más ilustre tengo el testimonio de Plutarco (1), el cual confiesa juntamente con la divina Providencia la inmortalidad del ánima por estas palabras: Una es la razón que confirma y prueba la divina Providencia y la inmortalidad del ánima, ni podemos abrazar lo uno y desechar lo otro. Porque quedando el ánima viva después de la muerte del cuerpo, conviene, y aun es necesario, que reciba el castigo ó galardón de sus obras. Porque el tiempo que en este mundo vive, pelea como un luchador, y acabada la pelea, ha de recebir lo que mereció. Mas de qué manera haya de ser el ánima después desta vida galardonada ó castigada, no sabemos desto cosa cierta que podamos afirmar los que vivimos, porque este secreto nos está encubierto. Hasta aquí son palabras deste gran filósofo, las cuales nos declaran cuánta sea la fuerza y la luz de la verdad, pues en medio de las tinieblas de la gentilidad veían sus rayos y resplandores.

Vengamos á Aristótiles (2), el cual como ya vimos, no consiente que se dispute de la honra que se debe á los padres y á Dios, por ser cosa tan clara y tan perentoria. El mismo en su Política, después de haber dicho que cuatro cosas eran necesarias para una bien ordenada república, que son, bastimentos, armas, artes y dineros, dice que la primera que le es necesaria, es el culto de los dioses, que llaman religión. Y en el décimo libro de las Éticas dice así: El que se rige por razón y entendimiento, y procura de perfeccionar esta principal parte de su ánima, y está aficionado á lo bueno, parece que éste tal será aceptísimo á Dios. Porque si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas, como lo parece, cosa es conforme á razón que se agraden de una cosa tan buena y tan semejante á ellos (que es

(1) Plaut. lib. de sera numinis vindicta. (2) Arist. in lib. Topicorum.

nuestro entendimiento) y los que aman esta parte de su ánima, y procuran adornarla con las virtudes, justo es que sean amados de los dioses como gente que vive virtuosamente y que tiene cuidado de perfeccionar lo que recibió. Todas estas son palabras de Aristótiles, que favorecen la divina Providencia, pues hacen á Dios amador de los buenos como de gente semejante á él en la nobleza del entendimiento y en la pureza de la vida. Y no menos hace á este propósito atribuir este filósofo á la religión y culto de Dios el primer lugar en la república bien ordenada, como acabamos de decir. Porque ¿para qué fin han de honrar los hombres á Dios, si él ningún cuidado ni cuenta tiene con ellos? Con saber agora los hombres por fe que hay pena y gloria eterna para buenos y malos, hay tantos hombres que tienen muy poca cuenta con Dios, ¿qué sería si ni en esta vida ni en la otra esperasen nada dél? Y ¿qué sería el mundo poblado de tales hombres cuales serían los que esto creyesen, sino una cueva de ladrones y salteadores, y un cenagal de puercos, ó por mejor decir, un pedazo del infierno? Y siendo tal el mundo, ¿cuán indigna cosa sería de aquella infinita bondad y sabiduría haber criado esos tan grandes cielos, y esas tan resplandecientes lumbreras, y gobernar esta tan grande máquina del mundo, enviando sus pluvias á sus tiempos para frutificar la tierra, y diputando los peces de la mar, y las aves del aire, y los animales de la tierra, y todo esto para el uso de los hombres, siendo ellos mucho peores que bestias? ¿Qué cosa más indigna de tal saber y de tal bondad? Así que pues Aristótiles tanto quiere que honremos á Dios, algo quiere que esperemos dél, porque (como dijo el Cómico) naide quiere ser bueno de balde.

Mas el mismo filósofo, en el compendio de la filosofía que escribió á Alexandre (aunque algunos dubdan ser este libro suyo) habla más claro de la Providencia, donde refiere una cosa memorable. Porque cuenta él que una vez rebosó el monte Etna una tan gran bocanada de fuego, que se extendió por todos los campos y tierras comarcanas: y huyendo todos los mozos á gran priesa, como los viejos no pudiesen huir, hubo algunos hijos tan leales á sus padres, que tomándolos sobre sus hombros, huían con ellos. Mas no pudiendo darse tanta priesa por la carga que llevaban, finalmente los hubo de alcanzar la apresurada llama. Entonces Dios, agradándose de aquella fe y lealtad de los buenos

hijos para con sus viejos padres, hizo que se dividiese y apartase la llama en dos partes, para que diese lugar y paso seguro á los virtuosos mancebos con sus padres. Esta historia refiere Aristótiles en el sobredicho libro, en la cual no sólo confiesa la divina Providencia, sino también los milagros, que sobrepujan toda la facultad de naturaleza.

§ II

Con este ejemplo juntaremos otros referidos no por autores cristianos, á los cuales no dan crédito los infieles, sino por otros de otra religión. Y porque á esta Providencia pertenece, no sólo galardonar los buenos, sino también castigar los malos, referiremos aquí algunos castigos tan grandes y tan extraordinarios, ejecutados contra hombres perversísimos, cuya grandeza declara ser ellos manifiesta obra de la divina Providencia y Justicia. Entre los cuales tendrá el primer lugar el fin desastrado de aquel Herodes que por sola ambición de reinar usó de la mayor crueldad que jamás se vió, que fué derramar la sangre de tantos niños inocentes, y junto con ellos la de su proprio hijo, con otras crueldades y tiranías de que usó el tiempo que vivió. Pues los clamores y voces así de aquella sangre inocente derramada como de los padres y madres destos niños, que pedían venganza, era justo que llegasen á los oídos de aquel soberano Juez, el cual demás de las penas de la otra vida castigase una maldad tan extraordinaria con nuevo y extraordinario castigo. El cual refiere Josefo, noble historiador entre los judíos, por estas palabras (1): La terrible enfermedad de Herodes cada día se hacía mayor, hasta vengar enteramente la maldad cometida. Porque de fuera en el cuero y sobre haz ardía con un fuego templado, pero dentro se abrasaba como horno encendido. Siempre padecía grandísima hambre, y con ningún manjar que comiese podía amansar la crudelísima rabia. Las entrañas tenía dentro llenas de llagas, y del cuerpo le salía un humor ralo y amarillo que le bañaba hasta los pies, y dende los pies hasta la barba. Todos los miembros tenía hinchados, y sus partes vergonzosas podridas y llenas

(1) Refert Euseb. lib. 1 Ecclesiast. Hist.

de gusanos, y hinchadas, y abominables, y con terribles dolores. Y sobre todos los males le afligía el hedor que le salía, ó de la podredumbre de los miembros, ó del huelgo de la boca emponzoñada. Y tan cercado estaba de dolores, que ya no le bastaban las fuerzas naturales para sufrirlos. Decían los adevinos que el soberano emperador Dios le había dado esta pena por sus grandes y muchas maldades. Mas dado que de tan irremediables llagas estuviese herido, no por eso perdía la esperanza de vivir. Para lo cual procuraba aquellas artes y remedios que podía. Ca pasado el Jordán, se bañaba algunas veces en los baños que se dicen de Calireo, cuyas aguas también para beber son saludables. Y pareció á los médicos que se debía bañar todo el cuerpo en aceite caliente: pero metido en este baño, se les descoyuntaron los miembros, y los ojos le saltaron de sus proprios lugares. De allí le trajeron á Hiericó, donde movido por los llantos de sus criados, y desesperado ya de la vida, mandó repartir á sus caballeros á cada cual cincuenta pesos de moneda, y después por algunos días distribuyó entre sus amigos gran suma de dinero. Pero después, lleno de furor y braveza y como amenazando á la muerte, acabó con una maldad y crueldad increíble. Porque mandó llamar todos los varones nobles y principales de todas las ciudades y villas de Judea, y encerrarlos en cierto lugar: y llamando á su hermana Salomé con su marido Alejandro, les dijo: Yo sé que los judíos se han de regocijar con mi muerte: pero si vosotros queréis cumplir mi mandamiento, yo tendré mi enterramiento y exequias muy honradas con muchedumbre de hombres y mujeres que lloren. Tened á punto gente armada por que en la hora que yo expirare, maten todos estos varones principales de Judea que yo tengo encerrados, para que toda la provincia (aunque les pese) haga llanto en mi muerte. Y poco después, sintiendo ya la muerte cercana por la fuerza de los dolores, pidió un cuchillo para aparar una manzana (como solía) con su mano, y diéronsele. Dende á poco, entendiendo que nadie hubiese que le fuese á la mano, alzó el cuchillo, y metiósele por el cuerpo. Pero un poco tiempo que duró antes que expirase, no quiso pasar sin crueldad, y hizo degollar el tercero hijo, después de dos que por su mandamiento habían sido antes degollados. Desta manera salió de la vida lleno no menos de dolores que de maldades. Lo susodicho es de Josefo. En lo cual vemos verificada aquella senten-

cia del Psalmo: Justo es Dios, y amador de justicia, y sus ojos miran la igualdad. Vemos también aquí la hermosura y grandeza de la divina Justicia, la cual permitió que este tirano ni perdonase á sí mismo ni á sus proprios hijos, quien no perdonó á los ajenos, y que no sólo pagase esta deuda con la muerte acelerada que él rabiosamente tomó con sus manos, sino también con aquella terrible y prolija enfermedad que él quiso redimir con su propria muerte. La cual enfermedad fué de tal cualidad, que los mismos médicos que lo curaban, entendían que aquella dolencia le venía del cielo por sus grandes pecados. Porque esta regla habemos de tener por general y verdadera, que cuando sobrevienen á un tirano calamidades extraordinarias, habiendo precedido maldades ó crueldades extraordinarias, debemos entender por este castigo la severidad de la Justicia y Providencia divina, que por este medio se declara y da motivo á los hombres escandalizados para predicar las alabanzas divinas. Conforme á lo cual dice el Profeta: Alegrarse ha el justo, cuando viere la venganza, y lavará sus manos en la sangre del pecador. Quiere decir que con el ejemplo deste castigo y con el temor de la divina justicia trabajará por justificar y purificar su ánima.

El mismo Josefo refiere otro castigo extraordinario de otro Herodes (1), que es el que degolló á Santiago, y prendió á S. Pedro para hacer otro tanto dél. Éste pues, estando indignado contra los moradores de Tiro y de Sidón, y viniendo ellos con toda humildad á pedirle perdón por la necesidad que tenían dél, salió á un cadahalso vestido ricamente de vestiduras reales á hacer un razonamiento á estos pueblos que presentes estaban. Entonces ellos, levantando las voces, le comenzaron á lisonjear diciendo: Palabras son éstas de Dios, y no de hombre. Con esto el malaventurado y loco rey de tal manera se ufanó y envaneció con esta lisonja, que en lugar de dar gloria á Dios, la tomó para sí, juzgando que en él cabía aquella tan grande alabanza. En este punto dice Josefo que le hirió un ángel de Dios, y así comido y consumido de gusanos acabó desastradamente su vida. Donde es mucho para considerar que habiendo este hombre malvado degollado un Apóstol y preso otro, no recibió algún castigo, mas agora recibió este tan grande, por haber hurtado la

(1) Idem Luc. Actuum 12.

gloria á Dios y atribuídola á sí: para que por aquí se entienda el peligro que puede haber en la vanagloria y en la presumpción y estima de sí mismo.

Con estos ejemplos susodichos juntaremos los de los emperadores que persiguieron la Iglesia, comenzando desde Nerón, los cuales por la mayor parte tuvieron desastrados fines, como en la segunda parte desta escritura declaramos. Y entre éstos es muy notable el castigo terrible de Maximino, y la miserable enfermedad que padeció, la cual los mismos médicos confesaban ser castigo de Dios por la grandeza de sus maldades y crueldades, como en su proprio lugar declaramos.

Estos ejemplos son de escritores gentiles para los que no dan fe á los cristianos. Mas con todo eso referiré aquí otro ejemplo que en la santa Escritura se escribe del rey Antioco, cuyas maldades y crueldades para con el pueblo de Dios fueron tales, que no se pueden explicar sino diciendo que cuasi todas las cosas que ha de hacer el Antecristo contra la honra de Cristo, hizo éste para destruir el culto de Dios. Éste es el que martirizó aquellos dichosos y bienaventurados siete hermanos Macabeos con su sanctísima madre, y el que hinchió el santo templo de rufianes y malas mujeres, y le mandó intitular del nombre de Júpiter, y puso la estatua deste ídolo donde estaba el arca del Testamento. Y entre otras matanzas que dél se escriben, una fué, que en espacio de tres días fueron muertos ochenta mil hombres y cuarenta mil captivos, y otros tantos vendidos. Mas la divina Providencia, que nunca duerme, después de haber castigado los pecados de su pueblo por mano deste tirano, tomó dél la venganza que sus maldades merecían, porque él no hacía esto como ministro de Dios, sino como cruel tirano. Y así fué castigado con tal enfermedad, que él mismo entendió que no era ella natural ni ordinaria, sino que venía de lo alto. Porque viniendo de camino, súbitamente lo hirió Dios con un increíble dolor y tormento de las entrañas. Y no paró aquí el mal, sino todo el cuerpo se le cubrió de llagas tan horribles, que dellas manaban arroyos de gusanos que le roían y comían día y noche las carnes, y dellas salía tan pestilencial hedor, que todo el ejército que con él venía, se agraviaba dél, y él mismo no lo podía soportar. Conociendo pues el miserable el azote de Dios sobre sí, comenzó, aunque tarde, á humillarse y reconocer el poder de Dios y la maldad de sus pe-

cados. Y así dijo: Justa cosa es subjectarse á Dios, y que el hombre mortal no se quiera poner á la iguala con él. Y arrepentido con este conocimiento prometió de igualar á la ciudad de Hierusalem (que él venía á asolar) con la de Atenas, y previlegiar á todos los judíos como á ciudadanos atenienses, y que él adornaría el templo con preciosos y ricos dones, y multiplicaría los vasos sagrados, y mandaría que de las rentas de sus alhóndigas se pagase la costa de todos los sacrificios. Y sobre todo esto, que él se convertiría á la fe de los judíos, y andaría predicando por todas partes la grandeza del poder y gloria de Dios.

Todas éstas son palabras de la Escriptura sagrada, las cuales aunque sirven para otros muchos propósitos, mas yo las he traído aquí para que así este ejemplo como todos los demás que habemos dicho, junto con las razones alegadas, nos declare cómo aquel soberano Juez tiene especial providencia, no sólo de los brutos animales, sino mucho más del hombre, como de criatura más principal, dando á cada uno su merecido según sus obras, á todos generalmente en la otra vida, y á muchos también en ésta, como los ejemplos pasados testifican. Éste es uno de los mayores consuelos que tienen los buenos en todos sus trabajos, alegrándose con la esperanza del galardón, y éste mismo es el mayor freno que tienen los tibios y negligentes, sabiendo que hay castigo y pena eterna para ellos. Los cuales (cuanto es de parte de su malicia) no querrían que Dios supiese los males que ellos hacen, ni que pudiese ni quisiese castigarlos, por poder más sin remordimiento de consciencia revolcarse en el cieno de sus vicios. Y con esto hacen á Dios ciego para no ver, y flaco para no poder castigar, y injusto para no hacer justicia. Y esto (cuanto es de parte de su deseo) es querer que no haya Dios, porque tal Dios como ellos lo desean, sin sabiduría, sin poder y sin justicia, no puede ser Dios. Mas á éstos y á todos nos desengaña Salomón, el cual concluye toda la disputa de su Eclesiastés diciendo: Oyamos todos el fin á que toda esta disputa se ordena. Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque éste es todo el ser del hombre. Y todas las cosas que en esta vida se hacen, traerá Dios á juicio, ora sean buenas, ora malas, para dar á cada uno su merecido, que es oficio proprio de la divina Providencia.

DE LA INMENSIDAD Y GRANDEZA DE LAS PERFECCIONES DIVINAS POR EL TESTIMONIO DE LAS SANCTAS ESCRITURAS

CAPÍTULO XXXVII

Todo cuanto hasta aquí se ha dicho, sirve para darnos conocimiento de aquellas cuatro altísimas perfecciones de nuestro Criador, que son, bondad, sabiduría, omnipotencia y providencia, que es la más alta, más necesaria y más provechosa filosofía de cuantas el ingenio humano puede alcanzar. Del fructo deste conocimiento ya tratamos. Mas agora resta tratar de la grandeza destas mismas perfecciones (que son los modos intrínsecos dellas, como los llaman algunos teólogos) no sólo para el fruto que está ya declarado, sino para suspender los corazones en la admiración de tanta grandeza, y para que por aquí entiendan la reverencia que se debe á tanta Majestad, y cuán grande mal sea osar ofenderla. Pero no será solo éste el fructo desta materia, sino otros que al cabo se verán.

Y aunque mi intento en esta primera parte es proceder por las maravillas de las cosas criadas al conocimiento del Criador, mas porque las sanctas Escrituras nos dan más luz para este conocimiento, pondré aquí algunos insignes lugares dellas, que para esto nos sirvan. Y en el primer lugar pondré los que se hallan en el libro del santo Job, porque así como los amigos que con él disputan, tratan magníficamente de las grandezas de Dios, cuyo conocimiento alcanzaron por las maravillas que notaban en las obras de naluraleza, de que aquí tratamos. Porque aunque el santo Job conoció por especial revelación el misterio de nuestra redempción y el de la resurrección general, mas los amigos que con él disputaban, no alcanzaron estos misterios, y por eso proceden por la consideración que dijimos de las cosas criadas.

Es ésta materia muy dulce y agradable á los amadores de Dios. Porque así como el que ama una persona, huelga mucho de oir las alabanzas y excelencias della, así los que de verdad aman

á Dios, reciben grande consolación oyendo sus grandezas y maravillas, y junto con esto crece en ellos la reverencia de tan grande Majestad y el temor de ofenderla. Pondremos luego en el primer lugar las palabras del santo Job, y después las de sus amigos, y esto con alguna declaración para que mejor se entiendan, tomando unas cosas y dejando otras, como pareciere que más convenga.

Comienza pues el santo Job á tratar de la grandeza del poder y justicia de Dios, diciendo así (1): Verdaderamente sé que no se podrá justificar el hombre comparado con Dios, y si quisiere ponerse en justicia con él, de mil cargos que él le haga, no podrá responder á uno. Sabio es de corazón, fuerte y poderoso: ¿quién jamás le resistió, que tuviese paz? Él es el que con su omnipotencia trastorna los montes, sin que lo pudiesen primero saber los moradores dellos, los cuales él con el furor de su ira destruyó. Él es el que mueve la tierra de su lugar, y hace estallar las colunas della. Él es el que cuando le place, manda al sol que no nazca, y á las estrellas que no alumbren. Él es el que extendió los cielos solo, y el que anda sobre las ondas de la mar. Él es el que crió diversas estrellas y constelaciones en el cielo para el gobierno del mundo. Él es el que hace cosas grandes y incomprehensibles y maravillosas, que no tienen cuento. Si viniere á mi ánima, no le veré, y si se fuere, tampoco lo entenderé: y si súbitamente quisiere examinar al hombre, y entrar en juicio con él, ¿quién le responderá, ó quién le podrá decir, por qué haces esto? Él es á cuya ira nadie puede resistir, y ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles que mueven los cielos. Pues ¿quién soy yo para que le pueda responder y ose hablar con él? Porque aunque tenga alguna cosa que alegar por mi parte, no le responderé sino con toda humildad, y le pediré perdón. Y habiendo él oído mi oración, no pienso que me ha oído. Si buscáis fortaleza, robustísimo es, si igualdad de juicio, ninguno osará abogar por mí. Si quisiere justificarme, mi propria boca me condenará, y si quisiere mostrarme inocente, él mostrará que soy culpado. Hasta aquí son palabras del santo Job, las cuales muestran cuán altamente sentía este santo de Dios, y cuán baja y húmilmente de sí mismo. Y más adelante tratando de la misma materia, dice así (2): En él

(1) Job 9. (2) Job 12.

está la sabiduría y la fortaleza, en él el consejo y la inteligencia. Si él destruyere, no hay quien edifique, y si él encerrare ó encarcelare al hombre, no habrá quien le suelte. Si detuviere las aguas, todo se secará, y si las enviare con demasiada abundancia, toda la tierra se anegará. En él está el poder y la fortaleza, y él conoce al engañador y al engañado. Él permite por sus secretos juicios que los consejeros yerren en sus consejos, y que los jueces y príncipes de la tierra vengan á quedar atónitos por la grandeza de sus calamidades. Él quita la cinta á los reyes poderosos, y hace que vengan á ceñir con una soga sus lomos. Quita su gloria á los sacerdotes, y abate la soberbia de los poderosos y grandes. Permite que yerren en sus consejos los sabios, y que falte la doctrina á los viejos y ancianos. Hace que sean despreciados los príncipes, y levanta á los caídos y oprimidos. Él es el que revela lo que está en el profundo de las tinieblas, y saca á luz lo que estaba par de la sombra de la muerte. Él es el que por sus secretos juicios multiplica las gentes y las destruye, y después de destruídas las restituye (1). El infierno está desnudo delante dél, y no tiene con qué cubrirse el lugar de la perdición. Él es el que envía el viento que sopla de la banda del norte sobre el elemento del aire, y asentó la tierra en el lugar que agora tiene sobre nada. Él es el que recoge y ata las aguas en las nubes, para que no caigan de lleno sobre la tierra. Él es el que viste y adorna su trono real, que es el cielo, y lo cubre cuando quiere, con las nubes y con la niebla. Él puso término á las aguas de la mar, el cual durará mientra en el mundo hubiere luz y tinieblas. Las columnas del cielo tiemblan de su presencia, y temen de cualquier muestra de su indignación. Por su virtud y fortaleza salieron los mares de su lugar natural, y se recogieron en su proprio seno, dejando descubierta la tierra. Su espíritu adornó los cielos, y por la virtud de su mano salió afuera la culebra enroscada, echando de la compañía de los sanctos ángeles al perverso demonio.

Esto es una pequeña parte de las grandezas de Dios. Y siendo verdad que todo ello apenas es un hilico de agua en comparación de lo que queda por decir, ¿quién podrá sufrir el trueno de su grandeza, que no menos que un trueno espanta los oídos de nuestras ánimas? Todo lo que hasta aquí se ha dicho, son palabras con

(1) Job 26.

que el santo Job declara lo que sentía de la omnipotencia, sabiduría y justicia de Dios.

§ I

Agora veamos lo que acerca de esta materia dicen sus amigos, uno de los cuales dice así (1): ¿Por ventura podrá el hombre justificarse comparándose con Dios, ó podrá ser más puro que su Hacedor? Mira que los ángeles que le sirven no tienen por sí mismos estabilidad y firmeza en su ser y en su gracia, y en algunos dellos halló maldad. Pues ¿cuánto más los hombres que moran en casas de barro, que es este cuerpo corruptible compuesto y amasado del cieno de la tierra, se gastarán y consumirán como se gasta la ropa con la polilla? Esto dice uno de los amigos del santo Job.

Otro, hablando del mismo Dios, dice así (2): La grandeza de su poder y de su justicia es tal, que causa terror y espanto en los hombres. ¿Por ventura podrá nadie contar el número de los ministros que le sirven, á los cuales todos comunica Él el resplandor de su luz? ¿Por ventura podrá el hombre justificarse comparado con Dios, ó parecer limpio el que nació de mujer? La misma luna no resplandece delante dél, y las estrellas no están limpias en su acatamiento. Pues ¿cuánto menos lo estará el hombre, que es una podredumbre, y el hijo del hombre, que es un gusano?

Otro amigo del mismo santo, tratando desta misma grandeza, declara cómo Dios es incomprehensible, por estas palabras (3): ¿Por ventura hallarás tú el rastro de las pisadas de Dios, y conocerás perfectamente al que es todo poderoso? Más alto es que el cielo, pues ¿qué harás? Más profundo es que el infierno, ¿cómo lo conocerás? Más larga es su medida que la tierra, y más ancha que la mar. Si trastornare todas las cosas, y las amontonare en un lugar, ¿quién será poderoso para contradecirle, ó decirle, ¿por qué haces esto? Ca él conoce la vanidad de los hombres, y el que ve sus maldades, ¿no tiene cuenta con ellos para castigarlas?

Después destos dos amigos de Job toma la mano el más mozo

(1) Job 4. (2) Ibid. 25. (3) Ibid. 11.

dellos, y tratando de las grandezas de Dios dice así (1): Sus ojos están puestos sobre todos los caminos de los hombres, y él tiene cuenta con todos los pasos de su vida. No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se puedan esconder los que obran maldad. Él es el que quebranta y destruye muchos y innumerables, y pone otros en su lugar, porque él conoce las malas obras dellos. Y por eso les vuelve el día claro en la noche escura, que es el tiempo de la prosperidad en adversidad, para que así sean castigados los que cuasi de industria se apartaron dél, y no quisieron entender sus caminos. Éstos hicieron que llegase á sus oídos el clamor del necesitado, y los gemidos y voces de los pobres oprimidos. Cuando él concediere paz, ¿quién habrá que condene? Y cuando escondiere su rostro, ¿quién lo podrá contemplar? Él es el que tiene universal señorío sobre todas las gentes y sobre todos los hombres, y él es el que permite que reine en el mundo el mal rey por los pecados del pueblo. Levanta, Job, los ojos al cielo, y contempla y mira la alteza y la anchura y grandeza cuasi infinita dél, para que siquiera por aquí veas cuánto es Dios más alto que tú (2). Si pecares, ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué mal le harás? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, ó qué recibirá de tu mano? Al hombre que es como tú, podrá dañar tu maldad, y al hijo del hombre podrá ayudar tu justicia (3). Éste es el soberano y grande Dios en su poder y fortaleza, y no menos lo es en su sabiduría. ¿Quién podrá escudriñar sus caminos, y quién le podrá decir que hace algo contra justicia? Todos los hombres tienen conocimiento dél, mas cada uno le mira de lejos. Veis aquí el Dios grande que vence nuestra sabiduría, y el número de sus años es inestimable. Él suspende las aguas de la lluvia, y después las derrama en gran abundancia sobre la tierra, las cuales proceden de las nubes que cubren toda la región del aire. Estas grandezas de Dios (4) espantan mi corazón, y lo sacan de su lugar. Él es el que contempla todo lo que se hace debajo del cielo, y el resplandor de su luz llega hasta los fines de la tierra. Él es el que truena en las nubes con terrible sonido, declarando en esto la grandeza de su poder. Él es el que manda á la nieve que decienda á lo bajo, y envía las aguas del

(1) Job 34. (2) Ibid. 35. (3) Ibid. 36. (4) Ibid. 37.

invierno para regar la tierra. De la banda del mediodía envía la tempestad y los torbellinos de las aguas, y de la banda del norte envía los fríos, y con el soplo deste viento se congelan las aguas, y después de congeladas con el calor se derriten y derraman en grande abundancia. Los sembrados desean las nubes, y ellas templan la lumbre que reciben del sol, y la esparcen sobre la tierra, las cuales rodean el mundo donde aquel soberano Gobernador las encamina, obedeciendo ellas á su mandamiento, y extendiéndose sobre la haz de la tierra ya en un lugar, ya en otro, dondequiera que su misericordia las encamina. Finalmente acaba este amigo de Job su plática diciendo que lo habemos de alabar con temor y temblor por la grandeza de su Majestad, añadiendo que ningún entendimiento lo puede dignamente conocer, por ser él en todas las cosas grande, grande en la fortaleza, en el juicio y en la justicia, cuya grandeza no se puede con palabras explicar. Por tanto le temerán los hombres, y no presumirán de contemplarle atrevidamente los que se tienen por sabios.

Éstas son las grandezas de Dios que los hombres alcanzaron considerando las propriedades de las cosas criadas y el curso y orden de los cielos, los cuales predican la gloria de Dios y declaran la sabiduría y artificio maravilloso de sus obras.

Oyamos agora después del santo Job y de sus amigos á los Profetas. Entre los cuales Esaías, hablando de la grandeza deste soberano Señor, dice así (1): ¿Quién midió las aguas con el puño, y pesó los cielos con el palmo de su mano? ¿Quién tiene colgado de tres dedos el peso de la tierra, y asentó los montes y collados con peso y medida? ¿Quién ayudó al espíritu del Señor en esta obra tan grande, y con quién tomó consejo para fabricarla? Todas las gentes comparadas con él son como un hilico de agua y como un grano de peso que se carga sobre la balanza. Las islas son como un poquito de polvo delante dél, y toda la leña del monte Líbano, con todos los animales que hay en él, no bastaran para ofrecerle un digno sacrificio. Todas las gentes en su acatamiento son como si no fuesen, y en nada son reputadas delante dél. Él es el que está asentado sobre el cerco de la tierra, y los moradores della son como unos cigarrones en su presencia. Él es el que extiende los cielos como una cortina, y hace dellos un

(1) Esai. 40.

tabernáculo para su morada. Él es el que permite que yerren los escudriñadores dc los secretos en sus consejos, y descompone los jueces y poderosos de tal manera, como si nunca fueran plantados, ni sembrados, ni arraigados en la tierra. Con el soplo de su viento se secaron éstos, y un torbellino los arrebató como una paja liviana. Pues ¿con quién me habéis comparado y igualado, dice el santo Dios? Levantad esos ojos al cielo, y mirad quién sea el que crió todo eso que veis. Él es el que ordenó por su cuenta el ejército de las estrellas, y el que á todas ellas llama por su nombre. Pues ¿por qué dices, Jacob, y hablas, Israel, diciendo: No ve Dios mis caminos ni tiene cuenta conmigo? ¿Por ventura no sabes y no has oído que Dios es un señor eterno, que crió los términos de la tierra, el cual ni se cansa, ni trabaja en la gobernación del mundo, ni hay quien pueda comprehender la grandeza de su sabiduría? Él es el que da fuerzas al cansado, y hace fuertes y esforzados á los que parece que no tienen ser. Todas estas son palabras de Esaías, las cuales nos dan testimonio de la grandeza, del poder y de la sabiduría y providencia de nuestro Criador.

Á este mismo tono habla Hieremías, diciendo (1): Tú, Señor, heciste el cielo y la tierra con tu grande fortaleza y con tu poderoso brazo, y por esto ninguna cosa será dificultosa á tu gran poder. Tú eres el que usas de misericordia con tus siervos por millares de años, y castigas los pecados de los padres en los hijos después dellos. Fortísimo, grande y poderoso, cuyo nombre es, Señor de los ejércitos, grande en tus consejos y incomprehensible á todos los entendimientos. Cuyos ojos están puestos sobre los caminos de todos los hijos de Adam para dar á cada uno su merecido según sus obras, y según el fruto de sus invenciones. Esto es de Hieremías.

Vengamos al santo rey David, el cual en el Psalmo 88, tratando desta misma grandeza, dice así: ¿Quién en las nubes se igualará con el Señor, y quién entre los hijos de Dios será semejante á él? Él es alabado y glorificado en el concilio y ayuntamiento de los sanctos, y es grande y terrible sobre todos los que asisten delante dél. Señor Dios de las virtudes, ¿quién será semejante á ti? Poderoso eres, Señor, y la verdad de tus palabras está junto

(1) Hierem. 32.

contigo. Tú tienes señorío sobre las aguas de la mar, y tú sosiegas el ímpetu de sus ondas. Tú tomaste venganza del soberbio, y con el brazo de tu poder destruíste todos tus enemigos. Tuyos son los cielos, y tuya la tierra, y tú criaste la redondez della con todo lo que abraza. Tú heciste la mar y los vientos impetuosos que la levantan. El monte Tabor y Hermón en tu nombre se alegrarán (vistiéndose de arboledas y frescuras) y solo tu brazo es el poderoso. Y en el Psalmo 73, tratando desta misma materia, dice así: Dios Rey nuestro ante todos los siglos obró salud en medio de la tierra. Tú, Señor, abriste y confirmaste con tu poder y virtud la mar, y quebrantaste la cabeza del dragón en las aguas. Tú abriste fuentes y arroyos en el desierto, y secaste los grandes y caudalosos ríos. Tuyo es el día y tuya es la noche, tú fabricaste el sol y la mañana. Tú criaste todos los términos de la tierra, y el invierno y el verano son obras de tus manos. Hasta aquí son las palabras del Psalmo.

§ II

ESTAS autoridades que aquí habemos alegado, nos declaran la grandeza del poder y de la sabiduría de nuestro Criador (las cuales despiertan en las ánimas religiosas una grande admiración y reverencia de tan alta Majestad, y un santo temor de ofenderla) mas porque este Señor no es menos grande en la sabiduría, compañera de su omnipotencia, que en las otras perfecciones suyas, por tanto será necesario tocar aquí algo della, alegando algunos lugares de la santa Escritura que della tratan. Entre los cuales uno muy señalado es el Psalmo 138, que trata de la inmensidad desta sabiduría, hablando con Dios por estas palabras: Señor, vos me tenéis probado y conocido, y vos sabéis todo lo que hago estando asentado ó acostado. Vos conocéis de lejos todos mis caminos, y no sale palabra de mi lengua que vos no la sepáis. Vos, Señor, sabéis todas las cosas pasadas y venideras. Vos me formastes y pusistes vuestra mano sobre mí. Más admirable es vuestra sabiduría de lo que yo puedo alcanzar, más alta que todo lo que yo puedo comprehender. ¿Dónde iré, Señor, que me ausente de vuestro espíritu, y á dónde huiré de vuestra presencia? Si su-

biere al cielo, ahí estáis vos, y si descendiere al infierno, también estáis ahí presente. Y si tomare por la mañana unas alas muy ligeras, y con ellas volare hasta los últimos fines de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y me prenderá vuestra diestra. Mas dije yo entre mí: ¿Por ventura las tinieblas me esconderán de vos? Mas la noche será tan clara como la luz del día para comprehenderme en mis deleites. Porque las tinieblas no son escuras delante de vos, y la noche os será tan clara como el día. Esto es de David.

Otro testimonio hay no menos ilustre del Eclesiástico, que dice así (1): El hombre que cometiendo adulterio no hace caso deste pecado, viene á decir entre sí: ¿Quién me ve? Las tinieblas me encubren, y las paredes me tienen escondido. ¿Qué tengo por qué temer? El Altísimo no se ha de acordar de mis pecados. Este tal hombre no teme más que los ojos de los otros hombres, y no entiende que los ojos de Dios son más claros que la lumbre del sol, los cuales están siempre mirando todos los caminos y pasos de los hombres, y la profundidad del abismo, y los corazones de los mortales, y lo más escondido dellos. Porque todas las cosas estuvieron presentes á nuestro Señor Dios antes que fuesen criadas, y tan claramente las ve agora después de hechas. Y el mismo Eclesiástico en otro lugar, pretendiendo avisar al hombre que no teme ofender á Dios, dice así (2): No digas, esconderme he de Dios, y, ¿quién de lo alto se acordará de mí? En un pueblo grande no seré conocido. Porque ¿qué cosa es agora mi ánima entre tanta infinidad de criaturas? Mira pues, oh hombre, que el cielo y los cielos de los cielos, y los abismos, y toda la tierra, y todas las cosas que hay en ella, se mueven en presencia de Dios, y en todas estas cosas está insensible el corazón del hombre, y él entiende todo lo que pasa dentro de los corazones de ellos. Mas ¿quién podrá atinar y entender los caminos de Dios? La conclusión de lo dicho es que todas las cosas, como dice el Apóstol, están desnudas y descubiertas ante sus ojos.

Y así confesamos que él tiene siempre y actualmente presentes los pensamientos de todos los hombres que fueron, son y serán hasta el fin del mundo, así de los que se han de salvar, como de los que se han de condenar. Y esto no es mucho para él, por-

(1) Eccli. 23. (2) Ibid. 16.

que todos estos pensamientos conoce Cristo nuestro Salvador, no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre, pues ha de ser juez de los unos y de los otros, y así conviene que sepa lo- procesos y vidas de todos. Esto sirve para que teman los hombres ofender á Dios, acordándose que pecan en los ojos y presencia del Padre Eterno y de su unigénito Hijo nuestro Salvador, el cual dice por su Profeta: Yo soy juez y testigo, dice el Señor.

DE LA INMENSIDAD Y GRANDEZA
DE LAS PERFECCIONES DE NUESTRO SEÑOR DIOS
SEGÚN SE COLIGE POR LA GRANDEZA DE SUS OBRAS

CAPÍTULO XXXVIII

Lo que hasta aquí se ha dicho es lo que las santas Escrituras nos predican de la inmensidad y grandeza de nuestro Criador. Agora procederemos en esta misma materia por las obras que en este mundo tiene hechas, así por las que él en la santa Escritura nos tiene reveladas, como por las que se alcanzan por la lumbre de la razón, porque éstas dan claro testimonio de la grandeza de su autor. Mas antes que descendamos á estas obras, señalaré aquí una principal diferencia, entre otras muchas, que hay entre el Criador y sus criaturas. Y ésta es, que todas las criaturas tienen sus límites y términos hasta donde se extiende su naturaleza y virtud. De modo que tienen el ser limitado, y así el poder, y el saber, y la virtud, y todas las otras facultades que se siguen deste ser: y este límite es conforme á la medida que el Criador quiso repartir á sus criaturas, dando á unas más y á otras menos, según plugo á su divina voluntad. Mas él, como no tuvo superior que lo criase, así tampoco tuvo quien le limitase el ser, ó el poder, ó el saber, ó la bondad, ó la felicidad, ó cualquiera de las otras perfecciones suyas. Y por esto, así como carece de límite y de término, así en todo y por todo es infinito. De manera que su ser es infinito, y su poder infinito, y su saber infinito, y su bondad infinita, y su hermosura, su gloria, sus riquezas, su misericordia, su justicia y todas sus perfecciones son infinitas. Y por eso es en sí mismo incomprehensible y inefable, cuya grandeza ninguna criatura criada, ni por criar, puede comprehender, porque solo él perfectamente se conoce y se comprehende.

Tenemos para esto un ejemplo muy acomodado en los reyes de la tierra, los cuales en su reino reparten los cargos y oficios á diversas personas como les parece, limitando á cada uno la juris-

dición de que puede usar sin perjuicio de la ajena. Mas el rey que limita estas jurisdiciones, tiene suprema y universal jurisdición en todo su reino, sin reconocer superior. Y por eso no se le puede señalar ni tasar jurisdición y facultad alguna tan grande, que no se extienda ella á más y más, sin término ni medida. Y esta manera de jurisdición se llama infinita en este sentido, que no le podéis señalar término alguno en que no pueda pasar adelante en materia de lícita jurisdición. Pues por este ejemplo entenderemos fácilmente lo que está dicho, haciendo comparación del Criador á sus criaturas como del rey á sus oficiales. Verdad es que en esto falta la comparación, porque la jurisdición del rey es en cierta manera infinita, según declaramos, mas la del Criador es plenariamente y en todas las maneras infinita. Lo cual aún se prueba por otra razón. Porque según la común sentencia de filósofos y teólogos, Dios es una cosa tan grande, que no sólo no puede haber otra mayor, mas ni se puede pensar mayor. Pues como sea mayor cosa ser las perfecciones infinitas que finitas y limitadas, si las perfecciones de Dios fuesen desta manera limitadas, ya podríamos pensar otras perfecciones mayores que las suyas, lo cual es imposible por la sentencia susodicha, que es, ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor.

Mas antes que entremos en este sanctuario (donde se han de explicar cosas tan grandes) tomaré como por tema y fundamento dellas aquellas palabras de un ángel (que representaba la persona de Dios) el cual siendo preguntado por su padre, de Sansón, cómo se llamaba, respondió (1): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Ésta es una palabra que viene tan propria á la grandeza de Dios y de todas sus obras, que ninguna hay tan pequeña que si bien se considera, no suspenda nuestros ánimos en la admiración de su Hacedor, y no nos haga decir: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Tulio, grande orador, dice que no se ha de hacer caso de la elocuencia que no llega á poner en admiración á los oyentes. Pues si el ingenio humano, ayudado de solo estudio y diligencia humana, puede llegar á hacer un razonamiento tan perfecto y acabado, que ponga en admiración á cuantos lo oyeren, ¿qué se debe presumir de las obras trazadas y fabricadas por aquella infinita Sabiduría (en

(1) Judic. 13.

cuya comparación toda la sabiduría de los querubines es ignorancia) especialmente en las obras mayores de que aquí comenzaremos á tratar? De las cuales quien no se espanta y no queda como atónito considerándolas, es porque totalmente no las entiende, porque la majestad y resplandor dellas le ciega la vista.

Comenzando pues por la obra de la creación, digo que aunque fuese verdad lo que dice S. Augustín (y parece sentir el Eclesiástico) que Dios crió toda esta tan grande fábrica del mundo con todo lo que hay en él juntamente, mas con todo eso, con sumo y divino consejo repartió Moisén las obras de la creación en seis días. Porque como sea verdad que Dios crió todas las cosas por amor de sí mismo, esto es, para manifestación de la grandeza de sus perfecciones, no pudiera nuestro entendimiento abarcar cosa tan grande y que tantas y tan grandes cosas comprehendía como todo este mundo, y así desfallesciera con la consideración de tantas y tan grandes cosas juntas. Y por eso la repartió el Profeta en muchas partes, mayormente que cada obra destos seis días por sí es tan grande, y tiene tanto que considerar, que cada cual dellas se podría repartir en muchas otras partes para haberse de considerar perfectamente.

También se ha de advertir aquí que criar, hablando propriamente, no es hacer de una cosa otra (porque esto se llama generación) sino es hacer de nada algo. Lo cual es cosa tan propria de Dios, que á ninguna criatura, por perfectísima que sea, puede ser comunicada.

Porque vemos en las mudanzas de las cosas naturales que cuanto es mayor la distancia de un extremo á otro, tanto se requiere mayor virtud para causar esta mudanza. Y así vemos cuánto es mas dificultoso mudarse la tierra ó el agua en fuego, que el aire. Pues como sea infinita la distancia que hay de no ser á ser (porque no puede imaginarse otra mayor) síguese que sea necesario infinito poder para esta obra: y éste es de solo Dios, el cual llama las cosas que no son, como si realmente fuesen.

§ I

Comenzando pues á tratar de las obras de los seis días en que Dios crió todas las cosas, en el primer día se dice que crió el cielo y la tierra: por lo cual entendemos los cielos junto con los cuatro elementos que están debajo dellos, tierra, agua, aire y fuego. No quiero encarecer aquí la grandeza del poder que bastó para que de nada (esto es, sin ninguna materia precedente) saliese á luz este tan grande cuerpo de la tierra, con todos sus montes y collados (porque todo este cuerpo no es más que un punto en comparación de la grandeza de los cielos) sino de sola la grandeza dellos, la cual es tal, que si no fueran tan sabios y tan ejercitados en la sciencia del astrología los que la determinan, no fuera creíble. Verdad es que al que atendiere la inmensidad del poder de Dios (habiendo él criado estos cuerpos para mostrar en ellos la grandeza de su poder) no le será increíble lo que se escribe desta grandeza, presuponiendo siempre que el cielo superior es mucho mayor en cuantidad que su inferior, y así subiendo por todos ellos hasta el Empíreo (cuya grandeza no se puede explicar) el cual es palacio real y morada de Dios y de todos sus escogidos. Pues ¿de qué cantera, veamos, sacó Dios á luz estos tan grandes cielos? Y descendiendo más abajo, ¿de qué abismo sacó estos tan grandes mares? ¿De qué lugar sacó este tan grande cuerpo de la tierra, y lo puso en medio del mundo? ¿Quién (dice Dios por el sancto Job) abrió los fundamentos de la tierra, y la asentó en su lugar por peso y medida? ¿Sobre qué basas está ella firmemente asentada?

No pasemos al nono cielo que llaman el primer móvile (el cual con su movimiento arrebata y mueve todos los otros cielos inferiores, y les hace dar una vuelta al mundo en un día natural) ni tampoco al cielo Empíreo, que está sobre todos, cuya grandeza es tanto mayor que la de todos sus inferiores, cuanto ocupa mayor lugar, ni hay indicios en la sciencia matemática con que esto se pueda liquidar. Paremos en sola la grandeza del cielo estrellado, donde hay tanta infinidad de estrellas de muy diferentes grandezas. Pues tanteemos agora: ¿cuál será el poder que con una simple muestra de su voluntad sacó á luz de las tinieblas y abis-

mo de la nada toda esta tan grande máquina, y no de un solo cielo, sino de tantos cielos juntos? Los hombres para hacer una casa es necesario juntar primero los materiales de que se ha de hacer, y maestros que la hagan, y peones que sirvan á los maestros, y diversas herramientas para la obra, y trazas y modelos antes que se haga. Y con todo esto á cabo de mucho tiempo dan fin á esta obra. Porque siete años gastó Salomón en la fábrica del templo, trayendo en él ciento y cincuenta mil hombres que entendían en la obra, con tres mil y trecientos maestros que gobernaban la gente. Y con todo este aparato hizo un tan grande rey una casa que comparada con el resto del mundo, apenas es un nido de hormigas. Mas aquel omnipotentísimo Criador, sin ninguna destas cosas susodichas, en un instante, con una sola palabra, crió estos cuerpos de tan increíble grandeza. Mas hácese creíble, considerando la grandeza de las estrellas, entre las cuales ninguna hay tan pequeña, que no sea mucho mayor que toda la tierra, dado que dende acá parezcan tan pequeñas, por la grandísima distancia que hay de la tierra al octavo cielo, donde ellas están, lo cual se puede entender por la grosura de los cielos. Por dónde dicen los que desta materia tratan, que si Dios convirtiese la tierra en una estrella, y la pusiese, no ya en el octavo, sino más bajo, en el sexto cielo, no se vería de nuestros ojos por ser tan pequeña. Pues considere agora quien tiene discreción, cuán grande sea el número de las estrellas del cielo, entre las cuales hay algunas de tan notable grandeza, que son cien veces mayores que toda la tierra. Pues según esto, ¿qué tan grande será el cielo donde hay tanta infinidad de estrellas, y tantos espacios donde pudieran caber muchas más? Y toda esta máquina tan admirable formó el Criador de nada, con sola esta palabra, *Fiat*. Cosa es ésta que nunca los filósofos del mundo pudieron acabar de creer, porque no entendían cómo fuese posible hacerse de nada algo, mayormente considerando que en todas las mudanzas naturales veían que siempre se presuponía alguna cosa de que se hiciese otra. Por lo cual, ó creyeron que el mundo había sido *ab æterno*, ó dijeron que Dios y la materia prima (que ellos llamaban caos, de que todas las cosas creían haber sido hechas) fueron *ab æterno*. Mas la fe católica, enseñada por Dios, nos predica ser el poder suyo infinito, y que así puede hacer de nada algo, y que con ese poder podría criar mil mundos en un

punto, si quisiese. Porque á todo esto y mucho más se extiende la inmensidad de su poder. Ésta es una maravilla que suspende y agota todos los entendimientos, y los hace inhábiles y incapaces para poder tantear una cosa tan grande, y así caen como aturdidos, por no poder vadear este piélago tan profundo. Y así vienen á reprehender su atrevimiento de querer medir y pesar cosas tan grandes, castigándose con aquellas palabras del ángel: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Ésta es pues la obra del primer día.

Vengamos á la del segundo. En este día estaba toda la tierra cubierta en torno con el agua, como elemento más liviano que tenía su asiento y lugar natural y como centro suyo sobre el cuerpo de la tierra. Y porque estando así la tierra no daba lugar á la habitación de los hombres (para cuyo provecho habían de servir los elementos, con todas las otras criaturas) mandó el Criador á las aguas que dejasen este su puesto y lugar natural, y se recogiesen á otro seno, y dejasen la tierra descubierta. Y las aguas, como si tuvieran sentido para conocer, y oídos para oir, y pies para huir, súbitamente desampararon la tierra y el puesto natural que les pertenecía, y se mudaron al lugar que agora tienen, que ni es natural, ni tampoco se puede llamar violento, porque no hay violencia donde la criatura obedece al mandamiento de su Criador. Y lo que más es, sin hacer él muros ni reparos para que el agua no corra á su lugar natural, está sosegada y fija, sin tener más reparo que una arena suelta. Y aunque se levanten sus olas unas tras de otras hasta las nubes, que parecen venir á cubrir la tierra, en llegando á las arenas reconocen los términos y la ley que les es puesta, y quebrantando allí todo su furor, no pasan adelante. La cual maravilla encarece Dios muchas veces en la sancta Escriptura, especialmente en el capítulo 38 de Job, que ya alegamos, y más particularmente en Hieremías, diciendo: ¿Á mí no temeréis, ni temblaréis de mi presencia, que fuí poderoso para poner el arena por término y muro de la mar? Y embravecerse han y hincharse han sus olas, y no lo traspasarán. Y pues el mismo Criador tanto amplifica la grandeza deste poder, con razón podemos aquí repetir las palabras del ángel: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

Vengamos á la obra del tercero día, que tiene más diferencias

de cosas que considerar que el segundo, que es cuando mandó el Criador á la tierra que produjese todo género de plantas y arboledas. Pues con solo este mandamiento del Criador, sin más semillas, sin más labor, sin influencias del sol y de los planetas y estrellas (que aún no eran criadas) produjo la tierra tantas diferencias de plantas, de yerbas, de flores, de árboles, para tantos usos y provechos de la vida humana cuantos arriba declaramos, y por esto no lo repetimos en este lugar. Porque vieron los ojos de aquel Señor (á quien todo lo venidero está presente) las cosas de que nuestra vida tenía necesidad, y para todas proveyó de remedio. Mas entre tantas especies y diferencias de árboles, que no tienen cuento ni número, uno de los que nos debía dar conocimiento de su providencia, son los grandes pinos que nacen en algunas partes, mayormente en Alemaña, tan grandes, tan largos, tan gruesos y sobre todo tan derechos, que ni con regla ni plomada pudieran salir más derechos, los cuales sirven para másteles de navíos grandes, y galeones que navegan de Occidente á Oriente (que son cinco mil leguas de agua) por mares muy tempestuosos, de los cuales vi uno tendido en la ribera de Lisboa, de tan extraña grandeza, que me puso en admiración. Por do parece que vió el Criador que se habían de navegar estos mares tan grandes, y dende el principio del mundo, entre otras infinitas diferencias de árboles, crió también éstos tan grandes, tan derechos, tan hermosos y tan acomodados al fin para que los crió. Porque por este medio navega también la fe junto con las mercadurías hasta el cabo del mundo.

§ II

Ni es menos admirable, sino mucho más, la obra del cuarto día, donde dijo Dios: Háganse lumbreras en el cielo, para que alumbren la tierra. Y por la virtud de sola esta palabra salió á luz el sol, la luna, el lucero del alba con los otros planetas y toda la otra infinidad de innumerables y resplandecientes estrellas que hermosean más que las flores y rosas de la primavera esa tan grande bóveda del cielo, cuyo número, grandeza, virtud y eficacia ¿quién la podrá explicar? Y después de explicada, ¿quién la podrá creer? ¿Quién creerá que el sol es ciento y sesen-

ta y seis veces mayor que todo el cerco de la tierra juntamente con el agua, pareciendo dende acá tan pequeño como la cabeza de un hombre? ¿Quién creerá la espantosa ligereza que el Criador le dió para moverse? Porque vemos que cuando por la mañana se comienza á descubrir en este nuestro mundo, en menos que un cuarto de hora se descubre todo. Lo cual es correr tantas leguas y tanto espacio cuanto ocupa el cerco de la tierra, multiplicando este espacio ciento y sesenta y seis veces, que es la cuantidad que ocupa el cuerpo del sol. Pues ¿qué rayo cae del cielo que se mueva con tal ligereza? Y si la tierra (como los matemáticos dicen) tiene en redondo seis mil y trecientas leguas, multiplique quien esto sabe, este número de leguas todas estas veces susodichas, y verá cuántos millares de leguas corre este planeta en tan breve espacio cuanto es aquél en que se descubre cuando nace. Y considerando esto, no podrá dejar de quedar atónito conociendo por aquí la grandeza de la omnipotencia que tal ligereza pudo dar á esta estrella, ó por mejor decir, al cielo donde ella está, por cuyo movimiento ella se mueve. Mas no pára aquí la maravilla. Porque mucho mayor maravilla es considerar la ligereza con que se mueve el noveno cielo, que está sobre el cielo de las estrellas, que llaman el primer móvile, el cual da una vuelta al mundo en espacio de veinte y cuatro horas, y arrebata y mueve juntamente consigo todos los otros ocho cielos inferiores. Porque presuponemos que cuanto un cielo está más alto que otro, tanto mayor espacio y lugar ocupa, y tanto con mayor ligereza se mueve. Pues estando este primer móvile cinco cielos arriba del sol, síguese que se moverá con más que doblada ligereza que el cuarto cielo, donde está el sol. Y si la ligereza del sol tanto nos espanta, ¿cuánto más espantará la del nono cielo, que con tanto mayor ligereza se mueve? ¿Qué rayo habrá tan ligero, que no sea paso de tortuga, y mucho menos en comparación dél? Pues ¿qué entendimiento habrá que no desfallezca, considerando la grandeza del poder que tal ligereza pudo causar? Y sobre esta maravilla hay otra no menor, y es que un solo ángel es el que aplicando su virtud á esta tan grande máquina del noveno cielo, la mueve dende el principio del mundo hasta hoy sin cesar, y sin cansar, y sin revezarse otro en este oficio, y esto con tan grande compás, que después que el Criador le entregó este cargo hasta hoy, no perdió un solo punto deste compás, ni por este cuidado

pierde un punto de la gloria que goza viendo la faz de su Criador. Y por razón deste compás aciertan los astrólogos muchos años antes en los eclipses del sol y de la luna, por ser tan regular y tan infalible este movimiento. Pues ¿cuál es el poder que á una criatura dió tal poder? ¿Quién no se humillará y prostrará y se hará un gusarapillo delante de tan grande Majestad? ¿Quién tendrá osadía para ofender un tan poderoso Monarca y Señor de cielos y tierra? ¿Quién no verá con cuánta razón dijo aquel ángel en persona de Dios: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

La grandeza del sol que ya dijimos, alcánzase por las medidas y reglas que los astrólogos tienen para esto. Mas que sea él mayor que el cuerpo de la tierra juntamente con el agua, vese á ojos vistas por esta experiencia. Si ponéis delante de una hacha encendida un sombrero, que es un cuerpo mayor que la lumbre desta misma hacha, la sombra deste sombrero, mientra más adelante fuere, más y más se irá siempre extendiendo y ensanchando. Mas si pusiéredes en lugar dél una manzana, que es un cuerpo menor que la llama de la hacha, la sombra della por el contrario se irá siempre diminuyendo y ensangostando hasta que del todo se deshaga. Pues esto vemos por experiencia, que cuando el sol de noche está de la otra banda del mundo debajo de la tierra, la sombra della se va siempre estrechando, de modo que no llega más que al cielo de la luna, y por eso la eclipsa cuando acierta á ponerse debajo de la tierra enfrente della: mas allí fenece esta sombra, de modo que no llega al tercero cielo, donde está el lucero del alba, el cual nunca se eclipsa, porque la sombra de la tierra no llega á él. Lo cual abiertamente declara ser el sol, que tan pequeño nos parece, mayor que todo el cuerpo de la tierra y agua, pues cuando él está debajo de la tierra, la sombra della siempre se va ensangostando de tal manera que no pasa del cielo de la luna, que es el que está más vecino á nosotros.

Pues la grandeza de su virtud, de su calor y claridad ¿quién la explicará? Anaxágoras, insigne filósofo, se espantaba tanto de la virtud y claridad deste planeta, que preguntado para qué había nacido, respondió que para ver el sol: tanto se maravillaba de la hermosura y eficacia desta estrella. Pues ¿cuál fué la virtud de aquel Señor, que con sólo mandar, encendió una lámpara que alumbra todo cuanto tiene criado, sacado el infierno, porque

la tierra lo impide, y el cielo Empíreo, porque éste tiene otra manera de luz más excelente, que es el Cordero de Dios, como dice S. Juan?

§ III

Ni es cosa de menor admiración haber criado tan gran número de estrellas, que solo él, que las crió, las puede contar. Y si cada una de las estrellas es mayor que este mundo inferior que entendemos por mar y tierra, ¿qué será haber criado él innumerables estrellas, sino haber criado innumerables mundos, tanto más hermosos y preciosos que éste, cuanto es más excelente la materia de las estrellas que la de los elementos? Y todas ellas, juntamente con el sol y con la luna, fueron criadas con una sola palabra.

Vengamos al quinto día, cuando dijo Dios: Produzgan las aguas peces y aves en sus géneros y especies. Y dejadas infinitas cosas que aquí hay que considerar (de las cuales algo ya dijimos) una sola quiero ponderar. Considere el hombre cuántas diferencias de aves de diversas condiciones y especies vuelan por el aire, y de ahí baje á la mar, y mire esa fecundidad admirable de tantas diferencias de pescados y de mariscos, y de tantas figuras y formas dellas, unas tan grandes que espantan con su grandeza, y otras de tan extraña hechura que no menos espantan con su artificio y figura, dellas tan armadas como lo está un hombre con un arnés tranzado, y otras desarmadas, que sirven de mantenimiento para las otras. Y considere también la gran fecundidad de los peces que se contienen debajo de una especie, la cual sobrepuja la de los animales de la tierra y de las aves del aire. Porque éstos se hallan en ciertos lugares, pero la mar está cuasi toda cuajada de peces. Mas porque desta materia tratamos ya algo, al presente no diré más que una cosa de mayor admiración que todas, y ésta es, que siendo cuasi infinitas las especies de las aves del aire y de los peces de la mar y de los animales de la tierra, no halló toda la filosofía del mundo una sola que no estuviese perfectísimamente fabricada en su especie, sin haber en ellas cosa que sóbre ni que falte. De dónde manaron aquellas

cuatro insignes sentencias de filósofos, de las cuales una es, que las obras de naturaleza son fabricadas por una inteligencia (que es por una perfectísima y suma sabiduría) que no yerra en lo que hace. Otra es, que el autor de la naturaleza siempre hace lo que es mejor y más perfecto. Otra es, que la naturaleza no falta en las cosas necesarias. Y otra, que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua. Destas dos postreras sentencias se infiere que en toda esta infinidad de especies de peces y aves y animales no se hallará cosa que se pueda decir, esto sobra, ó esto falta, sino que todas están cabales y perfectas, cada cual en su género.

Pues considere agora el discreto lector cuál sea el poder y el saber de aquel Señor que sin trabajo, sin instrumentos, sin materiales y sin espacio de tiempo, con sola una palabra crió esta infinidad de especies de aves y de peces con tanta perfección y con tanta provisión de miembros y habilidades para su conservación, que si mil años estuviera pensando (á manera de hablar) cómo pudiera fabricar cada criatura déstas, no la hiciera de otra manera que la hizo, pues su sabiduría no crece con los años y con el tiempo. Y si esta perfección guardara en una sola especie de animales, no fuera cosa tan admirable, mas guardarla en tanta infinidad de animales, que casi sobrepuja el número de las estrellas del cielo, y salir todas á luz en un momento, con solo un Quiero, cosa es ésta que sobrepuja toda admiración. Y aunque la obra del cuarto día, cuando fueron criadas las estrellas y planetas del cielo (por las cuales se gobierna el mundo) sea admirable, más me parece que lo es ésta del quinto día. Porque aunque las estrellas tengan singulares propriedades y virtudes para influir en los cuerpos de la tierra, pero en la figura hay poca diferencia de unas á otras más que ser unas mayores y otras menores: mas en los cuerpos de los peces, y más aún de las aves, hay tanta variedad de miembros, de órganos y de sentidos para conservarse en su ser, que cuasi toda aquella jarcia y armonía de miembros que pusimos en el cuerpo humano, hay en cada una destas aves.

Y si es tan admirable la fábrica del cuerpo humano, que formó Dios en el sexto día, ¿cuánto lo será la de tantos millares de cuentos de animales, que con una palabra fueron criados en el quinto? Cosa es ésta de tanta admiración, que sola ella, á juicio de Salomón, es bastante causa para inducir los hombres al temor y reverencia de tan grande Majestad. Conforme á lo cual dice

él (1): No hay cosa que se pueda añadir ni quitar á las cosas que Dios crió para ser temido. Quiere decir que están todas las obras de Dios hechas con tanta perfección, que no hay en alguna dellas cosa que se pueda añadir como necesaria, ni que se le pueda quitar como superflua. Y hallarse esto en tanta infinidad de criaturas, sin que se pueda señalar una sola especie, en la cual haya un yerro ó un punto de más ó de menos, ¿quién no ve ser esto obra que nos incita á una admiración de tan grande poder y saber, y á temor y reverencia de tan grande Majestad, que todo lo que quiso, hizo con tanta facilidad en el cielo y en la tierra y en la mar y en todos los abismos?

§ IV

Éste es el conocimiento que la obra de la creación, mayormente de los cielos, nos da de la grandeza del poder y de la sabiduría del Criador, del cual dice el Profeta que los cielos predican la gloria de Dios, y que no hay lenguas ni naciones tan bárbaras, que no entiendan este lenguaje. Sobre lo cual dice Sant Crisóstomo: ¿Qué es esto? ¿Cómo los cielos predican esta gloria? No tienen voz, no lengua, no boca: pues ¿cómo predican? Esto, dice él, hacen representando la grandeza, la alteza, la hermosura, el sitio, la forma y la constancia dellos, por la cual en tantos millares de años ni se han envejecido ni gastado con tan continuos movimientos, ni alterado el curso dellos, y cuando esto vemos, adoramos al que crió tan hermosos cuerpos, y conocemos con tal vista la grandeza desa Majestad.

Veamos agora esto mismo por la obra de la resurrección general, que la fe nos propone, la cual el santo Job por especial revelación de Dios, antes del Evangelio y de la ley, conoció y testificó por estas memorables palabras: Quién me diese que se escribiesen éstos mis sermones. Quién me diese que se esculpiesen en un libro con una pluma de hierro, ó en una plancha de plomo, ó en una peña viva. Porque sé que mi Redemptor vive, y en el día postrero tengo de resuscitar, y otra vez tengo de ser cercado desta piel de mi cuerpo, y en esta carne mía tengo de

(1) Eccle. 3.

ver á Dios: al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos lo han de ver, y no otro del que agora soy. Esta esperanza tengo yo guardada en el seno de mi ánima. No se pudiera representar este tan gran misterio con mayor claridad y mayor aparato de palabras, que las deste sancto varón Pues esto que nos predica la fe, testifica también la razón, por ser esto conforme á la rectitud y cumplimiento de la divina justicia, para que pues el cuerpo juntamente con el ánima, mientra en este mundo vivieron, se ocuparon, ó en servir á Dios, ó en ofenderle, justo es que en la otra sean galardonados ó castigados. Pues consideremos agora cuán grande sea el poder que en un punto y (como dice el Apóstol) en espacio de un cerrar y abrir el ojo, resuscitará en aquel temeroso día del juicio todos los cuerpos de los hombres, y se juntarán con sus proprias ánimas, para que así todo el hombre (que es compuesto de cuerpo y ánima) resuscite, ó para la pena, ó para la gloria. Pues ¡qué tan grande será el poder de aquel Señor que por el ministerio de un arcángel y sonido terrible de una trompeta que sonará por todas las regiones del mundo, resuscitará los cuerpos, de los cuales unos estarán hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de aves, otros de peces, y otros de otros hombres! Y todos éstos han de resuscitar. Y los que fueron comidos de otros hombres, resucitarán así los comidos como los comedores. Y los dientes y cadaveras y huesos que en aquel tiempo estuvieren enteros, aunque estén esparcidos por todo el mundo, vendrán á reconocerse unos á otros, y á hermanarse y encajarse en sus proprios lugares, como estuvieron cuando vivían. Pensemos pues agora cuántos dientes de hombres estarán esparcidos á la hora de la resurrección general en todas las partes del mundo, fuera de sus calaveras. Más serán éstos por ventura que las estrellas del cielo, y Dios sabe dónde están, y á qué cabeza pertenecen, para venir á juntarse con ella. Y con ser estos dientes tan semejantes entre sí, no se trocarán los unos con los otros, sino todos reconocerán sus dueños y sus proprios lugares, y en ellos se volverán á fijar. Pues ¿cuál es el poder y el saber que hasta aquí se extiende?

Cuenta Eusebio en el libro V de la Historia Eclesiástica que en una persecución que hubo en tiempo del emperador Antonino Vero en León y Viena, ciudades de Francia (donde fueron innumerables los mártires que padescieron) no contentos con esto los

tiranos, quemaron y volvieron en ceniza aquellos sagrados cuerpos, y echáronla en el río Ródano, para que se la llevase. Y de esta manera les parecía que acababan de vencer á nuestro Dios, y quitaban á nosotros la esperanza de la resurrección. Porque decían: Esperan éstos que algún tiempo se han de levantar de los sepulcros, y por esto, engañados con esta vana superstición, se ofrecen á los tormentos y á la muerte. Pues agora veamos si resuscitarán, y si los podrá valer su Dios y librarlos de nuestras manos. Pues siendo esto así, ¿cuál es aquel poder y aquel saber que sabrá hacer diferencia entre tanta confusión y muchedumbre de cenizas, para conocer cuál parte dellas pertenece al cuerpo de un mártir, y cuál á otro, para mudar aquella ceniza en su proprio cuerpo? Pues ¿quién no sale de juicio considerando y adorando y pasmando deste tan gran poder y saber?

Mas con ser ésta una cosa tan grande que sobrepuja toda admiración, no sobrepuja la fe que della los fieles deben tener. Para lo cual sirve el ejemplo que para confirmación desta verdad trae el Apóstol (1), de la virtud que puso el Criador en todas las semillas de yerbas y árboles, en cada una de las cuales puso virtud para que della nazca la planta de que procedió la semilla: y lo que más es, conviene que esta semilla muera, para que muriendo resuscite y fructifique. Más adelante explicaremos más enteramente este ejemplo, por el cual se verá cuán digno de fe sea este misterio, aunque parezca tan arduo. Porque á la rectitud y perfección de la divina justicia (como decimos) pertenece que el mismo cuerpo que fué instrumento y compañero del ánima en el mal ó en el bien, sea participante con ella en su mal ó en su bien. Ca de otra manera podrían los malos (como dice Eusebio Emiseno) regalar sus cuerpos con todo género de vicios, presuponiendo que otros nuevos cuerpos habían de ser atormentados, y no los suyos. Y por esto conviene, como el Apóstol dice (2), que este cuerpo corruptible resuscite incorruptible, y el que agora es mortal se vista de inmortalidad, para que así reciba su debido castigo ó galardón. Pues en esta obra no menos, sino por ventura mucho más que en la pasada, se ve la inmensidad de la sabiduría y omnipotencia del Criador, porque saber dónde están las cenizas y las reliquias y la materia de cuantos cuerpos ha habido

(1) I Cor. 15. (2) I Cor. 15.

dende el principio del mundo hasta que se acabe, y dónde están los que murieron ahogados en la mar en tiempo del diluvio y en los otros naufragios que han sucedido y adelante se seguirán, ¿quién no ve cuán espantosa obra sea ésta? Y si estos cuerpos estuvieran enteros con toda su armazón, como el de Lázaro de cuatro días muerto, ó como el del hijo de la viuda que el Salvador resucitó, no nos espantara tanto: pero estando ya comidos de peces ó aves ó hombres, y convertidos en la substancia dellos, esto es cosa que agota todos los entendimientos humanos: porque por eso predicando el Apóstol este misterio en Atenas, escarnecieron dél los atenienses (1), diciendo que era predicador de nuevos demonios. Mas á esto responde S. Augustín diciendo: Concedamos que puede Dios hacer alguna cosa que nosotros no podamos entender. Y responde también Salomón diciendo (2): Así como no alcanzas de la manera que se fabrica el cuerpo de un niño en el vientre de la mujer preñada (donde hay tanta infinidad de miembros y órganos y sentidos, y todos tan acordados y proporcionados al servicio y uso del cuerpo humano) así no puedes alcanzar las maravillas y secretos de las obras de Dios, que es el hacedor de todas las cosas. Responde también el santo Job, el cual dice que hace Dios cosas grandes y admirables, y tales que el entendimiento humano no puede escudriñar ni entender cómo sean posibles. Pues por esta maravilla, que sobrepuja todo entendimiento, se conoce cuán incomprehensible sea la majestad y grandeza de aquel soberano Señor que tales cosas sabe y puede hacer, y con cuánta razón dijo aquel ángel que lo representaba: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

Vengamos á otra obra en parte semejante á ésta, la cual también sirve para confirmación de la pasada, que es la virtud admirable que puso el Criador en las semillas de todas las cosas, así de las plantas como de todos los animales, la cual (como un gran filósofo dijo) también agota todos los entendimientos, como la pasada, y sirve mucho para la fe y creencia della, como acabamos de decir. Cuán admirable cosa es que una pepita tan pequeña de una naranja tenga dentro de sí virtud para que della nazca un árbol tan hermoso como es un naranjo, tan oloroso cuando está florido, y tan vistoso cuando está cargado de fruto.

(1) Act. 17. (2) Eccli. 11.

Ni es menor maravilla que en un piñoncillo esté virtud para producir un tan grande árbol como es un pino. Crece aún esta maravilla, como el Salvador declara en el Evangelio (1), en el granico de mostaza, el cual siendo tan pequeño, tiene virtud para que dél nazca un árbol tan grande, que se puedan asentar en sus ramas las aves del aire. ¿Quién pues fué poderoso para poner en cosa tan pequeña virtud tan grande? Pues desta virtud que hay en las semillas, se aprovecha el Apóstol para persuadir el misterio de la resurrección (2). Pasemos á los animales. ¡Cuán admirable es la virtud que puso el Criador en el huevo de una pava, del cual en tan breve espacio nace una ave tan hermosa como es el pavón, con toda aquella lindeza de plumas que arriba declaramos! Mas vengamos al hombre, y dejando á Absalón con sus cabellos de oro, y á su hermano Adonías, no menos hermoso que él, y á la reina Elena, por quien se perdió Troya, pongamos los ojos en la sancta Judit, y en la reina Ester, y en Tamar, hija de David, y en las tres postreras hijas del sancto Job, cuya hermosura engrandecen las sanctas Escrituras, y pasando de corrida por la materia de que se fraguó esta tan gran belleza, y maravillados desto, consideremos cuál sea el poder de aquel artífice soberano, que de cosa tan vil pudo formar una cosa de tan grande hermosura, que muchas veces ha bastado para desatinar los juicios de infinitos hombres. Y así vienen sus desatinos á ser testimonios deste admirable artificio del Criador. Porque es tan grande la perversidad de muchos hombres, que de donde habían de tomar motivo para glorificar al pintor de tal figura, lo toman para le ofender y perder el juicio, la salud y á veces la vida, y sobre todo las ánimas.

Á este ejemplo añadiré otro no menos admirable. Vemos en los huevos que cada día comemos, una brizna blanca pegada en la yema y clara del huevo. Pues en esa brizna tan pequeña está la virtud formativa del pollo que nace del huevo, en el cual hay cuasi todo lo que pusimos en la fábrica de el cuerpo humano. Y si miramos el huevo de una paloma, esa briznica es tanto menor que la otra, cuanto lo es su huevo menor que el de la gallina. Y si pasamos al de una golondrina, vendrá á ser tan pequeña como una cabeza de alfiler. Pues en esa tan pequeñita brizna puso el

(1) Matth. 13. (2) I Cor. 15.

Criador virtud para fabricar dese ovezuelo un cuerpo de un pajarillo, el cual con ser tan pequeño, tiene toda aquella fábrica y jarcia de miembros y órganos y sentidos que arriba pusimos en el cuerpo humano, con su estómago, hígado, bazo, bofes, tripas, venas, niervos, arterias, y con un corazón en quien caben pasiones de tristeza, miedo y ira, y imaginación, y sentido en parte espiritual, porque levantando los ojos al gavilán, conoce que es su enemigo, y ha miedo dél. Y no faltará quien tenga ésta por tanto mayor maravilla que la fábrica de nuestro cuerpo, cuanto este corpecillo es de menor cuantidad, pues para esto se requiere mayor artificio y subtileza dél, como arriba declaramos tratando del mosquito. Pues de toda esta fábrica el maestro, que es la causa eficiente, es aquella briznica blanca que dijimos. Porque así como para hacer una arca ó una silla es necesaria la materia, que es la madera de que se haga, y el oficial que la haga, así en este ovecico que dijimos, hay ambas cosas, porque la materia es el huevo, y la causa eficiente desta fábrica es aquella briznica blanca que dijimos, porque aquí está la virtud formativa deste cuerpo. Pues ¿qué tan grande es la omnipotencia de quien pudo dar á tan pequeña substancia tan grande virtud y facultad? Pues ¿qué entendimiento no se agota considerando la grandeza deste poder? ¿Quién no reverencia y adora esta tan grande Majestad, que fué poderosa para dar virtud á una substancia tan pequeña (según dijimos) como la cabeza de un alfiler, para que en espacio de quince ó veinte días acabase una tan grande fábrica, que ni el labirinto de Dédalo ni los palacios de Salomón, que él edificó en espacio de trece años, tuvieron tantos repartimientos, y oficinas, y cámaras, y recámaras como tiene el cuerpo deste pajarico? Verdaderamente, Señor (dice el Profeta) admirables son vuestras obras, y mi ánima lo conoce mucho. Pues esta maravilla nos declara que podrá resuscitar un cuerpo de las cenizas que quedaron dél, quien pudo dar virtud á tan pequeña materia para esta tan grande fábrica.

Pues ¿qué diré del ovecico de un sábalo, del cual nace sin otra industria un tan grande y tan sabroso pece? Y si esto nos pone admiración, mucho mayor nos la debe poner el ovecico de una sardina (que será poco mayor que una punta de alfiler) del cual nace una sardina, que en tan pequeño cuerpo tiene tantos instrumentos y sentidos, así para nadar como para buscar su manteni-

miento, como cualquier otro pece grande. Y cuanto es más pequeño el cuerpo y el ovecico, tanto es mayor esta maravilla. Ni aun es menos admirable la fecundidad y fruto deste pececillo, pues él es común mantenimiento de la mar y de la tierra, como arriba dijimos.

§ V

Pasemos de aquí á otra maravilla no menor que la pasada. Dicen los filósofos que el ánima que tenemos, viene de fuera, y no sale de la materia de nuestro cuerpo como las ánimas de los otros animales. Porque como ella sea substancia espiritual á manera de los ángeles, no puede proceder de cosa material ó corporal, pues no hay proporción de lo uno á lo otro. Mas diciendo ellos esto que la razón alcanza, no declaran de dónde venga esta ánima, pues viene de fuera. Mas esto que ellos no alcanzaron, nos enseña la Religión cristiana diciendo que Dios por sí mismo cría las ánimas y las infunde en los cuerpos después de organizados en las entrañas de sus madres. Y tiénese que el cuerpo del varón á los cuarenta días después de su concepción es organizado, y el de la mujer á los sesenta. Y en el punto que esta fábrica se acaba (que es como edificar la casa con sus oficinas para aposento del ánima) en ese punto y momento es ella por Dios criada y infundida en el cuerpo. Pues comencemos agora á filosofar sobre esto. Y extendamos agora los ojos por todo el universo mundo, que es, por las tres principales partes dél, que son Asia, África y Europa, y en la cuarta que agora se ha descubierto en las Indias Occidentales, que llaman Nuevo Mundo, y corramos por todas las islas del Arcipiélago y por todas las del mar Océano, y por todas las tierras de bárbaros y negros que habitan debajo de la tórrida zona, y finalmente por todo lo que rodea el sol: y miremos cuántas mujeres estarán preñadas en todos estos hemisferios, y cuántos niños y niñas habrán llegado á este punto en que les ha de ser infundida el ánima, y veremos que de día y de noche ha de estar Dios criando ánimas, y infundiéndolas en los cuerpezuelos, y esto sin faltar un solo punto del tiempo en que llegan á esta disposición. Y esto no sólo hace en este siglo y edad presente, sino dende que crió el mundo

hasta hoy. Y acaecerá estar en el mismo punto muchos destos corpezuelos organizados, unos en Oriente y otros en Occidente, esto es, en distantísimos lugares, y acude Dios sin faltar un punto, y sin hacer falta en una parte por acudir á otra. Y esto hace, no por virtud de las influencias del cielo ni por ministerio de ángeles, sino por sí solo. Y ni por esta tan continua y puntual ocupación pierde aquella beatísima paz y felicidad en que vive, ni le pone esto en cuidado y solicitud de acudir á tantas partes. Pues pregunto agora: ¿cuál es la sabiduría de tal Señor, que conoce la disposición en que están todos los niños del mundo en los vientres de sus madres, para acudir al punto que están organizados para infundirles las ánimas, pues las mismas madres no lo saben? Y ¿cuál es la asistencia universal, sin jamás faltar al plazo señalado? Y ¿cuál el poder del Señor que cría de nada una substancia tan espiritual y tan hermosa, en la cual resplandece la imagen de Dios? Cosa es ésta que vence toda nuestra admiración, y entendimiento, y nos declara cuánto diste aquella beatísima Substancia de todo el poder y saber humano.

Con esta maravilla quiero juntar otra muy semejante, aunque en más excelente materia, que es la consagración del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor. Porque tenemos por artículo de fe que en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración, en el punto que acaba la postrera destas palabras (que son la forma deste divinísimo Sacramento) asiste allí la presencia y omnipotencia divina para obrar (como Santo Tomás dice) el mayor de todos sus milagros, mudando la substancia del pan en su sacratísimo cuerpo, con el cual está juntamente su ánima sanctísima con toda la Divinidad: y esto (que es otra maravilla) no sólo está en toda la hostia consagrada, sino también en cualquier partícula de ella. Por lo cual muchas veces (cuando faltan formas) comulgamos con una partícula de éstas. Pues considere agora el discreto lector cuántas misas se dirán cada día en todas las iglesias de la Cristiandad, unas en las partes de Oriente y otras de Occidente, y otras en otros lugares, y cuán grande sea la sabiduría deste gran Dios que sabe todos los puntos en que se acaba la postrera palabra de la consagración en todas las partes del mundo, sin faltar un solo momento, y cuál sea el poder de quien súbitamente muda una substancia en otra. Cosa es ésta que suspende y sobrepuja todo entendimiento, pues-

to caso que no es pequeño argumento para la fe deste misterio lo que la verdadera filosofía ha de confesar de la creación de las ánimas, de que poco ha hablamos. Porque quien puede acudir tan puntualmente (como dijimos) á criar tantas ánimas, y infundirlas en los corpecicos en el punto que se acaban de organizar, puede también acudir á esta tránsformación del pan material en su sacratísimo cuerpo. Mas sin estos ejemplos basta la fe sola (como canta la Iglesia) para confirmar nuestro corazón en la creencia deste misterio, protestando que es tan grande y tan incomprehensible el poder de aquel altísimo Dios, que puede hacer infinitas cosas que nosotros no podemos entender, como lo testifica el sancto Job (1). Pues ¿qué resta aquí sino reverenciar y adorar aquella inmensa Majestad, y por la grandeza deste poder conocer la alteza del ser de donde nace este poder, y confesar que como desfallece nuestro entendimiento en el conocimiento del poder, así, y mucho más, desfallece en el conocimiento del ser?

§ VI

Mas quiero dar fin á esta materia proponiendo otra singular maravilla de nuestro Criador, que es la asistencia general á todas las cosas criadas. Para lo cual se ha de presuponer que hay dos maneras de causas eficientes, unas que sirven para sólo hacer la obra, y no pasan adelante después de hecha, como el maestro que hace la casa ó el pintor que pinta la figura, y otras que no sólo hacen las cosas, mas también después de hechas las conservan en el ser que les dieron, como lo hace el sol, el cual produce de sí los rayos de la luz, y él mismo los está conservando en aquella claridad que les dió, de tal manera que si él faltase ó cesase de producirlos, en ese punto dejarían de ser. Pues desta segunda manera confiesa la fe católica que aquel soberano Señor es causa de todas las cosas criadas, porque él por sola su bondad y voluntad les dió el ser que tienen, y él mismo las está conservando en ese mismo ser que les dió. Y esto con tan grande dependencia, que si un punto cesase deste oficio, todas ellas se volverían en aquella nada de que fueron hechas. De modo que así

(1) Job 9.

como parando las pesas de un reloj, todas las ruedas dél pararían, y cesaría todo aquel movimiento y concierto de dar sus horas, así pararía toda esta máquina del mundo y se anihilaría, si aquel soberano Señor que sostiene todas las cosas con la palabra de su virtud, cesase de conservarlas.

Para lo cual es necesario que él esté dentro de todas ellas, conservándolas en su ser, no sólo por su presencia y potencia, sino por su misma esencia. Para cuyo entendimiento se ha de notar que todas las otras causas producen sus efectos mediante la virtud que tienen, como el fuego calienta mediante el calor que dél procede, y las estrellas y planetas mediante sus influencias: mas en Dios no hay esta distinción de esencia y de virtud, porque en aquella altísima y simplicísima naturaleza no puede caber algún accidente, porque todo lo que hay en Dios, es Dios, sin mezcla ni composición de otra cosa. Y por tanto, dondequiera que hay algo de Dios, está todo él, pues tampoco esta suma simplicidad no sufre división, para que pueda estar parte dél en un lugar y parte en otro. Y porque la causa y el efecto han de estar juntos y tocarse uno á otro, y el ser es el más universal y más íntimo efecto de todas las cosas, pues ninguna hay que carezca dél, síguese que Dios está en lo más íntimo de todas ellas, tocando el ser que tienen y conservándolo. Por lo cual el mismo Señor dice que él hinche los cielos y la tierra. Ésta es una maravilla y excelencia de aquella altísima Sustancia, que con ser simplicísima, está toda en todo el mundo, y toda en cualquier parte dél, pues ninguna cosa criada hay que tenga ser por sí misma, sino solo él, que de nadie depende.

Mas pasa aún el negocio adelante. Porque no sólo es causa conservadora del ser de las criaturas, sino también de todos los pasos y movimientos naturales que hay en ellas. De modo que ninguno puede mover el pie ni la mano, ni abrir la boca, ni cerrar los ojos, sino por virtud dél. Y así él es más causa de todos estos movimientos que el mismo hombre que los hace. Avicena dijo que Dios no hacía más que asistir al orden y movimiento de los cielos, y que por este medio gobernaba las cosas de este mundo inferior. Mas la filosofía cristiana pasa adelante, confesando que la primera causa, que es Dios, concurre con todas las otras causas inferiores así universales como particulares, las cuales todas son instrumentos de la primera causa: y así todos sus efec-

tos se atribuyen más á la causa principal que los hace, que á los instrumentos con que los hace, pues más propriamente se dice que el pintor pinta la imagen, que el pincel con que la pinta.

Pues según esto, ¿cuál podremos pensar que es aquel Ser que no sólo hinche cielos y tierra (como ya dijimos) sino que también concurre como causa principal con todos los pasos y movimientos naturales de todas las criaturas del cielo y de la tierra, y ni esto es parte para diminuir un punto de su felicidad y bienaventuranza con el cuidado y providencia de acudir á tanta infinidad de cosas? Pues quien estas maravillas considera, ¿cómo no verá con cuánta razón dijo aquel ángel, por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

Pues de la consideración de todas estas grandezas que aquí habemos declarado, se sigue en el ánima un grande pasmo y admiración de aquel Ser divino, conociendo que es inmenso, infinito, incomprehensible y inefable, y que no sólo cuanto se puede decir, sino cuanto se puede concebir y entender de sus grandezas, es cuasi nada en comparación de lo que queda por conocer. Porque lo que la criatura, aunque sea angélica, puede conocer, es finito, así como ella es finita, mas la grandeza dél es infinita. Y así ninguna proporción hay entre lo que se entiende y lo que queda por entender. Por esto dijo David (1) que cercó Dios de tinieblas el tabernáculo de su morada, para significar que ningún entendimiento criado puede llegar á comprehender la alteza de su divina esencia. Y esto nos representa decir el mismo Profeta dél que sube sobre los querubines, y que vuela sobre las alas de los vientos (2), para dar á entender que aun aquellos soberanos espíritus, en quien están depositados los tesoros de la sabiduría divina, quedan bajos en este conocimiento, y que pierden de vista al que vuela sobre las plumas de los vientos. Y esto mismo nos figuran aquellos dos serafines que vió Esaías (3) á los dos lados de Dios, los cuales con sus alas cubrían los pies y la cara dél, para representar esta misma incomprehensibilidad de Dios, al cual ven de tal manera, que no llegan de cabo á cabo, ni comprehenden cuanto hay en él.

Lo que hasta aquí se ha dicho, nos abre camino para la teología negativa, de que Sant Dionisio es gran maestro. Para lo cual

---

(1) Psalm. 18. (1) Ibidem. (3) Esai. 6.

es de saber que en esta vida tenemos dos maneras de conocimiento de Dios, uno que llaman afirmativo, y otro negativo. El afirmativo es cuando rastreando por las perfecciones y hermosuras que vemos en los cielos, sol, luna y estrellas, y en todas las otras criaturas, nos levantamos á conocer cuánto más perfecto y hermoso será el Criador que las formó, en quien están todas ellas juntas con infinita eminencia y ventaja. Éste llamamos conocimiento afirmativo, porque afirma y confiesa que están todas estas perfecciones en Dios. Mas negativo es el que presuponiendo cuán bajos y limitados son todos nuestros conceptos, niega todas estas perfecciones de Dios de la manera que nosotros las concibimos y se las atribuímos, diciendo que no es Dios desa manera grande, ni hermoso, ni sabio, ni poderoso, &c. como nuestros entendimientos lo conciben, porque él es de otra muy diferente manera grande, hermoso, sabio y poderoso, que todos los entendimientos criados no pueden alcanzar. Y desta manera negando estas perfecciones que nosotros concibimos de Dios, le alabamos y glorificamos más, confesando que su grandeza es infinita, inmensa, incomprehensible y inefable.

§ VII

Y para formar en nuestras ánimas algún concepto, aunque confuso, de aquella altísima Substancia, habemos de tomar por fundamento una común sentencia del mismo S. Dionisio, el cual dice que en cada una de las criaturas hay tres cosas, que son, ser, poder y obrar. Las cuales son tan consecuentes entre sí, que por las unas conocemos las otras. Porque por las obras conocemos la grandeza del poder, y por ésta la del ser, de donde proceden. Pues estas mismas tres cosas, que son, ser, poder y obrar, consideramos en Dios nuestro Señor, aunque en él todas sean una misma cosa. Pues de sus obras habemos hasta aquí tratado, y por la grandeza admirable dellas conocemos la grandeza del poder de do manaron, y por la grandeza deste poder conocemos la del ser, puesto caso que no iguala lo uno con lo otro, porque á mucho más se extiende aquel ser de lo que declara el poder. Porque con la facilidad que crió este mundo, podría criar con una sola palabra otros mil mundos tan grandes y ma-

yores que éste, como adelante declararemos. Pues tanteemos agora cuál será aquel ser en quien cabe este tan admirable y espantoso poder. ¿Qué comparación hay de todo otro poder criado, pues ninguno es poderoso para criar una hormiga?

Entendida pues la infinita distancia y diferencia que hay del poder del Criador á todo otro poder criado, entenderemos la que hay del ser criado al ser del Criador. Y conforme á esto decimos que aquella altísima Substancia dista infinitamente de toda otra substancia, la cual tiene otra manera de ser, y de poder, y de grandeza, y de sabiduría, y de hermosura, y de otras infinitas perfecciones, que ningún entendimiento criado puede comprehender. Y por esto, para conocer algo dél, habemos de dejar debajo de nuestros pies todas las criaturas del cielo y de la tierra, y pasar de vuelo sobre todo lo que se puede sentir y imaginar y entender, para llegar en alguna manera á aquella Substancia que sobrepuja todos los sentidos y entendimientos, y se diferencia y aventaja infinitamente de todo lo al: la cual ni tiene figura, ni cuantidad, ni cualidad, ni otro algún accidente, ni admite composición ni mudanza, ni siente por algún sentido corporal, ni por alguno de ellos puede ser sentida, ni tiene necesidad de lumbre, ni está subjecta á alguna división ó diminución, ni es ánima ni potencia del ánima, ni cuerpo ni forma de cuerpo, ni puede dejar de ser, ni ser más de lo que es, porque en él está todo el ser, ni es razón ni inteligencia de la manera que nosotros podemos entender, aunque es otra manera de razón y de inteligencia y de vida: ni es grande, ni bueno, ni sabio, ni poderoso, ni hermoso de la manera que nosotros imaginamos, porque él es de otra muy diferente manera grande, y bueno, y poderoso, y hermoso, y sabio.

Por lo cual no sólo S. Dionisio, sino también Platón, que fué antes dél, aunque filósofo gentil, cuando trata de las perfecciones divinas, usa destos términos, sobrebueno, sobrepoderoso, sobrehermoso, sobresabio, dando á entender por esta manera de hablar la supereminencia y ventaja de las perfecciones divinas á todo lo que nuestros entendimientos pueden alcanzar, porque él es una substancia sobre toda substancia, y una vida sobre toda vida, y una luz sobre toda luz, que no ven nuestros ojos, y una hermosura sobre toda hermosura, que no alcanzan nuestros entendimientos, y una suavidad que sobrepuja toda suavidad, que no alcanzan nuestros sentidos, y no solamente los nuestros, sino

también los de todos los ángeles, querubines y serafines. De manera que las perfecciones que todos los entendimientos criados alcanzan del Criador, le vienen tan cortas, que con más verdad se las negaremos, que se las atribuiremos. La cual teología nos declaró el Eclesiástico por estas palabras (1): Glorificad á Dios cuanto os sea posible, porque él es mayor que todo lo que dél podéis decir, y los que bendecís al Señor, ensalzadlo cuanto pudiéredes, porque él sobrepuja toda la alabanza. ¿Quién lo vió, para que pueda contar sus grandezas? Y ¿quién lo podrá ensalzar cuanto él merece? Muchas otras cosas hay que están ocultas á nuestros entendimientos, porque pocas son las obras suyas que habemos visto.

Pues considerando esto el ánima religiosa, y viendo que ningún título, ni nombre, ni atributo, ni alabanza llega á explicar lo que Dios merece, y todas las perfecciones y alabanzas de hombres y ángeles quedan infinitamente bajas para explicar lo que él es, desiste ya destos nombres, y entiende que le queda un inmenso piélago y abismo de grandezas incomprehensibles en que entrar, y así se queda en un sancto silencio y espanto de tamaña grandeza: y con esto no entendiendo, entiende, y no conociendo, conoce, porque conoce ser este Señor incomprehensible y inefable. Y con esto le alaba más que con todos los nombres y excelencias que le puede atribuir. Lo cual significó el Profeta Real, cuando según la trasladación de S. Hierónimo, dijo (2): A ti, Dios, calla el alabanza en Sión, dándonos á entender que la más perfecta alabanza de Dios es este sancto silencio y espanto que decimos, con el cual queda el ánima religiosa como absorta y pasmada con una grande admiración de tan incomprehensible Majestad.

Ésta es la teología que tantas veces repite S. Dionisio. Y así en un lugar dice: La escuridad y tinieblas en que se dice morar Dios, es una luz inaccesible, la cual (como el Apóstol dice) ningún hombre vió, ni puede ver. Y por el mismo caso que ni ve ni conoce, se junta más familiarmente á aquel Señor que sobrepuja todo conocimiento. Y en otro lugar dice él que en esta santa ignorancia está el verdadero conocimiento de aquel Señor que está sobre todo entendimiento y toda substancia. Por dónde concluye la materia este sumo teólogo diciendo que veneremos

(1) Eccli. 43. (2) Psalm. 64.

este gran secreto de la soberana Deidad (el cual trasciende todos los entendimientos) con una sagrada reverencia de nuestra ánima y con un casto silencio. Y casto silencio llama el que despide de sí toda curiosidad de entendimiento, y queda en un pasmo y admiración de tan grande Majestad, que le ata la lengua y el entendimiento, y lo deja como sumido en el piélago y abismo desta grandeza, donde no se halla suelo, y entonces canta con el Profeta: A ti calla el alabanza, Dios, en Sión.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para que en alguna manera, según nuestra rudeza, entendamos alguna pequeña parte de la inmensidad y grandeza de nuestro soberano Dios y Señor, la cual de tal manera conocen aquellos espíritus seráficos que asisten ante su Majestad, que están como prostrados y sumidos delante della, teniéndose por unos viles gusanillos en presencia de tanta grandeza, y así lo adoran y reverencian, y tremen delante della. Y por esto se dice en el libro del sancto Job (1) que las columnas del cielo (que son aquellos espíritus soberanos que gobiernan el mundo) tiemblan en la presencia de tan grande Majestad. Aunque este temblor ni es penoso ni servil, sino filial y reverencial, porque conociendo la inmensidad de aquella grandeza, entienden que así como á la grandeza de la Bondad se debe sumo amor, así á la alteza de la Majestad suma reverencia y temor.

Mas vengamos á considerar en nuestro Dios no sólo su grandeza (de que hasta aquí habemos tratado) sino su magnificencia y largueza, y la dependencia que tenemos dél, pues (como está dicho) en él vivimos, y nos movemos, y somos, y que nuestra vida está colgada como de un hilico de sola su voluntad. Lo cual significó él por Esaías, cuando dijo (2) que él era el que daba virtud para respirar á los hombres que moran en la tierra, significando por esto que él es el que nos está siempre sosteniendo y conservando, que es como estar siempre criándonos, haciendo siempre lo que una vez hizo, y proveyéndonos para esta conservación de todos los regalos y beneficios de su providencia, y hasta los mismos ángeles que ven su hermosura, no quiso que estuviesen exemptos de nuestra guarda. Finalmente, todo cuanto somos y poseemos y esperamos, á él lo debemos de tal manera que si él no

(1) Job 26. (2) Esai. 42.

nos mantuviese, moriríamos de hambre. Si no nos vistiese, pereceríamos de frío. Si no nos defendiese, seríamos muertos á manos de nuestros enemigos. Si no nos gobernase, unos á otros nos comeríamos vivos. Si no nos alumbrase, á cada paso caeríamos por las tinieblas de nuestra ignorancia. Si no nos consolase, luego seríamos con angustias y tristezas consumidos.

§ VIII

Comencemos pues agora á filosofar sobre esta doctrina. Siendo tan soberanas y tan incomprehensibles las grandezas de nuestro Señor Dios como habemos visto, y siendo tantos y tales sus beneficios, y tanta la dependencia que nuestro ser y vida tiene dél, síguese que ninguna cosa se puede imaginar más obligatoria, más justa, más debida, más necesaria, más importante, más honesta y más excelente que servir, honrar, amar, reverenciar, alabar y adorar á este Señor. Y esta obligación es tan grande, que todas las que tenemos á los padres, amigos y bienhechores, ó á los reyes y príncipes de la tierra, ó á cualquier otra excelente persona, ayuntadas en uno, no se llaman obligaciones, comparadas con ésta, así como todas las excelencias y perfecciones dellas, comparadas con las divinas, no se llaman perfecciones. Esto se sigue de lo dicho.

Y síguese también que así como aquel soberano Padre está siempre conservándonos y sustentándonos sin cesar un punto deste oficio, así era justo que estuviese siempre la criatura ocupada en sus alabanzas y servicio. Y así como cumplir con esta obligación es la cosa más debida y más justa de cuantas hay en el mundo, así no cumplir con ella es la más injusta y la peor del mundo, De dónde nace que cualquier ofensa hecha contra aquella soberana Majestad es de gravedad infinita. Y está clara la razón. Porque notoria cosa es que cuanto una persona es más alta, tanto es más grave la injuria hecha contra ella, de tal modo que cuantos son los grados de la dignidad de la persona ofendida, tantos son los de la ofensa cometida contra ella. De dónde se infiere que pues la Majestad de Dios es infinita, también lo sea la gravedad de la culpa cometida contra ella. Y verdaderamente así lo es, y como á tal le corresponde en la otra vida pena infinita,

así porque priva al hombre de un bien infinito, que es Dios, como porque ha de durar por espacio infinito, que es para siempre, mientra Dios fuere Dios.

Pues siendo esto así, ¿qué lágrimas, qué sentimiento, qué palabras bastarán para explicar tan grande mal como es ver la facilidad de los que todo esto creen y confiesan, en ofender este tan grande Señor, y provocar á ira los ojos de su Majestad? ¿Qué ceguedad es ésta? ¿Qué pasmo, qué embaimiento, con que el demonio ha trastornado los corazones de los hombres, para que no conozcan este tan grande mal? ¿Cómo se olvidan de aquél que los trae siempre en sus brazos, cuyo es el aire con que respiran, cuya es la tierra que los sustenta, y la mar que los mantiene, y el sol que los alumbra, y los otros elementos que les sirven, y los ángeles que los guardan? ¿Cómo osan ofender aquella inmensa y infinita Majestad, cuya ofensa es de tanta gravedad, cuanta es la grandeza de su ser? ¿Cómo están cuasi siempre ofendiendo á quien siempre los está sustentando y gobernando? ¿Cómo osan ofender á un Señor á quien adoran los principados, y de quien tremen las potestades, y tiemblan las columnas del cielo? ¿Cómo se atreven á ofender á quien después de muerto el cuerpo, puede echar el ánima en los infiernos? Éste es aquel espanto por do comenzó Esaías su profecía diciendo (1): Oye, cielo, y oye tú también, tierra, porque Dios ha hablado. Hijos (dice él) he criado y ensalzado, y ellos me han menospreciado. Conoció el buey á su poseedor, y el asno al pesebre de su señor, mas Israel no me ha conocido, ni mi pueblo ha entendido. ¡Ay de la gente pecadora, y del pueblo cargado de maldades, simiente mala y hijos perversos! Desampararon al Señor, blasfemaron del Sancto, enajenáronse dél y volvieron atrás. Este olvido y menosprecio de Dios hubo en aquel pueblo, y éste vemos en millares de cristianos en este tiempo. Y por esto no me maravillo que nos azote aquel justo Juez con tantas maneras de calamidades, con tantas hambres y pestilencias y mortandades y guerras y levantamientos de gentes, y lo que peor es, con tanta infinidad de herejías con que está amancillada tan gran parte de la Cristiandad, y sobre todo esto, con haber permitido él que tantos reinos y naciones de cristianos (donde un tiempo tanto floreció la fe y culto de Dios) es-

(1) Esai. 1.

tén agora ocupadas y avasalladas y tiranizadas de cruelísimos infieles. Porque (como Dios sea justo) así como en todas partes crecen los pecados, así al mismo paso se multiplican los azotes. Entre los cuales el mayor es no conocer por los azotes la ira del que nos azota, ni entender que esto viene por pecados, ni haber por eso más emienda dellos. Esto declara que hay espíritus malos, enemigos del género humano, engañadores y trastornadores de los corazones. Y esto también nos es indicio de la ira divina, la cual por sus secretos juicios permite este tan extraño pasmo y ceguedad en los hombres, para que teniendo ojos no vean, y oídos no oigan, y corazón no entiendan, y teniendo fe y juicio no se aprovechen de lo uno ni de lo otro, y viendo cada día morir los hombres, no se acuerden que son mortales, y siendo tan agudos para los negocios del mundo, y tan sentibles para sus agravios, sean tan insensibles para las llagas mortales de sus ánimas.

Pues así como por lo dicho entendemos cuán grande mal sea ofender á aquella soberana Majestad, así también entendemos cuán necesaria sea la verdadera religión, la cual aborrecidos y abominados todos los pecados, se emplea en servir y honrar al mismo Dios. Porque según reglas de filosofía, cuanto una cosa es más mala, tanto su contraria es más buena: y pues tan grande mal es ofender á Dios, por aquí se entenderá cuán grande bien sea honrarle y servirle, que es oficio proprio de la verdadera religión. Á la cual nos incitan no sólo las leyes divinas y humanas, mas también la misma naturaleza, como nos lo muestran todas las naciones del mundo, entre las cuales ninguna hay tan bárbara ni tan fiera, que no tenga algún conocimiento de Dios, y no le ofrezca alguna manera de culto y reverencia, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios. De lo cual se infiere que necesariamente ha de haber en el mundo alguna verdadera religión, con que el verdadero Dios sea debida y sanctamente honrado y venerado. Porque de otra manera, vana sería esta inclinación natural, si faltase esta religión. Ésta es pues la suma y la conclusión de la primera parte deste libro, á la cual se ordena todo cuanto en él se escribe.

Después désta entra muy á propósito la segunda, la cual, presupuesto lo dicho, prueba claramente que esta verdadera religión es la de los cristianos, y que ésta es la que solamente agrada y honra á Dios debidamente.

Este último párrafo, con el cual termina la primera parte en la primera edición, está omitido y sustituido en la segunda y en todas las siguientes por éstos otros.

Porque por eso habemos tratado en él tan á la larga de las grandezas y perfecciones de Dios, y de la muchedumbre de sus beneficios (según que resplandescen en todas las criaturas) para que claramente se vea la obligación que tenemos á venerar y reverenciar esta tan grande Majestad y Bondad, que es oficio proprio de la religión.

Resta agora inquirir cuál sea la verdadera religión y culto con que él haya de ser honrado. Porque se han visto en el mundo muchas maneras de ceremonias, con que los hombres ciegos han pretendido honrar á los que tenían por dioses. De las cuales unas eran supersticiosas, otras vanas, que ninguna virtud tenían, otras sangrientas, en que sacrificaban hombres, otras torpes y deshonestas, en que prostituían las vírgines por honra de la diosa Venus, otras desvergonzadísimas, como las que hacían á la diosa Flora y al dios Priapo, de que se hace mención en la sancta Escritura (1), y otras desvariadas y locas, como las que se hacían al dios Baco, emborrachándose los hombres, y haciendo mil insultos y locuras. Pues ¿qué podemos decir de todas estas maneras de religiones, sino que eran tales cuales los dioses que por ellas eran venerados, que eran los demonios? Y de tales dioses, ¿qué otras religiones se podían esperar?

Y que estas religiones sean falsas y indignas de Dios, muéstrase claramente por esta razón. Porque la verdadera religión ha de ser con obras que agraden y honren á Dios, y ninguna cosa de cuantas hay en el mundo le agrada, sino sentir altamente de sus grandezas y perfecciones, y imitarle en la sanctidad y pureza de vida, porque ésta hace al hombre semejante á Dios, que es la misma sanctidad y pureza. Y pues la semejanza es causa de amor, síguese que los que esta sanctidad y pureza de vida tuvieren, serán los que más le agradarán y honrarán. De dónde también se infiere que sola la religión cristiana es la verdadera, pues ella es la que más altamente siente de las grandezas de

(1) III Reg. 15.

Dios y de sus divinas perfecciones, y la que mayor sanctidad y pureza de vida profesa y enseña. Y demás desto mostraremos aquí que todas las condiciones que ha de tener la verdadera religión, en sola ella se hallan con tanta perfección que no se puede imaginar otra mayor. Lo cual declararemos manifiestamente en la segunda parte que se sigue. Y en esto se verá cómo esta primera parte se ordena á la segunda. Mas porque en esta segunda parte se trata de las excelencias de la fe y religión cristiana, antes que tratemos de ellas, será necesario declarar qué cosa sea fe, y de dos maneras que hay de fe.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

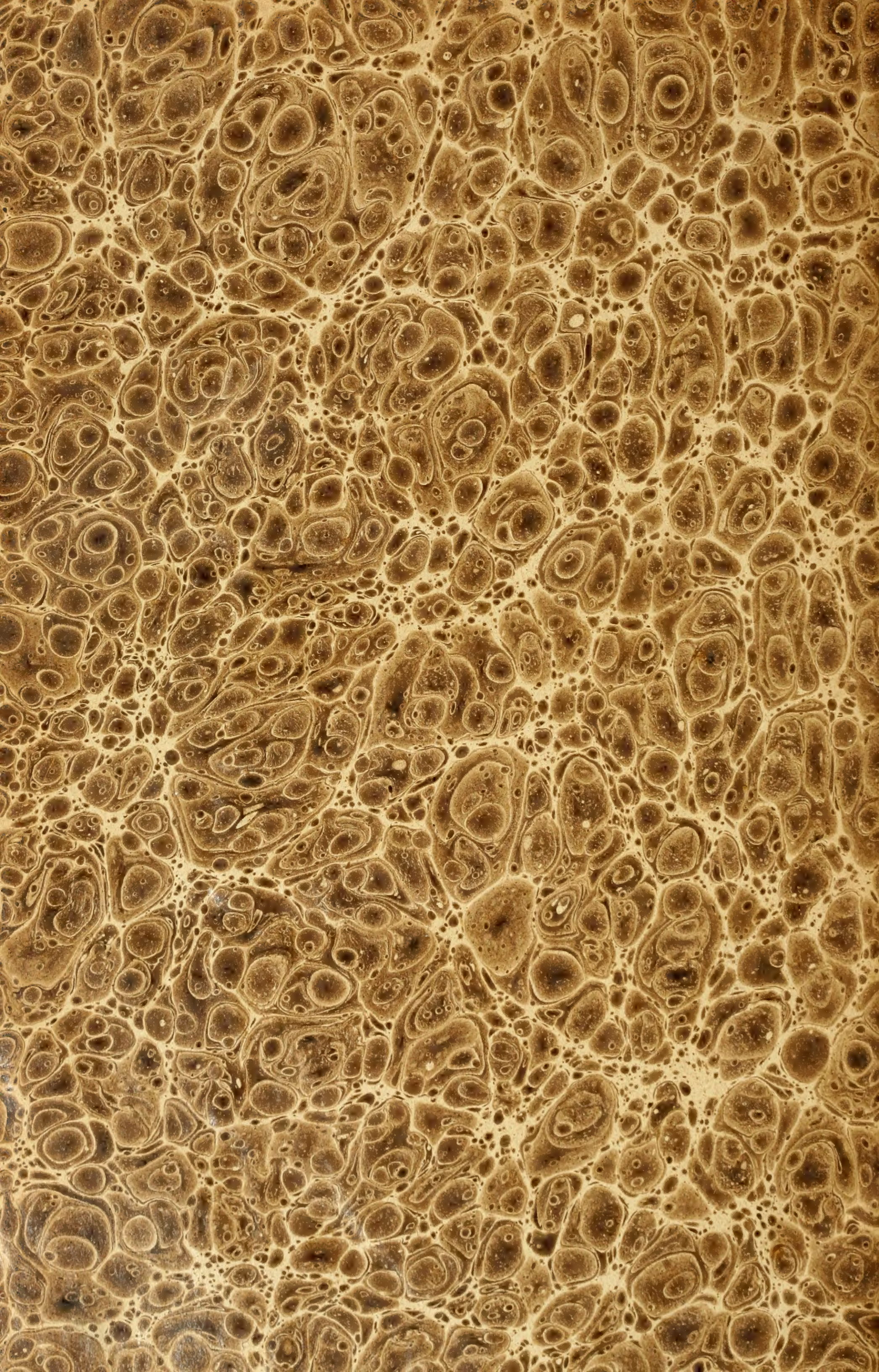
TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS DE LA PRIMERA PARTE DESTE LIBRO

Págs.

MADRID
EN CASA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
VEINTE DE ENERO
1908




BX
2349
L84
1906
v.5
c.1
ROBA

